COLECCIÓN SOCIEDAD Y CULTURA

# COMERCIO INTERIOR DE SANTIAGO DE CHILE
## a fines del periodo colonial, 1773-1810

Juan José Martínez Barraza

Biblioteca Nacional de Chile

Centro de Investigaciones Diego Barros Arana

**Juan José Martínez Barraza es doctor en Historia de la Universidad de Santiago de Chile (2020), magíster en Historia de la Universidad de Chile (2016) e ingeniero comercial, licenciado en Ciencias Económicas de esta misma casa de estudios (2003). Es también miembro de la Asociación Chilena de Historia Económica (ACHHE). Ha escrito artículos sobre el comercio, la organización de los mercados y la fiscalidad de Chile a fines del periodo colonial. A la fecha de esta publicación es profesor universitario e investigador responsable de proyecto ANID FONDECYT Postdoctoral patrocinado por la Universidad de Chile.**

# Comercio interior de Santiago de Chile
## a fines del periodo colonial, 1773-1810

*Colección*
*Sociedad y Cultura*

© Ediciones Biblioteca Nacional, 2022
Inscripción n.º 2022-A-4962

ISBN 978-956-244-546-7 *(título)*
ISBN 956-244-071-0 (*colección*)

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Director Nacional
Servicio Nacional del Patrimonio Cultural (S)
*Sr. Roberto Gabriel Concha Mathiesen*

Director Biblioteca Nacional de Chile
*Sr. Pedro Pablo Zegers Blachet*

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana
y Director Responsable
*Sr. Rafael Sagredo Baeza*

Editor
*Sr. Arturo Molina Burgos*

Imagen de portada
*Cocina ambulante, Lámina n.º 6,*
*Colección de tipos chilenos, Biblioteca Nacional de Chile*

Ediciones Biblioteca Nacional
Av. Libertador Bernardo O'Higgins n.º 651
Teléfono: +56 2 2997 9768
www.centrobarrosarana.cl
Santiago de Chile

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

# COMERCIO INTERIOR DE SANTIAGO DE CHILE
## a fines del periodo colonial, 1773-1810

Juan José Martínez Barraza

Biblioteca Nacional de Chile

Centro de Investigaciones Diego Barros Arana

# ÍNDICE

Agradecimientos 11
Siglas y abreviaturas 13

Introducción

*La actividad de comercio como observatorio del proceso económico* 15
*La historiografía del comercio chileno y los mercados coloniales hispanoamericanos* 21
*Plan de la obra* 29

Comercio, mercados y desempeño económico

*Enfoque teórico, estrategia y variables de investigación* 31
*Definiciones y estrategias metodológicas para el estudio del comercio interior de Santiago tardío colonial* 39
*Justificación temporal del estudio: pináculo del reformismo borbón en Chile y actividad comercial de Santiago* 43
*Método de compilación de las variables de estudio y caracterización de las fuentes documentales: alcances y limitaciones* 48

La otra cara de la crisis: comercio exterior del Obispado/Intendencia de Santiago de Chile, 1773-1810

*Trayectoria del comercio exterior* 63
*Evolución de la magnitud y estructura de los agentes* 78
*Valor y composición de las mercancías transables* 96

Circulación mayorista de mercancías locales
y comercio minorista en Santiago,
1773-1810

*Desempeño y estructura del comercio mayorista de mercancías locales* 123
*Organización productiva y comercial del mercado interno santiaguino* 135
*Comercio minorista capitalino* 138

Condiciones de vida materiales
de la población en Santiago, 1773-1810

*Oferta disponible de bienes para el mercado interno santiaguino* 151
*Consumo aparente y condiciones de vida materiales*
*de la población capitalina* 156

Conclusiones 179

*Fuentes y bibliografía* 187

A mis queridos padres, por haberme educado.
A mi preciosa Flaca y traviesa Luisa, por el amor que me brindan día a día.

# AGRADECIMIENTOS

El término de esta obra se financió a través del proyecto ANID Fondecyt Postdoctorado n.º 3210128, patrocinado por la Universidad de Chile, en el cual me desempeño como Investigador Responsable desde abril de 2021.

Agradezco, en primer orden, a Mauricio Folchi y Manuel Llorca Jaña, quienes se encargaron con paciencia y rigurosidad de dirigir mis tesis de magíster (Universidad de Chile) y doctorado (Universidad de Santiago de Chile) a partir de las cuales nació este libro.

Reconozco también los valiosos comentarios que recibí de profesores a lo largo del proceso de investigación y discusión de esta obra, entre los cuales, destaco las palabras de Celia Cussen, René Salinas, Enriqueta Quiroz, Mariano Bonialian, Carlos Marichal, Mario Matus, Luz María Méndez y Antonio Acosta.

Además, a quienes colaboraron en las distintas labores de archivo que llevé a cabo en Chile (Archivo Nacional), Argentina (Archivo General de la Nación) y España (Archivo General de Indias). Y también a mi amigo y excolega del Banco Central de Chile, René Luengo, quien desde mi tardío inicio en la actividad académica siempre se ha ofrecido a leer mis principales obras para darme su opinión sesuda.

De igual modo, agradezco las diversas conversaciones relativas con las materias tratadas en esta investigación y, en general, respecto de la historia colonial de Chile llevadas a cabo en momentos de camaradería con mis colegas historiadores más cercanos: Carolina Sanhueza, Francisco Betancourt, Michelle Lacoste y Montserrat Pacull, además de los miembros de la Asociación Chilena de Historia Económica con los cuales comparto en las instancias de difusión que, con regularidad, lleva a cabo esta organización.

Por último, a mi familia por su amor y compañía incondicional, después de tanto tiempo de ausencias en archivos y trabajo de escritorio que hicieron posible esta obra.

# SIGLAS Y ABREVIATURAS

| | |
|---|---|
| AGI | Archivo General de Indias |
| AGNA | Archivo General de la Nación Argentina |
| Alcab. | Alcabala |
| Almoj. | Almojarifazgo |
| ANCH | Archivo Nacional de Chile |
| ANID | Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo |
| cal. | calorías |
| cap. | capítulo |
| cam. | camino o caminos |
| Cía. | Compañía |
| Com. | Comercio |
| comp. | compilador *a veces* compiladora |
| coord. | coordinador *a veces* coordinadora |
| coords. | coordinadores |
| Dº | Derecho |
| ed. | editor *a veces* editora, edición y editorial |
| eds. | editores |
| *et al.* | *et alii* (y otros) |
| Exp | Exportación |
| FCG | Fondo Capitanía General |
| FCM | Fondo Contaduría Mayor |
| FHSFB | Fondo Hospital San Francisco de Borja |
| Fondecyt | Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico |
| FRA | Fondo Real Audiencia |
| fs. | fojas |
| grs. | gramos |
| habs. | habitantes |
| *Ibid.* | *Ibidem* (allí mismo, en el mismo lugar) |
| Imp | Importación |
| kgrs. | kilogramos |
| leg. | legajo |
| legs. | legajos |
| lb. | libro |

| | |
|---|---|
| lbs. | libros |
| M$ | miles |
| n.º | número |
| Ntra. Sra. | Nuestra Señora |
| Obisp. | Obispado |
| OOPP | Obras Públicas |
| *op. cit.* | *opus citatum*, *opere citato* (la obra citada, en la obra citada) |
| p. | página |
| pp. | páginas |
| Prom. | promedio |
| qq. | quintales |
| R.O. | Real Orden |
| SChHG | Sociedad Chilena de Historia y Geografía y la Academia Chilena de la Historia |
| SEF | Serie Estados Financieros |
| tons. | toneladas |
| UM | Unidad de Medida |
| unid. | unidad |
| vol. | volumen |
| vols. | volúmenes |

# INTRODUCCIÓN

## La actividad de comercio como observatorio del proceso económico

> "El comercio es el alma de todo país para su prosperidad. Si este falta, de poco o nada sirven sus buenas cualidades. Él es quien da vida a la agricultura. El solo tiene el poder para hacer el milagro de resucitar la industria, i solo él sabe el secreto de aumentar prodijiosamente [sic] la población. Bien claro ejemplar de la verdad de esta máxima nos presenta Chile en el obispado [de Santiago] de que vamos hablando".
>
> Vicente Carvallo y Goyeneche[1].

A fines del siglo XVIII, en pleno auge de la mercantilización mundial, el comercio, tal como lo planteó Vicente Carvallo y Goyeneche en 1796, se concebía como una actividad económica fundamental para la generación de riqueza y prosperidad de cualquier país.

La presente obra, que trata sobre la actividad comercial de Santiago de Chile a fines del periodo colonial, se inscribe en el campo de la historia económica regional y, con ello, en la discusión sobre la organización de los mercados preindustriales, el desempeño económico y la evolución de las condiciones de vida materiales de la población capitalina contemporánea. Este debate enfrenta hoy a quienes tienen una visión macroeconómica "optimista" de los estándares de vida de la América borbónica, con aquellos que, en cambio, son "pesimistas" al compararlos con la América del Norte británica y el noroeste europeo[2]. Los primeros se basan en la estimación de salarios reales e indicadores biométricos para distintas poblaciones hispanoamericanas, cuyos resultados se comparan positivamente respecto de los niveles europeos y, más aún, asiáticos[3]. En contraste, quienes sostienen que las condiciones materiales de esta región fueron precarias argumentan que la herencia ins-

[1] Vicente Carvallo y Goyeneche, *Descripción histórico geográfica del reino de Chile. Segunda parte en que se presenta su descripción general y particular*, p. 25.

[2] Rafael Dobado-González, "Pre-Independence Spanish Americans: Poor, Short and Unequal... or the Opposite?", p. 18.

[3] Leticia Arroyo, Elwyn Davies *et al.*, "Between conquest and independence: Real wages and demographic change in Spanish America, 1530-1820"; Rafael Dobado-González y Héctor García-Montero, "Neither So Low nor So Short: Wages and Heights in Bourbon Spanish America from an International Comparative Perspective"; Leticia Arroyo y Jan Luiten van Zanden, "Growth under Extractive Institutions? Latin American Per Capita GDP in Colonial Times".

titucional "extractiva" española, junto con la extrema desigualdad generada por este régimen, correspondió a la principal causa de su menor desempeño económico relativo. A lo anterior, se suma la tesis del origen colonial de la divergencia, debido a la temprana integración del mercado laboral europeo con sus respectivas colonias americanas, lo que habría incidido sobre las brechas salariales entre la población económicamente activa de Norte América británica y Latinoamérica[4].

Tal debate corresponde *grosso modo* también a uno de carácter epistemológico, en tanto, se confronta la aplicación de modelos y consideraciones generales con la investigación empírica y consecuente exposición positiva de variables e instituciones específicas del sistema económico colonial. Dentro de esta última corriente, una de las limitaciones de los trabajos mencionados es que, solo a partir de evidencia parcial, en relación a la cobertura americana no británica, se enuncian síntesis que se extienden a toda la región. En concreto, suele presentarse evidencia cuantitativa relativa a Nueva España, quedando el resto de las economías, a excepción de algunas y en períodos acotados, a la sombra de estas conclusiones generales[5].

Aunque el avance en esta materia ha sido notorio para el caso chileno, los trabajos que engloban a todo el imperio español americano, cuando incluyen a Chile lo hacen de manera tangencial y con escaso sostén cuantitativo. Es a partir de este vacío historiográfico y la discusión sobre los niveles de vida y orígenes de la Gran Divergencia, elementos todos interrelacionados con el actual menor desarrollo de las regiones otrora colonizadas, que este trabajo se enfoca en el estudio del comercio de Santiago de Chile a fines del periodo colonial[6].

El examen del comercio en Santiago, como actividad básica del proceso económico, contribuye por medio de su articulación a diferentes ámbitos

[4] Daron Acemoglú, Simon Johnson *et al*., "Reversal of fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution"; Stanley L. Engerman & Kenneth L. Sokoloff, "Factor endowments, inequality, and paths of development among new world economies"; Robert C. Allen, Tommy E. Murphy *et al*., "The Colonial Origins of the Divergence in the Americas: A Labor Market Approach".

[5] Eduardo Cavieres, *Servir al soberano sin detrimento del vasallo. El comercio hispano colonial y el sector mercantil de Santiago de Chile en el siglo XVIII*, p. 15; Arroyo, Davis *et al*., *op. cit*.; Allen, Murphy *et al*., *op. cit.*

[6] Destacan en esta línea de investigación, corroborando la posición "optimista" de los niveles de vida tardío coloniales chilenos, los trabajos de: Manuel Llorca Jaña y Juan Navarrete Montalvo, "The real wages and living conditions of construction workers in Santiago de Chile during the later colonial period, 1788-1808"; Manuel Llorca Jaña *et al*., "Height in eighteenth-century Chilean men: Evidence from military records, 1730-1800s"; Juan José Martínez Barraza, "Consumo de tabaco en Santiago de Chile durante el periodo tardío colonial e inicios de la era republicana"; Juan José Martínez Barraza, "Consumo y comercio de carnes en el corregimiento de Santiago, 1773-1778"; Juan José Martínez Barraza, "Comercio de mercancías locales en Santiago de Chile, 1773-1778"; Juan José Martínez Barraza, "Comercio minorista de Santiago de Chile a fines del siglo XVIII".

de la economía, en especial aquellos relacionados con la estructura de los mercados, a aumentar el acervo de conocimiento sobre la historia económica chilena tardía colonial, al menos en tres aspectos de interés general para la historiografía hispanoamericana[7].

En primer lugar, para abordar el problema del crecimiento económico colonial a partir del estudio de caso de la organización del mercado interno de Santiago. Esto en el contexto de la discusión vigente acerca del grado de universalidad e intensidad que tuvo el desempeño económico en las distintas regiones de la América española, sobre todo en el escenario de reformas borbónicas que se llevaron a cabo durante todo el siglo XVIII, donde existe un relativo consenso sobre que el crecimiento fue la norma a nivel continental, incluso reconociendo las no despreciables variaciones regionales. Para Eduardo Cavieres, este vacío de la historiografía chilena se debe llenar, más allá de la teoría de la expansión capitalista, a partir de la perspectiva de la economía-mundo. Esto es, enfocándose en la vinculación de Chile con la economía mundial, a través de sus mercados internos y externos, y de esa manera profundizar en "el funcionamiento concreto de esa inserción ubicando una economía de pequeña escala dentro de los amplios contextos del sistema imperial español". En palabras de Antonio Ibarra, los lineamientos anteriores equivalen, en síntesis, a "entender el esquema funcional de articulación regional del mercado interior como factor relevante del crecimiento"[8].

En segundo lugar, para una aproximación al real grado de monetización de la economía santiaguina de aquella época, el cual suele evidenciarse solo a partir del examen de los grandes comerciantes, quienes constituyen los únicos sujetos que con frecuencia la historiografía interroga al respecto, dejando al margen a los intermediarios de menor escala y el resto de los sectores que produjeron para el mercado, incluido el papel de los hogares, de aparente menor incidencia en cuanto a lo económico[9].

Por último, como indicador de las condiciones y los cambios de vida materiales de una proporción de la población chilena, sobre lo cual se conoce poco en contraste al resto de la América española, cuyo consumo, en

[7] De manera simplificada, se entiende por proceso económico en este estudio al conjunto de actividades de la producción, comercialización, distribución y consumo que permiten disponer a una sociedad de medios para satisfacer sus necesidades materiales.

[8] Jorge Gelman, Enrique Llopis *et al.* (eds.), *Iberoamérica y España antes de las Independencias, 1700-1820. Crecimiento, reformas y crisis*, pp. 15-28; Eduardo Cavieres, *El comercio chileno en la economía-mundo colonial*, pp. 19 y 22; Antonio Ibarra, "Mercado urbano y mercado regional en Guadalajara, 1790-1811: tendencias cuantitativas de la renta de alcabalas", p. 101.

[9] Los trabajos de Enriqueta Quiroz, "Salarios y condiciones de vida en Santiago de Chile, 1785-1805" y Llorca Jaña & Navarrete Montalvo, *op. cit.* constituyen avances en esta materia al mostrar el grado de penetración de los trabajadores de obras públicas en Santiago a fines del siglo XVIII en los mecanismos de circulación monetaria mediante los salarios en efectivo que recibieron por sus labores.

particular de alimentos, se habría compuesto de pan y carne hacia fines del siglo XVIII. Esta composición habría diferido de la dieta del hombre occidental europeo concentrado en ciudades, que durante el mismo periodo se encaminó hacia una ingesta menos cárnica y más vegetariana, debido al despegue demográfico y a la creciente valorización de la tierra como consecuencia de sus nuevos usos[10].

En general, las materias mencionadas se relacionan con la problemática del desempeño económico, cuyo examen por parte de la historiografía hispanoamericana colonial se ha desarrollado mediante dos líneas de investigación: i) la que se ocupa de la relación entre fiscalidad (ciclos de rentas fiscales) y economía (movimientos de la producción, circulación interna y externa) y ii) la que se concentra en el análisis de economías regionales para discernir los diversos esquemas de funcionamiento de los mercados como arquetipos del modelo general de desempeño económico colonial[11]. Salvo el trabajo de Marcello Carmagnani, quien mediante una batería apreciable de registros tributarios revisa las tendencias seculares de las principales actividades económicas chilenas (comercio, agricultura y minería), no existen esfuerzos similares para dilucidar en profundidad los elementos estructurales del desempeño de esta economía[12]. Poco sabemos, por otra parte, en qué se tradujo el crecimiento económico, en términos de niveles aparentes de consumo *per cápita*, y qué consecuencias tuvo sobre las condiciones de vida materiales de la población chilena.

[10] Alfredo Castillero-Calvo, "Niveles de vida y cambios de dieta a fines del periodo colonial en América".

[11] Ibarra, "Mercado...", *op. cit.*, p. 100. Para una panorámica general de la historiografía que se ocupa de la fiscalidad y su relación con la dinámica de los mercados hispanoamericanos coloniales ver Carlos Marichal, "La historiografía económica reciente sobre el México borbónico: los estudios de comercio y las finanzas virreinales, 1760-1820"; María Ángeles Gálvez, "La fiscalidad y el mercado interno colonial en la historiografía americanista". En cuanto a la historiografía económica regional, véase solo a modo de referencia, ya que el listado es extenso: Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso, "La región de Puebla/Tlaxcala en la Nueva España del siglo XVIII"; Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso, *Las alcabalas novohispanas (1776-1821)*; Enrique Tandeter *et al.*, "El mercado de Potosí a fines del siglo XVIII"; Klaus Müller, "Comercio interno y economía regional en Hispanoamérica colonial. Aproximación cuantitativa a la historia económica de San Miguel de Tucumán, 1784-1809"; Silvia Palomeque, "La circulación mercantil en las provincias del interior"; Silvia Palomeque, "Circuitos mercantiles de San Juan, Mendoza y San Luis. Relaciones con el 'interior argentino', Chile y Perú (1800-1810)"; Juan Javier Pescador y Gustavo Garza, "La caja y general depósito del reino: la concentración comercial en la ciudad de México a fines de la colonia, 1770-1790"; Ibarra, "Mercado...", *op. cit.*; Ana Inés Punta, "Las importaciones de Córdoba entre 1783-1800 según los registros de alcabalas"; Jorge Silva Riquer (coord.), *Los mercados regionales de México en los siglos XVIII y XIX*; Carlos Sempat Assadourian y Silvia Palomeque, "Las relaciones mercantiles de Córdoba, 1800-1830. Desarticulación y desmonetización del mercado interno colonial en el nacimiento del espacio económico nacional", entre otros.

[12] Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial. Chile 1680-1830.*

Por otro lado, la discusión se centra en cuáles fueron los factores predominantes del desempeño económico colonial. En tal sentido, cobran relevancia en el análisis historiográfico, a escala imperial, las medidas de libre apertura del último cuarto del siglo XVIII que algunos identifican como el factor exógeno principal del dinámico comercio exterior y sus efectos sobre los mercados locales, bajo un escenario mercantil mundial favorable, en contraste a la literatura que sostiene que el auge económico obedece a causas endógenas, propias de procesos económicos internos, entre los cuales el crecimiento demográfico es líder en esta materia[13]. A nivel local, el trabajo clásico de Sergio Villalobos sobre la crisis del comercio chileno se emparenta con la primera corriente al estimar que la política de libre apertura metropolitana fue determinante en la estructuración de la desfavorable balanza comercial chilena con el correr del siglo XVIII. Tal condición, remontada a la adopción del sistema de navíos de registro durante la década de 1740, promovió la histórica falta de liquidez monetaria en el mercado interno chileno, lo que acompañado de una industria débil e incapaz de exportar mayor valor que el metal de cobre a los mercados extranjeros, habría generado una crisis general del sistema económico, en especial, en las últimas décadas del periodo colonial. Por su parte, Armando de Ramón y José Manuel Larraín, aunque enfocados en el estudio de los precios de Santiago, señalan al factor demográfico como el principal responsable del crecimiento del mercado interno y, a su vez, de la inflación hacia fines del siglo XVIII, originada por el rezago de la producción agropecuaria chilena[14].

A diferencia de las obras relativas al caso chileno, este trabajo pretende abordar el estudio de la actividad de comercio, en tanto, observatorio del proceso económico, en las dimensiones en que se manifestó a la vista formal del fisco, tomando como referencia la jurisdicción capitalina de Santiago durante las últimas cuatro décadas coloniales. A modo de hipótesis, el foco de estudio en la actividad comercial colonial tardía sugiere que, lejos de la noción convencional de crisis que sacudió a este sector, importada desde el plano externo, a nivel interno tuvo un desempeño tal que significó para la población gozar de un buen nivel de vida, en términos nutricionales, fácilmente por sobre el estándar mínimo o de subsistencia[15]. Esto se sustenta por medio de evidencia preliminar acerca de la canasta de consumo de la población, que muestra que el gasto en productos tales como carne de ovino, alcohol,

[13] Entre los primeros se cuenta a John Robert Fisher, *El comercio entre España e Hispanoamérica (1797-1820).* Mientras que dan mayor peso a los factores endógenos los trabajos de Carlos Contreras, *El sector exportador de una economía colonial. La Costa del Ecuador entre 1760 y 1820*, p. 23; Gelman, Llopis *et al.* (eds.), *op. cit.*, pp. 10-13.

[14] Sergio Villalobos, *El comercio y la crisis colonial*, p. 260; Armando de Ramón y José Manuel Larraín, *Orígenes de la vida económica chilena 1659-1808*, pp. 336-338.

[15] Equivalente a 1936 calorías/día por individuo adulto, según Allen, Murphy *et al.*, *op. cit.*, p. 873.

tabaco y azúcar, fue generalizado en este espacio, lo que reafirma a partir de este caso los positivos niveles de vida materiales de la región americana española a fines de la era borbónica[16]. En tal desempeño del comercio (y por tanto de la producción, la distribución y el consumo) no solo incidió la acción de los grandes mercaderes y su participación en los mercados externos, sino también fue clave la actuación de una extendida red de agentes del comercio mayorista y minorista de la capital, en el contexto de una actividad en plena expansión mercantil y con crecientes relaciones monetarias[17]. Esto contrasta con la visión tradicional sobre el funcionamiento del mercado chileno en el siglo XVIII, que considera al trueque como principal medio de intercambio[18]. Como consecuencia, el dinamismo comercial de Santiago se explicaría tanto por la incidencia de los flujos mercantiles externos como por la circulación interior de mercancías de todo origen para el abastecimiento regular de la población, constituyendo esta jurisdicción un lugar central en el desempeño mercantil del cono sur americano, en contraste a la visión periférica y marginal con que se caracteriza a nivel continental.

El objetivo general de este trabajo, por tanto, es identificar y valorar ciertos elementos estructurales del desempeño económico de Santiago y, por extensión, de las condiciones y los cambios de vida material de su población, por medio de la reconstrucción del nivel, estructura y organización de la actividad comercial que se desarrolló en esta jurisdicción durante las últimas cuatro décadas coloniales. Para esto, se definen cinco tareas específicas: i) establecer la magnitud y estructura del comercio capitalino, relativo a las mercancías de todo origen que se destinaron a este espacio; ii) determinar la composición de esta actividad, en términos de los agentes que participaron en los distintos canales de venta y establecimientos del comercio minorista; iii) estimar la canasta de consumo aparente de la población, no solo en términos de valor, sino también en cuanto al volumen de las principales mercancías, en especial las alimenticias, que permitieron la reproducción de dicha sociedad en este periodo; iv) establecer el esquema de funcionamiento de la actividad comercial de Santiago, precisando la incidencia económica espacial de esta plaza, en términos del origen de la producción, la circulación de mercancías y el destino final de consumo y v) discernir el grado de monetización de la sociedad, a través del examen de las transacciones relativas a la actividad comercial y la recaudación tributaria respectiva.

[16] Véase el detalle de dicha canasta de consumo para Santiago a mediados del siglo XVIII, en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 381.

[17] En adelante, se entenderá por agentes en este estudio a los distintos tipos de comerciantes que conformaron, mediante sus transacciones mercantiles individuales, una determinada proporción de la oferta comercial en un espacio definido.

[18] Ruggiero Romano, "Una Economía Colonial: Chile en el Siglo XVIII"; Ruggiero Romano, *Una Economía Colonial: Chile en el Siglo XVIII*, pp. 39-75.

El estudio del comercio colonial de Chile puede dividirse *grosso modo* en tres niveles: uno de carácter fundacional, que describe su trayectoria general y determinantes, además de sus efectos sobre el desempeño socioeconómico chileno[19]; un segundo, en que se realizan grandes avances explicativos, por medio del uso intensivo de fuentes cuantitativas, no abordadas anteriormente con la suficiente profundidad, y la aplicación de métodos para la compilación y el análisis de estos nuevos datos, cuyos resultados marcan hasta hoy la pauta en esta materia[20]; y un tercer nivel, en pleno desarrollo, cuyo objeto de estudio corresponde a ciertos grupos de comerciantes, en especial los de mayor envergadura económica, quienes son sometidos a distintos interrogatorios, no solo en el ámbito comercial-productivo, sino que también desde el punto de vista político y social, para explicar, entre otras materias, su ascendencia a las élites gobernantes e influencia en el proceso independentista o en las formas que adoptó el capitalismo y su incidencia sobre el desempeño económico de la naciente República de Chile[21].

Respecto al comercio interior de Chile colonial, Diego Barros Arana sostiene que la magnitud de esta actividad a comienzos del siglo XVIII se habría condicionado por la "enfermiza y precaria" situación productiva, debido al frágil impulso de la demanda por productos agrícolas que habría estado limitada por "las necesidades del corto consumo interior y del pequeño comercio de exportación que entonces se hacía"[22].

Misma situación que Fernando Silva señala al hacer suya la visión expresada por el gobernador Ambrosio O'Higgins en 1792:

> "circunstancias locales, frontera dilatada de infieles, extensión inmensa de costas, multitud de puertos marítimos, población corta y dispersa, falta de

[19] Para esta primera etapa véanse: Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, tomos VI y VII; Agustín Ross, *Reseña Histórica del Comercio de Chile Durante la Era Colonial*; Romano, "Una Economía...", *op. cit.*; Romano, *Una Economía...*, *op. cit.*; Francisco Encina, *Resumen de la Historia de Chile*, tomo I; Villalobos, *op. cit.*

[20] En particular, los trabajos de Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*; Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*; Cavieres, *Servir...*, *op. cit.*

[21] Destacan en esta etapa los trabajos de Martha Lamar, *The merchants of Chile, 1795-1823. Family and business in the transition from colony to nation*; Juan Cáceres, "Los comerciantes de Colchagua, redes de familia, política y clientela, 1750-1830"; Eduardo Cavieres, "Del comercio y de un comerciante del siglo XVIII. Los finos límites entre la privacidad y la sociabilidad"; de Gabriel Salazar, *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas*, véase capítulo 1 "Peones, mercaderes y dictadores: entierro y desentierro del tesoro mercantil de Juan Antonio Fresno (Santiago de Chile, 1772-1837)" y Francisco Betancourt, "Una red de comerciantes vascos en Chile a inicios del siglo XIX. El caso de José Antonio Ezeiza, 1806-1811", entre otros.

[22] Barros Arana, *op. cit.*, tomo VI, p. 59.

industria, escasez de comercio interior, abundancia de frutos naturales, que no teniendo consumo proporcionado son el constitutivo de la intrínseca pobreza del país que los produce..."[23].

Por su parte, Hernán Ramírez Necochea, aunque destaca un estado de notoria madurez de la economía chilena en el siglo XVIII, en relación a la centuria y media precedente, debido a la creciente actividad productiva y sus positivas consecuencias sobre el comercio exterior, de igual forma, señala que:

Es una estructura que ha crecido, cuyas potencialidad y fuerzas productivas exceden en varios aspectos fundamentales a un mercado interior relativamente pequeño, tanto desde el punto de vista del volumen de su población como del escaso poder adquisitivo de la mayor parte de sus consumidores, quienes permanecen, por razones sociales, en un marcado primitivismo[24].

Mientras que Sergio Villalobos, en referencia al impacto del excesivo comercio de importación de productos europeos sobre la economía chilena hacia fines del siglo XVIII, plantea:

"Graves fueron también las consecuencias para la industria local, si es que merece tal nombre una actividad que apenas pasaba de lo artesanal y cuyos productos no eran más que grosera elaboración de materias primas de la agricultura, ganadería y minería, destinados a pequeños consumos de tipo modesto"[25].

A partir de una apreciable compilación estadística de fuentes tributarias, Marcello Carmagnani, aunque interpreta como "embrionario e inestable" la trayectoria del comercio interno todavía a fines del siglo XVIII, estima que el crecimiento de esta actividad en la Región de Santiago fue importante, promediando un alza de 1,5%, en términos anuales, durante el período 1710-1829. En consistencia a este dinamismo comercial, Armando de Ramón y José Manuel Larraín establecen para el mismo espacio hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX una tendencia inflacionaria que se habría explicado por "el crecimiento de los mercados interno y externo que lo habrían hecho, ya en este período, en mayor proporción que la producción agropecuaria chilena"[26].

[23] Fernando Silva, "Perú y Chile. Notas sobre sus vinculaciones administrativas y fiscales (1785-1800)", p. 188.

[24] Hernán Ramírez Necochea, "Antecedentes económicos de la Independencia de Chile", p. 65.

[25] Villalobos, *op. cit*., p. 262.

[26] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit*., pp. 179 y 205; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit*., p. 336.

Por su parte, Eduardo Cavieres se cuestiona si el desempeño económico chileno se limitó solo a los factores institucionales de orden imperial, o bien, se organizó en función de las respuestas productivas a estímulos de mercados externos. Su hipótesis es que, pese a la aparente pobreza general de Chile colonial, este espacio no se habría constituido de modo alguno en una economía de subsistencia. Aunque reconoce la falta de estudios rigurosos que verifiquen esta conjetura (un vacío que este trabajo busca llenar), su obra de igual modo se circunscribe al estudio de "la producción, el crédito, las mercancías y, en particular, los circuitos extra regionales a través de los cuales los comerciantes, en sus categorías más importantes, dinamizaron y dieron forma a esa economía [la chilena]"[27].

En relación a la estructura del comercio interno, diversos fueron los agentes que operaron de manera formal en el radio urbano (comerciantes de abastos, tenderos, pulperos, almaceneros, pescaderos y carniceros), a partir de los cuales se deriva que el rubro comercial principal correspondió a la venta de alimentos. De hecho, la composición de la canasta familiar santiaguina estuvo marcada por la presencia de alimentos, los cuales representaron el 79,2% del gasto total a mediados del siglo XVIII. No obstante, Marcello Carmagnani plantea que la operación de los sectores minoristas fue transitoria a fines del siglo XVIII, debido a que: i) la mayoría de las tiendas del comercio de la ciudad pagaron menos de 10 pesos al año de impuestos y ii) el sector de pulperos "permanecía en actividad no más de seis a ocho meses"[28].

En síntesis, pese al crecimiento de esta actividad y los precios en general, la historiografía chilena plantea que el sector comercial interno de fines de la era colonial fue exiguo y precario, a la vez que periférico y marginal, cuyo progreso dependió solo de la agencia de la alta clase de comerciantes avecindados en Santiago y, a su vez esta, de los mercados dominantes de Perú y España. El amplio giro de este grupo mercantil, que operó bajo un reconocido marco jurídico legal, se habría desarrollado en un contexto de escasa liquidez monetaria, que implicó la práctica generalizada de diversos medios de pago ficticios y el uso extensivo de instrumentos de crédito como vía para financiar todo tipo de operaciones y, a la vez, de enriquecimiento de este selecto grupo[29].

[27] Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 37.

[28] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 194 y 195; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 74 y 310; Lamar, *op. cit.*, p. 23. La recaudación de 10 pesos de plata de 8 reales de la época, equivalió a una venta declarada de 250 pesos al año (a razón del 4% de impuesto con que se gravaba el valor de las ventas del comercio al detalle establecido). Este monto alcanzaba para adquirir un esclavo o alrededor de 250 carneros, o bien, 25 cabezas de ganado vacuno, entre otros.

[29] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 205; Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 67; Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. El mercado interior y espacio económico*, pp. 75-81; Armando de Ramón, "Mercaderes en Lima, Santiago de Chile y Buenos Aires, 1681-1696", pp. 109-132; Lamar, *op. cit.*, p. 6; Gonzalo Piwonka, *Las sociedades mercantiles antes de la dictación del Código de Comercio 1750-1867*, pp. 46-49; Romano, "Una Economía...", *op. cit.*, pp. 20-21; Car-

Respecto de la trayectoria del comercio exterior, son varios los avances de Marcello Carmagnani en relación al importante estudio previo de Sergio Villalobos, sobre todo, en cuanto al esfuerzo de compilación de las principales estadísticas de la balanza de pagos chilena de gran parte del periodo colonial e inicios de la era republicana. A partir de este vasto instrumental analítico, se complementa el análisis mayormente cualitativo de Villalobos, matizándose el peso que otorga este autor a las impresiones particulares sobre el estado del comercio exterior chileno tardío colonial, provenientes de un puñado de mercaderes, varios de ellos integrantes del reducido grupo que también conformó el Consulado de Comercio de Santiago a partir de 1795. Visto el comercio a través de esta acotada muestra de actores, mediante correspondencia privada y representaciones oficiales de este Tribunal, se concibe una parte de la historia del sector mercantil externo, cuya supuesta crisis, tal como lo plantea Villalobos, se construye a partir de la mayor preocupación de aquellos que interroga, a saber, el desigual intercambio de bienes con la metrópolis. Como consecuencia, tal sesgo se traduce en la alta ponderación que se asigna al infortunio de la plaza por la inundación de enseres europeos, en contraste a la baja estimación sobre el emprendimiento exportador chileno, pues "fuera del cobre no existía otra posibilidad para el comercio", lo que se relaciona de manera directa con "la pobreza de la producción chilena, en todas sus ramas", debido a "su restringido mercado [interno], que le impedía tomar más vuelo"[30]. Varios de estos aspectos se matizan desde la óptica macroeconómica que adopta Marcello Carmagnani: i) la relativa estabilidad de los valores del comercio exterior durante los últimos cuarenta años coloniales, a diferencia de la noción de una excesiva expansión, en especial, del sector importador; ii) la mayor diversificación de la matriz exportable chilena, en su mayoría de origen agrícola y pecuaria, en contraste a la única posibilidad que habría representado el cobre y, en especial; iii) la correlación de los circuitos externos con el devenir del mercado interno chileno, a partir de una mirada más integral que la sola evaluación, en base a un coto del sector comercial. Pese a estos adelantos, cuya importancia es invaluable en el contexto de las décadas de 1950 y 1960 en que fueron producidos, ambos trabajos coinciden en dos cuestiones de fondo: i) la subordinación del desempeño comercial interno al comercio exterior, "que no se caracteriza por su autonomía, es decir, por la conjunción de estímulos internos"[31] y ii) el deterioro de la balanza de

magnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 202; María Eugenia Horvitz, *Ensayo sobre el crédito en Chile colonial*; Eduardo Cavieres, "Trigo y crédito en la formación del comercio regional. Aconcagua en la segunda mitad del siglo XVIII"; Eduardo Cavieres, *La Serena en el siglo XVIII. Las dimensiones del poder en una sociedad regional*, p. 15; Cáceres, *op. cit.*

[30] Villalobos, *op. cit.*, pp. 131 y 184.

[31] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 78-79, 86 y 205. En esta misma línea, Villalobos, *op. cit.*, p. 204; señala que "los comerciantes de Chile no ejercían dominio sobre ningún territorio anexo y solamente por excepción, como ocurrió en ciertas épocas, pudo [sic] remitir mercancías extranjeras al Perú".

pagos chilena, como resultado del permanente saldo desfavorable entre la compra de bienes importados y la venta de aquellos exportados que impulsó la fuga frecuente de capitales, provocando escasez monetaria para servir las operaciones internas, todo lo cual afectó el normal desempeño de la economía chilena tardía colonial[32]. Tal diagnóstico se emparenta con la extendida tesis de Ruggiero Romano, quien sostiene que el terreno "natural" donde se plantó el sistema económico colonial, fundamentalmente de carácter agrario y donde el trueque predominó como medio general de intercambio, "no podía dar otras plantas que las que su naturaleza le permitía dar"[33]. En especial, esta tesis se plantea para las sociedades andinas y mesoamericanas, donde la insuficiente liquidez monetaria habría propiciado una organización económica de tipo regionalizada, para el caso chileno tardío colonial, "al máximo, un proceso de agregación de diversos mercados regionales"[34]. Por consiguiente, el arcaísmo de este sistema, producto de la marginalidad de sus mercados, ha fortalecido la noción de una economía colonial hispanoamericana en general pobre, sobre todo si se compara con la región norteamericana británica o el occidente europeo[35].

Aunque el diagnóstico sobre la permanente falta de liquidez monetaria de la economía chilena está bien establecido, este sigue siendo contradictorio con el sostenido crecimiento del comercio interno y la relativa habitualidad del comercio exterior a lo largo de estas décadas, cuestión que a nivel de la historiografía local aún no se aborda con la suficiente profundidad.

Al respecto, para el caso de Guadalajara y su área de influencia rural (probablemente el caso mejor documentado de la América española), se plantea que la capacidad de compra del alto componente importado de la población

[32] Villalobos, *op. cit.*, pp. 79 y 190-191; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 169. Ambas cuestiones son también destacadas como causas de la crisis del régimen colonial chileno por Ramírez, *op. cit.*, pp. 77-90 y 100-111. La problemática de la falta de liquidez en el mercado chileno colonial también recibe atención en Barros Arana, *op. cit.*, tomo VII, pp. 281-287; Universidad de Chile, *Escritos de Don Manuel de Salas y documentos relativos a él y a su familia*, pp. 161-167; Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso*, p. 316; Thaddaeus P. Haenke, *Descripción del Reyno de Chile*, pp. 200-201.

[33] Ruggiero Romano, "Fundamentos del funcionamiento del sistema económico colonial", p. 274. Los primeros antecedentes que dispuso Romano para moldear esta tesis se remontan al estudio del caso chileno durante el siglo XVIII. Aunque su principal variable de análisis, los precios y, sobre todo, su estancada trayectoria, fue duramente criticada, en términos del método y la falta de claridad de las fuentes por Armando de Ramón y José Manuel Larraín, "En torno a los precios, a la actual historia de los precios y a una majadería intelectual".

[34] Romano, "Fundamentos...", *op. cit.*, p. 239; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 309. Así también se sugiere para otros espacios hispanoamericanos, tales como la provincia de Guadalajara, en el trabajo de Eric Van Young, *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820.*

[35] Ruggiero Romano, *Monedas, seudomonedas y circulación monetaria en las economías de México*, p. 247.

urbana, a fines del siglo XVIII y principios de la centuria siguiente, se basó en "la existencia de una esfera de compensación de intercambios", representada en este caso por "el enlace externo con el mercado interno colonial novohispano", cuya autonomización "refleja no ya una economía deficitaria". La combinación de dos procesos de integración mercantil, uno interno, entre Guadalajara y su *hinterland*, más otro externo, vinculado a los circuitos novohispanos y ultramarinos, generó un espacio permanente de excedentes para esta economía, en especial, como proveedora de la actividad minera virreinal, permitiendo la solvencia de la población guadalajareña contemporánea[36].

La historiografía colonial hispanoamericana, si bien reconoce la incidencia de la minería en el "arrastre" de ciertas provincias proveedoras de insumos, matiza el efecto multiplicador de esta actividad sobre la estructuración de sus economías al revelar su creciente autonomización respecto de los mercados dominantes. Bajo este esquema, destacan por su relación con Chile los estudios de Klaus Müller, Silvia Palomeque y José Sovarzo, cuya atención a los circuitos de comercio de las "provincias del interior" rioplatense, incluidas las localidades de Mendoza, San Juan y San Luis a fines del periodo colonial, revelan la reorientación hacia el Pacífico de estos mercados al integrarse comercialmente con Santiago, los puertos intermedios del Pacífico y El Callao/Lima, en adición al vínculo tradicional con Buenos Aires y el Atlántico[37].

Pese a esta evidencia, que sugiere una intensificación de la articulación comercial entre los mercados del cono sur americano a fines del periodo colonial, persiste la noción de Ruggiero Romano, relativa con la escasa integración mercantil a nivel regional. Respecto al eje andino, Pedro Pérez Herrero plantea que, bajo el reformado esquema metropolitano de fiscalización colonial, "desatesorización y desintegración espacial serían dos procesos que se harían más intensos a finales del siglo XVIII". Como consecuencia, se refuerza la idea de que sus economías, en especial sus estratos más numerosos, vivieron condiciones de vida miserables como consecuencia de su escaso

[36] Ibarra, "Mercado...", *op. cit.*, p. 112. Sobre el concepto de *hinterland*, ver Carol A. Smith, "Sistemas económicos regionales: modelos geográficos y problemas socioeconómicos combinados"; Eric Van Young, "Urban Market and Hinterland: Guadalajara and Its Region in the Eighteenth Century".

[37] Juan Carlos Garavaglia, *Mercado interno y economía colonial: tres siglos de historia de la yerba mate*; Silvia Palomeque, "Loja en el Mercado Interno Colonial"; Enrique Tandeter *et al.*, "Flujos mercantiles en el Potosí colonial tardío"; Müller, *op. cit.*; Palomeque, "La circulación...", *op. cit.*; Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*; José Sovarzo, "La región Río de la Plata y sus relaciones comerciales con Mendoza y los mercados del Pacífico Sur Americano 1779-1783". De acuerdo con Palomeque, "La circulación...", *op. cit.*; integraron el "interior" rioplatense las provincias de (ordenadas por importancia demográfica, según censo de 1778, incluidos sus espacios rurales, en Jorge Comadrán, "La población de la ciudad de Catamarca y su jurisdicción al crearse el virreinato", pp. 128-130): Córdoba (40 222 habs.), Catamarca (24 189), San Miguel de Tucumán (20 104), Santiago del Estero (15 456), Jujuy (13 619), Salta (11 565) y La Rioja (9723). En adición a la provincia de Cuyo, que incluyó los poblados de Mendoza (8765 habs.), San Juan (7690) y San Luis (6956).

poder adquisitivo que reflejó a sociedades con muy bajo nivel de consumo o ajenas a la modernidad. Cuestión que también cuesta compatibilizar, en el caso particular chileno, con el creciente desempeño del comercio interno tardío colonial que estima Marcello Carmagnani para la región de Santiago, pese a que el mismo autor califique la estructuración de este mercado colonial como "todavía embrionario e inestable a fines del siglo XVIII"[38].

La falta de simetría entre la supuesta crisis permanente de los medios de pago, que a la postre habría impulsado la pobreza general de la población, y el desempeño del comercio chileno, en especial de Santiago, acaso resulta de la omisión recurrente en los estudios de uno de los componentes básicos de cualquier economía: el consumo, cuyos indicadores también expresan el crecimiento económico[39].

Al respecto, el estudio del consumo, como acercamiento a las condiciones y los cambios de vida materiales de las sociedades en el tiempo, aunque se ha abordado desde distintos planos, también ha enfrentado ciertos obstáculos en la historiografía latinoamericana: i) primacía de los modelos de desarrollo que sobreestiman el comercio exterior, lo que prioriza el énfasis en la producción, más que en el consumo; ii) histórica concepción sobre la pobreza generalizada de esta región, equivalente a que sus sociedades no fueron consumidoras de mercado y iii) común suposición de que la población latinoamericana emuló gustos y prácticas foráneas, sobre todo europeas y norteamericanas, cuestión que motiva el desproporcionado interés por el estudio del consumo en las clases superiores de las sociedades[40].

En Chile, la problemática del consumo material y las condiciones de vida asociadas, ha tenido escasa atención en la historiografía. Salvo la obra pionera de René Salinas, sobre la ración alimenticia de marinos de la armada chilena como medida de aquella sociedad en la segunda mitad del siglo XVIII, y algunos antecedentes aislados acerca de la manutención de trabajadores en obras viales a fines de la misma centuria, los avances en esta materia tuvieron que esperar[41]. En su obra de 1982, aunque enfocados en los precios, Armando de Ramón y José Manuel Larraín establecieron la canasta de consumo

[38] Pedro Pérez Herrero, *Comercio y mercados en América Latina Colonial*, pp. 286 y 307; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 205.

[39] Ibarra, "Mercado...", *op. cit.*, p. 117.

[40] Frank Trentmann & Ana María Otero-Cleves, "Paths, Detours, and Connections: Consumption and Its Contribution to Latin American History", p. 20. Para una revisión de la historiografía sobre el consumo hispanoamericano, ver Enriqueta Quiroz, *El consumo como problema histórico. Propuestas y debates entre Europa e Hispanoamérica*, pp. 40-78.

[41] René Salinas, "Raciones alimenticias" y Sonia Pinto, *Vías y medios de comunicación en Chile durante el siglo XVIII. El camino Santiago Valparaíso y su tráfico.* Aunque con mayor atención a las costumbres culinarias chilenas, también se debe destacar la obra de Eugenio Pereira Salas, *Apuntes para la historia de la cocina en Chile*, quien presenta una recopilación de observaciones sobre la alimentación de cronistas y viajeros de la época colonial.

para el siglo XVIII en la región de Santiago, obra que sigue siendo hasta hoy referencia obligada para el estudio de esta temática, puesto que se basa en abundantes antecedentes cuantitativos y cualitativos, relativos a la estructura de la oferta y demanda de la economía del valle central chileno[42]. Después de este monumental trabajo, pasaron casi treinta años para que volviera el interés historiográfico por estos temas, el que fue retomado a partir del examen de los salarios reales y las condiciones de vida. Prueba de esto son los trabajos de Enriqueta Quiroz, que representan el inicio de esta renovada corriente de investigación para la sociedad chilena tardía colonial mediante el estudio de salarios reales de distintas categorías de trabajadores urbanos en obras públicas de la ciudad a fines del siglo XVIII. Uno de los aportes de esta autora es proponer la superación parcial de la esfera natural o autárquica de la economía santiaguina, pues si bien hubo grupos de trabajadores asalariados capaces de acceder de manera recurrente al mercado de bienes para cubrir necesidades superiores a las básicas, también coexistieron otros grupos, cuyo salario real solo les permitió la subsistencia o alimentación y, en ocasiones, la diversión, "único recurso ante una vida sin mayores expectativas"[43]. A diferencia de esta imagen, y mediante una recopilación de registros de gastos de un mayor número de obras públicas en las dos últimas décadas coloniales, Manuel Llorca Jaña y Juan Navarrete Montalvo, con objeto de arrojar nuevas luces sobre las condiciones de vida de los trabajadores urbanos de menor calificación de esta capital, establecen que el salario real de este grupo sí pudo sostener a una familia de hasta cuatro integrantes, en niveles de subsistencia, e incluso acceder a cubrir otras necesidades, asociadas al consumo de vicios, tales como el alcohol y el tabaco[44]. En esta misma dirección, los recientes hallazgos sobre el alto consumo *per cápita* de carnes y tabaco en Santiago, superior a varias regiones americanas y europeas, demuestran el peso que tuvo esta plaza comercial en el último cuarto del siglo XVIII, cuyo desempeño no solo dependió del vaivén de los sectores externos ni de unos cuantos mercaderes de gran escala, sino también de factores internos, relativos con la producción y el consumo, además de un millar de intermediarios mayoristas y minoristas que, en conjunto, representaron la mayor valoración de este mercado. Esta nueva evidencia rescatada para el caso de una economía caracterizada como precaria en el contexto imperial, sustenta la noción de que los niveles de vida en la América hispánica fueron relativamente buenos, y que incluso habría sido la primera región a nivel mundial en gozar de una "revolución del consumo" extendida a amplios sectores de su población[45].

[42] De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*

[43] Quiroz, "Salarios...", *op. cit.*, p. 261.

[44] Llorca Jaña & Navarrete Montalvo, *op. cit.*, p. 87.

[45] Martínez Barraza, "Consumo de tabaco...", *op. cit.*, p. 147; Martínez Barraza, "Consumo y comercio...", *op. cit.*, p. 478; Martínez Barraza, "Comercio de mercancías...", *op. cit.*, pp. 15-22; Martínez Barraza, "Comercio minorista...", *op. cit.;* Dobado-González, *op. cit.*, p. 19.

Pese a los avances en el campo historiográfico chileno, resta por conocer aún mayores antecedentes sobre los consumos *per cápita* de la población, cuyo nivel general se ha concebido, pese a la escasa evidencia, como "de corta envergadura" o "de tipo modesto", así como "la miserable condición de las clases inferiores" "no podía ser más asfixiante"[46].

## Plan de la obra

La presentación de este trabajo continúa con el primer capítulo referente a los aspectos teóricos que guían esta investigación. A continuación, en el segundo apartado se delinean las definiciones y estrategias metodológicas adoptadas para el logro adecuado de los objetivos propuestos. Mientras que, en el tercer apartado, se expone la justificación temporal de este estudio, relativo al escenario reformista y al estado del comercio en Santiago de Chile en esa misma época. En la última sección se presentan los métodos de compilación de las variables de estudio y se expone el sistema de recaudación de alcabalas y almojarifazgos instaurado en el distrito capital, aspecto central para entender la riqueza de la información tributaria, los alcances y limitaciones de dichas fuentes y, por lo tanto, de este trabajo.

En el capítulo siguiente se presenta la magnitud y estructura del comercio externo chileno que circuló, de manera legal a través de las aduanas que fiscalizaron esta actividad, en el eje Santiago-Valparaíso. Dicha exposición se organiza desde los aspectos generales de este sector, tales como la trayectoria de los valores de comercio, incluidos sus principales circuitos y composición por origen/destino de las mercancías, más el examen correspondiente del saldo en la cuenta de bienes de la balanza de pagos externa, cuyas materias se tratan en el primer apartado. El análisis de la segunda parte de este capítulo se centra en el conjunto de los agentes que dieron vida a esta actividad, cuya presentación incluye la caracterización de pequeños, medianos y grandes comerciantes y su devenir a lo largo de la época en estudio. En el tercer apartado, dedicado al circuito de las mercancías, se exhiben los principales flujos de entrada y salida del comercio exterior, con atención especial al destino de la oferta importada, según tipos de producto, para visualizar el grado de articulación externo con los sectores comerciales y productivos de Santiago, así como también una primera imagen de las condiciones de vida materiales de aquella población.

El tercer capítulo muestra los principales resultados de la estimación de los valores y la estructura del comercio mayorista local en la jurisdicción de Santiago. En el primer subcapítulo se presentan los principales resultados al

[46] Barros Arana, *op. cit.*, tomo VII, pp. 314-316; Villalobos, *op. cit.*, p. 262; Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 67; Armando de Ramón, *Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana*, p. 112.

examen de la internación mayorista de mercancías locales o de origen chileno, relativos a su trayectoria y composición, en perspectiva comparada con otros espacios coloniales. El segundo subcapítulo da cuenta, desde el ángulo de la oferta, de la organización del mercado interno santiaguino, a través de los agentes participantes y el papel de las haciendas (*hinterland*) en la producción de los géneros circulantes en el comercio local. Mientras que, en la sección final, se exhibe la continuación de esta cadena de abastecimiento capitalina, mediante el análisis de la composición y articulación de los distintos agentes que se identifican en los canales de comercio minorista.

El cuarto capítulo y final revela la magnitud y composición de la oferta disponible a la jurisdicción de Santiago, donde se establece el flujo aproximado de compras de su población en las últimas décadas coloniales, con distinción de los bienes de origen local y externo. En el segundo apartado se presenta el consumo aparente de la población capitalina, a través de la exposición de una serie de indicadores de las principales mercancías locales y externas, con especial énfasis en los consumos *per cápita* para esbozar una imagen aproximada de la evolución de las condiciones de vida de esta sociedad.

Finalmente, se señalan los principales resultados y conclusiones de este trabajo.

## Enfoque teórico, estrategia y variables de investigación

> Yet it is important to place the glamour of long-distance trade against the landscape of economic development[47].

El análisis de los mercados internos es crucial para el entendimiento de los factores que inciden sobre el desempeño económico de un determinado territorio. Un punto de inflexión en la trayectoria e importancia del estudio de esta temática se deriva de los intentos de la "nueva historia del desarrollo" por explorar los orígenes del subdesarrollo de las otrora colonias. Según esta perspectiva, liderada por la influencia de Immanuel Wallerstein y André Gunder Frank, el desarrollo económico de cualquier unidad territorial no puede ser analizado e interpretado sin ajuste a los ritmos cíclicos y tendencias seculares de la economía mundial en su conjunto[48].

A partir de este enfoque, la dependencia colonial, respecto al poderío militar e institucional europeo, habría debilitado a estas economías, mediante controles laborales que favorecieron los términos de intercambio metropolitanos, lo que se tradujo en el desigual comercio de materias primas y minerales por manufacturas de mayor valor agregado. Con el paso del tiempo, estos patrones de especialización habrían empujado a las economías de Europa occidental hacia la industrialización, gracias a la creciente capitalización comercial, y el consiguiente aumento de sus niveles de vida, en detrimento de las economías periféricas, cuya producción se habría estancado en sectores primarios y, como consecuencia, en niveles menores de ingreso *per cápita*[49].

Pese a esta interpretación, la evidencia empírica muestra que a fines del siglo XVIII los flujos de mercancías entre Europa y las regiones periféricas del "moderno sistema mundial" solo equivalían al 20% de las exportaciones y el 25% de las importaciones a nivel global. Por tanto, la aparente importancia del tráfico internacional se debe a su atención aislada como objeto de estudio, esto es, sin relación alguna con el conjunto de la actividad económica y bajo la premi-

[47] Patrick O'Brien, "European Economic Development: The Contribution of the Periphery", p. 18.

[48] *Op. cit.*, p. 1.

[49] O'Brien, "European...", *op. cit.*, pp. 2 y 3; Patrick O'Brien, "The Global Economic History of European Expansion Overseas", p. 27.

sa de que el comercio con la periferia, en base a la "explotación", "intercambio desigual" y "saqueo", era la única actividad rentable de emprendimiento[50].

Frente este sesgo metodológico, cobra importancia el estudio de los mercados internos, ya que permite visualizar el tamaño real de una economía, en base al flujo total de mercancías que circulan dentro de un territorio específico, evitando análisis y conclusiones derivados de un conocimiento parcial de las actividades que componen su estructura. Tal como señala Patrick O'Brien, concebir el comercio internacional de la era mercantil que se inicia en el siglo XVI como una "economía mundial" significa aplicar mal un concepto contemporáneo, que tiene importancia solo para nuestros propios tiempos. En contraste, el desarrollo económico europeo de largo plazo se debe explicar a partir de fuerzas endógenas, tales como la dotación natural o localización climática, la cultura, los regímenes de producción, entre otros factores, más que influencias exógenas como el comercio exterior. Desde el punto de vista europeo, la realización de los logros macroeconómicos relativos al comercio oceánico y el imperialismo dependía de una matriz de vínculos con las economías locales que también participaban de esa arriesgada y depredadora empresa. Como consecuencia, la teoría de la "economía mundial" casi no incide, en la explicación del crecimiento económico del núcleo, en este caso, la Europa occidental[51].

El problema central es identificar (y medir) la incidencia de los factores endógenos en relación con las fuerzas exógenas que, por un lado, promueven el crecimiento en una parte de la economía mundial (Europa) y, por otro, limitan un impulso similar en los continentes de Asia, África y América del Sur. En esta línea, una de las escuelas de investigación para entender la historia económica mundial se enfoca en la aplicación de la teoría macroeconómica keynesiana y se apoya en el instrumental estadístico para medir el progreso material de largo plazo en todos los continentes. Esta corriente se nutre del marco de las cuentas nacionales para especificar y cuantificar una cada vez mayor diversidad de indicadores de ingresos medios, salarios reales y productividades de todo el mundo con fines comparativos[52].

Pese al desarrollo de estas investigaciones durante el último medio siglo, los trabajos solo cuentan a las economías de Europa, América del Norte, Australia y Japón. Aunque estudios más recientes, relativos a la medición de salarios reales, niveles de consumo, indicadores de salud y de mortalidad, así como también de productividades de la tierra y mano de obra para las poblaciones y las fuerzas de trabajo situadas en regiones de la India, China, el sudeste de Asia, América del Sur y África, están empezando a surgir para ampliar la base de datos y facilitar la realización de estudios comparativos sobre los niveles de

[50] O'Brien, "European...", *op. cit.*, pp. 4, 7 y 16.
[51] O'Brien, "European...", *op. cit.*, p. 18; O'Brien, "The Global...", *op. cit.*, pp. 12 y 16.
[52] O'Brien, "The Global...", *op. cit.*, pp. 20 y 22.

vida de larga duración. A pesar de estos avances, la escasez de datos continúa siendo una gran desventaja, en especial, frente a la sospecha de que entre fines del siglo XVIII y el siglo XIX se habría hecho discernible la brecha de desarrollo entre Europa y el resto de los países[53].

A raíz de este déficit investigativo, poco aún se conoce acerca de los determinantes de las brechas económicas entre países y regiones. Dada la ausencia de datos empíricos, las historias globales de progreso material continúan explicándose por medio de metarrelatos marxistas y weberianos que se basan en tres potentes supuestos: i) la superioridad económica y tecnológica de Europa sobre sus colonias; ii) las mejores condiciones políticas, legales, institucionales y políticas europeas, que favorecen el crecimiento, bajo el libre mercado, liderando además el progreso tecnológico y iii) las condiciones geográficas que también afectan el desarrollo material. Pese a que han surgido estudios críticos de esta historiografía que intentan explicar el desempeño económico de los países, en base a indicadores de esperanza de vida, urbanización y consumos calorífricos, entre otros, prevalecen las interpretaciones basadas en estos esquemas generales. Este dominio se refuerza por un aspecto adicional, tal como reconoce Fernand Braudel, persiste además "una desigualdad historiográfica entre Europa y el resto del mundo... Y hasta que el saldo de conocimiento e interpretación sea restaurado el historiador será reacio a cortar el nudo gordiano de la historia del mundo"[54].

Motivado por el mismo interés que Patrick O'Brien, Juan Carlos Garavaglia se aboca al estudio de los mercados internos desde la ladera latinoamericana, esto es, asumiendo que, si fue cierta la participación "periférica" de la periferia, "sería bueno saber la otra cara de la moneda y comprobar si la participación del centro fue 'central' para las economías coloniales". Aunque reconoce la premisa de que América formaba parte del "sistema de la economía-mundo", el mismo autor sostiene que tal generalidad no dice nada "acerca del modo concreto en que cada una de las partículas de nuestra América jugaba su papel en ese sistema". Para Victor Bulmer-Thomas, esta dicotomía entre el "centro" y la "periferia" y las relaciones desiguales de intercambio entre ambas regiones, aunque parecen explicaciones plausibles de la divergencia colonial latinoamericana, respecto a los países desarrollados, han sido incapaces de esclarecer la desigualdad intrarregional[55].

[53] Simon Kuznets, "Economic growth and income inequality"; Paul Bairoch, *Economics and World History: Myths and Paradoxes*; Robert C. Allen, "The Great Divergence in European Wages and Prices from the Middle Ages to the First World War"; Robert C. Allen, "Agricultural productivity and rural incomes in England and the Yangtze Delta, c.1620–c.1820"; O'Brien, "The Global...", *op. cit*., p. 23.

[54] O'Brien, "The Global...", *op. cit*., pp. 23-26.

[55] Juan Carlos Garavaglia, "El mercado interno colonial a fines del siglo XVIII: México y el Perú", p. 219; Garavaglia, *Mercado...*, *op. cit*., p. 23; Victor Bulmer-Thomas, *The Economic History of Latin America since Independence*, p. 13.

Es a partir de la obra de Carlos Sempat Assadourian que se sientan las bases funcionales del mercado interno colonial en la historiografía latinoamericana. En línea con los partidarios del "sistema-mundo" y de la "dependencia", este autor hace hincapié en la importancia de los mercados y los flujos de mercancías comercializadas en la estructuración de la vida económica colonial. Sin embargo, difiere de estas corrientes, al considerar el mercado extra colonial mucho menos decisivo que los circuitos comerciales interiores en la organización económica americana[56].

El problema surge del énfasis que atribuye la historiografía del "sistema-mundo" a los efectos externos de la minería y el desconocimiento de los procesos internos que desencadenó esta actividad, los cuales han conducido a percepciones inexactas sobre la naturaleza y las funciones del sistema económico colonial. De acuerdo a este enfoque, la producción colonial minera, en especial de plata, se considera como estímulo e incluso como factor determinante de la transición europea hacia el modo de producción capitalista, mientras que, en el espacio productor, el colonial, la misma actividad supuestamente contribuyó a la conformación de una economía feudal y natural. Esta concepción, de raíces liberales y marxistas, se refuerza por la teoría de la dependencia, que define a las economías mineras de exportación como *enclaves*, más integradas al mundo exterior que a la economía del territorio en que funcionaron[57].

Dada esta insuficiencia explicativa, Carlos Sempat Assadourian propone probar la existencia de una alta correlación entre las tendencias de la producción minera y las del conjunto de la producción interna como factor principal de la estructuración económica colonial[58]. Desde esta perspectiva, basada en el uso del concepto de producción dominante, de mayor importancia que los mercados extra coloniales o mercados domésticos en el desempeño económico de la mayoría de las regiones de Hispanoamérica fue el conjunto de mercados de mediano y largo alcance, vinculados a redes de comercio interregionales. El mercado interior dentro de las regiones, por tanto, fue de menor importancia que el mercado "externo" americano (es decir, interregional), cuyo dinamismo convirtió a regiones particulares en zonas exportadoras hacia otras regiones de América. Bajo este esquema, Chile fue excepcional en el contexto hispanoamericano. Como consecuencia de la decadencia de la minería aurífera a fines del siglo XVI y su renovada orientación comercial hacia Lima y Potosí como polos de influencia máxima, la matriz productiva chilena se reestructuró en el largo plazo, desplazando la explotación minera por la actividad agropecuaria como sector dominante de la economía, en respuesta a la demanda regional

[56] Assadourian, *El sistema...*, *op. cit.*, p. 256.

[57] *Op. cit.*, pp. 256-257 y 302-306.

[58] Aunque el pionero en enunciar esta relación fue don Fausto De Elhuyar en 1825, citado en Assadourian, *El sistema...*, *op. cit.*, p. 270.

de trigo, en especial desde el mercado peruano. Lo anterior en contraste con la trayectoria contemporánea de Perú, donde "el cultivo de las minas y la elaboración de sus productos" fueron las actividades que ejercieron el dominio sobre el resto. De esta manera, la economía peruana se habría integrado y desintegrado durante el siglo XVII, según auge y caída de la minería potosina y, en menor medida, por la pérdida del poderío comercial de Lima. Mientras que la decadencia de la región novohispana de Puebla/Tlaxcala durante todo el siglo XVIII se habría explicado por su "excentricidad" respecto de las zonas mineras, lo que la dejó al margen del dinamismo de esta actividad en aquel periodo[59].

Según se desprende del trabajo de Carlos Sempat Assadourian, el estudio de los mercados internos a través de sus elementos estructurales, como son la producción, el circuito global de comercialización y distribución de las mercancías y el consumo, constituye un pilar estratégico para avanzar en el conocimiento del sistema económico colonial. En términos metodológicos, este enfoque conlleva, al menos, dos implicancias de importancia para abordar de manera adecuada el objeto de estudio. En primer lugar, el examen aislado de una región que considere solo sus vínculos mercantiles internos puede tener un aspecto muy similar a una "economía natural", en gran medida inmune a cualquier *shock* externo y dominado por las actividades de subsistencia. Colocada dentro de un espacio americano de mayor amplitud, la economía de la misma región podría tener una estructura tal como si estuviera organizada para apoyar la producción de materias primas destinadas a un mercado regional, siempre dentro de los límites americanos. Por tanto, un estudio riguroso del mercado interno de una determinada región debe considerar sus vinculaciones con los espacios externos, cuidando de no aislar el análisis en términos intrarregionales. En segundo lugar, no se debe perder de vista en el análisis del mercado interno la perspectiva urbana rural, vale decir, que las ciudades reflejan la dinámica productiva de sus contornos rurales o *hinterlands*, cuyo control históricamente se ha evidenciado en manos de propietarios que además ejercen el poder político urbano. En consecuencia, las variables de interés para el estudio de la estructuración de los mercados corresponden a la producción y, en especial, a los circuitos comerciales internos, pero también a los conflictos de poder en defensa de los intereses económicos de un determinado espacio, todas las cuales revelarían las relaciones de integración de una ciudad con su *hinterland*, lo que contribuiría al entendimiento de la formación de las futuras regiones modernas[60].

El uso del concepto de región como "espacialización de una relación económica" es pertinente para configurar una escala privilegiada de análisis

[59] Assadourian, *El sistema...*, *op. cit.*, pp. 65-68, 127-154, 165-166 y 259, y Garavaglia y Grosso, "La región...", *op. cit.*, p. 593.

[60] Assadourian, *El sistema...*, *op. cit.*, pp. 302-306.

de los circuitos comerciales de una determinada jurisdicción, utilizando la noción de articulación, y de esa manera comprobar el hilo de su organización espacial como medida de su estructuración mercantil y consecuente desempeño económico[61]. De este modo, el circuito de bienes inherente a la actividad comercial constituye una de las variables centrales de medición para visualizar con estos fines, aunque su definición no está exenta de problemas. Al respecto, Ruggiero Romano establece una triple distinción del comercio colonial hispanoamericano; intercontinental (entre América y España), interamericano (o interprovincial, o sea el comercio entre los diferentes espacios americanos) y local (dentro de cada uno de los espacios americanos). Sin embargo, a partir de la enunciación del concepto de comercio local no es posible delimitar el "espacio americano", ya que depende de las distintas jurisdicciones hispanoamericanas existentes durante el periodo colonial. Es decir, este autor hace referencia de forma indistinta a ciudades o centros urbanos, regiones e incluso áreas culturales cuando plantea el alcance local de esta actividad[62]. Otro ejemplo de esta ambigua delimitación espacial se encuentra en el trabajo de Marcello Carmagnani, donde se circunscribe el comercio interno de Santiago a una "Región" dentro de la Capitanía de Chile, cuya extensión no coincide con los límites del Obispado de Santiago ni del corregimiento homónimo. Dado que el estudio del comercio tardío colonial en este trabajo se basa en el uso de fuentes tributarias, que a su vez proceden de la administración de las alcabalas que se gravaron en los denominados suelos alcabalatorios, es importante distinguir si los espacios hispanoamericanos que estudian los autores anteriores son coincidentes o no con estos últimos[63].

A nivel imperial, un suelo alcabalatorio correspondía a "la unidad mínima a partir de la cual se organizaba la recaudación del impuesto de alcabalas", cuya extensión "venía a coincidir, *grosso modo*, con las jurisdicciones políticas mínimas del orden novohispano". En la práctica esto significó cierta heterogeneidad en la delimitación de los suelos alcabalatorios y sus sistemas de fiscalización respectivos en cada una de las regiones donde se implementó la administración

[61] Eric Van Young, "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas", p. 257; Cavieres, *Servir...*, *op. cit.*, pp. 18-19. Se define en este trabajo el concepto de articulación como aquella: "Relación (o sistema de relaciones) que entrelaza sectores económicos entre sí y con el resto de la economía, a través del intercambio de bienes y servicios, formando un todo integrado (el sistema económico), cuya estructura y dinámica está condicionada por (y condicionada a) la estructura y dinámica de las partes", en Alexander Schejtman, "Economía campesina: lógica interna, articulación y persistencia", p. 133.

[62] Ruggiero Romano, *Mecanismo y elementos del sistema económico colonial americano. Siglos XVI-XVIII*, pp. 273 y 313-322.

[63] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 27 y 387. Dicha "Región" comprendió los corregimientos de Cuz-Cuz, Quillota, Aconcagua, Valparaíso, Melipilla, Rancagua, Colchagua, Maule e inclusive el de Santiago, restando de este análisis, siendo parte del Obispado de Santiago, los corregimientos de Copiapó, Coquimbo, más la Provincia de Cuyo que a partir de agosto de 1776 se traspasó a la jurisdicción del recién fundado Virreinato de La Plata.

real. En Nueva España, por ejemplo, los suelos alcabalatorios o también denominados "receptorías" coincidieron en la mayoría de los casos con la división de las Intendencias[64]. Mientras que, en Chile, desde el momento de la puesta en marcha de la administración real en 1773, correspondió a la jurisdicción política-administrativa mínima de la Capitanía, es decir, el corregimiento, o desde el año 1786, el partido, con la adopción del régimen de Intendencias. En consecuencia, la delimitación del suelo alcabalatorio no siempre es la misma que los espacios comerciales que define Ruggiero Romano para el ámbito local.

Dado que cada sistema fiscal, pese a concebirse centralizadamente para cumplir con los intereses reales, se "regionalizó" según el despliegue espacial de los circuitos comerciales identificados, la comparación de la organización mercantil entre economías hispanoamericanas se enfrenta a la dificultad de conciliar los sistemas de tributación que se implementaron en cada uno de los espacios. Ante esta problemática, Antonio Ibarra define un esquema de la organización regional mercantil de Guadalajara para el periodo 1790-1811, a partir del sistema de fiscalización de las actividades comerciales implantada en territorio novohispano. Como resultado, los circuitos de comercio gravados reflejaron, además de la estructura del mercado interno o regional, compuesta por la ciudad y su *hinterland*, una doble exposición externa: i) el mercado extrarregional, relativo a la circulación de efectos de origen novohispano y ii) el mercado externo o ultramarino, que incluyó el tráfico de géneros de Europa, China y, en menor medida, de Perú[65].

Este esquema de corto, mediano y largo alcance del comercio novohispano colonial es también apreciable en la estructuración de los mercados regionales del cono sur americano, en especial, de las localidades interiores rioplatenses, tales como: Potosí, Córdoba, Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy, Mendoza, San Juan y San Luis. De modo similar, estas provincias enfrentaron una triple escala comercial, tanto a nivel interno, relativo al circuito urbano rural local o de procedencia rioplatense, como externo, en sus dos vertientes: el tráfico regional de efectos vinculado al Pacífico, incluido aquel de procedencia chilena, y el intercontinental compuesto por enseres europeos intermediados a través de la plaza bonaerense. De esta forma, salvaguardando las diferencias entre unos y otros espacios mediante el uso de estas categorías, es plausible comparar el grado de exposición externa que enfrentaron las distintas economías coloniales, cuyo balance aún es incierto a nivel hispanoamericano[66].

[64] Ernest Sánchez, "Fiscalidad, administración y territorio. La renta de alcabalas en el tránsito de la Colonia a la Independencia (1754-1838)", p. 54; Jorge Silva Riquer, "Una nueva fuente. Las alcabalas", p. 154.

[65] Antonio Ibarra, "La organización regional del mercado interno colonial novohispano: la economía de Guadalajara, 1770-1804", pp. 143-146.

[66] Tandeter *et al*., "Flujos mercantiles...", *op. cit*.; Müller, *op. cit*.; Palomeque, "La circulación...", op. cit.; Cristina López de Albornoz, "Tiempos de cambio: producción y comercio en Tucumán (1770-1820)"; Assadourian y Palomeque, *op. cit*.; Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*

Por su parte, la aproximación al consumo a través de la circulación comercial de bienes, sobre todo de alimentos, en tanto se asimila a la historiografía de la alimentación más tradicional, cuyo foco es la historia cuantitativa nutricional, no está exenta de obstáculos, entre ellos: i) la adecuada conversión de raciones alimenticias a calorías en el tiempo; ii) la diferencia entre los volúmenes de oferta y los niveles efectivos de consumo y iii) la desigual distribución alimenticia entre grupos sociales, incluso dentro de estos, en contraste al promedio que se suele asignar a un conjunto de consumidores. Pese a estos problemas, se valora el consumo alimenticio, en términos nutricionales, considerando un estándar mínimo para la supervivencia y, por extensión, de la calidad de vida de una población determinada. Esto no significa desestimar la diferencia entre el consumo de una sociedad y su real condición de vida que, sin duda, depende también de aspectos sociales y culturales[67]. Por el contrario, la atención sobre la cuantía del consumo representa un cierto adelanto a futuras perspectivas para comprender de manera global la historia de la alimentación[68]. En consecuencia, y aunque sobrepasa los límites de este trabajo, no se puede desconocer la cuestión del estatus propia de sociedades coloniales, cuya máxima expresión fue la esclavitud de una parte de la población, que si bien pudo gozar de alimentación suficiente no habría mejorado su posición social. Importa esta aclaración, ya que uno de los objetivos de esta investigación es mostrar el consumo aparente de la población santiaguina en general, esto es, de los volúmenes disponibles de mercancías para su alimento, vestuario y vivienda, lo que deja abierta la opción para estudios complementarios sobre el consumo diferenciado que pudo darse en ese contexto[69].

Otra vía posible para analizar la evolución del fenómeno de consumo, como fin último de todo proceso económico, se relaciona con rastrear la conducta "industriosa" de los hogares tardío coloniales, vale decir, comprobar en qué medida interactuaron los sistemas productivos del mercado con los domésticos. La denominada "revolución industriosa", concepto adoptado por Jan De Vries, se remite a la reorientación de los hogares en Holanda e Inglaterra de mediados del siglo XVII desde labores productivas para autoconsumo hacia una organización destinada a producir para el mercado y, como consecuencia, a adquirir bienes y servicios suministrados por el mismo. Este fenómeno, cuyo

[67] María de los Ángeles Pérez Samper, "La historia de la historia de la alimentación", p. 120; Maurice Aymard, "Para la historia de la alimentación: algunas observaciones de método", pp. 260-264; Jean Louis Flandrin, "Historia de la alimentación: Por una ampliación de las perspectivas", pp. 8-9 y 12.

[68] Por ejemplo, la perspectiva biológica, cuya atención es la evolución generacional de las dietas y la sociocultural, cuyo foco son las diversas pautas alimenticias de los grupos sociales, en Pérez Samper, *op.cit.*,p. 120.

[69] Siguiendo a Aymard, *op.cit.*, p. 264; toda comparación de la alimentación entre poblaciones enteras "implica el retorno de los consumos efectivos a las disponibilidades...", "... aunque tenga que encontrarse posteriormente la diversidad de las situaciones concretas".

motor fueron las nuevas aspiraciones materiales de los hogares, se verifica mediante el examen histórico de dos aspectos: i) la intensificación, prolongación y amplificación de la oferta de trabajo y, de interés para este estudio; ii) la trayectoria de los patrones de consumo. Desde esta última perspectiva, el consumidor moderno se asocia, por un lado, a la demanda por bienes de circulación mundial como lo fueron el azúcar, el cacao y el tabaco, mientras que, por otro lado, a la presencia de redes de comercialización y distribución. Respecto a esto último, se valora la relación entre consumidores y establecimientos de comercio minoristas, incluidos aquellos dispuestos para ofrecer consumo social, cuya distribución ("coagulación") espacial habría permitido "comprar con mucha más frecuencia que el viejo sistema de mercados periódicos de las villas", propiciando con ello "una nueva forma de vida en muchos hogares". Una aproximación a ambas materias es viable a través del análisis cuantitativo de los flujos de mercancías y agentes que esta investigación propone[70].

## Definiciones y estrategias metodológicas para el estudio del comercio interior de Santiago tardío colonial

A diferencia de los trabajos de Marcello Carmagnani, Armando de Ramón y José Manuel Larraín, el examen del comercio interior se aborda en esta investigación en perspectiva regional, esto es, asumiendo que el espacio urbano de Santiago constituyó un lugar central dentro de un sistema espacial más amplio que incluyó a sus zonas aledañas relacionadas o *hinterlands* y los agentes económicos. Bajo este esquema, Santiago, que concentró todo tipo de funciones estatales y eclesiásticas como capital de la Capitanía de Chile desde su fundación, operó como "el eje de un sistema jerárquico que incluye otros asentamientos o comunidades relacionadas con él de modo permanente"[71].

Por medio de esta escala de visualización, y la distinción entre suelos alcabalatorios y espacios comerciales, se definen los límites genéricos del comercio interior para precisar el foco de estudio de este trabajo. Tal como se concibe hoy, esta actividad económica incluye las transacciones de bienes sin transformación entre agentes situados al interior de una determinada jurisdicción política-administrativa, independiente del origen de las mercancías incluidas en el intercambio. En complemento, corresponden al comercio exterior las

[70] Jan De Vries, "Between Purchasing Power and the World of Goods: Understanding the Household Economy in Early Modem Europe", p. 108; Jan De Vries, "The industrial revolution and the industrious revolution", pp. 255 y 256; Jan De Vries, *La Revolución Industriosa. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*, pp. 95-151 y 154-214.

[71] Carol A. Smith, *op. cit*., pp. 41 y 42. En las obras de los autores mencionados, la referencia espacial de Santiago corresponde a una delimitación similar, pero no idéntica, al Obispado/Intendencia homónimo, ver De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit*., pp. 40-45 y Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit*., pp. 27 y 387.

transacciones entre agentes situados en unidades jurisdiccionales distintas, cuya operación implica el intercambio y distribución de mercancías entre un espacio y otro. La diferencia entre el periodo tardío colonial en estudio y la actualidad radicaría entonces en la unidad política-administrativa de referencia para distinguir si el comercio es de carácter interno o externo.

Con este fin, se delimita el objeto espacial de esta investigación que corresponde al corregimiento de Santiago, perteneciente al Obispado homónimo, el cual abarcó además de la ciudad, su zona rural circundante[72]. Esta última se dividió en doctrinas o distritos constituidos por la iglesia a principios de la época colonial para una evangelización eficiente de la población[73]. Tal como lo describió el teniente de corregidor Antonio Gómez en 1780, los límites del distrito capitalino fueron:

> "Por la parte del norte corre para el sur desde la cima de la cuesta que llaman de Chacabuco..., hasta llegar a las barrancas del río Maipo, deslinda por la una parte de la estancia que llaman la Calera..., lo que siguiendo dicha circunferencia por la orilla de dicho río para el oriente, hasta llegar a la cima de la cordillera, que deslinda la hacienda del Sr. Conde de Sierra Bella. Y de allí, corriendo por el poniente hasta llegar a la cima de la cuesta que llaman de Prado, deslinda la hacienda del Sr. Marqués de Monte Pío, cuya distancia de norte a sur se compondrá de 20 leguas, y por lo que pertenece de oriente a poniente se suponen 14 leguas poco más o menos"[74].

A partir del año 1786, con la instauración del régimen de Intendencias en Chile, esta misma superficie se denominó Partido de Santiago, continuando así hasta la primera mitad del siglo XIX[75]. Según cifras del primer censo al Obispado de Santiago en 1778, la mayor densidad demográfica se concentró en aquel espacio, cuyos 38 330 habitantes representaron el 21,6% de la población de esta jurisdicción mayor[76].

[72] Además, el Obispado de Santiago incluyó, de norte a sur de la Capitanía de Chile, los corregimientos de Copiapó, Coquimbo, Aconcagua, Quillota, Provincia de Cuyo, Puerto de Valparaíso, Melipilla, Rancagua, Colchagua y Maule. Los límites del casco urbano santiaguino fueron: La Chimba (ubicada en la ribera norte del río Mapocho) por el norte, calle Morandé por el poniente, paseo La Cañada (o la actual avenida Alameda) por el sur y Cerro Santa Lucía por el oriente, en base a "Plan de la Ville de Santiago, Capitale du Chili" de Jacques Nicolas Bellin, *Le Petit Atlas Maritime Recueil de Cartes et Plans des Quatre Parties du Monde*, p. 71.

[73] Sociedad Bibliográfica de Santiago, *La Provincia Eclesiástica Chilena, Erección de sus Obispados y División en Parroquias*, p. 162. Las doctrinas del corregimiento de Santiago fueron: Colina-Til Til-Lampa, Quilicura, Renca, Chuchunco, Santa Cruz, Tango, Ñuñoa y El Salto.

[74] Francisco de Solano (ed.), *Relaciones económicas del Reino de Chile (1780)*, p. 101.

[75] Barros Arana, *op. cit.*, tomo VI, pp. 328-329. En adelante, se entenderá a Santiago en este estudio como la jurisdicción que abarcó el casco urbano y las doctrinas rurales del corregimiento/partido homónimo, a menos que se indique que se trata del Obispado/Intendencia.

[76] Proporción, en base a Marcello Carmagnani y Herbert S. Klein, "Demografía Histórica: La Po-

En correspondencia con las dimensiones definidas del comercio y la delimitación espacial establecida, la unidad política-administrativa de referencia para esta investigación corresponde a la Capitanía General de Chile. Vale decir, el comercio interior de su capital se define como aquel intercambio de mercancías realizado por intermediarios avecindados en este distrito. Mientras que el comercio exterior correspondió al intercambio de mercancías que se llevó a cabo, por un lado, mediante rutas terrestres, incluyendo los pasos cordilleranos que unieron a las provincias rioplatenses con la ciudad de Santiago y, por otro, a través de los derroteros marítimos que conectaron a esta capital, servida por el puerto de Valparaíso, con el resto de los mercados externos. Sin embargo, dado que el énfasis de este estudio es indagar en profundidad la articulación del mercado interior santiaguino, como medida del desempeño económico de este espacio y sus consecuencias sobre las condiciones de vida materiales de la población, se debe distinguir entre el comercio interior, que incluye los circuitos de bienes importados, y el intercambio que solo consta de mercancías de origen chilenas. Esta última actividad, que se denomina comercio local en este trabajo, corresponde a un subconjunto del comercio interior destinado, en este caso, a Santiago, ya que en rigor no considera los bienes importados o procedentes desde fuera del espacio de referencia, es decir, la Capitanía de Chile[77].

Delimitadas ya las esferas del comercio capitalino, se definen tres categorías analíticas para reconstruir el conjunto de circuitos que configuraron la organización del mercado interno de esta ciudad, a saber: i) el comercio local, relativo con el circuito mayorista de mercancías de origen chileno; ii) el comercio externo de alcance regional o americano, que incluye la doble escala de intermediaciones con los virreinatos vecinos de Perú y Río de La Plata y iii) el comercio externo intercontinental o europeo. De esta manera, el comercio interior que comprende la cuantía y estructura de la oferta disponible de bienes en el área de estudio se configura a partir de la agregación del comercio local, más las importaciones, propias del intercambio con el exterior, ya fueran estas con agentes americanos o europeos, la mayor parte de ellos metropolitanos[78].

Por medio de esta categorización se pretende estudiar la actividad comercial capitalina del pasado en su real dimensión, en contraste al sobrevalorado protagonismo que ha asignado la historiografía, en general, a la actuación de

---

blación del Obispado de Santiago 1777-1778". Población similar a Buenos Aires, que alcanzó a 37 679 habs. en 1778, incluidos sus curatos rurales, en Comadrán, "La población...", *op. cit*., pp. 128-130.

[77] El resto del comercio exterior de la Capitanía de Chile, minoritario respecto a la actividad de Santiago y su puerto Valparaíso, se llevó a cabo desde las plazas-puertos de Concepción-Talcahuano y La Serena-Coquimbo, al sur y norte del Obispado de Santiago.

[78] El circuito local de comercio santiaguino se compone, al igual que en el contexto novohispano, de la ciudad y sus áreas de influencia rurales o *hinterlands*, ubicadas en las doctrinas circundantes y zonas productivas del Obispado/Intendencia homónimo.

los grandes mercaderes y su vinculación con los circuitos externos, excluyendo con ello al grueso de la población económicamente activa[79]. Por otro lado, aunque la estructura de las mercancías que circularon a través del comercio exterior chileno se conoce en líneas generales por medio de crónicas, memorias e informes de internación y exportación para ciertos años puntuales del periodo tardío colonial, el acento en esta evidencia se ha puesto en el permanente estado deficitario de la balanza comercial chilena, más que en el examen inteligible de los circuitos de comercio y su composición, en términos de la naturaleza y el destino de los bienes que se intercambiaron. Por tanto, se omite la atención sobre la integración de esta actividad con el resto de los sectores demandantes y productores y, en especial, su impacto económico en el bienestar material de la población, invisibilizando con ello parte de la estructuración interna de los mercados en esta economía[80].

Esto último se relaciona con otra de las proposiciones metodológicas de este trabajo, la que plantea la necesidad de tratar el comercio, en sus distintos planos, como un observatorio situado en la intersección del proceso económico, lo que conlleva retos adicionales, en términos analíticos. En relación a los circuitos de comercio externos, esta estrategia requiere de un ejercicio permanente de compatibilización entre la oferta y demanda de los bienes transables, la cual se traduce en comparar el nivel y la estructura de las exportaciones chilenas, cuyo registro se originó en la documentación de la fiscalización aduanera local, con el tamaño y composición de las importaciones, consignados en las oficinas administrativas de los mercados de destino y *viceversa.* A partir de este ejercicio, se concilian las variables de mercado y, con ello, se presentan inteligibles las diferencias que pudieron darse en una ladera u otra al momento de agregar las cifras. Esto implica, por cierto, un esfuerzo mayor en términos de recopilación de fuentes, no solo cuantitativas, sino también cualitativas, tanto de origen chilenas como de los socios comerciales. A nivel del comercio local, por su parte, de modo similar al esquema de trabajo de Armando de Ramón y José Manuel Larraín, los hallazgos en materias comerciales se contrastan tanto con evidencia relativa a las actividades productivas que dieron origen a la oferta de mercado como con antecedentes que revelan la demanda de los bienes destinados a Santiago y, de ese modo, fundamentar la interpretación de los resultados relativos a la evolución, magnitud y estructura de esta actividad.

[79] Esta sobre exposición histórica de ciertos mercaderes que operaron a gran escala y en diversos giros durante aquella época responde, en parte, a la disponibilidad de epistolarios que dejaron estos agentes, a raíz de la comunicación periódica con pares de otras plazas comerciales, cuyo uso es intensivo en la historiografía del periodo.

[80] El trabajo de De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 156-162 y 183-206; aunque no hace referencia explícita a la desfavorable balanza comercial chilena, sí presta atención al efecto de la importación de ciertos bienes en el consumo. Sobre todo de productos relevantes para el bienestar de la población chilena a fines del siglo XVIII, tales como azúcar y textiles americanos.

## Justificación temporal del estudio: pináculo del reformismo borbón en Chile y actividad comercial de Santiago

Desde el punto de vista temporal, al adoptar la perspectiva regional, se asume la referencia a una sociedad de base agraria cuyo asentamiento urbano, pese a su crecimiento, prolongó con matices el mundo rural. Como consecuencia, en la producción de mercancías de origen chileno que constituyeron el grueso del intercambio con el exterior, incidieron de manera notable las condiciones climáticas y sus anomalías. En este mismo sentido, se busca rastrear la unidad histórica del proceso económico santiaguino tardío colonial a partir de los cambios en la configuración de los circuitos de bienes y relaciones mercantiles y la articulación de la actividad comercial interna y externa, independiente de la noción centralizante que domina la concepción de las historias nacionales. Esto es importante, puesto que continúa vigente en la explicación del devenir económico chileno la noción, bajo este esquema, de que Chile recién después de la década de 1830, ya liberalizada la República, aunque subordinada a nuevos actores (británicos, en vez de los antiguos españoles y peruanos), habría alcanzado la forma de un mercado "único de carácter colonial" como antesala de un mercado nacional capitalista. En contraste, la escala de observación regional supone la superación de estas interpretaciones limitadas al marco nacional preestablecido "para la construcción de un pasado extremadamente más rico y complejo". En especial, si se atiende al desempeño económico, en este caso de la jurisdicción de Santiago, en un contexto tardío colonial de agitada actividad comercial previo al supuesto proceso de modernización que habría comenzado a tomar diversas formas recién a partir de la ruptura del lazo colonial con la metrópolis[81].

Medio siglo antes, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII comenzó a intensificarse el amplio programa modernizador del orden colonial llevado a cabo por la administración borbónica, cuyo contenido central se desplegó fundamentalmente en materias de hacienda. En este contexto, las autoridades metropolitanas implementaron en Chile un intenso proceso de cambios

[81] Nidia Areces, "La historia regional y la historia económica en la historiografía argentina de las etapas coloniales durante los últimos veinte años. A modo de balance y hacia una agenda renovada", p. 374; Susana Bandieri, "La historia en perspectiva regional. Aportes conceptuales y avances empíricos", pp. 15 y 16; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit*., pp. 307-321. Según Gabriel Salazar, "Dialéctica de la modernización mercantil: intercambio desigual, coacción, claudicación (Chile como *west coast*, 1817-1843)", p. 25, este proceso modernizador de la segunda mitad del siglo XIX, que pudo ser influido o por la actuación de los mercaderes ingleses o por la transformación de Valparaíso en un entrepot moderno o la obsecuencia modernizadora de la élites locales, admite varias lecturas históricas, distintas a la que se deriva de una única mirada unilineal, "las que, en el balance final, pueden desmitificar o refutar el (predominante, pero ingenuo) discurso benéfico (edípico) de la modernidad".

institucionales y administrativos concebidos para estos fines, destacando, tempranamente, la puesta en marcha del Real Estanco de Tabacos (1753) y la Contaduría Mayor de Cuentas (1767-1768) y años después el traspaso al control metropolitano de la Administración General de Correos (1770-1772), la Casa de Moneda y la Administración de Alcabalas y Almojarifazgos (1772-1773). Junto a la promulgación del Reglamento de Libre Comercio en 1778 y a la implantación del régimen de Intendencias en 1786, entre las medidas económicas y administrativas de mayor importancia para el concierto hispanoamericano en general y chileno en particular. En paralelo, sobre todo desde el último tercio del siglo XVIII hasta el año 1810, periodo específico en que se concentra la presente investigación, se evidencia en Santiago una trayectoria histórica ascendente en términos demográficos y económicos. Fue durante esta época que experimentó un notable crecimiento de su población, alcanzando a alrededor de 60 000 habitantes en el año 1810 y consolidando con ello su proceso de urbanización. Como consecuencia, se incrementaron las actividades agrícolas y comerciales, aumentó la oferta de moneda menuda para facilitar la intermediación minorista en la capital y, pese a la subida general de los niveles de precios en la última década colonial, los salarios reales de los trabajadores urbanos menos calificados se mantuvieron por encima de los niveles de subsistencia[82].

En términos fiscales, con la puesta en marcha de la Administración de Alcabalas y Almojarifazgos de Santiago a principios del año 1773, el sistema de recaudación tributaria se implementó de manera parcial en la Capitanía, puesto que solo afectó en un principio al comercio interior de la capital y la circulación de productos entre Chile y el exterior. A nivel local, las mercancías, sin importar su origen, fueron sometidas a un doble cobro de alcabala: uno por la venta mayorista al comerciante minorista y otro, a continuación en esta cadena, por la venta minorista al consumidor final. En cuanto al intercambio con el exterior, se gravó el tráfico de bienes entre Chile y los mercados americanos e intercontinentales, gravándose con derechos reales de almojarifazgos y alcabalas, tanto a la entrada como salida de las mercancías, ya fuera por vía marítima o terrestre.

En paralelo a la creciente fiscalización tributaria sobre la actividad comercial, la apertura del comercio externo hispanoamericano que se materializó en el reglamento de Libre Comercio entre España y las Américas en 1778, sin duda afectó la atmósfera mercantil chilena, en especial, de Santiago. Aunque este proceso ya se venía estructurando con anterioridad, desde 1740, cuando se inició

[82] Agnes Stapff, "La renta del tabaco en el Chile de la época virreinal", p. 6; Sonia Pinto, Luz María Méndez *et al*., *Antecedentes históricos de la Contraloría General de la República*, pp. 144-158; Barros Arana, *op. cit*., tomo VI, pp. 239-246; Barros Arana, *op. cit*., tomo VII, pp. 323-330; Villalobos, *op. cit*., pp. 100-106; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit*., 300-305 y 336-337; De Ramón, *Santiago...*, *op. cit*., pp. 89-125 y 185; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit*., pp. 179 y 253; Quiroz, "Variaciones...", *op. cit*.; Llorca Jaña & Navarrete Montalvo, *op. cit*., p. 89.

la adopción de los navíos de registros para servir el tráfico intercontinental a través del Cabo de Hornos. Como consecuencia, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, se habría vivido en Chile una recurrente inundación de mercancías, en especial, europeas, que llevó, según Sergio Villalobos, al infortunio y quiebra del comercio, agudizó la competencia sobre la industria local y promovió la excesiva salida de medios de pago debido a la liquidación del permanente déficit de la balanza comercial. Aunque también tuvo sus ventajas, en especial, sobre la caída general de precios de productos importados, la promoción de mayores exportaciones metálicas y la expansión de nuevos negocios. Sobre todo después del despegue de la economía rioplatense, tras varias medidas que dinamizaron su desempeño desde mediados de siglo, lo cual favoreció la "independencia económica chilena, respecto al Perú"[83].

En el ámbito local, se enfrentaron de manera recurrente diversos segmentos comerciales capitalinos, incluidos los abastos, con las autoridades del Cabildo, quienes pese a las crecientes demandas mantuvieron el tradicional régimen de regulaciones. Uno de los aspectos que más preocupó al Cabildo fue el permanente control sobre las actividades de panaderos y carniceros, cuyos conflictos se hicieron cada vez más frecuentes desde la segunda mitad del siglo XVIII. Entre sus mayores preocupaciones estuvo la política de precios para el abasto de pan, que se remonta a 1759, año en que se estableció un nuevo mecanismo para regular este expendio, gracias a un experimento promovido por el Cabildo, que determinó la cantidad de pan que debía elaborarse por una cantidad definida de harina. Bajo este nuevo marco, la variable de ajuste, en contraste al pasado, fue el peso del pan, el cual varió según las fluctuaciones en el precio de la harina. Tal lógica arancelaria se mantuvo durante todo el periodo colonial restante[84].

En paralelo, bajo el celo del Juez de Abastos, funcionario municipal que desde mediados de siglo se encargó de velar por el cumplimiento de las normativas que afectaron el comercio menor, se sucedieron las principales demandas por mayores libertades económicas para la comercialización de víveres. Así en 1782, el gremio de Labradores, ante el restrictivo arancel que ajustó la venta de sus cosechas, solicitó que:

> "estos frutos como que son los primeros que producen nuestros desvelos y fatigas, se nos permita venderlos al precio que en Chile se han vendido siempre en la actual estación, y que no se nos obligue á dar por medio real la porción que ha impuesto el precipitado Regidor por no poderse compensar de otro modo los costos que tenemos que impender en las Labranzas"[85].

[83] Villalobos, *op. cit*., pp. 74-75, 93, 100, 224 y 262-263.

[84] De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit*., pp. 121 y 122.

[85] Julio Alemparte, *El Cabildo en Chile Colonial (Orígenes municipales de las repúblicas hispanoamericanas)*, p. 155.

A lo largo de este período, estos reclamos fueron cada vez más elocuentes y reiterados. Tal fue el caso de la ordenanza que en 1794 dictaron las autoridades del Cabildo, a propósito del abasto y las carnicerías:

> "Asimismo acordaron que en atención a haber llegado a sus oídos los clamores del público sobre el desorden en que están los abastos a causa de la mucha estafa de sus vendedores y los muchos revendedores de que abunda la plaza, y que el arancel de carnes que ha regido hasta el día se hizo muchos años ha, cuando valían los ganados mayores nueve y diez pesos y los carneros a ocho reales, estando hoy unos y otros a mucho menos precio: se encargue la formación de nuevo arancel a los señores don Justo Salinas y don Juan Bautista de las Cuevas, quienes lo harán con arreglo a los precios y circunstancias presentes, y concluido se entregará al señor Juez de Abastos, para que con vista de él haga se guarde y cumpla en todas sus partes, y castigue a los Infractores según su mérito"[86].

Un año después, como quedó constatado en las actas municipales, fueron los mismos carniceros quienes solicitaron:

> "... la extraña pretensión..., para que se le[s] dejase libremente vender las carnes sin estar su venta por menor y por pieza según la costumbre inmemorial de esta y el precio de ellas sujeta a los aranceles formados por este Ilustre Cabildo",

aunque esta demanda fue rechazada por los cabildantes, ordenándose que "no se innove cosa alguna en la materia, ni se admita otra representación a los referidos carniceros"[87].

Por lo visto, durante este período se configuró un extendido escenario de pretensiones por mayores libertades económicas en el ejercicio del comercio, el cual chocó de manera continua con la normativa tradicional humanista de Antiguo Régimen que resguardó el bien común de la población evitando los excesos asociados al mercantilismo. Sin embargo, dado que los desórdenes continuaron, el Cabildo tuvo que asumir la poca efectividad de la política hasta entonces adoptada. Como consecuencia, ya a principios del siglo XIX, se reconoció la necesidad de estudiar el nuevo contexto comercial para regularlo, según el comportamiento observado en aquellos tiempos, lo que se refleja en la siguiente solicitud del Cabildo al Juez de Abasto en 1803:

> "Pero como en esta delicada materia se descubren cada día embarazos desconocidos que frustran las medidas más acertadas, y aparecen nuevos

[86] SChHG, *Actas del Cabildo de Santiago*, tomo 35, p. 248.
[87] SChHG, *op. cit.*, tomo 36, p. 8.

arbitrios de eludirlas por el interés que tienen en hacerlo personas que prefieren una sórdida utilidad privada a la del público, se le encarga particularmente que después de bien observados y de meditar los remedios, los proponga al Cabildo para que adopte los más convenientes.

... Debiendo justamente recelarse de la ineficiencia de los reglamentos que hasta hoy se han creído adecuados para conciliar la abundancia, precio cómodo y buena calidad de los comestibles con el beneficio de los expendedores, sin el cual no pueden corregirse aquellas ventajas que generalmente se cifran en la libertad de darles valor que estimula al cultivo, pesca, crianza de ganados y curia en la preparación de las especies que sirven de alimento, y en la concurrencia que facilita la elección de lo mejor y caro, o de lo basto y barato, de que resulta la comodidad del que compra y recompensa a la fatiga y riesgos de los que trabajan en mejorar sus efectos, o de presentarlos a pesar de las estaciones. Con esta consideración le encargaron que indagase [al Juez de Abastos recién nombrado] el modo de adoptar tales principios, y que pulsando la conveniencia de ellos y los obstáculos, los manifieste para examinar si puede practicarse este sencillo medio que se anuncia como el único capaz de poner orden en una materia que no la ha tenido, tal vez por habérseles dado reglas contrarias o demasiado combinadas"[88].

Pese a este reconocimiento, la política municipal de Antiguo Régimen no varió ni tampoco las demandas. Prueba de ello, fueron los nuevos reclamos referentes al abasto de pan en los años 1803 y 1804, entre los cuales se solicitó, por parte del gremio de panaderos, el nombramiento de un funcionario especializado en este ramo para aumentar la fiscalización sobre esta industria y la necesidad de diseñar un nuevo arancel que regulase el precio del pan:

"ya por el crecido número de individuos que se emplean en la fábrica y venta de este alimento, ya por la extensión del pueblo y sus inmediaciones, ya sobre todo por el interés que tienen en eludir la vigilancia de la justicia y de sus mismos Autos"[89].

Es, por tanto, bajo este escenario de fuertes contradicciones en el quehacer de la actividad comercial que se desarrolla esta investigación, según los lineamientos metodológicos presentados y mediante el uso de métodos y fuentes que a continuación se detallan.

[88] SChHG, *op. cit.*, tomo 36, pp. 84-86.
[89] *Op. cit.*, pp. 104-107 y 126-127.

## Método de compilación de las variables de estudio y caracterización de las fuentes documentales: alcances y limitaciones

El método general de este trabajo consiste en estimar los valores y estructuras, relativos a los circuitos de comercio interior de Santiago, según las categorías analíticas presentadas, para las últimas cuatro décadas del periodo colonial, mediante la compilación de antecedentes tributarios con que se gravó esta actividad. En congruencia con la jerarquía institucional y económica del corregimiento/partido capitalino este distrito, en tanto suelo alcabalatorio, cuenta con una rica fuente de registros tributarios generados a partir del reformado aparato fiscalizador que instauró la metrópolis sobre sus colonias. Esta estructura facilita, en segunda instancia, la comparación de manera fiable con el resto de los espacios hispanoamericanos en materia comercial, lo cual contribuiría a establecer con mayor precisión la importancia relativa de la capital chilena en el concierto económico de la época.

Los derechos reales sobre alcabalas y almojarifazgos corresponden a las principales fuentes fiscales para observar la evolución y caracterización de estas actividades, a partir de la expansión de los montos de recaudación que se registraron desde 1773 a 1810[90].

Por su parte, para revelar la composición de los segmentos que conformaron la actividad comercial minorista de Santiago se agregan los agentes por sus distintos giros, según el detalle que se obtiene a partir de los derechos de alcabalas y antecedentes específicos con que se fiscalizaron las ventas de estos contribuyentes.

Para conocer la articulación de los distintos canales del comercio mayorista y minorista a través del flujo de bienes, se clasifican las mercancías de todo origen, distinguiéndose entre insumos y bienes finales. En complemento, se identifica el uso (intermedio y final) de la oferta (local e importada) para valorar el grado de integración del comercio con otros sectores productivos y el mercado consumidor santiaguino.

En otro ámbito, si bien las transacciones se registraron en unidades monetarias también pudieron reflejar operaciones de trueque, lo que implica el uso complementario de fuentes cualitativas que escapan a los límites de este trabajo para verificar con mayor precisión el grado de monetización o uso de la moneda como medio de pago en la economía de la capital. No obstante, a través de los canales del comercio, como examen preliminar de este fenómeno, se construyen directorios, distinguiendo entre comerciantes mayoristas (de las actividades local y externa) y minoristas, cuyo nivel de intersección permite una aproximación al estado de esta materia y su relación con la población consumidora.

[90] Método similar para estimar los valores de comercio de Chile, en Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 175-177.

Con la identificación de las mercancías de todo origen disponibles en la oferta del comercio interior a la jurisdicción de Santiago y la conversión de unidades de medida y rendimientos asociados al beneficio del ganado, se estiman además indicadores del consumo aparente[91] de esta población. Mientras que, para mayor aproximación a las condiciones de vida de los santiaguinos, se utiliza el censo de 1777-1778 publicado por Marcello Carmagnani y Herbert S. Klein y las proyecciones de crecimiento demográfico del Obispado de Santiago y Chile, con el fin de determinar consumos de volúmenes *per cápita*. Resultados que, al cotejar con otras economías, permiten, a lo menos, establecer una jerarquización del estándar de vida material de esta sociedad, en relación al concierto hispanoamericano y mundial contemporáneo[92].

La riqueza de los antecedentes tributarios, en especial de los registros de alcabalas y almojarifazgos, tal como se ha estudiado extensamente en Hispanoamérica, contribuye a un conocimiento más acabado de las materias que se proponen en esta investigación.

De acuerdo al *Diccionario de Hacienda* de José Canga Arguelles, la alcabala "lleva este nombre arábigo en España el derecho que se cobra sobre el valor de todas las cosas muebles, inmuebles y semovientes que se venden ó permutan". Mientras que, respecto a los almojarifazgos señala:

> "... saberos que los árabes trajeron á [sic] la península las 'aduanas', conocidas en ella ya desde la época de los emperadores romanos, y establecieron ciertos derechos á la entrada y salida de los géneros, confiando la recaudación á unos ministros llamados 'almojarifes', de los cuales tomaron las 'aduanas' el nombre de 'almojarifazgo'"[93].

Si bien, fueron varias las modalidades que se emplearon en los distintos espacios coloniales del imperio español para fiscalizar el cobro de estas gabelas, a partir de las reformas de mediados del siglo XVIII, en que la Corona reforzó la centralización del aparato estatal y el control sobre las finanzas regias, su recaudación pasó, en general, a la administración directa por funcionarios reales[94].

[91] Dados los obstáculos mencionados con anterioridad, que dificultan la aproximación al consumo efectivo de un determinado grupo social, se utiliza en este trabajo el concepto de consumo aparente, el cual expresa la oferta disponible de bienes para una población en un tiempo definido.

[92] De acuerdo a Marcello Carmagnani, "Colonial Latin American Demography: Growth of Chilean Population, 1700–1830" y José Díaz *et al*., *Chile 1810-2010. La República en cifras*, más el debido ajuste de población equivalente, según género y edad, respecto al consumo de alimentos, en Billy G. Smith, "The Material Lives of Laboring Philadelphians, 1750 to 1800".

[93] José Canga Arguelles, *Diccionario de Hacienda para el uso de los encargados de la suprema dirección de ella*, pp. 37 y 49.

[94] Tres fueron, en general, los modelos de gestión adoptados para este propósito en Hispanoamérica: i) por administración, cuya renta fue recaudada por ministros y agentes de la monarquía; ii) por arrendamiento, que consistía en el pregón y subasta de la renta a un particular, constituido a título individual o en sociedad con terceros en pública licitación, por parte de la Real Hacienda,

En Santiago de Chile, alcabalas y almojarifazgos se cobraron desde 1639 por medio de encabezamiento del Cabildo hasta 1674, período en que se suspendió la fiscalización solo en dos ocasiones, por el terremoto en 1647 y por el levantamiento de indios en 1655. A partir del año 1675, y durante los trece años siguientes, la recaudación se realizó por funcionarios estatales, cuyos malos resultados obligaron a las autoridades a subastar a terceros la renta de dichos impuestos, régimen que se extendió hasta el año 1772[95].

En 1773, a partir de la puesta en marcha oficial de la Administración de Alcabalas y Almojarifazgos, estos impuestos se recaudaron nuevamente de manera directa por funcionarios reales, gravando de forma inicial los principales circuitos externos del comercio y, para el caso de las alcabalas, también la circulación local o de origen chileno.

El despliegue espacial inicial de esta Real Administración se concentró en los distintos puntos de acceso al corregimiento de Santiago para fiscalizar el comercio interno y en las aduanas que interceptaron el tránsito externo de mercancías hacia y desde el Obispado homónimo de la Capitanía de Chile, ubicadas en el puerto de Valparaíso y en los pasos cordilleranos del Camino Principal "Los Hornillos", "El Portillo" y "Los Patos"[96]. La tutela de estos puestos correspondió a guardas o administradores subalternos a la Administración General, quienes fueron responsables del aforo de las mercancías, cobro de los reales derechos cuando se ingresó sin guías de respaldo y registro de cada una de las partidas de frutos y efectos que a diario los propios dueños de las mercancías, intermediarios comerciales o arrieros transportaron a los destinos de venta. En sus inicios, las labores aduaneras se desarrollaron en horario diurno, prohibiéndose la internación nocturna de mercancías. Pese a estas medidas, el tráfico de partidas en horarios indebidos continuó, razón por la cual la administración aumentó su dotación de Guardas en 1775 con objeto de incautar este contrabando nocturno o por caminos extraviados, tal como se dejó constancia en los libros de registros. En cuanto a la operación de las aduanas en la cordillera, se estableció que debían cerrar en época invernal, dada la dureza del clima en las alturas, redestinándose el plantel de funcionarios a la Administración en Santiago para cumplir labores auxiliares hasta la temporada siguiente[97].

A diferencia de la capital, en el resto de los corregimientos del Obispado de Santiago la recaudación de alcabalas quedó en manos de arrendatarios del

---

a cambio de un pago anual en metálico y iii) por encabezamiento, en la cual se entregó, a cambio de una cuota anual, la recaudación de este derecho a los cabildos y autoridades de pueblos, villas y ciudades (en Fernando Silva, "Esquema de la Hacienda Real en Chile Indiano (Siglos XVI y XVII)", p. 233; Sánchez, "Fiscalidad...", *op. cit.;* Silva Riquer, "Una nueva...", *op. cit.*, pp. 154-155).

[95] Silva, "Esquema...", *op. cit.*, pp. 239 y 240.

[96] Antecedentes sobre los pasos cordilleranos en ANCH, FCM, Serie 1, vol. 1812, fj. 208.

[97] ANCH, FCM, Serie 2, vols. 705, 708, 685, 3372, fjs. 14, 40v. Decretos 17, 26 y 60.

ramo, quienes se adjudicaron en remate el cobro de estos reales derechos. Tal fue el caso hasta el año 1777 en los suelos alcabalatorios de Villa San Agustín de Talca (Maule), Aconcagua, Colchagua, Melipilla, casco del Puerto de Valparaíso, Villa de Quillota, Til-Til y Rancagua. La extensión de la modalidad directa de recaudación en todo el Obispado solo se concretó a partir de 1778. Sin embargo, para reducir el abultado gasto que significó tal sistema de fiscalización esta medida se revirtió de manera paulatina desde 1788 en los partidos de la ya denominada Intendencia de Santiago y, en particular, desde 1794 en el partido homónimo, volviendo al régimen de arrendamiento a terceros[98].

Durante el período en estudio (1773-1810) el cobro de las alcabalas se fijó en 4% *ad valorem* de las mercancías gravadas, las cuales se valoraron según aranceles preestablecidos, de acuerdo a precios históricos o por aforo de los funcionarios al momento de hacer la aduana[99].

A modo ilustrativo, el Esquema n.º 1 muestra el sistema de recaudación de alcabalas que se implementó en el Obispado/Intendencia de Santiago en sus inicios, para mayor claridad sobre la congruencia entre este y la categorización de los circuitos de comercio que se caracterizan en este estudio.

De manera similar al sistema empleado en Nueva España, en el área que comprende la zona urbana y rural del corregimiento de Santiago se distinguen dos modalidades de cobro de alcabalas, las cuales gravaron a los distintos agentes comerciales en las formas que se describen a continuación[100]:

Alcabalas cobradas en el corregimiento/partido de Santiago bajo control por *igualas*:

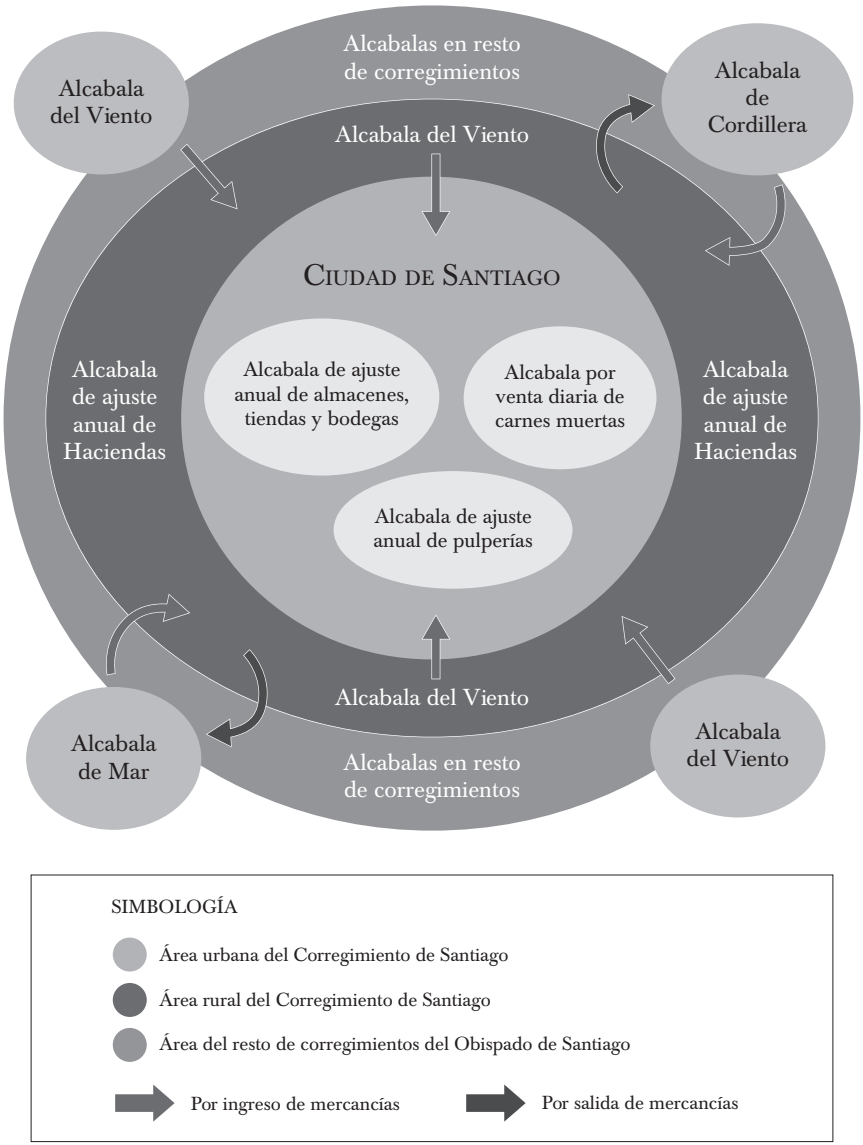
1) Alcabala de ajuste anual de almacenes, tiendas y bodegones. A solo unos meses de la instalación de la Real Administración de Alcabalas, don Agustín de Jáuregui, presidente de la Capitanía de Chile, en auxilio de la "plantificación del cobro" de alcabalas, promulgó para la ciudad de Santiago que todos "los que tienen Almacén y Tienda ocurran a la Administración General a hacer sus respectivos ajustes de lo que deban satisfacer anualmente por el Real Derecho de Alcabala" y, a continuación, "que a este propósito ocurran también los Bodegoneros". Cada contribuyente debió pagar el valor ajustado por concepto de alcabala durante el plazo de un año, según el Real Reglamento de Aduanas

[98] ANCH, FCM, Serie 2, vols. 702-705, 706, fj. 8, 3372, fjs. 60-63; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 174.

[99] Marcello Carmagnani, "La oposición a los tributos en la segunda mitad del siglo XVIII", p. 171; Sánchez, "Fiscalidad...", *op. cit.*, p. 55. Posteriormente, en pleno proceso independentista (1816), esta tasa se alzó a 6%, según Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 38.

[100] Estos dos sistemas de cobro de alcabalas fueron: i) por entrada, cuya fiscalización implicaba registrar (y avaluar) las mercancías afectas que se producían en el mismo suelo alcabalatorio al cual ingresaban con el fin de ser vendidas en él y ii) a través de igualas o ajustes, cuya modalidad consistía en "un impuesto concertado, cuyo monto era fijado de común acuerdo entre el recaudador y el contribuyente con base a un cálculo aproximado del valor que podrían llegar a alcanzar las operaciones mercantiles gravables a realizar durante un año", en Sánchez, "Fiscalidad...", *op. cit.*, pp. 55.

ESQUEMA N.º 1
*Despliegue del sistema de cobro de alcabalas en el Obispado/Intendencia de Santiago a fines del siglo XVIII*




FUENTE: Juan José Martínez Barraza, *Comercio interior en el Corregimiento de Santiago, 1773-1778*, p. 75.

de Lima. Los listados por giro de comercio con la identificación de los contribuyentes se registraron en Libros Particulares de Derechos de Alcabalas de Almaceneros, Tenderos y Bodegoneros de Santiago correspondiente a cada ejercicio anual, cuyo detalle incluyó además el monto de impuesto cobrado. La documentación de estos ramos se dispone para buena parte del periodo en estudio (1773-1794), ya que después, debido a la vuelta al sistema de arrendamiento de esta gabela en Santiago, su detalle se pierde, al igual que los ramos de hacendados y alcabalas del viento que a continuación se describen[101].

2) Alcabala de ajuste anual de hacendados. De igual forma, para los dueños o arrendatarios de haciendas, según consta en los Libros Particulares de Derechos de Alcabalas de Hacendados del Corregimiento de Santiago, se ajustó el cobro anual de la alcabala de este ramo "por razón de las ventas de vino, de ganado en pie y de los demás frutos y efectos que se menudean en dichas Haciendas, como producto de ellas y otros que compran sus Dueños para auxiliar las Peonadas". Tales registros, de idéntica estructura que los libros de ajuste anteriores, identifican además la doctrina a la cual perteneció la hacienda y su respectivo punto de venta al menor[102].

3) Alcabala de ajuste anual de pulperías. A diferencia de los tributos anteriores, esta alcabala correspondió a un impuesto fijo o patente para adquirir el derecho a "la venta de vino y aguardiente que por menor" realizaron los dueños de pulperías[103]. El detalle de este impuesto se registró con igual formato que los anteriores en Libros Particulares del Derecho de Alcabalas de Pulperías, aunque comenzó a recaudarse solo a partir del año 1776, "en inteligencia de que vendiéndose en cualquier casa particular vino, aguardiente o mistelas al menudeo de medias quartas [sic] para abajo deberán los vendedores entrar en composición del expresado derecho como si se expendiesen en Tiendas públicas"[104]. Bajo este nuevo régimen, el valor de la licencia, cuyo pago fue proporcional al tiempo de funcionamiento de la pulpería durante un año, se fijó inicialmente entre 30 y 40 pesos, monto que se rebajó a 17 pesos con 4 reales en los años siguientes[105]. Como consecuencia de esta fiscalización, en Santiago se distinguieron dos tipos de pulperías: i) por composición, las

[101] ANCH, FCM, Serie 2, vol. 3372. Bandos 14 y 47.

[102] ANCH, FCM, Serie 2, vol. 691, fj. 2. Las doctrinas para el cobro de alcabalas correspondieron a las mismas con que se dividió el área rural del corregimiento de Santiago: Colina-Til Til-Lampa, Quilicura, Renca, Chuchunco, Santa Cruz, Tango, Ñuñoa y El Salto, en ANCH, FCM, Serie 2, vols. 687, 688, 691, 701, 3216 y 3217.

[103] ANCH, FCM, Serie 2, vol. 692, fj. 7.

[104] ANCH, FCM, Serie 2, vol. 3372, fjs. 46 y 47. Una media cuarta de arroba de vino igual a 4,375 litros, en base a De Ramón y Larraín, *Orígenes*..., *op. cit*., p. 373 y Pablo Lacoste, "Instalaciones y equipamiento vitivinícola en el Reino de Chile. Vasijas, pipas, lagares (Siglo XVIII)", p. 4.

[105] ANCH, FCM, Serie 2, vol. 3372, fjs. 45 y 56. Tal rebaja fue impulsada por el descontento manifestado en Santiago debido a la imposición de este tributo, según Carmagnani, "La oposición...", *op cit*. y Fernando Silva, "El Motín de las Alcabalas en 1776".

cuales quedaron sujetas al ajuste y pago de este permiso obligatorio y ii) por ordenanza, cuyo derecho exento de pago se otorgó a principios de cada año por el Cabildo, que prevenido por diversos autos reclamó el goce de regalías para la distribución de estas licencias a personas beneméritas, todas las cuales correspondieron a mujeres viudas de expersoneros militares o funcionarios de Gobierno[106].

Alcabalas cobradas bajo control *por entradas*:

4) Alcabala del viento por efectos y frutos. Cobro relativo "a los efectos y frutos del Reino que se internan en esta Capital para su consumo y comercio". Cabe destacar que esta alcabala gravó solo las mercancías que se produjeron al interior de la Capitanía de Chile, por ende, su contenido es el idóneo para estimar el comercio local, en relación a la oferta disponible total de bienes de mercado en la ciudad, que además incluyó productos importados de América y Europa. En general, hasta el año 1794, el registro de esta alcabala se llevó en dos formatos: Libros Particulares y Cuadernos de Noticias de los Guardas. Los primeros consolidaron a nivel de cada contribuyente la información dispersa en los distintos Cuadernos de Noticias que registraron a diario los oficiales de aduana distribuidos en la capital. En general, fueron cuatro a cinco los guardas que por año cumplieron estas labores durante el periodo previo a la vuelta al sistema de arriendo de este ramo (1773-1794). Estos funcionarios, a su vez, distinguieron en sus registros dos tipos de contribuyentes: i) sujetos conocidos o hacendados vecinos del distrito de Santiago, quienes se inscribieron previamente en la Real Aduana y pagaron por la introducción de sus géneros en su lugar de residencia y ii) sujetos no conocidos, cuyas mercancías fueron aforadas *in situ* para el cobro de la alcabala al momento de ingreso a la capital[107]. La recopilación de esta documentación, en el mejor de los casos, constituye una rica fuente de información, ya que la estructura de sus registros incluyó: fecha de ingreso de las mercancías, identificación de los propietarios o intermediarios y, en algunos casos, del contra agente o comprador, aforos y volúmenes de las partidas en distintas unidades de medida, así como también los montos de recaudación en pesos de ocho reales, relativos al 4% de alcabala que devengaron por su entrada a Santiago. Por último, contienen variadas notas informativas acerca de las rebajas al cobro del impuesto que tuvieron lugar, según los criterios de exención que se indican más adelante. De acuerdo a los volúmenes de mercancías que se evidencian en estos registros, el comercio que

[106] ANCH, FCM, Serie 2, vol. 3372, fjs. 43 y 47. Identificación de estas beneficiarias hasta mediados de la década de 1780 proviene de las Actas de Cabildo de Santiago respectivas, en SChHG, *op. cit.*, tomos 34, 35 y 36.

[107] ANCH, FCM, Serie 2, vol. 667, fj. 1. La distinción entre vecinos y no conocidos por la administración de un determinado suelo alcabalatorio fue común a nivel hispanoamericano, en Julio Djenderedjian y Juan Luis Martirén, "Los aforos de alcabalas como fuente útil para el estudio de los precios en el Río de la Plata: metodología e interpretación sobre su evolución en la etapa virreinal (1782-1810)", p. 80.

se gravó mediante esta gabela correspondió a la escala mayorista, a diferencia de los canales minoristas que se fiscalizaron, de manera concertada con los contribuyentes, a través de las alcabalas de ajustes.

5) Alcabala del viento por venta de carnes muertas. Este tributo se cobró por la venta de reses y carneros que se internaron a diario a los alrededores de la Plaza Mayor de Santiago para abastecer las carnicerías de la Casa de Abastos. Tales registros solo incluyeron los volúmenes diarios por tipo de ganado y el monto devengado de impuesto, sin distinción de los contribuyentes. Este ramo, al igual que los anteriores, se mantuvo desglosado hasta 1794, año en que se reintegró el sistema de arriendo de las alcabalas en la capital.

La tributación de estas alcabalas, que gravaron las actividades de comercio local a escala mayorista y los segmentos de reventa al detalle de todo tipo de mercancías en Santiago, como es de suponer, operó de manera recurrente en más de una transacción. Al inicio de esta cadena, con el recargo al canal mayorista de frutos y efectos de la Capitanía, incluido el ganado y, a continuación, sobre la cadena de abastecimiento al consumidor final, salvo en los casos de venta directa, por el ajuste de los canales minoristas de la capital[108].

Dos fueron los segmentos de comercio que estuvieron al margen de este sistema de tributación alcabalatorio: comerciantes de abastos y estanqueros de tabaco, los cuales también formaron parte de la esfera minorista formal santiaguina. Entre los primeros, también se incluyeron carniceros y pescaderos, cuyas ventas al detalle estaban exentas de alcabala, dada la naturaleza débil de sus mercancías y la corta monta de su menudeo[109], aunque no eximidos de otros cobros, ya que debieron pagar arriendos por las posturas diarias en la Casa de Abastos y casuchas o lugares de comercio en las inmediaciones de la Plaza Mayor de Santiago. Este arriendo se contabilizó como uno de los ingresos del Cabildo, ya que estos inmuebles pertenecieron a los Propios de la ciudad. Por su parte, a partir de la temprana instauración en 1753 del Estanco de tabaco en Chile, segundo después de su símil en Perú, los estanqueros cumplieron un rol central en la administración de los estanquillos o puntos de venta, donde se expendía al detalle el tabaco que consumía la población. De acuerdo con esto, la caracterización de este segmento se visualiza a través de los registros contables de la Real Administración del Tabaco, cuyo detalle, en el mejor de los casos, da cuenta del número e identificación de los responsables de cada estanquillo, además de sus ventas, en valor y volumen, por tipo de tabaco.

A partir de los antecedentes sobre el comercio mayorista de la capital, el método de compilación para el cálculo de los valores de esta actividad es

[108] Aunque la carga tributaria sobre el consumidor final fue mayor, ya que también se recaudó el diezmo eclesiástico, que consistió en el 10% del valor de la producción agropecuaria cobrado a los hacendados, en Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit*., p. 235.

[109] ANCH, FCM, Serie 2, vol. 3372, fj. 61v. En Real Orden con fecha 6 de abril de 1777, se manifestó la voluntad real de eximir del pago de alcabalas a "las Legumbres, y demás frutos de igual débil naturaleza, y corta monta en su menudeo".

simple, en términos aritméticos, ya que se obtiene por elevación de los montos de recaudación, equivalentes al 4% de las transacciones, según los aranceles y aforos respectivos. En consecuencia, se dispone una serie a precios corrientes, vale decir, de cada año, que representa la mejor estimación posible de la evolución de los valores de esta actividad, según los antecedentes recopilados. A falta de un indicador adecuado de precios para deflactar estos valores y conocer así la evolución real de este sector, y dado que, en general, los aranceles de las mercancías de mayor relevancia se mantuvieron fijos en este periodo, esta compilación, representa a la vez, la mejor estimación del desempeño de esta actividad en las décadas en revisión, trayectoria que además se concilia con antecedentes productivos para robustecer los resultados. Para complementar la serie comercial agregada, a nivel de la estructura de los productos, se compilan series nominales y en volumen, según disponibilidad de la información para ciertos años de este periodo y solo para las mercancías de mayor importancia de este circuito, evitando así aproximaciones sin sustento para los años donde no se cuenta con los antecedentes suficientes. Por su lado, la construcción de los indicadores estructurales del comercio minorista capitalino implica la agregación de los distintos segmentos identificados en las fuentes que se presentan, lo que permite la caracterización cuantitativa de esta actividad que se realiza a lo largo de este estudio[110].

Dos son las limitaciones, en cuanto al uso de estos tributos en la compilación de estos sectores[111]. Una primera, por cobertura de actividad, ya que en rigor el universo comercial de cualquier espacio socioeconómico incluye la esfera informal, es decir, en el contexto de la época en estudio, la operación de mercachifles, revendedores y regatones, quienes evadieron de manera habitual la fiscalización tanto de tributos como de posturas en la Casa de Abastos[112]. Una segunda, por cobertura de producto, ya que no todas las mercancías estuvieron afectas al pago de alcabalas, debido a su naturaleza débil y perecedera. Por

[110] Es el caso del ganado bovino y ovino, el charqui, la grasa y el sebo, entre los productos chilenos de mayor circulación, cuyos aforos permanecieron fijos durante todo el periodo. Aunque se dispone de un indicador general de precios y sus estadísticas básicas de ponderaciones y precios, a nivel de productos, en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 381, 404 y 405; la construcción de un índice de precios representativo del comercio local no es posible, ya que la canasta de estos autores, basada en el gasto de hogares colectivos eclesiásticos, difiere de manera sustantiva con la composición de esta actividad. Entre las diferencias más destacadas, se cuenta la ausencia de carne de vacuno, en contraste, a la alta ponderación que se asigna a la carne de carnero, cuyo 20% sobre el gasto total define la trayectoria de los precios del indicador de estos autores.

[111] Mismas limitaciones que se destacan para el estudio del mercado interno colonial de México y Perú, en Garavaglia, "El mercado...", *op. cit.*, pp. 223-225.

[112] Véanse los múltiples casos en que el Cabildo de Santiago promulgó regulaciones contra revendedores y mercachifles durante el período colonial, en Alemparte, *op. cit.*, pp. 183 y 190; Enrique Matta, "Cómo el Cabildo de Santiago evitó un acaparamiento de artículos de primera necesidad en 1550", pp. 533 y 534; Carlos Sola, "Ciudad, Cabildo y abasto urbano en el Chile Colonial. En busca de nuevos caminos de interpretación", p. 20.

consiguiente, el universo comercial que se visualiza a través de este estudio corresponde solo al componente fiscalizado de la economía santiaguina, lo que no niega la existencia de una esfera informal, pero que por su naturaleza es necesario un estudio particular, fuera del alcance de esta investigación, para su posible determinación[113].

Además de las actividades del comercio local mayorista y minorista capitalino, el sistema de fiscalización tributaria se completó con los circuitos de comercio externo, cuyas dos rutas principales, terrestre y marítima, unieron al Obispado/corregimiento de Santiago con los virreinatos vecinos y los mercados de ultramar. De acuerdo con el esquema anterior, se aplicaron las siguientes alcabalas sobre estas actividades:

6) Alcabalas de efectos por cordillera. Esta alcabala se cobró por el ingreso y salida de efectos, frutos y esclavos que se transportaron para su venta a terceros, a través de los tres pasos cordilleranos que unieron la jurisdicción de Santiago con la provincia trasandina de Cuyo y el interior rioplatense: el Camino Real de Cordillera llamado "Los Hornitos" y los caminos de "El Portillo" y "Los Patos". El Camino Real de Cordillera unió la localidad de Mendoza con la capital chilena, mientras que el paso de El Portillo, a la altura del límite sur de esta jurisdicción (coincidente con el curso del río Maipo), se ocupó de preferencia para el cruce cordillerano de ganado por la mayor provisión de agua y alimento que significaron los cauces de los ríos en uno y otro lado de Los Andes. Por su parte, la aduana de "Los Patos", ubicada más al norte del Camino Real de Cordillera, a la altura del valle de Aconcagua, fue erigida un año después de inaugurada la Administración[114].

Todos los arrieros "que viniesen de la otra banda de la cordillera de esta" quedaron obligados a "hacer manifestación y entrega de las guías que les hayan dado los Guardas destinados en los tránsitos de ella para la más pronta y conveniente noticia de la Administración [en Santiago]", bajo pena de decomiso de mercancías, pérdida de sus mulas y dos años de destierro "a quales [sic] quiera de los Presidios del Reyno"[115]. De modo similar a las alcabalas que se aplicaron sobre el comercio local, la consolidación de estas cuentas se realizó en los Libros Particulares de Alcabala y el detalle en los Cuadernos o Pliegos de Guardas por Cordillera. El contenido de esta copiosa documentación es también rico, en términos de la identificación de los contribuyentes y mercancías, e incluso mayor, en algunas ocasiones, cuando los funcionarios consignaron a los arrieros transportistas e identificaron las edades de los esclavos movilizados. Luego, como consecuencia del nuevo Reglamento de Comercio Libre entre España y las Américas en 1778, se distinguió el origen de las mercancías

[113] ANCH, FCM, Serie 2, vol. 3372, fj. 61v.

[114] Razón de las Plazas con que debe erigirse la administración de Almojarifazgos y Alcabalas en virtud de la Real Orden del 2 de octubre de 1772, en ANCH, FCM, Serie 2, vol. 3372, fjs. 2v-3; Serie 1, vol. 1812, fjs. 185-208.

[115] ANCH, FCM, Serie 2, vol. 3372. Bando n.º 14.

importadas, medida que se mantuvo durante todo el periodo tardío colonial, debido a las distintas cargas impositivas que se aplicaron, en especial, sobre los derechos aduaneros o almojarifazgos. Se identificaron dos grandes ramos: i) el tráfico de efectos americanos, que incluyó productos de origen regional, pero también la reventa de enseres españoles y extranjeros, en este caso procedentes en su mayoría desde Buenos Aires y ii) el comercio de primera venta de enseres españoles y extranjeros, cuya alcabala se rebajó de 4% a 3%, según decretos posteriores de 1779 y 1783, año este último en que se hizo efectiva esta normativa, según dan cuenta los antecedentes de esos ramos. Salvo esta rebaja por la primera venta europea, tanto importaciones como exportaciones por cordillera se gravaron de manera regular en 4% durante toda esta época[116].

7) Alcabalas de efectos por mar. La estructura de fiscalización de este ramo, en términos contables y documentales fue similar al circuito cordillerano, guardando la debida consideración en los registros con las características propias del movimiento portuario que se concentró en el puerto de Valparaíso. Esto significó, en el mejor de los casos, contar con información adicional del transporte naviero, tal como identificación de las naves y su tripulación, fechas de atraque o salida de estas mismas y el detalle de abastecimiento para ranchos. Al igual que en el caso de la cordillera, las importaciones distinguieron los circuitos de origen, extendiéndose también la rebaja en 1783 sobre los productos europeos a su primera entrada o venta a Chile, en este caso, procedentes en derechura por el Cabo de Hornos hasta Valparaíso o desde Lima, a través del Callao. En el resto de las importaciones, al igual que las exportaciones, se mantuvo la tasa de 4% sobre el valor de las mercancías comercializadas. Sin embargo, hubo una excepción importante, a favor de los términos de intercambios chilenos, ya que en 1779 se eximieron del pago de gabelas los envíos de trigo, lo que hizo desaparecer desde ese año el registro fiscal de ese producto[117].

Es importante aclarar que el propósito general de las alcabalas de entradas, tanto del comercio local como de importación, fue gravar solo las mercancías con destino de reventa y consumo. Por el contrario, los productos que ingresaron a un determinado espacio para otros fines, tales como consumo propio, intermedio, inversión, incluyendo mercancías en tránsito, quedaban exentos de esta gabela si se justificaban debidamente. Esta discriminación, sobre todo de productos en tránsito, es importante para los fines de este trabajo ya que permite sostener con un alto grado de certeza que las mercancías gravadas sí correspondieron a consumos efectivos de la población del espacio al que ingresaron, en este caso, la Capitanía de Chile, en general, y el corregimiento/partido de Santiago, en específico. De lo contrario, habrían pagado tanto impuesto como reventas se sucedieran, limitando la ampliación del giro comercial y las alternativas de distribución desde un espacio a otro.

[116] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 41.
[117] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 38.

En adición al cobro de alcabalas por el tráfico de mercancías, a través de las aduanas que conectaron por vía marítima y cordillera el Obispado/Intendencia de Santiago con el exterior, se fiscalizó la exacción de almojarifazgos, tributo similar en la actualidad al arancel aduanero. La documentación de estos derechos reales se estructuró de la misma forma que los registros de alcabalas, en consecuencia, se dividieron las cuentas de la circulación marítima y terrestre y, en particular, las importaciones se subdividieron por lugar de origen. De esta manera, se identificaron las diferencias que coexistieron en la administración de cada ramo, cuyas tasas impositivas variaron no solo por el sentido de la transacción (importación o exportación), sino que también por la naturaleza de los bienes e incluso por el origen de estos. Las exportaciones, salvo el trigo desde 1779, se gravaron durante todo el periodo en revisión con el 3% *ad valorem*. A diferencia de las importaciones que hasta 1778 pagaron el 5%, en general. Sin embargo, a partir de la nueva normativa de libre comercio de ese mismo año, esta tasa varió, según origen de las partidas. Mientras los productos españoles fueron favorecidos con un menor arancel de 3%, el resto de las mercancías europeas se castigó con el 7%, situación que se mantuvo hasta 1811. Por su parte, la internación de productos americanos se mantuvo en 5% hasta el año 1778, cuando se rebajó a 3%, en general. Luego, en 1785 se aumentó a 5% la importación de telas de lana, algodón, lino y cáñamo de origen americano, medida que se revirtió en 1801, volviendo al 3% inicial, manteniéndose esta estructura de tasas hasta los albores de la República de Chile[118].

En términos generales, la aritmética para obtener los valores del sector externo, por canales de comercio y procedencia de las mercancías es la misma que se aplica en la compilación de la actividad local, esto es, a partir de los montos recaudados y su tasa impositiva. Sin embargo, se consideran ambos tributos, alcabalas y almojarifazgos, a la hora de expandir exportaciones e importaciones, de manera de alcanzar el mejor nivel posible para cada año, considerando las distintas tasas que afectaron los circuitos y productos antes mencionados y, sobre todo, las exenciones impositivas que gozaron ciertas partidas y operaciones. A diferencia de Marcello Carmagnani, que apuntó a los niveles totales de las transacciones para determinar la tendencia de largo plazo del comercio exterior, lo cual implicó, en función de la homogeneidad de la tasa impositiva, arbitrar entre un impuesto y otro a la hora de estimar exportaciones e importaciones[119].

Para completar la compilación de fuentes tributarias, se consideraron ciertos productos de importancia que gozaron de exenciones, como el trigo exportado desde 1779 y el tabaco importado, a raíz de la instauración del estanco real en 1753. En ambos casos, se utilizaron fuentes alternativas de

[118] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 37-42.

[119] La serie de exportaciones se expandió solo con los niveles de almojarifazgos del periodo 1770-1816, mientras que para las importaciones de la misma época se utilizó únicamente la serie de alcabalas, en Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 43.

precios y volúmenes para asignar valores corrientes de cada año respectivos[120]. En complemento, se imputó una serie de partidas que gozaron de exención tributaria, a través del uso de ambos impuestos, afectándose principalmente a las exportaciones, sobre todo relativas con reexportaciones de productos de origen extranjero, cuyo pago previo por los derechos de importación las eximió del pago posterior por su reenvío fuera de la Capitanía, pese a que tuvieron destino comercial[121]. Además de estas partidas, se eximieron del cobro tributario las partidas habituales para la provisión del rancho de la tripulación de los navíos, que sirvieron los distintos derroteros de la mar del sur desde y hacia el puerto de Valparaíso, más otras diversas operaciones menores que se justificaron como "no comerciales", entre ellas, para consumo propio, encomiendas, regalos, etc., la mayoría de las cuales, dada la identificación de las mercancías y sus volúmenes en los registros, fueron también consignadas con precios de iguales productos para el año en curso[122]. Un caso particular de exención tributaria fue el de las partidas identificadas "en tránsito", las cuales correspondieron a mercancías, cuyo destino inicial fue un mercado distinto al chileno, lo que las eximía del pago tributario respectivo en Chile, mas no en el destino final. En este caso, el tratamiento fue excluirlas de la contabilidad, tanto a su ingreso (importación) como salida (exportación), mostrando de esa manera el saldo neto representativo del comercio exterior.

Con todo, tales ajustes propios de una compilación estadística, contribuyeron a mejorar los niveles obtenidos para el sector externo santiaguino, en relación a los valores aportados por Carmagnani para el mismo espacio, según se compara en el siguiente gráfico. Como consecuencia, destacan las diferencias en exportaciones, por las razones ya mencionadas y, en menor grado, respecto de las importaciones, puntualmente en dos periodos (1773-1778 y 1785-1790), por ciertas lagunas de información tributaria que, en este trabajo, fueron cubiertas con fuentes alternativas[123].

[120] Volúmenes de exportación de trigo desde Valparaíso (1779-1809), en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 287-288; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 139. Los precios hasta el año 1779 corresponden a los aranceles establecidos por la Administración al momento de hacer aduana. Para los años siguientes, se estableció un precio fijo de exportación de 10 reales por fanega, según diversos antecedentes coincidentes en este monto: Manuel de Salas, en Universidad de Chile, *op. cit.*, p.162; Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso...*, *op. cit.*, pp. 251-252, 263 y 326; Haenke, *op. cit.*, pp. 200-201. Para el caso del tabaco, en base a antecedentes de precios e importación, en ANCH, FCM, Serie 1, vol. 962; Serie 2, vols. 284, 287, 301 y 3156; Gonzalo Lavaud, *El estanco de tabaco, 1826-1846*, pp. 126 y 129; Sergio Villalobos y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile*, pp. 79, 84 y 85.

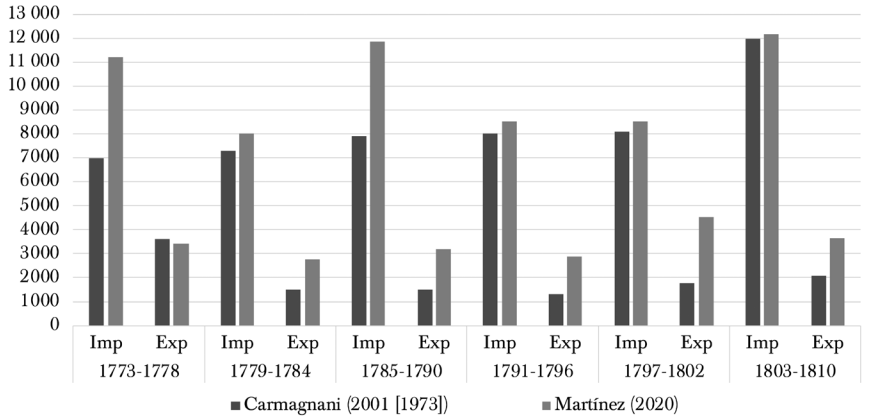
[121] Mismo problema que detecta John Rector, "El impacto económico de la Independencia en América Latina: el caso de Chile", p. 312; para las estadísticas de importación de la primera mitad del siglo XIX.

[122] En promedio, estas imputaciones correspondieron al 20% del valor total de las exportaciones. Mientras que, a nivel de las importaciones, no alcanzaron siquiera al 1%.

[123] De igual naturaleza tributaria, obtenidas en buena medida de la recopilación de fuentes fiscales y tributarias que se hizo desde el Archivo General de Indias (AGI), tras revisión de variada documentación del fondo Audiencia de Chile.

GRÁFICO N.º 1

*Valores del comercio exterior, miles de pesos (1 peso: 8 reales), 1773-1810*




Fuente: Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 962, 1780, 1839, 1887, 1903-1904, 1924, 1928, 1934-1935, 1949, 1951, 1974, 1984, 2011; Serie 2, vols. 643-644, 650-651, 658, 729, 733-735, 739-740, 813, 819, 822-823, 825-828, 1820-1822, 1825, 1828-1830, 1834, 1840, 1847, 1849, 1867-1868, 1884, 1887, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1934, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3199, 3201-3206; AGI, Audiencia de Chile, legs. 324, 359-360, 444; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 139, 334, 336-337, 340-342, 372-373, 379-380, 386 y 387; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 287 y 288; José Durand, *Hipólito Unanue. Guía política, eclesiástica y militar del Virreinato del Perú para el año de 1793*, p. 146; Haenke, *op. cit.*, pp. 200 y 201; Universidad de Chile, *op. cit.*, p. 162; Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, pp. 79, 84 y 85; Lavaud, *op. cit.*, pp. 126 y 129.

A diferencia de Marcello Carmagnani, quien expone los valores comerciales mediante promedios anuales para cada decenio, invisibilizando una serie de aspectos relevantes del periodo, en especial, relativos al estado permanente de guerra anglo española, los resultados de este trabajo se presentan con la mayor desagregación que permiten las fuentes, en términos anuales, para evaluar de la mejor manera posible, según el enfoque adoptado y las categorías de análisis construidas, la evolución y estructura de los sectores del comercio en estudio.

Pese a estos esfuerzos en el tratamiento estadístico y consecuente mejora de las cifras del comercio exterior y su exposición, la naturaleza de las fuentes implica de igual modo el reconocimiento de ciertas restricciones en este estudio. En primer lugar, de manera similar a las actividades de comercio locales, la falta de cobertura sobre la esfera ilegal o el contrabando que implica la expansión del comercio externo mediante fuentes tributarias, pese a que para este periodo esta actividad se estima de menor importancia que el

comercio legal[124]. En segundo lugar, respecto a la valoración de las mercancías, en especial las exportadas, cuya apreciación, según arancel fijo o aforo relativo al precio de compra en el lugar de origen, no considera los márgenes del transporte y el comercio asociados al valor de los envíos al momento de su embarque en el puerto de Valparaíso o despacho por los pasos cordilleranos correspondientes, afectando la posición chilena del saldo en la balanza comercial con los mercados relacionados. En tercer lugar, dado el contenido y la estructura general de los antecedentes tributarios a lo largo del periodo en revisión, la mejor compilación posible corresponde a la estimación de los niveles nominales del comercio exterior, esto es, a precios corrientes de cada año, dada la fragmentaria disposición de fuentes para el cálculo de variables reales en esta época. Aunque es una constante para las estadísticas de este periodo, el avance en esta materia se logra en este trabajo a partir de la construcción de indicadores reales para ciertos productos, los de mayor trascendencia (y acervo de antecedentes para estimar), a través de los cuales se caracteriza la oferta disponible y las condiciones de vida material relativos con el consumo aparente de la población santiaguina contemporánea[125].

[124] Según concluye Villalobos, *op. cit.*, p. 261: "Junto con el comercio legal, acrecentando el volumen del tráfico, se realizaba el contrabando, cuya intensidad es difícil de apreciar, aunque al parecer no tuvo la importancia del comercio legítimo". En contraste, para las décadas posteriores a 1810, Rector, *op. cit.*, p. 318, estima que el contrabando fue significativo en las importaciones chilenas del eje Santiago-Valparaíso.

[125] Tanto las cifras de Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, para el periodo colonial, como las estadísticas del comercio exterior de las primeras décadas del siglo XIX de este mismo autor, más los avances para épocas posteriores de Salazar, "Dialéctica...", *op. cit.* y Rector, *op. cit.*, corresponden a series nominales. Por su parte, Díaz *et al.*, *op. cit.*, se basan en las cifras de Rector para sus estimaciones del PIB desde 1810.

# LA OTRA CARA DE LA CRISIS: COMERCIO EXTERIOR DEL OBISPADO/INTENDENCIA DE SANTIAGO DE CHILE, 1773-1810

A continuación, se presenta la magnitud y estructura del comercio externo chileno que circuló de manera legal por las vías de cordillera y mar a través del eje Santiago-Valparaíso, cuyo peso sobre las exportaciones e importaciones totales de Chile a lo largo del periodo 1773-1810, según se estima por medio de antecedentes tributarios, superó en promedio el 80%-90% del valor de estas transacciones[126].

El propósito central de este capítulo es evaluar el dinamismo del comercio exterior chileno con los sucesos de mayor incidencia que afectaron su devenir en este periodo, el cual estuvo marcado por el permanente estado de guerra entre España e Inglaterra, la fundación del Virreinato de La Plata y la promulgación del Reglamento de Libre Comercio entre España y América desde el último cuarto del siglo XVIII. A partir de este ejercicio, se matiza la noción de Sergio Villalobos respecto de una supuesta crisis del comercio colonial como resultado de la inundación de mercancías europeas/españolas y su consecuente efecto negativo sobre el grupo mercantil y la industria chilena, problemática que se instala desde la aparición del sistema de navíos de registro en 1740 hasta los albores de la Independencia[127].

## Trayectoria del comercio exterior

De acuerdo con el Gráfico n.º 2, que muestra las series de exportación e importación de bienes a valores corrientes, esto es, según aforos y precios declarados de las mercancías en cada año, son varios los fenómenos que destacan respecto a la magnitud y evolución del comercio exterior de Chile central.

En cuanto a la evolución de estas actividades, al comparar el primer quinquenio (1774-1778) con el último (1806-1810) de cada serie, se constata la abrupta caída que experimentaron tanto las exportaciones (-20,4%) como las importaciones (-17,2%) durante todo el periodo. Este resultado contrasta con la "estabilidad" de los envíos al exterior y el "estancamiento" de las internaciones que para el mismo periodo y espacio estima Marcello Carmagnani[128].

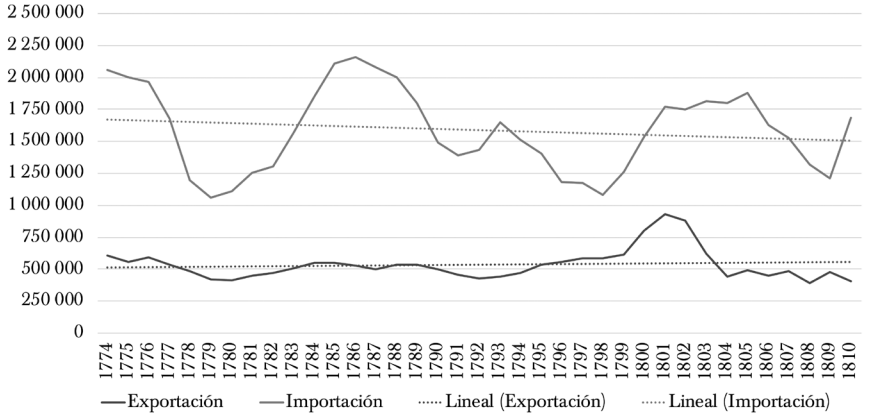
[126] Estimación en base a Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 336-380. El resto del comercio exterior de la Capitanía de Chile, al menos lo que se registró de manera formal, se llevó a cabo desde las plazas-puertos de Concepción-Talcahuano y La Serena-Coquimbo, al sur y norte del Obispado de Santiago, respectivamente.

[127] Villalobos, *op. cit.*, pp. 75, 79 y 180.

[128] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 78 y 86.

GRÁFICO N.º 2

*Valor del comercio exterior de Santiago-Valparaíso, promedio móvil (3 años), 1774-1810 (1 peso: 8 reales)*




Fuente: Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 962, 1780, 1839, 1887, 1903-1904, 1924, 1928, 1934-1935, 1949, 1951, 1974, 1984, 2011; Serie 2, vols. 643-644, 650-651, 658, 729, 733-735, 739-740, 813, 819, 822-823, 825-828, 1820-1822, 1825, 1828-1830, 1834, 1840, 1847, 1849, 1867-1868, 1884, 1887, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1934, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3199, 3201-3206; AGI, Audiencia de Chile, legs. 324, 359-360, 444; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 139, 334, 336-337, 340-342, 372-373, 379-380, 386 y 387; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 287 y 288; Durand, *op. cit.*, p. 146; Haenke, *op. cit.*, pp. 200 y 201; Universidad de Chile, *op. cit.*, p. 162; Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, pp. 79, 84 y 85; Lavaud, *op. cit.*, pp. 126 y 129.

Al observar con mayor detalle, se aprecia que el dinamismo del comercio exterior chileno estuvo condicionado por los periodos de beligerancia entre España e Inglaterra que afectaron estas décadas[129]. Cada uno de los enfrentamientos entre ambas naciones, que en el agregado sumaron diecisiete años, de un total de treinta y ocho en análisis, se revela de manera clara en el gráfico anterior: i) el primer conflicto (1779-1783), con fuerte descenso de las importaciones y, en menor medida, de las exportaciones; ii) el segundo litigio (1796-1802), otra vez marcado por la considerable caída de las importaciones, al contrario del desempeño de las exportaciones que durante este periodo se incrementaron hasta alcanzar niveles récord en el bienio 1801-1802 y iii) la tercera guerra (1804-1808), donde una vez más se resintieron, tanto los niveles de internación como de envíos hacia el exterior.

[129] Mayor detalle sobre este conflicto y sus implicancias para el comercio chileno, en Villalobos, *op. cit.*, pp. 94-159.

Si bien el valor del comercio exterior chileno, en su conjunto, se deterioró durante esta época de conflictos, fue la actividad de importación la que sufrió el mayor impacto negativo, a diferencia de las exportaciones que no tuvieron el mismo correlato. Desde una perspectiva más amplia, los episodios de guerra entre España e Inglaterra significaron un extendido paréntesis de tres décadas sobre el sector externo chileno, periodo en el cual se interrumpió la senda de expansión que venía experimentando esta actividad desde la promulgación del sistema de navíos de registro en 1740. En contraste, los tiempos de paz muestran cuan rápido el comercio exterior tendió a recuperar los niveles consolidados en décadas previas, cuestión que también se refleja en la relativa tendencia a la estabilidad de las importaciones y exportaciones a lo largo de todo este periodo (Gráfico n.º 2). Así también se constata, a continuación, en la segunda década del siglo XIX, cuando en pleno proceso emancipatorio chileno se recupera el dinamismo externo, empujado por el alto crecimiento de las importaciones, en conjunto al alza, aunque más moderada, de las exportaciones, alcanzando ambas actividades valores superiores a los registrados antes del primer conflicto bélico a fines de la década de 1770[130].

De esta forma, esta panorámica inaugural de la evolución del comercio exterior, vista desde lo más agregado de las cifras, matiza, en primera instancia, la noción de crisis del comercio tardío colonial chileno producto de la excesiva oferta de mercancías foráneas, toda vez que los ciclos de guerra deterioraron niveles, sobre todo de importaciones, que tendieron con rapidez y de manera habitual a normalizarse, dada la estructuración que ya había alcanzado este sector en épocas previas y, por sobre todo, debido al protagonismo que jugó el mercado interno en la absorción de estos bienes. Esto, sin considerar el comercio de contrabando, cuya adición daría cuenta de un dinamismo mayor al que muestran las cifras oficiales.

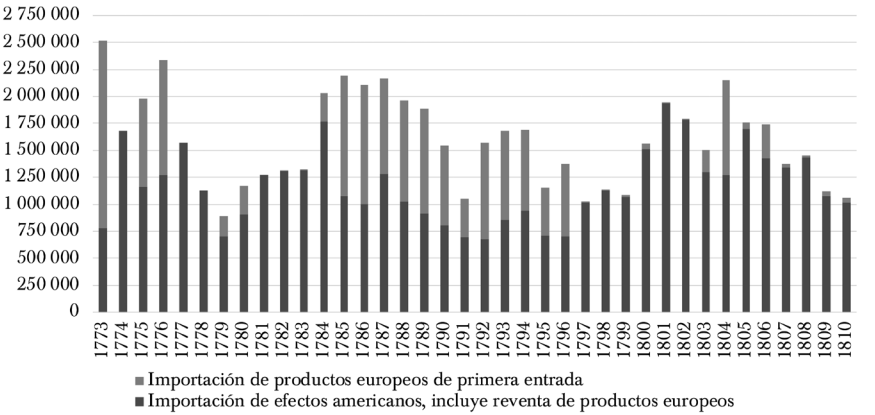
Al descomponer la importación por canal de ventas (Gráfico n.º 3), queda de manifiesto que la alta sensibilidad de la importación al conflicto bélico se explica por el deterioro del comercio de primera venta de enseres europeos, cuyo nivel cayó en 87,5%, desde M$3625 en 1773-1777 a M$453 en 1806-1810. Por su parte, el comercio por la vía americana si bien tuvo sus vaivenes, incluso con pasajes contra cíclicos al comparar con el transcurso de las guerras, desde el quinquenio inicial al final se mantuvo estable, decreciendo de M$6456 a M$6299 (-2,4%) entre los mismos periodos.

Esto no significó el desabastecimiento de productos europeos durante las coyunturas bélicas, ya que una cierta proporción fue remitida de manera permanente por vía indirecta desde los principales mercados revendedores del cono sur americano: Lima y Buenos Aires[131]. De acuerdo con la muestra de años en que es posible distinguir a través de las fuentes el origen de las mercan-

[130] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 59, 79 y 86; Rector, *op. cit.*, pp. 316-318.
[131] Así también lo evidencia Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 91.

GRÁFICO N.º 3

*Valor de importaciones por vía de comercialización o canal de ventas, 1773-1810*




Fuente: Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 962, 1780, 1839, 1887, 1903-1904, 1924, 1928, 1934-1935, 1949, 1974, 1984, 2011; Serie 2, vols. 643-644, 650-651, 658, 733-735, 738, 822, 831, 826-828, 1820-1822, 1825, 1828, 1830, 1834, 1840, 1847, 1849, 1867-1868, 1884, 1887, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1934, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3199, 3201-3202, 3206; AGI, Audiencia de Chile, legs. 324, 359-360, 444; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 336 y 340; Durand, *op. cit.*, p. 146; Haenke, *op. cit.*, pp. 200 y 201; Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, pp. 79, 84 y 85; Lavaud, *op. cit.*, pp. 126 y 129.

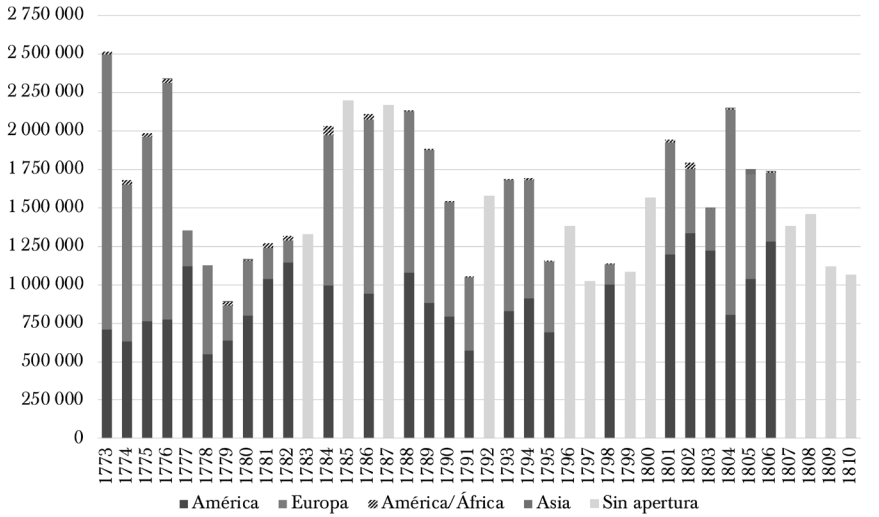
cías importadas (Gráfico n.º 4), el abastecimiento europeo promedió M$1386 por año en el periodo 1773-1776, mientras que la provisión americana solo alcanzó a M$742 durante la misma época. A continuación, se resintió de forma notable el suministro europeo, a raíz del conflicto anglo-hispano de 1779-1783, a diferencia del último periodo de guerra (1804-1808), donde se observa una mayor presencia de internaciones desde aquellas latitudes (M$647), aunque en menor proporción a la entrada de procedencia americana (M$1159). Pese a esta mayor afluencia relativa de la primera década del siglo xix, la participación promedio de efectos europeos sobre el valor total de la importación varió entre el 28% en tiempos bélicos y el 49% en los intermedios de paz.

En términos globales, la provisión de productos europeos, a través del eje Santiago-Valparaíso, significó alrededor de 5,5% del valor total de las exportaciones entre España e Hispanoamérica durante el periodo 1797 a 1810, mientras que en relación a los envíos que se realizaron a la región del Río de La Plata, incluidos Buenos Aires y Montevideo, y el puerto del Callao-Lima, representó el 21,8% de estas transacciones[132].

[132] Estimación propia en base al cotejo de cifras de la plaza chilena con el total de exporta-

GRÁFICO N.º 4

*Importaciones por origen de las mercancías, 1773-1810*[133]




Fuente: Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 962, 1780, 1839, 1887, 1903-1904, 1924, 1928, 1934-1935, 1949, 1974, 1984, 2011; Serie 2, vols. 643-644, 650-651, 658, 733-735, 822, 826-828, 831, 1820-1822, 1825, 1828, 1830, 1834, 1840, 1847, 1849, 1867-1868, 1884, 1887, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1934, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3199, 3201-3202, 3206; AGI, Audiencia de Chile, legs. 324, 359-360, 444; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 336 y 340; Haenke, *op. cit.*, pp. 200 y 201; Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, pp. 79, 84 y 85; Lavaud, *op. cit.*, pp. 126 y 129.

La distribución del grueso de estas importaciones varió a lo largo de este periodo. En la década de 1770 los canales de internación de las mercancías europeas eran bien acotados: i) por vía directa, a lo más una embarcación al año, que procedía de Cádiz y recalaba en Valparaíso, tras pasar el Cabo de Hornos y ii) por vía indirecta, mediante naves provenientes desde Callao/

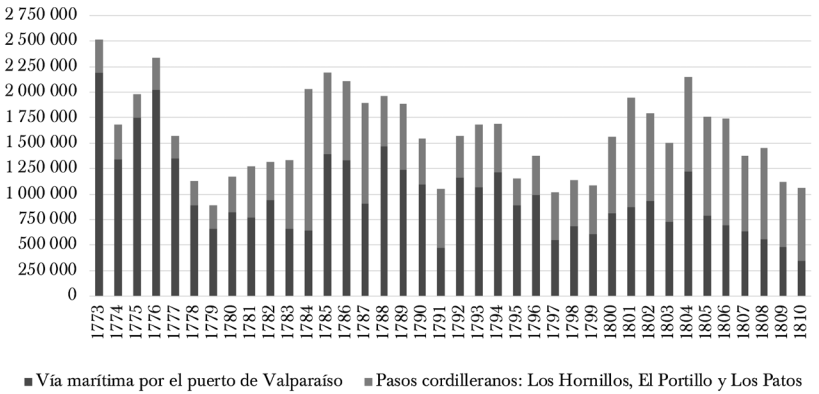
ciones entre España e Hispanoamérica y su distribución por puertos y regiones, en Fisher, *op. cit.*, pp. 63,73 y 95-110.

[133] La nominación América/África se utiliza en aquellas partidas de esclavos donde no es posible distinguir, a través de las fuentes, si su origen fue en este continente o aquel. Si bien se detectan productos asiáticos, sobre todo entre 1803 y 1806, luego de autorización en 1796 y 1803 a la Cía. de Filipinas para surtir, en caso de guerra, al mercado Pacífico desde Asia, esta evidencia contrasta con la relativa mayor presencia de mercancías asiáticas en mercados vecinos como Buenos Aires y Córdoba del Tucumán durante la misma época, según muestran Antonio Ibarra, "El mundo en una nuez: de Calcuta y Cantón a Buenos Aires en una época de guerra. La introducción de efectos asiáticos en los mercados suramericanos, 1805-1807" y Mariano Bonialian, *China en la América Colonial. Bienes, mercados, comercio y cultura del consumo desde México hasta Buenos Aires*, pp. 135-172, respectivamente.

Lima. Por su parte, las mercancías americanas de la costa del Pacífico, en su gran mayoría, se internaban por la misma flota proveniente del Callao y los puertos intermedios, tras desembarco en el puerto de Valparaíso, mientras que los productos de la ribera atlántica lo hacían por los pasos cordilleranos que unían el naciente Virreinato de La Plata con Santiago de Chile. Hasta esa época, la internación de productos europeos por la ruta terrestre cordillerana era nula casi por completo, razón por la cual el valor de las mercancías que se internaba por esta vía fue menor que el resto del periodo (Gráfico n.º 5).

GRÁFICO N.º 5

*Importaciones por vía de entrada al Obispado/Intendencia de Santiago, 1773-1810*




*Ídem* Gráfico n.º 3.

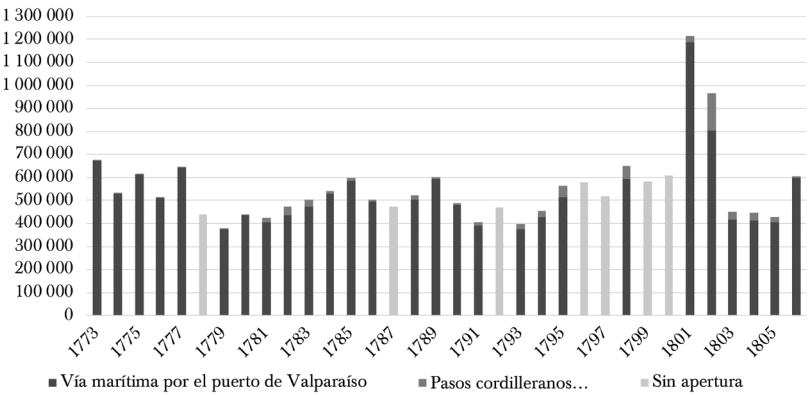
Con el inicio del periodo de guerras del último cuarto del siglo XVIII (1779-1783), cambió de súbito esta configuración. En la práctica, todas las internaciones europeas, ya sea de primera mano como de reventa, se hicieron por vía indirecta. Sin embargo, estas no solo ingresaron a Chile a través de las naves procedentes del Callao, sino que también por vía terrestre desde Buenos Aires, lo que acrecentó este flujo de comercio, favorecido tras la instauración del Virreinato en aquella plaza en 1776 y la promulgación del Reglamento de Libre Comercio en 1778[134]. Este dinámico tráfico de importación también se reflejó en el papel cada vez más importante que cumplió en las últimas dos décadas del siglo XVIII el "interior argentino", en especial, la localidad de Mendoza como "garganta" de este comercio y puerto seco previo al cruce cordillerano con

[134] El informe comercial del Contador Interino de la Aduana de Lima, Joseph Ignacio Lequanda, ya advertía a principios de la década de 1790 el efecto negativo sobre la balanza comercial del Perú que tendría este suministro directo a Chile de efectos europeos a través del Cabo de Hornos y Buenos Aires, en Durand, *op. cit.*, p. 146.

destino a Santiago de Chile[135]. En la década de 1800, este comercio terrestre continuó consolidándose, alcanzando mayor peso que la vía marítima, debido a la internación de productos europeos procedentes de la plaza de Buenos Aires e incluso, aunque en menor medida, de algunas partidas que entraron por la carrera Cádiz-Montevideo-Valparaíso, cuyos envíos superaron en valor al distribuido por la carrera del Callao/Lima. En línea con este resultado, la historiografía trasandina considera que el valor de las reexportaciones de efectos europeos "de Buenos Aires a Chile desde 1780, eran tanto o más importantes que las que se remitían por vía terrestre hacia el Alto o Bajo Perú o hacia las provincias del Centro y Norte de la futura Argentina"[136]. Como consecuencia de este agitado comercio, el efecto multiplicador sobre otros sectores económicos arrastró sobre todo a la actividad arriera, que servía el transporte de mercancías de un lado a otro de la cordillera. Durante las dos últimas décadas del siglo XVIII, de un total de 78 792 cargas que salieron desde Mendoza, 69 305 de ellas (88,0%) lo hicieron con destino a la ciudad de Santiago, mientras que la importación significó una entrada de 25 721 cargas sobre un conjunto de 27 716 (92,8%)[137].

GRÁFICO N.º 6

*Exportaciones por vía de salida desde el Obispado/Intendencia de Santiago, 1773-1806*




FUENTE: Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 1780, 1839, 1887, 1903-1904, 1924, 1934, 1949, 1951, 1984, 2011; Serie 2, vols. 739-740, 813, 819, 823, 825, 1822, 1825, 1828-1829, 1834, 1840, 1847, 1849, 1867-1868, 1884, 1887, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3202-3205; AGI, Audiencia de Chile, legs. 324, 360, 444; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 334; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 287 y 288; Haenke, *op. cit.*, pp. 200 y 201; Universidad de Chile, *op. cit.*, p. 162.

[135] Pedro Santos Martínez, *Historia económica de Mendoza durante el Virreinato*, p. 21; Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*, p. 264; Pablo Lacoste, "El arriero y el transporte terrestre en el cono sur (Mendoza, 1780-1800)", pp. 42-62; Sovarzo, "La región...", *op. cit.*, pp. 220 y 230-232.

[136] Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*, p. 264

[137] Lacoste, "El arriero...", *op. cit.*, pp. 45 y 46.

En contraste, la vía marítima predominó en la salida de los productos chilenos, en especial, de aquellos que se embarcaron por el puerto de Valparaíso, incluidas las reexportaciones, pese al aumento del flujo comercial por la ruta terrestre cordillerana, cuya ponderación sobre el total de las exportaciones pasó de 0,7% en la década de 1770 a 6,5% en los inicios de 1800 (Gráfico n.º 6). Este mayor tráfico de exportación también se tradujo en un aumento significativo de los viajes comerciales desde Santiago al litoral de Buenos Aires, los que pasaron de 30, en promedio durante la década de 1780, a 84 en el primer decenio de 1800[138].

Ante el creciente flujo de mercancías europeas procedentes desde Buenos Aires, en desmedro del mercado de abastecimiento peruano, la composición de las exportaciones chilenas se modificó de manera gradual durante esta época. De acuerdo con el Gráfico n.º 7, los envíos de productos originarios de Chile en 1773-1776 ascendieron, en promedio, a M$540 por año, mientras que las reexportaciones anuales de mercancías extranjeras, la mayor parte de ellas americanas en esta época, a M$44, lo que representó el 92,4% y 7,6% de este comercio. Dos décadas y media después, los envíos nacionales cayeron a M$401 por año, a diferencia de las reexportaciones que se incrementaron con ventas de efectos europeos a M$284, compartiendo el 67,1% y 32,9% de la exportación total. Tal reventa se destinó de preferencia por vía marítima hacia el mercado peruano, incluidos sus puertos intermedios, mientras que otra fracción compuesta, en cambio, por mercancías americanas, se comerció por vía terrestre hacia las provincias rioplatenses. Esto muestra que la situación geográfica chilena, en especial de la plaza comercial de Santiago, lejos de ser un impedimento, fue oportuna y aprovechada con ventaja por los intermediarios capitalinos, quienes conectaron el Atlántico con el Pacífico, junto a los envíos nacionales, mediante la reventa de productos importados[139].

Como consecuencia de este dinámico comercio exterior, la operación naviera tuvo su correlato sobre todo con la actividad de importación (Gráfico n.º 8). Previo a la primera guerra anglo-española, en promedio, recalaban 17 naves por año, la mayoría procedentes del Callao, cuyos viajes comprendían escalas en puertos intermedios antes de arribar a Valparaíso, así como también travesías adicionales para servir a las plazas de Chiloé, Valdivia, Concepción e Isla Juan Fernández dentro del espacio sureño chileno[140]. En cuanto al co-

[138] Miguel Ángel Rosal, "Transporte terrestre y circulación de mercancías en el espacio rioplatense (1781-1811)", p. 127.

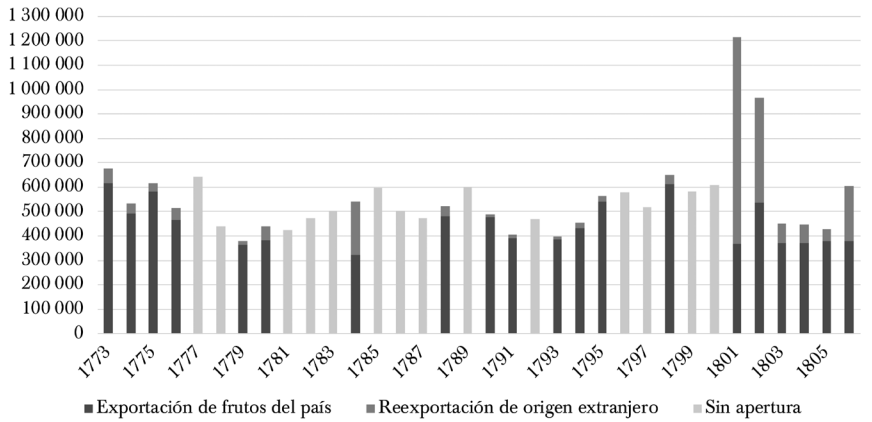
[139] Müller, *op. cit.*, pp. 297 y 298; Palomeque, "La circulación...", *op. cit.*, pp. 193 y 194; Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*, pp. 264-268; Lacoste, "El arriero...", *op. cit.*, pp. 45 y 46.

[140] Hasta esa época solo dos naves eran de propietarios chilenos, el resto de la flota perteneció a comerciantes peruanos, según Barros Arana, *op. cit.*, tomo VII, p. 285; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 74 y 75. De los dieciséis navíos que se registraron previamente en la carrera Callao-Valparaíso (1761-1772) (en Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 79), catorce continuaron su operación hasta la década de 1780, mientras que las embarcaciones Ntra. Sra. de Las Mercedes

mercio directo con Europa, durante este periodo, recalaron solo tres naves de procedencia gaditana, en los años: 1773 (*El Gallardo*), 1775 (*La Aurora*) y 1776 (*Príncipe San Lorenzo*). Mientras que, en 1774, 1777 y 1778, según los registros aduaneros, no recaló barco alguno procedente de España. Por tanto, la importación de mercancías europeas en estos años se realizó solo por vía indirecta, a través de la flota proveniente de El Callao.

GRÁFICO N.º 7

*Composición de los envíos desde el Obispado/Intendencia de Santiago, 1773-1806*




Fuente: Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 1780, 1839, 1887, 1903-1904, 1924, 1934, 1949, 1951, 1984, 2011; Serie 2, vols. 739-740, 813, 823, 825, 1828-1829, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3203-3205; AGI, Audiencia de Chile, leg. 444; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 334; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 287 y 288; Haenke, *op. cit.*, pp. 200 y 201; Universidad de Chile, *op. cit.*, p. 162.

En promedio, durante este periodo se realizaban 30 viajes al año, tanto para enviar mercancías al exterior como para internarlas a Chile, con una estadía de cada navío en puerto que oscilaba entre menos de un mes y hasta un trimestre[141]. Aunque se constatan viajes durante todo el año, el primer semestre, según se mide para los años 1773-1778, fue el que concentró la mayor

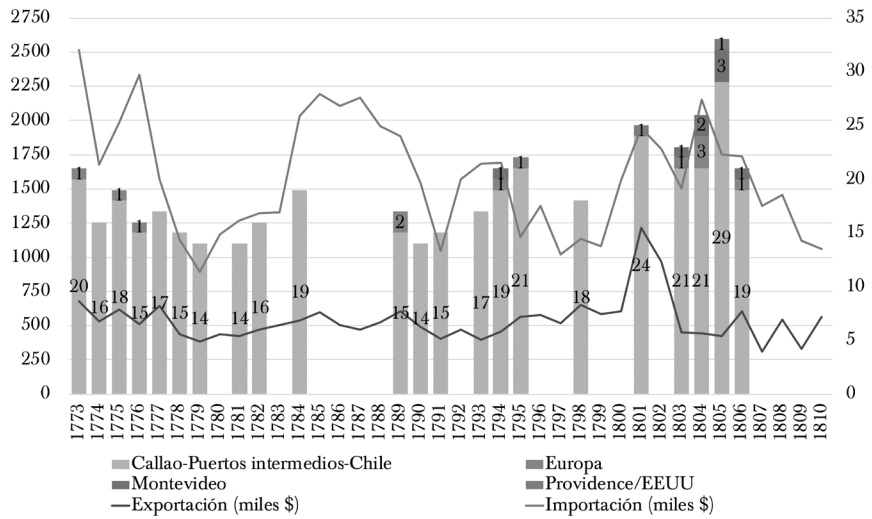
y Ntra. Sra. de los Dolores navegaron hasta la década de 1800. Jaime Rosenblitt, *Centralidad geográfica, marginalidad política: La región de Tacna-Arica y su comercio, 1778-1841*, pp. 138-154, demuestra los vínculos del comercio tacnoariqueño con el espacio peruano, lo que da cuenta del dinamismo mercantil entre Callao/Lima y Valparaíso/Santiago, pero también de sus mercados intermedios, durante este periodo.

[141] Cifras similares, en términos de naves y viajes, al registro del año 1760, en Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 73 y fines de la década de 1780, en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 249.

actividad portuaria, con un 57% de los movimientos de la flota, respecto de la segunda parte del año que alcanzó el 43% restante. Además, la marcada estacionalidad de los viajes en este periodo (Gráfico n.º 9), confirma que, pese a la mayor incidencia de la importación sobre el comercio exterior, el movimiento naviero, que participaba del circuito Callao-Valparaíso, estaba determinado por los ciclos productivos de la oferta exportable chilena. Esto era por la posibilidad de embarcar los productos agropecuarios, de preferencia trigo y sebo, cuya producción se definía durante el primer semestre de cada año, tal como se revela a partir del abastecimiento de mercancías locales a la ciudad de Santiago (Gráfico n.º 23). En especial, importaba la provisión de trigo, principal envío del mercado chileno al Perú, cuya cosecha comenzaba en primavera (septiembre-diciembre) y alcanzaba su *peak* en los meses de verano (diciembre-marzo). De esta manera, "la espera de los maestres de navíos y de los mercaderes peruanos, en procura de precios bajos [del trigo], hacía que el máximo movimiento naviero de salida desde Valparaíso se registraba en el otoño chileno [(marzo-junio)]"[142].

GRÁFICO N.º 8

*Número de navíos por lugar de origen en puerto de Valparaíso, 1773-1810*

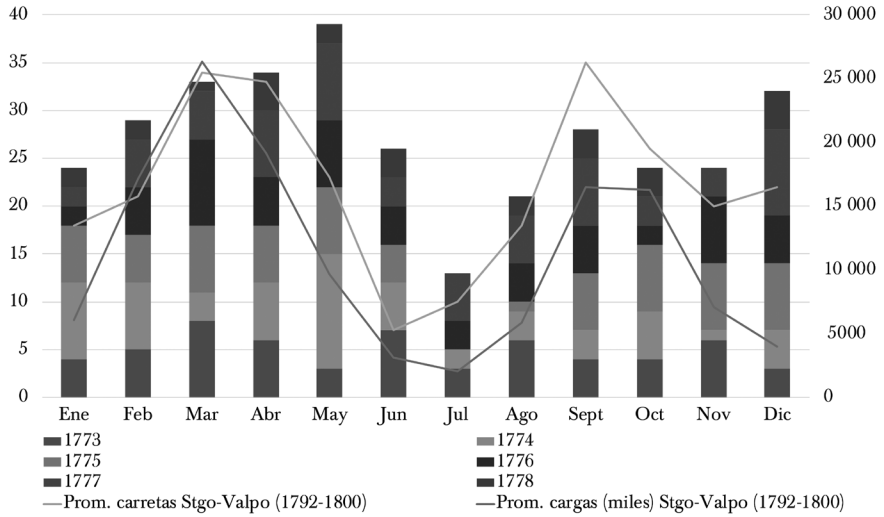



*Ídem* Gráfico n.º 2.

[142] De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 250.

GRÁFICO N.º 9

*Número de viajes marítimos (1773-1778) y movimiento terrestre mensual de cargas y carretas (1792-1800) entre Santiago y el puerto de Valparaíso*[143]




Fuente: Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 2, vols. 733-735, 739-740, 813, 817-818, 822-823, 825-828, 831; Pinto, S., *Vías...*, *op. cit.*, pp. 55 y 56.

Este activo movimiento naviero guardaba estrecha relación con los servicios conexos de transporte de las mercaderías que se ofrecían principalmente entre Santiago y el puerto de Valparaíso. Así se deriva también del análisis de la estacionalidad del número promedio mensual de cargas y carretas que se movilizaban en un sentido y otro durante 1792-1800, a través del camino nuevo que unía ambos espacios (Gráfico n.º 9).

Luego de estallar el primer enfrentamiento bélico en 1779, se emplearon barcos neutrales extranjeros para el comercio entre España y América, medida que fue repetida en el segundo (1796-1802) y tercer (1804-1808) conflicto, aunque de forma discontinua[144]. Durante las dos últimas décadas del siglo XVIII, en promedio, se registraron de manera oficial diecisiete embarcaciones por año en Valparaíso, con escasa o nula asistencia de naves procedentes de Europa, en contraste al dominio de la flota que provenía desde el Callao. A continuación, en la primera década del siglo XIX, creció la afluencia naviera en el puerto chileno, superando en promedio las 26 unidades por año, cifra que

[143] El número de viajes del año 1778 está subestimado, solo incluye salidas desde Valparaíso hacia otros destinos, puesto que no se cuenta con el detalle correspondiente a la importación de mercancías.

[144] Villalobos, *op. cit.*, pp. 117-121.

incluyó la presencia de barcos con rutas comerciales hasta ese momento de poco tránsito, al menos en términos oficiales: los que conectaron los puertos de Providence/EEUU y Montevideo en el Atlántico con Valparaíso y el Callao en el Pacífico (Gráfico n.º 8)[145]. Esta reanimada circulación bioceánica reflejó también el denominado *secret trade* que emprendió Inglaterra para comerciar en barcos neutrales sus productos y los de terceros con Hispanoamérica, a raíz del segundo conflicto con España, inaugurando así una nueva fase de penetración de los mercados coloniales, sobre todo del cono sur americano entre 1805-1808, que incluyó las plazas del Río de La Plata, Chile y Perú[146].

Con todo, la estructura del comercio naviero y los servicios de transporte muestran desde otra perspectiva la relativa estabilidad del suministro de productos americanos por la costa del Pacífico, en contraste a la mayor incertidumbre, producto de las guerras, en la provisión de efectos europeos por vía directa. Sin embargo, esta oferta intercontinental no llegó a ser nula, sobre todo después del auge del mercado porteño rioplatense, cuyo comercio habitual por la ruta terrestre se complementó por la vía marítima a través de la resurgida carrera bioceánica de principios del siglo XIX. Por otra parte, la presencia regular de la flota que navegó por el Pacífico permitió la continuidad de los envíos al Perú e intermedios, principales destinos de las mercancías chilenas y extranjeras de reexportación durante este periodo.

La evidencia anterior reafirma el cuestionamiento al supuesto estado de crisis con que se generaliza el devenir del comercio exterior chileno durante el periodo tardío colonial, puesto que esta noción se fundamenta en los vaivenes del tráfico directo con Europa. De acuerdo con las estimaciones de este trabajo, la internación de productos americanos y la reventa de efectos europeos desde las plazas comerciales de Lima y Buenos Aires representaron, en promedio, el 57,6% y 14,0% del valor de las importaciones durante 1773-1810, respectivamente. Solo en dos años de este extendido periodo la suma de estos ramos bajó de 50%, en relación al valor total de las internaciones, por lo que el peso de la provisión europea fue minoritario. Además de los altibajos del comercio intercontinental, que bien pudieron ocasionar algún grado de infortunio en la operación de cierto número de comerciantes locales, el abastecimiento de alcance regional se desempeñó sin interrupción y con mayor regularidad en

[145] En términos de viajes, en promedio por año, el movimiento fue creciente hasta fines del periodo colonial: i) 30 a fines de 1780; ii) 34 en la década de 1790 y iii) 40 en el decenio de 1800, en base a De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit*., p. 249. Media década después de los conflictos bélicos por la Independencia de Estados Unidos (1775-1783), entre 1788 y 1809 navegaron por la costa chilena 257 naves de esa procedencia, cuyo giro principal fue la caza de lobos y elaboración de aceite en las islas no ocupadas de este territorio. Sin embargo, solo 60 atracaron en puertos chilenos, incluido Valparaíso, alegando motivos de fuerza mayor y favoreciendo el contrabando, a pesar de las restricciones de este comercio por parte de las autoridades. En aquella misma época, entre 1792 y 1795 se permitió el atraque de 6 navíos ingleses por causa mayor a puertos chilenos, los que tampoco se detectan en el comercio oficial de Valparaíso, según antecedentes de Villalobos, *op. cit*., pp. 142-143 y 149-152.

[146] Adrian J. Pearce, *British Trade with Spanish America, 1763-1808*, pp. 211, 214-220 y 237.

esta época, lo que revela como contraparte el activo papel de la población chilena en la absorción de esta oferta, en contraste a la visión tradicional de un mercado interno restringido en cuanto al consumo de bienes. Así también, esta evidencia permite desestimar la sobredimensión de hechos aislados, tal como el breve bloqueo de tres navíos ingleses que afectó en 1805 a la bahía de Valparaíso, cuyo episodio se caracterizó por "las ningunas entradas de afuera y la consternación en que se hallan con el bloqueo de Valparaíso por los buques ingleses con lo cual todo ha decaído"[147]. Esta impresión de Manuel Riesco, comerciante destacado de la época, contrasta con las cifras, tanto de importación, como de la operación naviera (Gráfico n.º 8), en un año en especial sobresaliente en este último aspecto, al registrarse de manera oficial treinta y tres naves y un promedio de cuarenta viajes hacia el puerto de Valparaíso, niveles máximos de todo el periodo[148].

Por otra parte, la habitual reexportación del sector externo chileno no solo funcionó como una válvula de escape para la expansión de esta actividad, tal como se aprecia en especial durante la década de 1800, sino que además operó como amortiguador del exceso de oferta de enseres europeos, e incluso de mercancías americanas, en el mercado interno. No obstante, ¿cómo entender el permanente saldo negativo de la balanza comercial chilena durante todo este periodo?[149].

De acuerdo con el Gráfico n.º 10, los paréntesis de baja actividad en la provisión de la oferta importada, asociados al desabastecimiento europeo directo como resultado del permanente conflicto anglo-español, se tradujeron en mejoras de la balanza comercial, debido a la relativa mayor estabilidad de los envíos al exterior, aunque nunca llegaron a contrarrestar el saldo negativo de esta cuenta. En promedio, el déficit en materia de intercambios fue de M$1064 por año durante todo el periodo 1773-1809, oscilando entre el nivel máximo de M$-1842 en 1773 y el mínimo de M$-485 en 1798. Como consecuencia, durante este periodo se habría provocado, en palabras de otros autores, "la ruina económica del país", en tanto, esta situación produjo la fuga permanente de metales preciosos y, por consiguiente, el deterioro de las operaciones internas[150].

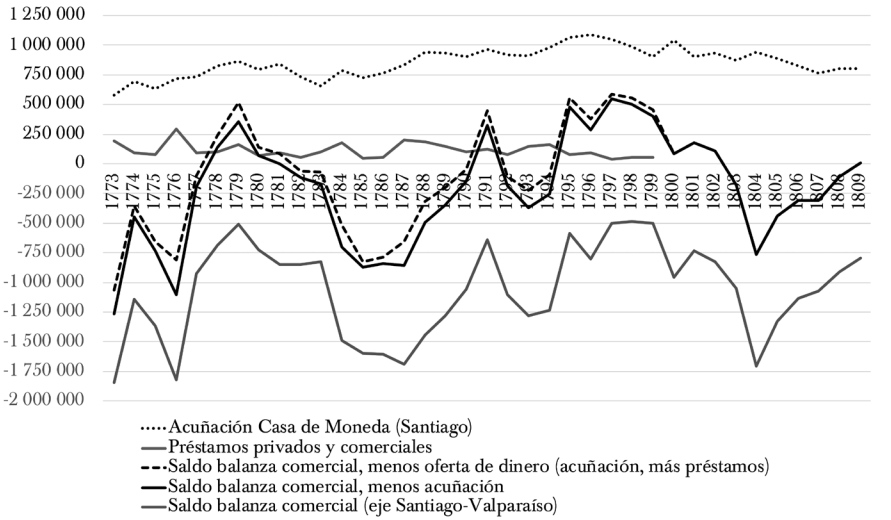
[147] Villalobos, *op. cit.*, pp. 145 y 184; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 205; Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 67.

[148] Ver nota al pie n.º 145.

[149] Déficit que otros autores evidencian en varios años puntuales, tales como: 1788 (Vicuña Mackenna, *Historia...*, *op. cit.*, p. 316; Haenke, *op. cit.*, pp. 200 y 201); 1789 (Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 59; 1795, ver Manuel de Salas, en Universidad de Chile, *op. cit.*, pp. 161-167; Barros Arana, *op. cit.*, tomo VII, pp. 284-287); 1791, 1802 y 1804 (Villalobos, *op. cit.*, pp. 189 y 190); 1787 y 1805-1807 (Ramírez, *op. cit.*, pp. 77-84). Véase también la compilación del periodo 1680-1829, aunque solo se expone el saldo promedio anual por decenio de esta balanza, en Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 151 y 160.

[150] Barros Arana, *op. cit.*, tomo VII, pp. 281-290; Villalobos, *op. cit.*, pp. 184-191; Ramírez, *op. cit.*, pp. 86-90; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 169.

GRÁFICO N.º 10
*Balanza comercial y oferta de dinero (1 peso: 8 reales), 1773-1809*




*Ídem* Gráfico n.º 2; Romano, "Una Economía...", *op. cit.*, pp. 12-15; Horvitz, *op. cit.*, Figs. 3 y 4; Quiroz, "Variaciones...", *op. cit.*, pp. 99-102.

Pese a los problemas que pudo tener la valoración de las exportaciones, cuya corrección elevaría marginalmente sus niveles, el signo negativo de la balanza comercial chilena no cambiaría en las últimas cuatro décadas coloniales. Por otra parte, tampoco se descarta la fuga de capitales que pudo afectar ciertos pasajes de este periodo. Sin embargo, debiesen considerarse al menos dos elementos adicionales para sostener que la cancelación de este déficit implicó una crisis permanente de los medios de pago[151].

En primer lugar, al descontar la oferta monetaria del déficit en la balanza comercial, vale decir, restando el valor de la acuñación de monedas de oro y plata de la Casa de Moneda, más el monto de los prestamos privados y comerciales registrados mediante instrumentos de deuda públicos que se formalizaron durante las últimas tres décadas del siglo XVIII en las escribanías de Santiago, pese a que el saldo promedio continúa resultando negativo, se acerca en buena medida al equilibrio (M$-126 por año)[152]. En consecuencia, si

[151] Sobre el problema de la valoración de las exportaciones, ver última sección de la Introducción.

[152] Volúmenes de amonedación anuales, según Romano, "Una Economía...", *op. cit.* y Quiroz, "Variaciones...", *op. cit.* Valores de prestamos, en Horvitz, *op. cit.* Ejercicio similar al realizado por Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 159-170, aunque este autor no considera la variable

bien existieron periodos críticos en cuanto a la disponibilidad de dinero como medio de pago, también hubo épocas de bonanza o atesoramiento de metálico que permitieron a la larga, dado este disminuido saldo aparente, la capacidad de compra de los hogares para absorber la habitual entrada de mercancías que año tras año se importaban desde los mercados externos[153].

El segundo elemento a considerar es la doble escala del intercambio mercantil chileno: el regional o americano y el intercontinental, cuya existencia obliga a considerar las dos balanzas respectivas de comercio que en suma conformaron el sector externo. De este modo, parte del déficit también se cubrió con la posición favorable de Chile respecto de los mercados americanos. Así se constata, por ejemplo, según informe del Contador Interino de la Real Aduana de Perú, don Joseph Ignacio Lequanda, quien demostró que el superávit chileno, en relación a la balanza comercial con el Perú, alcanzó a $262 952 durante el quinquenio 1785-1789[154]. Como también en los ejercicios de 1791 y 1793, cuando el valor de las exportaciones desde el puerto de Valparaíso superó al de importación en el Callao-Lima, lo que dio como resultado un saldo a favor de Chile de M$180, en términos agregados, nivel similar a los M$200 que informó el comerciante Juan José de Santa Cruz al expedicionario Alejandro Malaspina como parte de las noticias sobre Santiago, relativas al saldo positivo de la balanza de comercio exterior de los años 1788 y 1791[155].

---

crediticia en la oferta de dinero. Pese al crecimiento de la oferta de moneda fraccionaria o menuda para servir al comercio minorista a fines del siglo XVIII, su peso, en promedio, no superó el 25% del valor de la oferta monetaria total, en contraste al 75% que representaba la acuñación de monedas de oro de alto valor para la exportación. A modo de especulación, el saldo negativo de la balanza de pagos también pudo cubrirse con oro y plata no amonedada (o incluso acuñada), que salió vía contrabando.

[153] La historiografía se refiere a la década de 1780 como una época crítica en cuanto a la disponibilidad de metálico para el comercio. Así lo destaca Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso*..., *op. cit*., pp. 308-310, en particular, para los años 1786-1788 y Carmagnani, *Los mecanismos*..., *op. cit*., pp. 160 y 161, en general, para aquel decenio, lo que es consistente con los resultados que se muestran en el Gráfico n.º 10.

[154] Durand, *op. cit*., pp. 73 y 146. El superávit presentado por Lequanda ascendió a la suma de $847 352, pero al descontar $584 400 del valor de la exportación que significaron los 1461 esclavos que, en tránsito por Chile, se internaron a Lima desde Buenos Aires se obtienen los $262 952. Por su parte, Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso*..., *op. cit*., p. 248 y Barros Arana, *op. cit*., tomo VII, 284; también revelan estas mismas cifras, pero el segundo advierte que "no dan una idea cabal del comercio normal entre ambos países". Esta representación de la aduana peruana deja en evidencia nuevamente el problema de la valoración de las exportaciones, ya que a partir de los registros tributarios de origen chileno no es posible obtener los niveles del mencionado informe de Lequanda, debido a la menor apreciación que se aplicaba a las partidas nacionales y la exención fiscal de otras tantas.

[155] Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso*..., *op. cit*., pp. 249-252; Rafael Sagredo y José González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, pp. 488 y 521.

En síntesis, este acotado déficit monetario aparente, como consecuencia del desfavorable saldo de la balanza de pagos de estas décadas, debió en la práctica equilibrarse o incluso alcanzar cierto superávit al considerar: i) aquel saldo positivo del intercambio comercial chileno respecto de los mercados americanos, ii) el atesoramiento de dinero en manos de privados y iii) la multiplicación monetaria producto de las relaciones crediticias no formalizadas mediante instrumentos de deuda públicos[156]. Al agregar estos elementos, en un contexto en que la población, en especial de Santiago, se insertaba de forma general en los mecanismos de circulación monetaria, resultado de su renovación urbana por la sostenida inversión pública, se cuestiona el estado de crisis permanente que pudo afectar a los medios de pago y, por consiguiente, su negativo impacto, en contraste, al progresivo desempeño del mercado interno[157].

## Evolución de la magnitud y estructura de los agentes

Desde el punto de vista de los actores del comercio exterior chileno, a través del eje Santiago-Valparaíso hasta antes del primer conflicto anglo-español, se identificó, en promedio por año, un total de 482 agentes, que se redujo a 375 en la década de 1790, para luego elevarse a 430 en los primeros años del siglo XIX (Gráfico n.º 11). El número de importadores superó al de exportadores, manteniéndose una proporción promedio de 55% y 45% a lo largo de este periodo, respectivamente. Estas cifras dan cuenta de un nivel de desconcentración importante del comercio exterior chileno, en comparación a las primeras décadas republicanas, cuando unas pocas casas comerciales británicas y norteamericanas concentraron buena parte de esta actividad[158].

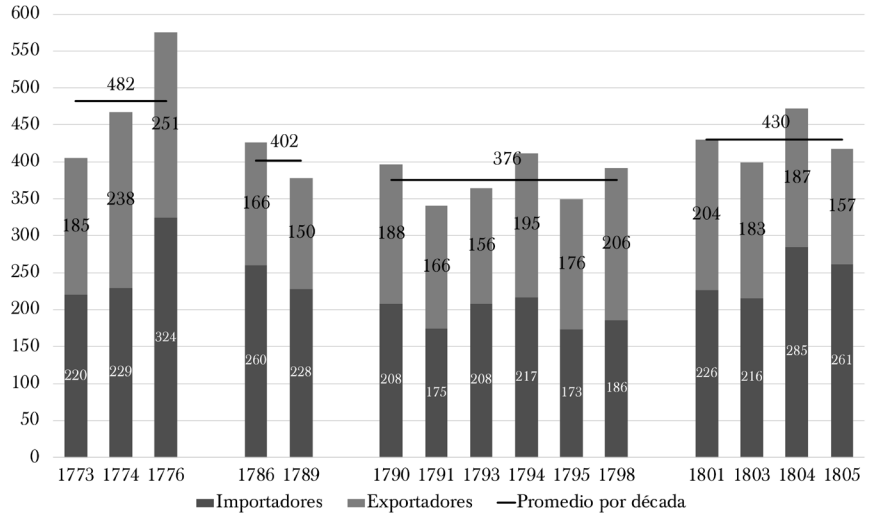
[156] Respecto del primer aspecto, es elocuente el atesoramiento por el giro de comercio principalmente con que terminaron sus días dos grandes mercaderes de la época: don Lucas Fernández de Leiva (en Cavieres, "Del comercio...", *op. cit*., p. 334) y don Juan Antonio Fresno (en Salazar, *Mercaderes...*, *op. cit*., pp. 26-74), entre tantos otros de similar o superior escala comercial que no han sido aún estudiados (ver Cuadro n.º 1 para mayor detalle).

[157] Respecto al creciente contexto monetario de la época, ver Quiroz, "Variaciones...", *op. cit*., pp. 121 y 122; Llorca Jaña & Navarrete Montalvo, *op. cit*., p. 81. En cuanto a los antecedentes de la renovación urbana asociada a la creciente inversión pública en Santiago, ver De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit*., pp. 301-305.

[158] Eduardo Cavieres, "Estructura y funcionamiento de las sociedades comerciales de Valparaíso durante el siglo XIX (1820-1880)", p. 65; Salazar, *Mercaderes...*, *op. cit*., pp. 97-130. Las casas mercantes británicas en operación entre Valparaíso y el Río de La Plata alcanzaron a unos 260 establecimientos en las primeras décadas después de la Independencia, en Manuel Llorca Jaña, "The organisation of British textile exports to the River Plate and Chile: Merchant houses in operation, c. 1810-59".

GRÁFICO N.º 11

*Número de agentes del comercio exterior por tipo de actividad, 1773-1805*

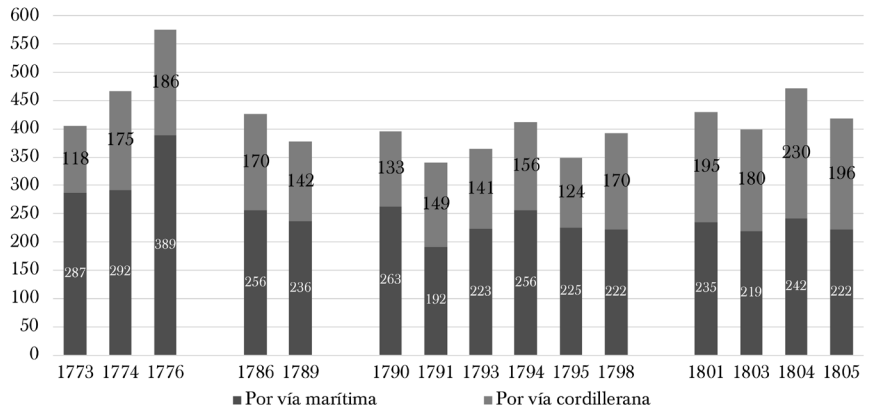



Fuente: Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 962, 1780, 1839, 1887, 1903-1904, 1924, 1928, 1934-1935, 1949, 1951, 1974, 1984, 2011; Serie 2, vols. 643-644, 650-651, 658, 733-735, 739-740, 813, 819, 822-823, 825-828, 1820-1822, 1825, 1828-1830, 1834, 1840, 1847, 1849, 1867-1868, 1884, 1887, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1934, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3199, 3201-3206; Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, pp. 79, 84 y 85.

Si bien el número de agentes que operó por vía marítima fue habitualmente superior a quienes lo hicieron por la ruta terrestre cordillerana (Gráfico n.º 12), con el tiempo esta proporción tendió a equipararse, en línea con el auge mercantil entre el Virreinato de La Plata y Santiago. Así se constata en la década de 1770 cuando, en promedio, el 67% de los agentes participó del comercio marítimo y solo el 33% lo hizo por la vía cordillerana, mientras que a principios del siglo XIX esta proporción se acortó a 53% y 47%, respectivamente. Esta magnitud y distribución de los agentes del comercio exterior fueron compatibles con la alta ocupación de individuos de otros sectores vinculados con esta actividad. Tal fue el caso de los arrieros y sus tropas, cuyos servicios de transportes fueron requeridos de manera regular para distribuir las mercancías a los destinos de venta. Durante las dos últimas décadas del siglo XVIII participaron de la carrera trasandina, que unía la extensa región rioplatense con Santiago, un total de 517 arrieros, cuyo asentamiento principal se ubicaba en Chile (Los Andes, Aconcagua y Santiago) y, en menor medida, en la provincia de Cuyo. Mientras que en 1792, para el transporte de las mercancías entre el puerto de Valparaíso y Santiago, se contabilizaron 791 arrieros en tránsito por

el nuevo camino que unía dichos espacios[159]. Tal número de transportistas se sumó al empleo que demandó cada agente comercial para atender los diversos lugares donde se vendieron las mercancías al detalle, lo que a su vez significó un arrastre sobre otros sectores que, en conjunto, dinamizaron el desempeño de la economía chilena, cuya población hacia fines del siglo XVIII contó con alrededor de 400 000 individuos en toda la Capitanía[160].

GRÁFICO N.º 12
*Número de agentes del comercio exterior por vía de circulación, 1773-1805*




*Ídem* Gráfico n.º 11.

Las trayectorias individuales de los numerosos agentes que conformaron el comercio exterior chileno, mediante su giro en el eje Santiago-Valparaíso, fueron variadas. De acuerdo con el Cuadro n.º 1, donde se identifica a los mayores importadores por década, durante 1773-1779 solo 47 de 748 agentes (6,3%) alcanzaron el 50% del valor total de las internaciones. Destacaron en esta época: Salvador Trucios (M$400), Pedro Fernández Palazuelos (M$289), Mateo Toro y Zambrano (Conde de la Conquista) (M$257), Joseph Ramírez de Saldaña (M$240), Miguel Pérez Cotapos (M$240) y Lucas Fernández de Leiva (M$238), entre los principales agentes. En cuanto a la permanencia en esta actividad, diecisiete comerciantes operaron a lo largo de los cuatro decenios en revisión. Entre estos últimos, Salvador Trucios y Antonio de la Lastra, quienes ya lideraban durante 1760-1772 la importación de distintas ramas, protagonizaron casi medio siglo de intensa actividad en este comercio. Sin embargo, pese a esta notable presencia, fue otro comerciante, Joseph Ramírez de Saldaña,

[159] Lacoste, "El arriero...", *op. cit.*, pp. 54 y 60; Pinto, S., *Vías...*, *op. cit.*, p. 74.
[160] Archivo Nacional (de Chile), *Censo de 1813*, pp. VIII-IX.

quien también ocupó un puesto importante en esta actividad durante la década de 1760, el responsable de la mayor parte de las importaciones chilenas del periodo tardío colonial, acumulando la crecida suma de M$1368 desde 1773 hasta 1798, año en que se registró su última internación[161].

Tal como transcurrió de manera general en esta actividad durante la época previa al primer conflicto anglo-español, el grueso del valor de la internación de estos grandes comerciantes (90%) se verificó a través de vías marítimas, tanto por el Callao como también de manera directa desde Cádiz, siendo mínimo el tráfico terrestre (10%). En consecuencia, la importación de este segmento fue de manufactura europea en su mayoría, lo que a su vez representó el 61% del total de esta oferta en el periodo 1773-1779. Esta estructura del "gran" comercio, concentrada en el expendio de efectos europeos, revela como contraparte la importancia de los numerosos agentes de menor cuantía en la internación de productos americanos, cuya oferta representó el 64% sobre el total[162].

En cuanto a la presencia femenina en esta importación, intervinieron 27 mujeres, de un total de 748 agentes (3,6%), representando el 2,8% del valor de estas transacciones durante este primer periodo en análisis. Además de Juana Aldunate, quien resaltó con internaciones superiores a M$90, destacaron por su operación habitual María Santa Cruz, María Antonia Salas, Francisca Borja de la Carrera, Catalina Encalada, María Josefa Rojas y María Josefa Salas, entre las principales agentes de la época[163].

En la década siguiente de 1780, la suerte varió en distinta dirección dentro del grupo de los grandes mercaderes. Así, cuatro de los mayores importadores del decenio previo: Salvador Trucios (M$231), Pedro Fernández Palazuelos (M$92), Mateo Toro y Zambrano (Conde de la Conquista) (M$12) y Miguel Pérez Cotapos (M$50), presentaron caídas considerables en sus operaciones, sin contar a Lucas Fernández de Leiva, quien murió en 1779, tras brillar en

[161] Antecedentes sobre Salvador Trucios, Antonio de la Lastra y Joseph Ramírez para el periodo previo (1760-1772), en Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, pp. 95-98. El valor internado por este último fue notable si se considera que el valor promedio de importación del eje Santiago-Valparaíso, en todo el periodo 1773-1810, alcanzó a M$1542 por año. Desde el punto de vista de la historia empresarial, son pocos los trabajos que se ocupan de estos grandes comerciantes. De modo excepcional, se cuentan los estudios de Mario Cárdenas, "Comerciantes españoles durante la Independencia"; Gonzalo Piwonka, *Chopitea y Echeverría: dos empresarios, afines y políticamente antagónicos del siglo XIX*; Cavieres, "Del comercio...", *op. cit.*; Salazar, *Mercaderes...*, *op. cit.*; Consuelo Soler, "Redes de comercialización de la yerba mate a partir de las operaciones mercantiles de Salvador Trucíos, Chile (1758-1798)".

[162] Descontando a los 47 mayores importadores de esta década, el resto de los agentes sumó 701 individuos, cuyo peso en el agregado alcanzó el 50% del total de las mercancías internadas, según se calcula a partir del Cuadro n.º 1.

[163] María Antonia Salas fue casada con el general Martín José de Larraín, fundador de la familia llamada de "los ochocientos". Tuvieron tres hijos: Francisco, Joaquín y Vicente, todos los cuales ocuparon distintos puestos de distinción, a nivel gubernamental y eclesiástico, en los albores de la Independencia (en José Toribio Medina, *Diccionario biográfico colonial de Chile*, pp. 448-449).

esta actividad desde mediados del siglo XVIII[164]. En cambio, se expandieron notablemente los giros de Joseph Ramírez de Saldaña (M$540), Francisco Bezanilla (M$378), Miguel Terán (M$221), Ignacio Irrigaray (M$196), Julián Perea (M$148) y Juan Antonio Fresno (M$124), entre otros. Al mismo tiempo, surgió una nueva generación de comerciantes que destacará en los decenios siguientes: Juan Manuel Cruz (M$157), Joseph Manuel Barrena (M$75), Juan Joseph Manso (M$36), Manuel Bustamante (M$34) y Manuel Riesco (M$12), entre los principales.

En línea con el contexto bélico de esta década, que se tradujo en una caída de alrededor de 40% en las importaciones hasta 1783, para luego repuntar a fines de esta misma época casi a los niveles previos de la mano con la expansión del tráfico rioplatense, la operación por vía marítima del gran comercio retrocedió ante el progreso de la ruta cordillerana que alcanzó el 36% del total de ingresos. Esto significó una participación de este alto segmento de 68% en la internación de efectos europeos y 42% en la importación de productos regionales. Mientras que los importadores de menor escala (582 agentes), en proporciones similares al periodo previo, aportaron el 32% restante de efectos europeos y el 58% mayoritario de mercancías americanas.

Respecto a la participación femenina, doña María Rosa Alcalde (M$54) fue la comerciante más destacada de este periodo, de un total de 28 mujeres sobre 642 agentes (4,4%) que aportaron el 1,9% del valor total importado. Además de Alcalde, destacaron María Plaza, María del Carmen Díaz y Matilde Salamanca, entre las principales[165].

En el decenio de 1790, repuntaron con fuerza las internaciones de Juan Manuel Cruz (M$597), Joseph Ramírez de Saldaña (M$587), Juan Antonio Fresno (M$302), Joseph Manuel Barrena (M$230) y Manuel Bustamante (M$197). En contraste, perdieron terreno en esta actividad Francisco Bezanilla (M$98), Salvador Trucios (M$142), Ignacio Irrigaray (M$56) y Celedonio Villota (M$135), entre los más afectados. También brotaron en esta década los giros comerciales de Pedro Nicolás Chopitea (M$76), Agustín Alzerreca (M$71), Julián Urmeneta (M$70) y Antonio del Sol (M$33), quienes destacarán en los albores del siglo XIX[166].

En cuanto a la estructura de las importaciones, continuó creciendo en este segmento el comercio vía cordillera (39%) en desmedro de la ruta marítima

[164] Cavieres, "Del comercio...", *op. cit.*, pp. 338 y 352.

[165] María Rosa Alcalde se casó en 1764 con Juan Garland, Caballero del Orden de Santiago, quien desde 1768 a 1774 fue Gobernador de la Plaza de Valdivia. Enviudó en el año 1775, luego de muerte de Garland en navegación a Madrid. Mientras que María Plaza contrajo matrimonio con Diego Muñoz y Rocha, cuyo hijo fue Juan Nepomuceno, asesor de los tribunales del Consulado y Minería en 1797 (en Medina, *op. cit.*, pp. 343, 562 y 563).

[166] Gran parte del conjunto de estos grandes mercaderes aparece en el listado de los "magnates" de Santiago de principios de la década de 1790, confeccionado por la expedición de Alejandro Malaspina, según Ricardo Couyoumdjian, "Los magnates chilenos del siglo XVIII", pp. 317-318.

(61%). Así también, este gran comercio siguió liderando la importación de efectos europeos con el 78% de participación y alcanzó además una mayor participación que el resto de los importadores de menor escala sobre el valor del abastecimiento de productos americanos (51%).

Pese a que en esta década se registró el mayor número de mujeres en esta actividad, alcanzando a 31 de 515 agentes (6,0%), la participación sobre el valor de las importaciones ascendió solo a 0,6%, sin presencia en el segmento de grandes mercaderes. Las importadoras más destacadas del periodo fueron: Josefa del Villar, Manuela Salamanca y Antonia Madariaga.

El periodo final en revisión (1801-1806) confirma el declive de una generación de mercaderes cuyo giro comercial se prolongó por cuatro a cinco décadas: Salvador Trucios (M$8), Pedro Palazuelos (M$26), Mateo Toro y Zambrano (M$0,1), Celedonio Villota (M$82) y Agustín Tagle (M$24), entre los principales. En contraste, consolidaron su participación en este rubro figuras de ascendencia reciente, tales como: Pedro Nicolás Chopitea (M$452), Juan Manuel Cruz (M$293), Santos Izquierdo (M$266), Mateo Maza (M$232), Juan Antonio Fresno (M$220) y Julián Urmeneta (M$194), quienes fueron los comerciantes de mayor presencia hasta la época previa a la Independencia[167].

Por primera vez, durante la década de 1800, las internaciones del alto grupo de comercio se realizaron mayoritariamente por la vía cordillerana (57%), lo que se tradujo en una caída a 63% de la participación sobre la oferta total de efectos europeos, en contraste al aumento a 53% en el suministro general de productos americanos.

Al igual que en la década previa, la presencia femenina fue nula en el ranking de los mayores importadores, disminuyendo esta participación a 25 mujeres (4,7%) respecto del decenio anterior y alcanzando solo el 0,8% del valor total de la importación durante este periodo.

[167] Aunque no figuraron entre los principales agentes del comercio exterior durante este decenio, cinco de los diez mayores terratenientes de la posterior década de 1830 en Chile se identificaron en esta actividad, sobre todo, en calidad de importadores: Francisco Ruiz Tagle, Martín Calvo Encalada, Francisco Borja Fontecilla, Juan Agustín Alcalde y Francisco Ramón Vicuña (en Manuel Llorca Jaña *et al*., "La agricultura y la élite agraria chilena a través de los catastros agrícolas, c. 1830-1855", pp. 617-628).

Esta gruesa distinción entre los mayores importadores y el resto de los agentes de menor escala permite proyectar una imagen de mejor resolución respecto de la evolución y estructura de esta actividad a fines del periodo colonial. En primer lugar, relativa al auge y declive de una generación de mercaderes, la mayor parte de ellos ligados al comercio de efectos europeos por vía marítima con sus pares limeños, a diferencia del grupo que surgió durante las dos últimas décadas del siglo XVIII, cuya operación se diversificó no solo en términos espaciales sino que también respecto del giro comercial, ganando terreno en la importación de origen americana. En segundo lugar, respecto de la identificación del numeroso segmento de comerciantes de menor tamaño, cuya actividad conjunta significó, en promedio, el 45% de las importaciones totales, siendo su principal rubro la provisión de origen americano en todo el periodo en revisión. Ambas evidencias son relevantes a la hora de evaluar el verdadero estado del sector importador, en contraste a la noción de crisis que se atribuye al desempeño de esta actividad a partir de la impresión de ciertos mercaderes sobre la situación específica del comercio intercontinental. En particular, las referencias al "estado infeliz en que se halla esta plaza [Santiago]" en 1784, época posterior al primer enfrentamiento anglo-español, contrastan con la importante recuperación de los niveles de importación durante toda la década siguiente (Gráfico n.º 3), en especial de enseres europeos (Gráfico n.º 4), pese al declive en el número de importadores que significó este ajuste en el mismo periodo (Gráfico n.º 11). Si bien, tal panorama, por un lado, pudo justificar la desazón y el infortunio que vivieron algunos comerciantes de esta rama, por ejemplo, durante los años 1786-1789 en que "pasaban de sesenta los mercaderes fallidos, sin contar los que no se habían descubierto"[168]. Por otro lado, en cambio, reafirma las ventajas de este mayor abastecimiento importado en, al menos, tres aspectos: i) expansión del comercio externo y creación de nuevas riquezas, mediante la sustitución de actores menos competitivos por otros de eficiencia superior, ii) aumento del bienestar general de la población, por la alta disponibilidad de bienes a bajos precios y iii) mayores ingresos fiscales, debido al incremento de las transacciones y la serie de impuestos que gravaron esta actividad[169].

[168] Tal estado de crisis por inundación de la plaza santiaguina con mercancías europeas se generaliza a partir de la impresión de seis mercaderes durante el decenio de 1784-1794: Francisco Javier Errázuriz, Carlos Vildósola, José Joaquín Pinto, Juan José Arismendi y Manuel Riesco (todos vecinos de Santiago), más José Funall, agente de Buenos Aires de visita en la capital chilena en aquella época. Mientras que para el periodo 1803-1808, las referencias corresponden solo a tres comerciantes: Esteban Cea, Manuel Riesco y Agustín Eyzaguirre (en Villalobos, *op. cit*., pp. 104-106, 110-111 y 153-156).

[169] Ventajas de la apertura de este comercio que, solo cotejando con opiniones que "están inclinadas hacia el punto de vista de los comerciantes", tal como reconoce Villalobos, *op. cit*., pp. 90 y 161; "no dejan percibir el beneficio general de la población, el crecimiento de las transacciones ni el aumento de las entradas en la caja fiscal". La Memoria del Consulado de Comercio de don

CUADRO N.º 1

*Comerciantes por valor de importaciones al Obispado de Santiago, 1773-1806*

| Años: 1773-1776; 1779 | | Años: 1780-1782; 1784; 1786; 1789 | | Años: 1790-1791; 1793-1795; 1798 | | Años: 1801; 1803-1806 | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Comerciante | Pesos | Comerciante | Pesos | Comerciante | Pesos | Comerciante | Pesos |
| Salvador Trucios | 400 457 | Salvador Trucios | 230 818 | Salvador Trucios | 142 493 | Salvador Trucios | 7517 |
| Pedro Palazuelos | 289 178 | Pedro Palazuelos | 91 685 | Pedro Palazuelos | 76 117 | Pedro Palazuelos | 26 449 |
| Mateo Toro y Zambrano | 256 695 | Mateo Toro y Zambrano | 12 045 | Mateo Toro y Zambrano | 17 971 | Mateo Toro y Zambrano | 104 |
| Antonio de la Lastra | 209 869 | Antonio de la Lastra | 112 067 | Antonio de la Lastra | 16 825 | Antonio de la Lastra | 61 227 |
| Celedonio Villota | 209 618 | Celedonio Villota | 228 786 | Celedonio Villota | 135 134 | Celedonio Villota | 81 547 |
| Agustín Tagle | 119 431 | Agustín Tagle | 99 726 | Agustín Tagle | 107 260 | Agustín Tagle | 24 177 |
| Francisco Javier Errázuriz | 112 714 | Francisco Javier Errázuriz | 88 071 | Francisco Javier Errázuriz | 47 633 | Francisco Javier Errázuriz | 62 705 |
| Tomás Carricaburu | 101 616 | Tomás Carricaburu | 134 800 | Tomás Carricaburu | 127 195 | Tomás Carricaburu | 57 812 |
| Juan Francisco Lavaqui | 97 402 | Juan Francisco Lavaqui | 37 034 | Juan Francisco Lavaqui | 31 835 | Juan Francisco Lavaqui | 7737 |
| Juan Antonio Fresno | 42 909 | Juan Antonio Fresno | 124 439 | Juan Antonio Fresno | 302 141 | Juan Antonio Fresno | 219 980 |
| Benito Fáez | 41 653 | Benito Fáez | 98 840 | Benito Fáez | 86 572 | Benito Fáez | 22 494 |
| Ignacio Irrigaray | 29 728 | Ignacio Irrigaray | 196 429 | Ignacio Irrigaray | 55 553 | Ignacio Irrigaray | 60 418 |
| Miguel Terán | 6720 | Miguel Terán | 221 276 | Miguel Terán | 201 973 | Miguel Terán | 102 282 |
| Ignacio Landa | 6166 | Ignacio Landa | 58 901 | Ignacio Landa | 81 291 | Ignacio Landa | 61 404 |
| Santos Izquierdo | 5575 | Santos Izquierdo | 90 792 | Santos Izquierdo | 151 070 | Santos Izquierdo | 265 952 |
| Pedro Javier Echevers | 3202 | Pedro Javier Echevers | 70 939 | Pedro Javier Echevers | 29 693 | Pedro Javier Echevers | 17 043 |
| Juan Francisco García | 356 | Juan Francisco García | 7867 | Juan Francisco García | 133 849 | Juan Francisco García | 24 140 |
| Joseph Ramírez | 240 347 | Joseph Ramírez | 540 468 | Joseph Ramírez | 586 776 | | |
| Diego Muñoz | 160 401 | Diego Muñoz | 53 536 | Diego Muñoz | 21 050 | | |
| Francisco Bezanilla | 139 336 | Francisco Bezanilla | 377 650 | Francisco Bezanilla | 97 635 | | |
| Marqués de Villa Palma | 106 074 | Marqués de Villa Palma | 32 633 | Marqués de Villa Palma | 2806 | | |
| Manuel Martínez de Matta | 42 528 | Manuel Martínez de Matta | 54 951 | Manuel Martínez de Matta | 2364 | | |
| Melchor López | 28 625 | Melchor López | 47 094 | Melchor López | 25 206 | | |
| Miguel Caldevilla | 19 241 | Miguel Caldevilla | 66 356 | Miguel Caldevilla | 17 541 | | |
| Manuel Porras | 3083 | Manuel Porras | 79 027 | Manuel Porras | 5113 | | |
| Miguel Cabareda | 94 103 | Miguel Cabareda | 46 875 | | | Miguel Cabareda | 2191 |
| Mateo Maza | 33 066 | | | Mateo Maza | 154 530 | Mateo Maza | 231 782 |
| | | Juan Manuel Cruz | 157 310 | Juan Manuel Cruz | 597 428 | Juan Manuel Cruz | 293 461 |
| | | Bernardo Janet | 93 560 | Bernardo Janet | 64 199 | Bernardo Janet | 32 981 |
| | | Joseph Manuel Barrena | 74 917 | Joseph Manuel Barrena | 229 568 | Joseph Manuel Barrena | 76 784 |
| | | Joseph Antonio Badiola | 51 708 | Joseph Antonio Badiola | 88 133 | Joseph Antonio Badiola | 23 014 |
| | | Joaquín Gutiérrez | 46 772 | Joaquín Gutiérrez | 64 892 | Joaquín Gutiérrez | 94 033 |
| | | Juan Joseph Manso | 35 647 | Juan Joseph Manso | 126 870 | Juan Joseph Manso | 44 216 |
| | | Manuel Bustamante | 33 534 | Manuel Bustamante | 196 886 | Manuel Bustamante | 155 213 |
| | | Manuel Riesco | 11 854 | Manuel Riesco | 84 948 | Manuel Riesco | 146 042 |
| | | Manuel Martínez Lores | 10 975 | Manuel Martínez Lores | 47 909 | Manuel Martínez Lores | 96 566 |
| | | Bartolomé Ariznavarreta | 3761 | Bartolomé Ariznavarreta | 95 072 | Bartolomé Ariznavarreta | 68 012 |
| | | Joseph de la Vega | 3352 | Joseph de la Vega | 47 265 | Joseph de la Vega | 69 655 |
| | | Toribio Lambarri | 1136 | Toribio Lambarri | 35 173 | Toribio Lambarri | 94 280 |
| | | Felipe Zaldívar | 209 | Felipe Zaldívar | 44 588 | Felipe Zaldívar | 113 435 |
| | | Francisco García | 10 490 | | | Francisco García | 71 284 |
| | | Joseph Zavala | 609 | | | Joseph Zavala | 68 556 |
| Miguel Cotapos | 240 256 | Miguel Cotapos | 49 938 | | | | |
| Lorenzo Gutiérrez | 91 281 | Lorenzo Gutiérrez | 1130 | | | | |
| Francisco Javier Arlegui | 89 935 | Francisco Javier Arlegui | 25 972 | | | | |
| Domingo Díaz Muñoz | 86 028 | Domingo Díaz Muñoz | 75 341 | | | | |
| Diego Armida | 83 405 | Diego Armida | 11 228 | | | | |
| Julián Perea | 53 727 | Julián Perea | 147 656 | | | | |
| Antonio Cancino | 38 733 | Antonio Cancino | 91 144 | | | | |
| Antonio Rizo | 25 333 | Antonio Rizo | 56 347 | | | | |
| Ramón Sánchez C. | 22 484 | Ramón Sánchez C. | 74 253 | | | | |
| Gabriel Fresno | 9700 | Gabriel Fresno | 110 066 | | | | |
| Ignacio Cotapos | 1120 | Ignacio Cotapos | 55 233 | | | | |
| Joaquín Fernández | 250 | Joaquín Fernández | 62 690 | | | | |
| | | Francisco Suárez | 79 561 | Francisco Suárez | 36 963 | | |
| | | Eugenio Valero | 74 860 | Eugenio Valero | 91 368 | | |
| | | Ramón Rosales | 69 583 | Ramón Rosales | 18 916 | | |
| | | Joseph Iglesias | 61 058 | Joseph Iglesias | 41 | | |
| | | Miguel Garviso | 53 591 | Miguel Garviso | 144 790 | | |
| | | | | Juan Calvo | 88 452 | Juan Calvo | 80 077 |
| | | | | Pedro Nicolás Chopitea | 76 376 | Pedro Nicolás Chopitea | 451 549 |
| | | | | Agustín Alzerreca | 71 654 | Agustín Alzerreca | 147 617 |
| | | | | Julián Urmeneta | 69 912 | Julián Urmeneta | 193 980 |
| | | | | Antonio del Sol | 33 146 | Antonio del Sol | 157 113 |
| | | | | Francisco Borja Valdez | 24 089 | Francisco Borja Valdez | 103 309 |
| | | | | Lucas Arriarán | 20 709 | Lucas Arriarán | 112 681 |
| | | | | Rafael Beltrán | 6123 | Rafael Beltrán | 80 771 |
| | | | | Joseph Trucios | 2908 | Joseph Trucios | 108 510 |
| | | | | Manuel Undurraga | 1442 | Manuel Undurraga | 115 250 |
| | | | | Manuel Figueroa | 1402 | Manuel Figueroa | 197 973 |
| Lucas Fernández de Leiva | 237 900 | María Rosa Alcalde | 53 585 | | | Francisco Bernales | 125 593 |
| Conde de Quinta Alegre | 178 923 | Manuel Piñeiro | 52 539 | | | Manuel Ortúzar | 105 798 |
| Agustín del Castillo | 156 074 | | | | | Domingo Ochoa | 94 993 |
| Pedro Fermín Necochea | 128 209 | | | | | Felipe Castillo Albo | 90 273 |
| Francisco Ruíz Tagle | 126 845 | | | | | | |
| Tomás Carranza | 124 020 | | | | | | |
| Joaquín Bustamante | 117 902 | | | | | | |
| Juan Antonio Díaz | 109 038 | | | | | | |
| N=47 (6,3%) | 50% | N=60 (9,3%) | 51% | N=55 (10,7%) | 61% | N=49 (9,2%) | 56% |

FUENTE: Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 1780, 1887, 1903-1904, 1924, 1928, 1934-1935, 1949, 1974, 1984, 2011; Serie 2, vols. 643-644, 650-651, 658, 733-735, 822, 826, 828, 1820-1822, 1825, 1828, 1830, 1834, 1840, 1847, 1849, 1867-1868, 1884, 1887, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1934, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3199, 3201-3202, 3206.

Este sesgo, a causa de impresiones personales que inducen a la noción de crisis general de esta actividad, se puede apreciar al contrastar las imágenes negativas sobre el estado del comercio que en periodos específicos difundieron ciertos individuos destacados de este sector. Tales fueron los casos de Francisco Javier Errázuriz y Manuel Riesco (Cuadro n.º 1), quienes, a pesar de las continuas quejas, que incluyeron los efectos del contrabando, no abandonaron sus operaciones habituales de importación[170]. Ante tal contradicción, es el mismo Sergio Villalobos quien sostiene: "La explicación de ello está en que los lamentos se refieren a los malos negocios y rara vez se hace mención de los buenos, que indudablemente ocurrían cuando se andaba con suerte o buen ojo."[171]. Al descomponer la actividad entre grandes, medianos y pequeños importadores (Gráfico n.º 13), se observa, en oposición a la supuesta ruina de la alta clase mercantil santiaguina, la nula pérdida de participación de este segmento en esta actividad, debido al cambio generacional que se produjo durante las décadas de 1780-1790 (Cuadro n.º 1)[172]. A diferencia del numeroso contingente de pequeños importadores y, en menor medida, de aquellos medianos que sufrieron el mayor ajuste por efecto del vaivén de esta actividad durante estas décadas.

En términos de los agentes que participaron de esta fracción minoritaria de la importación por única vez en cada década, su número muestra una alta correlación con los valores internados, disminuyendo de 530 individuos en 1773-1779 (71% sobre número total de comerciantes) a 424 (66%) en 1780-1789 y 298 (58%) en 1790-1799, para luego recuperarse en la década siguiente a 327 (61%). Este ajuste permanente entre pequeños y medianos importadores, además del vuelco gradual y parcial de los grandes del comercio a la provisión regional, permitió continuar, más allá del vaivén del tráfico intercontinental, sin mayor contrapeso con la habitual internación de mercancías americanas, cuyo peso alcanzó el 57,6% del conjunto de esta actividad a lo largo de estas décadas.

El detalle de los mayores agentes del comercio de exportación operado por el eje Santiago-Valparaíso muestra, a diferencia de la actividad importadora,

---

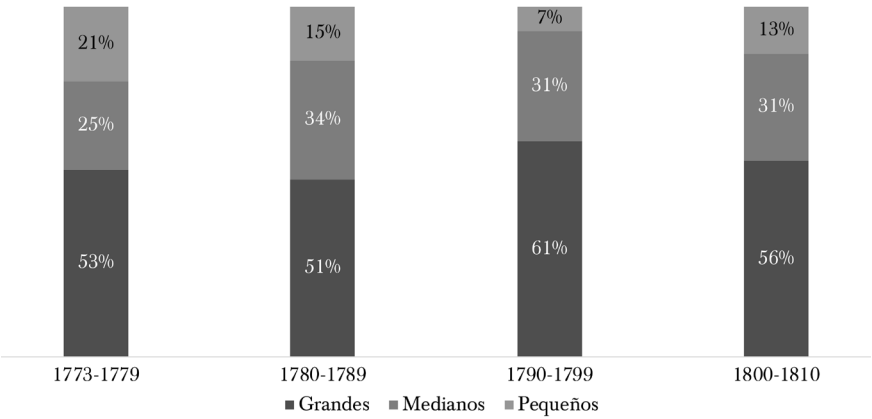
José Cos Iriberri de 1797, al valorar el reinado de Carlos III por el decreto de comercio libre de 1778, también aludió a este sesgo producto de "la cortedad de vista de algunos pseudo-políticos que, no entrando en un examen circunstanciado del asunto, deslumbrados con una estagnación momentánea y quiebras de algunas casas, y confundiendo el comercio con el comerciante, se han esforzado a impugnarle".

[170] Al revisar el detalle por año de estos importadores, cifras que se resumen por decenios en el Cuadro n.º 1, se verifica la continuidad operacional de ambos comerciantes, pese a sus reclamos. En particular, Errázuriz desde 1773 a 1806, aparece activo en 19 años de esta muestra, mientras que Riesco, desde 1789 a 1806, en 12 años.

[171] Villalobos, *op. cit.*, p. 82.

[172] Cuyo criterio de segmentación por decenios es el siguiente: i) Grandes, los mismos agentes del Cuadro n.º 1; ii) Medianos, por diferencia entre Grandes y Pequeños y iii) Pequeños, quienes solo operaron un año particular dentro del decenio, descontando a los grandes mercaderes del primer grupo.

GRÁFICO N.º 13
*Participación promedio por segmentos en el valor de importación, 1773-1810*




*Ídem* Cuadro n.º 1.

una concentración menor de esta actividad a lo largo de las cuatro décadas (Cuadro n.º 2). Durante el periodo 1773-1776, sin contar los valores de las partidas de cuenta y riesgo de su majestad Carlos III (3,2% sobre el total) y las propias de los distintos navíos que zarparon con productos chilenos (11,8%), 30 individuos (5,0% sobre 606 agentes) alcanzaron solo el 34% del valor de este comercio[173]. Entre los comerciantes que solo registraron movimientos en este periodo sobresalieron Domingo de la Cagiga (M$95), la Condesa de Vista Florida (M$91), Rosa Colmenares (M$53), Juan de Dios Valles (M$47) y Francisco de la Casa (M$45). A continuación, destacaron las operaciones de agentes que permanecieron por más de una década en este giro, entre ellos, Su Majestad (M$78), Francisco Bezanilla (M$63), Salvador Trucios (M$41), Celedonio Villota (M$37), Juan Antonio Fresno (M$20) y Joseph Ramírez de Saldaña (M$20), todos los cuales, salvo el Rey, cumplieron también un papel importante en el comercio de importación. Además de Villota y Fresno, otros siete individuos registraron operación durante las cuatro décadas en revisión,

[173] En palabras del cronista Carvallo y Goyeneche, *op. cit*., p. 28, las utilidades del comercio de exportación se incrementaban "con el interés que le recrece del consumo que hacen en el puerto de Valparaíso los diez o doce navíos que esportan [sic] sus productos en tres viajes anuales que cada uno hace". Al agregar las proporciones de cuenta del Rey de España (3,2%), más los navíos (11,8%) y el resto de los agentes (34%), se obtiene el 49% de participación que se muestra en el Cuadro n.º 2.

destacando Tomás Carricaburu (M$15) como uno de los principales. Entre los últimos agentes, solo Joseph Ramírez de Saldaña resaltó por su participación en una de las ramas principales de la exportación durante la época previa (1761-1772)[174].

La participación femenina en este periodo, si bien en número estuvo dentro del rango que se registró para la importación, esto es, 23 mujeres de un total de 606 agentes (3,8%), sobresalió en cuanto al valor de la exportación, alcanzando el 8,6% sobre el total. Destacaron principalmente los envíos a cuenta y riesgo de la Condesa de Vista Florida (M$91) y Rosa Colmenares (M$53), quienes también fueron importantes en la época previa (1761-1772)[175]. Mientras que, en menor cuantía, también tuvieron incidencia los envíos al exterior de Juana Díaz de Pereda (M$27), la Condesa de San Isidro (M$17), Rosa Gorostiaga (M$8) y Manuela Guerrero (M$7), entre las más destacadas[176].

En la década de 1780, un total de 42 agentes (10,3%) concentró el 37% de las ventas al exterior. Dentro de este segmento, las operaciones de los comerciantes de mayor permanencia corrieron distinta suerte. Mientras Celedonio Villota (M$2) y Juan Antonio Fresno (M$1) redujeron su giro de manera notable, Tomás Carricaburu (M$29), Ignacio Irrigaray (M$16), Ignacio Landa (M$16) y Miguel Terán (M$16) ganaron terreno en esta actividad. Junto a ellos, destacaron sobre la media las operaciones de Joseph Ramírez de Saldaña (M$114), Francisco Bezanilla (M$72), Bernardo Janet (M$88) y, en menor medida, Manuel Porras (M$24), quienes iniciaron su participación en esta década.

De un total de 19 mujeres (4,7%), cuya contribución ascendió a 0,7% del valor de las exportaciones, solo Nicolasa Mesías (M$10) destacó dentro del grupo de los grandes de este periodo.

La década de 1790, en mayor medida que el decenio previo, marcó el surgimiento de la generación de recambio en esta actividad. Al igual que en el sector importador, durante este periodo emergió el grupo mayoritario de grandes exportadores que destacarán en los primeros años del siglo XIX: Pedro Nicolás Chopitea, Francisco Bernales, Juan Manuel Cruz, Lucas Arriarán, Francisco Echazurreta y Antonio del Sol, quienes también figuraron, en su mayoría, como importadores. En relación a este periodo, destacaron las operaciones de Joseph Ramírez de Saldaña (M$292), Juan Joseph Jiménez (M$95), Su Majestad (M$86), Bernardo Janet (M$76) y Borja Andía y Varela (M$67), entre los principales.

[174] Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 88.

[175] Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, pp. 81-88.

[176] Tres de estas destacadas comerciantes fueron dueñas de navíos con vasta trayectoria en la carrera Callao-Valparaíso a fines del periodo colonial: Ntra. Sra. de las Mercedes (Condesa de Vista Florida), El Fénix (Rosa Colmenares) (en Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 79) y Sacra Familia (Condesa de San Isidro) (en ANCH, FCM, Serie 2, vol. 825).

Pese a que en esta época se registró el crecido número de 36 mujeres en esta actividad (6,3%), su participación alcanzó solo al 0,1% del valor de las exportaciones, destacando los envíos de Micaela Echeñique, Ana María Cañas y Juana Bezanilla.

En el último decenio, se confirma la disminuida presencia de los mercaderes de mayor trayectoria, en contraste a la generación de agentes que surgió en las décadas centrales de este periodo. Destacaron Antonio Velasco (M$171), Pedro Nicolás Chopitea (M$115), Francisco Bernales (M$112), Manuel Ortúzar (M$101), Borja Andía y Varela (M$63), Lucas Arriarán (M$63) y Luis Aquejolo (M$61), entre los principales.

Por su parte, la presencia femenina en la exportación durante esta primera década del siglo XIX alcanzó a 19 mujeres (4,0%) con una escasa fracción de 0,1% sobre el total de los envíos.

CUADRO N.º 2

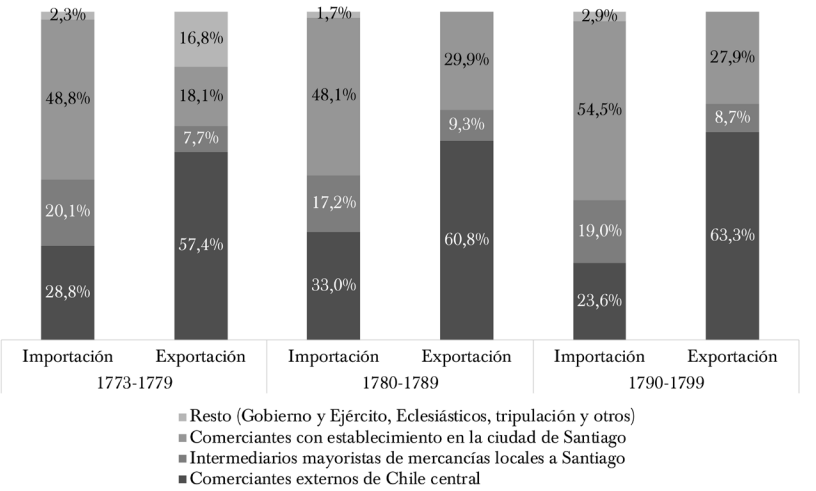
*Comerciantes por valor de exportaciones desde el Obispado de Santiago, 1773-1806*

| Años: 1773-1776 | | Años: 1780; 1784; 1786; 1789 | | Años: 1790-1791; 1793-1795; 1798 | | Años: 1801; 1803-1806 | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Comerciante | Pesos | Comerciante | Pesos | Comerciante | Pesos | Comerciante | Pesos |
| Celedonio Villota | 37225 | Celedonio Villota | 2284 | Celedonio Villota | 22388 | Celedonio Villota | 7408 |
| Juan Antonio Fresno | 20371 | Juan Antonio Fresno | 963 | Juan Antonio Fresno | 341 | Juan Antonio Fresno | 459 |
| Tomás Carricaburu | 15163 | Tomás Carricaburu | 28984 | Tomás Carricaburu | 22635 | Tomás Carricaburu | 7133 |
| Mateo Toro y Zambrano | 8956 | Mateo Toro y Zambrano | 7269 | Mateo Toro y Zambrano | 11783 | Mateo Toro y Zambrano | 200 |
| Francisco González | 7285 | Francisco González | 7414 | Francisco González | 2144 | Francisco González | 2705 |
| Benito Fáez | 5938 | Benito Fáez | 3100 | Benito Fáez | 22004 | Benito Fáez | 2361 |
| Ignacio Irrigaray | 4816 | Ignacio Irrigaray | 16059 | Ignacio Irrigaray | 6222 | Ignacio Irrigaray | 8209 |
| Ignacio Landa | 2941 | Ignacio Landa | 16091 | Ignacio Landa | 19385 | Ignacio Landa | 9898 |
| Miguel Terán | 63 | Miguel Terán | 15650 | Miguel Terán | 20497 | Miguel Terán | 22009 |
| Francisco Bezanilla | 63350 | Francisco Bezanilla | 71677 | Francisco Bezanilla | 56374 | | |
| Salvador Trucios | 41033 | Salvador Trucios | 33098 | Salvador Trucios | 55917 | | |
| Joseph Ramírez | 20306 | Joseph Ramírez | 113572 | Joseph Ramírez | 291702 | | |
| Joseph Miguel Prado | 5644 | Joseph Miguel Prado | 17801 | Joseph Miguel Prado | 24689 | | |
| Marqués de Villa Palma | 4984 | Marqués de Villa Palma | 11873 | Marqués de Villa Palma | 2658 | | |
| Francisco Bueras | 1441 | | | Francisco Bueras | 23808 | Francisco Bueras | 150 |
| | | Bernardo Janet | 87556 | Bernardo Janet | 76182 | Bernardo Janet | 16314 |
| | | Manuel Porras | 23958 | Manuel Porras | 8 | Manuel Porras | 225 |
| | | Bartolomé Ariznavarreta | 14241 | Bartolomé Ariznavarreta | 16235 | Bartolomé Ariznavarreta | 1766 |
| | | Manuel Bustamante | 7884 | Manuel Bustamante | 53853 | Manuel Bustamante | 9401 |
| | | Juan Joseph Manso | 7597 | Juan Joseph Manso | 22533 | Juan Joseph Manso | 10763 |
| | | Julián Urmeneta | 7389 | Julián Urmeneta | 1038 | Julián Urmeneta | 10448 |
| | | Pedro Antonio Del Villar | 6411 | Pedro Antonio Del Villar | 30679 | Pedro Antonio Del Villar | 72 |
| | | Antonio Velasco | 3844 | Antonio Velasco | 1186 | Antonio Velasco | 170500 |
| | | Toribio Lambarri | 988 | Toribio Lambarri | 11427 | Toribio Lambarri | 2606 |
| | | Manuel Riesco | 33 | Manuel Riesco | 17808 | Manuel Riesco | 33772 |
| Su Majestad | 77705 | | | Su Majestad | 86481 | | |
| Domingo Díaz Muñoz | 2073 | Domingo Díaz Muñoz | 19666 | | | | |
| Pedro del Pino | 998 | Pedro del Pino | 7730 | | | | |
| Juan Francisco Prieto | 605 | Juan Francisco Prieto | 11486 | | | | |
| | | Joseph Sánchez | 16742 | Joseph Sánchez | 21086 | | |
| | | Santiago Muñoz | 13294 | Santiago Muñoz | 7439 | | |
| | | Joseph Gómez González | 7356 | Joseph Gómez González | 263 | | |
| | | Joseph Joaquín Bezanilla | 6834 | Joseph Joaquín Bezanilla | 1023 | | |
| | | Miguel Garviso | 2560 | Miguel Garviso | 12065 | | |
| | | | | Borja Andía y Varela | 66589 | Borja Andía y Varela | 63198 |
| | | | | Juan Manuel Cruz | 49721 | Juan Manuel Cruz | 38527 |
| | | | | Antonio del Sol | 16139 | Antonio del Sol | 42492 |
| | | | | Joseph Manuel Barrena | 15186 | Joseph Manuel Barrena | 12068 |
| | | | | Martín Cobo | 14806 | Martín Cobo | 1497 |
| | | | | Esteban Cea | 13307 | Esteban Cea | 17668 |
| | | | | Lucas Arriarán | 8287 | Lucas Arriarán | 62725 |
| | | | | Agustín Alzerreca | 6724 | Agustín Alzerreca | 30995 |
| | | | | Pedro Nicolás Chopitea | 6688 | Pedro Nicolás Chopitea | 114847 |
| | | | | Francisco Echazurreta | 2871 | Francisco Echazurreta | 56946 |
| | | | | Pedro Arrué | 2332 | Pedro Arrué | 22383 |
| | | | | Francisco Javier Ríos | 1852 | Francisco Javier Ríos | 19614 |
| | | | | Manuel Undurraga | 1415 | Manuel Undurraga | 24671 |
| | | | | Joseph Trucios | 464 | Joseph Trucios | 26329 |
| | | | | Francisco Bernales | 38 | Francisco Bernales | 112159 |
| Navío (incluye rancho) | 283977 | Joaquín Joseph Silva | 28234 | Juan Joseph Jiménez | 94995 | Manuel Ortúzar | 101361 |
| Domingo de la Cagiga | 95100 | Gaspar Romero | 15706 | Manuel Manterola | 17348 | Luis Aquejolo | 60713 |
| Condesa de Vista Florida | 90603 | Joaquín Bezanilla | 11817 | | | Sres. Cot y Casanova | 46243 |
| Rosa Colmenares | 53330 | Francisco Paula Márquez | 11175 | | | Felipe Echeverría | 45731 |
| Juan de Dios Valles | 47289 | Manuel Celis | 11158 | | | Carlos Infante | 39645 |
| Francisco de la Casa | 45689 | Nicolasa Mesías | 9652 | | | Joseph Zavala | 18929 |
| Gaspar Ramírez Encalada | 43558 | Antonio Romero | 8250 | | | Tomás Gallegos | 18186 |
| Joseph Barroeta | 41103 | Joseph Fernández Pinto | 7356 | | | Joseph Luis Tuirón | 16488 |
| Conde de Torre Velarde | 34806 | Manuel Martínez de Matta | 7350 | | | Gerónimo Reinoso | 16200 |
| Felix Correa | 33692 | Joseph Caballero | 6953 | | | | |
| Francisco Barea | 32295 | | | | | | |
| Lucas Fernández de Leiva | 27301 | | | | | | |
| Pedro Fermín Necochea | 27250 | | | | | | |
| N=32 (5,3%) | 49% | N=42 (10,3%) | 37% | N=48 (8,4%) | 42% | N=44 (9,3%) | 43% |

FUENTE: Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 1780, 1839, 1887, 1903-1904, 1924, 1934, 1949, 1951, 1984, 2011; Serie 2, vols. 739-740, 813, 819, 823, 825, 1822, 1825, 1828-1829, 1867-1868, 1884, 1887, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3203-3205; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 334; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 287 y 288.

Al considerar el sector institucional al cual pertenecieron los distintos agentes del comercio exterior chileno que operaron por el eje Santiago-Valparaíso en las últimas tres décadas del siglo XVIII, su composición difiere entre las actividades de importación y exportación (Gráfico n.º 14)[177].

GRÁFICO N.º 14
*Participación por sector institucional en el comercio exterior, 1773-1799*




*Ídem* Cuadros n.º 1 y n.º 2; Gráficos n.º 22 y n.º 27.

Para el caso de las importaciones, el 69,2% del valor de esta actividad, en promedio por década, estuvo ligado al negocio de agentes capitalinos, ya sea mediante la intermediación de comerciantes vecinos de Santiago (50,5%), como también por intermediarios mayoristas que abastecían de mercancías locales a esta ciudad (18,7%). En complemento, el 28,5% corrió por cuenta de comerciantes dedicados solo al rubro de importación, mientras que en el resto (2,3%), destacó la compra de tabaco por cuenta del Real Estanco, entre el numeroso contingente de otros funcionarios de Gobierno, Ejército e Iglesia, más las tripulaciones de las embarcaciones, cuyas partidas fueron menores, en relación al total[178].

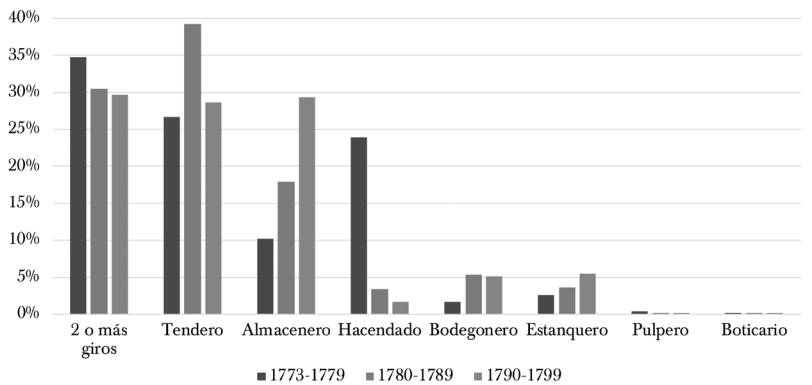
[177] Esto es, mediante el cruce entre los directorios del comercio local con destino a Santiago, más los ajustados por ventas minoristas de esta misma ciudad, y el listado de agentes del comercio exterior. Dado que la disposición de directorios para los dos primeros sectores está limitada al año 1793, luego de que al año siguiente se volviera al régimen de arriendo de estos tributos, este ejercicio se realiza solo hasta esa década.

[178] Cabe destacar, que el segmento de comerciantes, ya sea exclusivos de importación o exportación, se compone de aquellos individuos que solo se encontraron en estas actividades, como contribuyentes de ellas, pero no en los registros tributarios por el ajuste de comerciantes

La alta incidencia del sector de comerciantes establecidos en la ciudad de Santiago sobre la importación es consistente con la concentración de esta actividad en aquellos segmentos, cuyo giro se especializó en el expendio minorista de mercancías foráneas: almaceneros, tenderos, estanqueros y, en menor medida, hacendados y boticarios[179]. Entre ellos sobresalen tenderos (31,5%, en promedio, por decenio), almaceneros (19,1%) y, en menor cuantía, hacendados (9,7%) concentraron, al menos, el 60,3% de la fracción importada por este sector, ya que la proporción de comerciantes con dos o más giros (31,6%) también incluyó parte de estos segmentos (Gráfico n.º 15). El giro importador mayorista de parte del sector comercial detallista santiaguino, más la proporción de aquellos importadores exclusivos, se extendió de manera transversal a la oferta capitalina, no siendo contradictoria, por tanto, la distinción en esta plaza de comerciantes mayoristas y minoristas.

GRÁFICO N.º 15

*Participación de minoristas de Santiago en la importación, 1773-1799*[180]




*Ídem* Gráfico n.º 14.

minoristas de Santiago, ni tampoco como intermediarios de mercancías locales a través de la fiscalización de las alcabalas del viento respectivas.

[179] Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso...*, *op. cit.*, p. 144; describe así el peso de la plaza comercial capitalina sobre el comercio de importación en 1775: "todo el alto comercio estaba en Santiago. Allí existía la Aduana, y es tradición que hasta después de entrada la independencia no sólo encargaban los porteños [de Valparaíso] los objetos de lujo a Santiago, sino hasta los zapatos". Mientras que, en 1789, según informe relativo a la situación del tráfico de efectos europeos, el comerciante Francisco Javier Errázuriz señaló que "todos entran en esta capital [Santiago] de donde fluyen para los demás partidos de la jurisdicción excepto una y otra que viene por la vía de Lima a los puertos de Talcahuano y Serena en derechura para los interesados de aquellas ciudades" (en Villalobos, *op. cit.*, p. 304). Detalle de la composición de los segmentos del comercio minorista santiaguino se muestra en el capítulo siguiente.

[180] La categoría "2 o Más Giros" incluye a aquellos comerciantes que contribuyeron al mismo tiempo en más de uno de los segmentos minoristas que se identifican en la plaza de comercio santiaguina.

Destacaron por su especialización los estanqueros de tabaco de Santiago, cuya mayor oferta provino desde Perú y, en menor cuantía, de otras regiones americanas a raíz del monopolio que estableció la Corona en 1753, quienes concentraron el 3,9% del valor de la importación. Mientras que, por la importancia sanitaria, más que el escaso peso relativo de su importación (menor al 1% de este sector), resaltó también el segmento de boticarios de la capital. Fueron estos mismos agentes quienes internaron por cuenta propia sus insumos farmacéuticos a lo largo de estas décadas, en concordancia al establecimiento de las farmacias respectivas, a saber, las pertenecientes a: Agustín Pica y Miláns (1773), Juan Francisco García (1776), Tomás González (1782) y Joaquín Moscardó (década de 1790)[181].

Respecto a las exportaciones, la mayor proporción se llevó a cabo por cuenta de agentes especializados en esta actividad, cuya participación alcanzó, en promedio por década, el 59,5% de estas transacciones. Mientras que los sectores ligados a Santiago representaron, en conjunto, el 25,8% de participación en la década de 1770, debido a que en este periodo el peso del resto fue de 16,8%, por la alta incidencia de la tripulación naviera, incluidos sus ranchos. Como consecuencia, la ponderación de los comerciantes capitalinos en los decenios siguientes (42,3% y 36,6%, respectivamente) debió ser menor por la desestimación de estas últimas partidas (Gráfico n.º 14). Al igual que en las importaciones, los principales segmentos exportadores a lo largo de estas tres décadas fueron tenderos (37,2%), almaceneros (12,2%) y hacendados (8,4%), además de aquellos comerciantes con dos o más giros (39,1%), que en conjunto alcanzaron el 97,0% de esta actividad[182].

Con todo, la alta participación de tenderos, almaceneros y hacendados de Santiago en el comercio exterior chileno al final del periodo colonial, muchos de ellos a gran escala, sobre todo en el negocio de la importación (Cuadro n.º 1), pone de nuevo en tensión la supuesta ruina sectorial por la inundación de mercancías tras la libre circulación entre España y América. Si bien se aprecia un ajuste importante en el número de agentes que participaron del intercambio con el exterior, sobre todo en las décadas de 1780-1790 (Gráfico

[181] Enrique Laval, *Botica de los jesuitas de Santiago*, p. 30.

[182] De todas formas, la presencia santiaguina fue, sin duda, mayoritaria, sobre todo en los géneros de mayor importancia. Así se constató también en aquella época, por medio del informe del Consulado de Comercio de Santiago a las autoridades metropolitanas en Madrid, en relación al comercio externo chileno de 1802, donde se destacó: "que aunque se ven exportados de Valparaiso $12 034,5 quintales de sebo, no es verdadero comercio, ni utilidad de aquel Puerto esta extraccion, sino que los comerciantes de esta Capital [Santiago], hacen las compras, de sebos, charquis, trigo, etc. con condición de que los Hacendados les entreguen estas cosechas en las Bodegas que hay para este fin en aquel Puerto, donde las tienen, o para venderlas a los buques que vienen de Lima, o remitirlas de su cuenta; y asi aquellos comerciantes no son sino unos Apoderados de los de esta Capital, y es muy corto el comercio que giran de su cuenta y riesgo: cuyas consideraciones se tendrán presentes para las demas exportaciones que se vean de estos frutos" (en AGI, Audiencia de Chile, leg. 444).

n.º 11), periodo en que las importaciones sufrieron los mayores embates de las dos primeras guerras anglo-españolas, también fue cierto que esta actividad se recuperó de manera rápida durante el periodo interguerra (1784-1794). Este dinamismo, a diferencia de los años previos, estuvo marcado por dos factores: i) uno habitual, incidido por los segmentos de pequeños y medianos agentes, que pese a sufrir el mayor ajuste en número y participación tras el primer conflicto bélico, continuaron aportando poco menos de la mitad de los valores importados, sobre todo de origen americano y ii) otro nuevo, aquel grupo de grandes mercaderes que surgió durante las décadas centrales de este periodo como la generación de cambio de los mercaderes "de viejo cuño", la mayoría de ellos avecindados en Santiago al igual que en el pasado, cuya intermediación produjo arreglos a la estructura de esta actividad, tanto al ganar participación en la provisión de alcance regional, como también por trasladar el centro de la operación intercontinental desde Lima a Buenos Aires. Ambos elementos revelan en consecuencia, no solo la alta absorción del mercado santiaguino, en tanto, destino final de consumo de la mayor proporción de estas importaciones, cuya intensidad se redujo únicamente en los episodios bélicos, sino que además el emprendimiento de su clase mercantil para convertir esta aislada plaza comercial en polo de reexportación entre ambos virreinatos hacia el fin del periodo colonial.

## Valor y composición de las mercancías transables

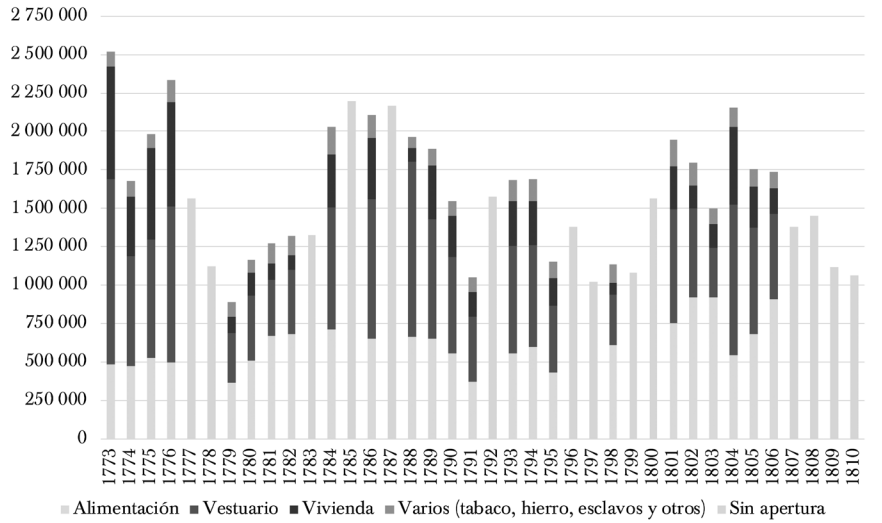
Las importaciones de las últimas cuatro décadas coloniales se distribuyeron principalmente entre productos para la alimentación, vestuario y vivienda, cuya composición se muestra en el Gráfico n.º 16.

Según estas cifras, los alimentos ganaron participación de manera gradual en la canasta importada, pasando de M$496 en promedio por año (23,8% sobre el total), antes de la primera guerra anglo-española de 1779-1783, a M$788 (44,6%) en el primer sexenio del siglo XIX. En contraste, perdieron significancia las agrupaciones de vivienda, que cayeron de M$ 601 (27,9%) a M$254 (13,6%), y vestuario, en menor medida, de M$924 (43,1%) a M$644 (34,7%) durante el mismo periodo.

Al identificar el uso de las mercancías importadas, lo primero que llama la atención, en línea al resultado anterior, fue el ascenso de los bienes finales desde 41,0% en 1773-1776 a 56,2% durante 1801-1806, debido al creciente peso de los alimentos en esta canasta. En contraparte, la menor proporción de bienes intermedios se explicó por la caída en la internación de insumos para la vivienda y el vestuario (Tabla n.º 1).

En general, las economías americanas proveyeron bienes finales, más que insumos al mercado chileno, distribuyéndose esta oferta en proporción de 3:1 en promedio durante las últimas cuatro décadas coloniales. Respecto de la

GRÁFICO N.º 16
*Importación por tipo de productos (1 peso: 8 reales), 1773-1810*




*Ídem* Gráfico n.º 4.

canasta de productos finales, destacó la incidencia del grupo de alimentos, en especial, de la oferta yerbatera proveniente de la provincia del Alto Paraná (Paraguay y Corrientes), a través de la intermediación del mercado porteño y cuyano, cuya internación ascendió de M$227 en 1773-1776 a M$437 a principios de 1800 (Tabla n.º 4)[183]. A Chile ingresaron de manera recurrente las dos variedades comercializadas en todo el continente: en mayor proporción la yerba "de palos", destinada a los grupos de menor poder adquisitivo y, en menor medida, la yerba "caaminí" o "contrahecha", de calidad superior, reservada por su alto precio para los sectores más opulentos[184]. Si bien la carrera

[183] Mayor detalle de la estructura y características generales del mercado yerbatero del Alto Perú y cono sur americano en Garavaglia, *Mercado...*, *op. cit.* y Claudia Wentzel, "El comercio del Litoral de los Ríos con Buenos Aires: el área del Paraná 1783-1821". En específico, la relación de esta mercancía con Chile, véanse Luis Alberto Coria, *Evolución económica de Mendoza en la época colonial*; Lacoste, "El arriero...", *op. cit.*; Sovarzo, "La región...", *op. cit.*; José Jeffs, "Chile en el macrocircuito de la yerba mate. Auge y caída de un producto típico del Cono Sur americano". Un análisis sobre las redes de comercio en torno a la yerba mate, a partir del papel de uno de los mercaderes avecindado en Santiago más destacados de la segunda mitad del siglo XVIII, don Salvador Trucios, en Soler, "Redes...", *op. cit.*

[184] El mayor precio de la yerba caaminí durante el siglo XVIII, cuyos principales productores fueron los jesuitas de las reducciones y Colegios arribeños de Asunción y Corrientes, se debió a que este mercado se reguló desde Santa Fe o Buenos Aires, escalas obligadas de intermediación

cuyana de la yerba mate con destino a Santiago de Chile por vía terrestre a través de los pasos cordilleranos predominó durante este periodo, desde fines de siglo y, sobre todo, en la primera década decimonónica surgió el comercio marítimo en complemento a este circuito. Así se constata a través del desembarco de yerba que se hizo en Valparaíso desde un navío en 1794 y, más tarde, por diez embarcaciones adicionales en el trienio 1803-1805, todas provenientes de Montevideo despachadas a comerciantes chilenos, en su mayoría de Santiago.

A continuación, destacó en el grupo de los alimentos el azúcar de caña de procedencia peruana, cuya importación por vía marítima en su totalidad creció de M$229 a M$332 durante el mismo periodo[185]. Aunque también se produjo en la sierra (Cuzco, Abancay y Guamanga), la mayor actividad azucarera del Perú se concentró en la costa central, desde Santa a Lomas, incluyendo a Lima. Los registros del azúcar que se desembarcó en Chile, a través del puerto de Valparaíso, dan cuenta de dos tipos: "criolla" y, en menor medida, "de valles". También, en distintos formatos o condiciones en que llegó: en panes, quebrada, molida, e incluso abatida. Por último, en variadas localidades de procedencia o embarque, que coincidieron con las mayores áreas productivas: Lima, Huacho, Huaura, Barranca, Santa y Huaylas, pero también incluyeron lugares más al norte como Trujillo, Huanchaco, Pacasmayo y Lambayeque[186].

Aunque en mucho menor valor, destacó de igual modo por su regularidad la importación de arroz y especias regionales como el achiote y la pimienta, cuyas partidas provinieron desde Lima y distintos puertos ubicados al norte de esta capital.

El segundo grupo de importancia, en cuanto a la incidencia en los bienes finales, fue el tabaco, tanto en rama como en polvo, cuya importación aumentó desde niveles de M$45 a M$75 a lo largo de este periodo[187]. Al igual que en el caso de la yerba mate, este fue un producto de consumo generalizado, pero diferenciado, de manera que el tabaco en rama para fumar se destinó a los

---

antes de distribuirse por el interior argentino y sus destinos finales. Esta práctica mantuvo su apreciación, pese al vaivén general de los precios de la yerba, en todo ese periodo (en Garavaglia, *Mercado...*, *op. cit.*, pp. 454-475).

[185] Estos valores de azúcar se complementaron, en menor medida, con internaciones de chocolate, miel y chancaca para alcanzar los niveles que se muestran en la Tabla n.º 4.

[186] Assadourian, *El sistema...*, *op. cit.*, pp. 174-176; Eduardo Dargent, *Historia del azúcar y sus derivados en el Perú*, p. 29. A partir de mediados del siglo XIX, estas zonas se convertirían en las principales productoras de azúcar del Perú. En América, se le llamó "criolla" al tipo de caña que se introdujo desde Europa, trasladada por Colón a la Española, y que prevaleció hasta fines del siglo XVIII (en Dargent, *op. cit.*, pp. 13-21 y 43). Mientras que la denominación "de valles" comprendió los valles del litoral norte peruano, incluidos sus puertos Huanchaco, Pacasmayo, Huarmey, entre otros (en Contreras, *op. cit.*, p. 150).

[187] Detalle sobre las consecuencias económicas del estanco tabacalero chileno, en especial, en la real hacienda, el comercio y el consumo de la población de Santiago, en Villalobos y Sagredo, *op. cit.* y Martínez Barraza, "Consumo de tabaco...", *op. cit.*

sectores populares, mientras que el tabaco en polvo para aspirar fue adquirido por los grupos de mayor prestigio y riqueza. Dado el monopolio que instauró la Corona en Chile a partir de 1753, la totalidad del tabaco se importó desde Perú, al comienzo por medio de la intermediación de la Dirección General de Tabacos de Lima[188]. El suministro de tabaco en rama fue cubierto con la producción de la provincia de Saña, al norte del Perú. A diferencia del tabaco en polvo, cuya elaboración se concentró en La Habana y, en menor medida, en la Nueva España, desde donde se embarcaba a Lima para su consumo y reexportación al mercado chileno[189].

En cuanto al vestuario de uso final, resaltó la internación de ponchos y mantas desde el otro lado de la cordillera, provenientes en su mayoría de las localidades de San Juan, Mendoza, San Luis y Córdoba. En complemento, se registró la importación habitual de accesorios, sobre todo de sombreros de variada hechura desde los mercados del Pacífico. Entre estos últimos, destacaron los sombreros de jipijapa o paja toquilla, cuya importancia en la matriz productiva y el mercado exportador de la costa sur ecuatoriana, asistido por el puerto de Guayaquil, creció en el último cuarto del siglo XVIII. Desde ahí, se embarcaban a Lima y luego a los mercados de la Mar del Sur. Hacia Chile, por el eje Valparaíso-Santiago, llegaban sombreros de paja grandes y chicos, incluso de niños, ordinarios y finos, de tarea y media tarea, en adición al resto de origen peruano, que fueron confeccionados con lana de vicuña (ordinarios, negros, blancos, de machito, etc.), los cuales aumentaron desde niveles M$6, en promedio por año durante 1773-1776, hasta valores de M$15 en la primera década de 1800. Estos valores de importación no fueron despreciables si se comparan con la exportación de sombreros de paja desde Guayaquil que, en pleno boom durante la década de 1780, creció desde niveles de $4000 a $17 000 pesos, para después estabilizarse en torno a los $10 000 en el siglo XIX[190].

Respecto de los bienes finales para la vivienda, destacó el suministro de cera del Tucumán de las provincias interiores del Río de La Plata, así como también de menajes para el hogar, tales como plumeros, losa y utensilios varios; ropa de cama en forma de petates, colchas y frazadas y mantelería, cuyas partidas procedían desde ambos virreinatos. Mención especial merecen las calesas, nuevas y usadas, que entraron con habitualidad, aunque en número reducido, desde Lima para el transporte de un público selecto.

Por último, destacó el ingreso de esclavos por la vía cordillerana, en especial de Buenos Aires, pero también desde localidades interiores, tales como

[188] A partir de 1786, este vínculo con Lima varió al adquirir cierta independencia la administración chilena, en cuanto al financiamiento y gestión del estanco, mas no en relación a la libre elección de origen del abastecimiento, el cual siguió dependiendo de la producción y comercialización peruana (en Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, p. 75).

[189] Martínez Barraza, "Consumo de tabaco...", *op. cit.*, p. 131.

[190] Contreras, *op. cit.*, pp. 104 y 105.

Córdoba, San Juan y Mendoza, muchos de ellos con registro de pertenencia a las Temporalidades jesuitas, cuyo nivel, sin contar los que de manera forzada circularon en tránsito directo hacia el mercado limeño, decreció de M$27 en 1773-1776 a M$12 a principios del siglo XIX[191]. Esto tal vez a raíz de la caída general de precios desde fines de 1780, debido a la menor demanda por el ambiente abolicionista que ya se apreciaba en algunos discursos de la época y que terminó con la temprana libertad de vientres en 1811, segunda nación en el mundo después de Dinamarca, y posterior cancelación definitiva de la esclavitud en 1823[192].

En cuanto al abastecimiento de materias primas americanas, que representó en promedio un cuarto de la oferta importada regional, destacó en el grupo de los alimentos el ingreso de cacao de Guayaquil, también intermediado por el mercado limeño para la elaboración local de chocolate y otros dulces, cuyo nivel promedio por año ascendió desde $604 en el periodo 1773-1776 a $4892 a principios del XIX, montos menores en relación al valor de la oferta total de este producto. En mayor proporción, destacó la internación habitual de ganado bovino en pie procedente de las provincias de Cuyo y, en menor medida, de Córdoba del Tucumán, tanto para el desposte y comercialización en carnicerías de la ciudad de Santiago como para la producción de sebo, charquis y grasa en las haciendas colindantes[193].

La principal agrupación de insumos americanos tuvo relación con el vestuario, entre los cuales la principal línea fueron los textiles. Dentro de estos últimos, destacó la masiva internación de tocuyos y, en menor medida, de ropa de la tierra, algodón en bruto y bayetas de lana, toda la cual provino de los distintos obrajes ubicados en la sierra ecuatoriana, incluyendo a las ciudades de Quito y Cuenca, y localidades interiores del Perú, tales como Arequipa, Cuzco y Cochabamba. Cabe destacar que el ingreso de tocuyos a Santiago de Chile en la última década colonial también se llevó a cabo por la

[191] Ante la imposibilidad de identificar con certeza el origen de los esclavos que llegaron a Chile central desde el Virreinato del Río de La Plata, se registran todas las partidas como americanas en la Tabla n.º 4. En los años 1789 y 1804, se otorgaron licencias para el comercio exento de derechos de esclavos en tránsito a Lima (en Villalobos, *op. cit*., p. 115), los cuales se excluyen de este análisis, ya que el neteo de la entrada con la salida de esta trata no afecta el saldo de la balanza comercial. Mismo criterio contable que se utilizó en la Real Aduana de Santiago en 11 de julio de 1789 para presentar el saldo de comercio exterior chileno de 1788 (en Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso*..., *op. cit*., p. 316; Haenke, *op. cit*., pp. 200 y 201).

[192] Celia Cussen *et al*., "The Dynamics and Determinants of Slave Prices in an Urban Setting: Santiago de Chile, c. 1773-1822", p. 11; Guillermo Feliú Cruz, *La Abolición de la Esclavitud en Chile*, p. 55.

[193] Contreras, *op. cit*., p. 148; Martínez Barraza, "Consumo y comercio...", *op. cit.* Mayor detalle de la importancia de la exportación ganadera a Chile para las economías de Mendoza, en Santos Martínez, *op. cit*., p. 323; Coria, *op. cit*., pp. 213 y 214; Palomeque, "Circuitos...", op. cit., pp. 272-278; Córdoba del Tucumán, en Ana Inés Punta, "El comercio de Córdoba a finales del siglo XVIII. Un análisis cuantitativo de las exportaciones legales", p. 135.

vía terrestre cordillerana que unió Cochabamba-Salta-Mendoza, cuyo monto equivalió a alrededor de un cuarto del valor internado por la ruta marítima de Callao-Valparaíso. En complemento al ingreso de telas para la confección de vestuarios, destacó la oferta de tintes, entre los cuales el añil o índigo de Guatemala, cuya producción se concentró en las planicies costeras del Pacífico entre Chiapas y Nicaragua, servida por los puertos de Realejo y Sonsonate, representó el 94,0% de este suministro por el puerto de Valparaíso. El 6,0% restante de la oferta tintórea importada correspondió a la grana o cochinilla, cuyas partidas ingresaron a Santiago, de manera exclusiva, a través de los mercados interiores del Río de la Plata[194]. Por último, dentro de la agrupación de insumos para el vestuario, se importaron a menudo materiales de cuero como badanas para el arreglo y hechura de sombreros y cortes de zapato para la elaboración de calzados, procedentes del mercado peruano, mientras que desde el interior rioplatense lo hicieron cueros curtidos de animales para la talabartería y confección de prendas de vestir, entre los cuales destacaron los cordobanes de vicuñas, tigres y caprinos. En conjunto, la importación de estos bienes intermedios para el vestuario ascendió a M$117 en la década de 1770 y M$230 a principios del siglo XIX (Tabla n.º 2).

Las materias primas de mayor importación para uso en la vivienda fueron textiles como paños de Quito, abastecidos desde Guayaquil, y pabilo o mecha de algodón para la confección de velas, ambos intermediados por el comercio limeño. En seguida, destacó el ingreso de variados insumos medicinales para las boticas de Santiago, la mayoría de ellos introducidos desde el mercado peruano[195].

En relación a los medios y efectos de transporte y carga, las existencias chilenas de animales para este fin se complementaron año tras año con ganados caballares y mulares de origen trasandino, en partidas que solían incluir ganado bovino. En complemento, desde Ecuador, por la carrera Guayaquil-Lima, se surtió pita floja y torcida para el aparejo de embarcaciones, redes y albardas, entre otros usos. La exportación de esta cordelería representó, excluyendo el cacao, la quinta de mayor importancia para las ventas del mercado ecuatoriano, con niveles que hacia fines del siglo XVIII llegaron a cinco mil pesos anuales. Por tanto, la importación de Chile central, a través del eje Santiago-Valparaíso, que promedió casi $1400 al año, constituyó un destino significativo también para ese comercio[196].

[194] Contreras, *op. cit.*, p. 79; Germán Pacheco, "El comercio colonial americano del añil: Guatemala y Venezuela, 1774-1810", p. 159. Exportación de grana desde Córdoba a Santiago de Chile en el año 1800, en Punta, "El comercio...", *op. cit.*, p. 140.

[195] El numeroso listado de insumos de farmacia importados coincide plenamente con una fracción de las centenas de drogas y preparados de la botica jesuita en Chile, cuyo inventario, tras su expulsión en 1767, se revisa en Laval, *op. cit.*, pp. 31-205.

[196] Contreras, *op. cit.*, p. 106.

Con todo, la internación de sustancias químicas se concentró en el suministro de salitre para fabricar pólvora y, en menor medida, de aceite de vitriolo (ácido sulfúrico) para diversos usos, incluso farmacéuticos, cuya oferta provino desde ambos virreinatos vecinos[197].

Pese a la mayor manufactura, en general, de los productos europeos, predominaron en aquella canasta importada los bienes intermedios para la elaboración de otras mercancías finales, cuya proporción respecto a estos últimos fue de 4:1, en promedio, durante estas mismas décadas. Destacaron, en primer orden, los insumos para la confección de vestuario, sobre todo la importación de una amplia gama de lencería, telas y tejidos de diversa naturaleza: algodón, sedas y lanas, así como la mercería necesaria para la costura y terminación de las prendas, que incluyó también una surtida variedad de botones, hilos y cintas, entre otros materiales afines. En conjunto, la importación de estos insumos para el vestuario de una reducida población pasó de un nivel apreciable de M$775 en 1773-1776 a poco menos de la mitad (M$370) en el sexenio 1801-1806 (Tabla n.º 3), evolución que contrastó con el crecimiento que alcanzaron en este mismo periodo las materias primas americanas internadas para fines similares (Tabla n.º 2)[198].

A continuación, como materiales para la vivienda resaltaron los diversos textiles para la confección de cortinaje, ropa de aseo y de cama y, en menor valor, la importación de vidrios en formatos: plano, de bucosidad, laminado y artículos de ferretería como clavazón, incluyendo clavos, tachuelas, tornillos, además de cadenas y alambres, entre otros.

Por último, destacó la internación de materias primas metálicas como hierro, acero y peltre, incluso estaño y plomo, aunque en partidas menores. La mayor importación de hierro se verificó de diversas formas en la aduana chilena: platina, planchuela, vergajón, tiradillo y cuadradillo, lo que concordó con los formatos de venta que predominaron en el comercio colonial que

[197] Solo en el año 1777, por cuenta de Su Majestad y exenta de gravamen, se registró en la aduana de Valparaíso una partida de mil quintales de azogue o mercurio desde el Callao (Huancavelica), la cual se encargó a la administración del estanco, instaurado en 1768. Con el incremento de la minería argentífera en Chile hacia fines de siglo y la mayor demanda por azogue para amalgamar la plata a un precio justo, en 1778 se ordenó su desembarque directo en el puerto de Caldera para proveer las minas de Copiapó, al norte del Obispado de Santiago, razón que explicaría la ausencia de entradas adicionales por la aduana de Valparaíso. En complemento a los volúmenes de importación, durante 1787 y 1796 se explotaron además las minas de azogue de Punitaqui y Andacollo (entre las provincias de La Serena y Santiago), cuya producción, intermediada también por el estanco, abasteció la creciente minería de plata de la localidad de Coquimbo (en Jorge Pinto, *Las minas de azogue de Punitaqui. Estudio de una faena minera de fines del siglo XVIII*, pp. 44-51 y 53-72).

[198] A diferencia de otras regiones, como Nueva Granada a fines de la década de 1780, cuya importación de efectos europeos se compuso principalmente de bienes finales, en especial, del grupo alimenticio (en Nathalie Moreno, "Circulación de efectos de Castilla en el Virreinato de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII", p. 230).

llevó a cabo la industria siderúrgica vasca, servida por los puertos de Cádiz y Santander[199]. No obstante, el hierro que ingresó a Chile central de manera creciente a lo largo de este periodo, revendido por ambos virreinatos vecinos, si bien coincidió con la expansión del comercio ferretero vasco hacia el mercado colonial a fines del siglo XVIII, también provino desde otros centros productivos europeos de importancia, tal como se advierte en algunas partidas, aunque menores, provenientes de Suecia y Milán (Italia), estas últimas de acero, que se desembarcaron en Valparaíso[200].

En cuanto a los bienes finales, la oferta europea se compuso mayormente de enseres para la vivienda, resaltando la frecuente internación en cajones arpillados y toscos de un enorme surtido de menajes para diversos usos: i) de cocina: cubiertos (cuchillos y cucharas de todo tipo), losa (vasos, tazas, jícaras y platos) y utensilios varios (sartenes, salvillas, fondos); ii) de aseo: palanganas, bacinillas, escobillas, jaboneras y iii) de hogar en general: espejos de todo tamaño, adornos varios, incluso cornucopia, armas (escopetas, pistolas, espadas), plumas para escribir, anteojos, candeleros, lamparillas, entre otros. A continuación, destacó la internación de papel, de procedencia española e italiana, cuya provisión, salvo el traspié durante el primer periodo de guerras, fue creciente a lo largo de estas décadas. Otro producto de importancia fue la cera, denominada "de Castilla", de origen apícola y procedente de España y Francia, cuyo uso no solo se limitó al alumbrado tradicional del culto y las fiestas cristianas, sino que también como bujía, sistema de iluminación que por sus ventajas (mayor luminosidad, menor emisión de humo, suave olor y fácil manejo) superó a la vela de sebo y la lámpara de aceite, aunque su elevado precio limitó su uso a los grupos de mayor escala económica[201]. Respecto de la importación de herramientas y equipos para diversos oficios y actividades, destacaron los ingresos de: navajas, verduguillos y tijeras para la barbería, combos de fierro, alicates, hachas, sierras y limas, cortaplumas, barrenas, palas, barretones y azadones, piedras de amolar y yunques, entre otros. Por último, para la costura y confección de prendas de vestir y textiles de hogar, se importaron artículos de mercería, tales como: tijeras, agujas, alfileres y dedales.

Un extendido menudeo de prendas y accesorios completaron el conjunto de bienes europeos importados para el vestuario. Entre las primeras, destacó el vasto surtido de medias de distintos materiales: hilo, lana, seda y zaraza (algodón); calidades: de primera, segunda o tercera, ordinarias, incluso apolilladas;

[199] Detalle de los productos siderúrgicos vascos, clasificados en hierros, herrajes y clavazones en Lutgardo García, *Sevilla los vascos y América (Las exportaciones de hierro y manufacturas metálicas en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, pp. 123, 126, 136 y 137.

[200] García, *op. cit*., pp. 45-46, 211 y 229; Rafael Uriarte, "The Hispanic American Market and Iron Production in the Basque Country (1700-1825)", pp. 48-60; Luz María Méndez, *La exportación minera en Chile 1800-1840*, p. 142.

[201] Guy Lemeunier, "Geografía de la cera en España y Francia, 1750-1850", pp. 259-261.

estilos: de dedito, lisas, de la banda, de cuatro cuchillos, de patente y segmentos: hombre, mujer, niños. De igual forma, los pañuelos se importaron de diversas materias: hilo, algodón, seda; colores: azul, colorado, a flores, blanco, negro; calidades: de marca mayor, fino, sencillo, ordinario y estilos: listado, doblete, labrado, pintado, entre otros. Además, de una variada oferta de otras prendas de vestir, tales como: charreteras, gorros, guantes, calcetas, calzones, camisas y camisones, mantillas, trajes, delantales, etc. En cuanto a los accesorios, destacó la importación de sombreros para hombres, mujeres y niños de distintos estilos: catalán, medio castor, ¾ castor, inglés, sevillano; alhajas varias: sortijas, anillos, caravanas y pendientes, gargantillas y chaquira; más otros artículos de uso ocasional como paraguas, quitasoles y bastones, entre otros.

Mención especial merece la exigua importación de alimentos, en relación al total de bienes finales, destacando las especias como canela y pimienta y, en menor medida, el clavo de olor y la nuez moscada. Además de una porción menor de café y, menos aún, de té, productos que antes de la revolución independentista no encontraron mercado suficiente para desplazar las preferencias coloniales por la yerba mate.

TABLA N.º 1

*Importación promedio anual, según periodo, por grupo de producto y destino (1 peso: 8 reales), 1773-1806*

| Agrupación de oferta/ destino | 1773-1776 | | | | 1779-1782 | | | | 1784-1798 | | | | 1801-1806 | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Insumo | Inc (pp.) | Final | Inc (pp.) | Insumo | Inc (pp.) | Final | Inc (pp.) | Insumo | Inc (pp.) | Final | Inc (pp.) | Insumo | Inc (pp.) | Final | Inc (pp.) |
| Alimentos | 18365 | 0,9 | 477303 | 22,4 | 4835 | 0,4 | 553238 | 47,6 | 5789 | 0,4 | 580730 | 35,4 | 8229 | 0,5 | 779584 | 43,0 |
| Tabaco, vino y alcoholes | 0 | 0,0 | 46984 | 2,2 | 0 | 0,0 | 52369 | 4,5 | 0 | 0,0 | 74408 | 4,5 | 0 | 0,0 | 75744 | 4,2 |
| Vestuario | 892199 | 41,9 | 31755 | 1,5 | 341590 | 29,4 | 38687 | 3,3 | 631332 | 38,5 | 57289 | 3,5 | 607241 | 33,5 | 36363 | 2,0 |
| Vivienda | 314330 | 14,8 | 286488 | 13,5 | 66582 | 5,7 | 48751 | 4,2 | 162170 | 9,9 | 83590 | 5,1 | 139842 | 7,7 | 114464 | 6,3 |
| Transporte y carga | 8975 | 0,4 | 2731 | 0,1 | 5708 | 0,5 | 611 | 0,1 | 3166 | 0,2 | 988 | 0,1 | 3563 | 0,2 | 1823 | 0,1 |
| Metales, salitre y sust. quím. | 22281 | 1,0 | 0 | 0,0 | 25174 | 2,2 | 0 | 0,0 | 28498 | 1,7 | 0 | 0,0 | 35672 | 2,0 | 0 | 0,0 |
| Esclavos | 0 | 0,0 | 27134 | 1,3 | 0 | 0,0 | 24232 | 2,1 | 0 | 0,0 | 13410 | 0,8 | 0 | 0,0 | 11811 | 0,7 |
| Total | 1256151 | 59,0% | 872393 | 41,0% | 443889 | 38,2% | 717888 | 61,8% | 830954 | 50,6% | 810416 | 49,4% | 794548 | 43,8% | 1019789 | 56,2% |

TABLA N.º 2

*Importación promedio anual, según periodo, por grupo de producto americano y destino (1 peso: 8 reales), 1773-1806*

| Agrupación de oferta/ destino | 1773-1776 | | | | 1779-1782 | | | | 1784-1798 | | | | 1801-1806 | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Insumo | % | Final | % | Insumo | % | Final | % | Insumo | % | Final | % | Insumo | % | Final | % |
| Alimentos | 18365 | 11,2 | 473976 | 82,0 | 4835 | 1,9 | 551196 | 82,1 | 5789 | 3,0 | 576554 | 83,8 | 8229 | 3,1 | 774729 | 86,9 |
| Tabaco, vino y alcoholes | 0 | - | 46867 | 8,1 | 0 | - | 52306 | 7,8 | 0 | - | 73387 | 10,7 | 0 | - | 74964 | 8,4 |
| Vestuario | 117298 | 71,6 | 18595 | 3,2 | 217738 | 84,6 | 26698 | 4,0 | 160357 | 82,3 | 13985 | 2,0 | 230357 | 86,3 | 15836 | 1,8 |
| Vivienda | 16651 | 10,2 | 11200 | 1,9 | 24791 | 9,6 | 16500 | 2,5 | 19632 | 10,1 | 10732 | 1,6 | 22161 | 8,3 | 13486 | 1,5 |
| Transporte y carga | 8796 | 5 | 43 | 0,0 | 5700 | 2 | 32 | 0,0 | 3154 | 2 | 95 | 0,0 | 3563 | 1 | 698 | 0,1 |
| Salitre y sust. quím. | 2797 | 1,7 | 0 | 0,0 | 4201 | 1,6 | 0 | 0,0 | 5827 | 3,0 | 0 | 0,0 | 2679 | 1,0 | 0 | 0,0 |
| Esclavos | 0 | 0,0 | 27134 | 5 | 0 | 0,0 | 24232 | 4 | 0 | 0,0 | 13410 | 2 | 0 | 0,0 | 11811 | 1 |
| Total | 163908 | 100 | 577814 | 100 | 257265 | 100 | 670964 | 100 | 194759 | 100 | 688164 | 100 | 266989 | 100 | 891.524 | 100 |
| % Total | 22,1% | | 77,9% | | 27,7% | | 72,3% | | 22,1% | | 77,9% | | 23,0% | | 77,0% | |

TABLA N.º 3

*Importación promedio anual, según periodo, por grupo de producto europeo y destinos (1 peso: 8 reales), 1773-1806*

| Agrupación de oferta/ destino | 1773-1776 | | | | 1779-1782 | | | | 1784-1798 | | | | 1801-1806 | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Insumo | % | Final | % | Insumo | % | Final | % | Insumo | % | Final | % | Insumo | % | Final | % |
| Alimentos | 0 | - | 3327 | 1,1 | 0 | - | 2042 | 4,4 | 0 | - | 4176 | 3,4 | 0 | - | 4855 | 3,9 |
| Tabaco, vino y alcoholes | 0 | - | 117 | 0,0 | 0 | - | 62 | 0,1 | 0 | - | 1021 | 0,8 | 0 | - | 780 | 0,6 |
| Vestuario | 774900 | 70,9 | 13160 | 4,5 | 123852 | 66,4 | 11984 | 25,8 | 470975 | 74,0 | 43304 | 35,4 | 370362 | 71,1 | 20527 | 16,3 |
| Vivienda | 297679 | 27,3 | 274838 | 93,4 | 41789 | 22,4 | 31759 | 68,4 | 142537 | 22,4 | 72858 | 59,6 | 117656 | 22,6 | 98813 | 78,4 |
| Transporte y carga | 179 | 0,0 | 2688 | 0,9 | 8 | 0,0 | 579 | 1,2 | 12 | 0,0 | 893 | 0,7 | 0 | 0,0 | 1125 | 0,9 |
| Metales y sustancias quím. | 19485 | 1,8 | 0 | - | 20973 | 11,2 | 0 | - | 22671 | 3,6 | 0 | - | 32993 | 6,3 | 0 | - |
| Total | 1092243 | 100 | 294130 | 100 | 186622 | 100 | 46427 | 100 | 636195 | 100 | 122252 | 100 | 521012 | 100 | 126100 | 100 |
| % Total | 78,8% | | 21,2% | | 80,1% | | 19,9% | | 83,9% | | 16,1% | | 80,5% | | 19,5% | |

TABLA N.º 4

*Importación promedio anual, según periodo, por origen del producto (1 peso: 8 reales), 1773-1806*

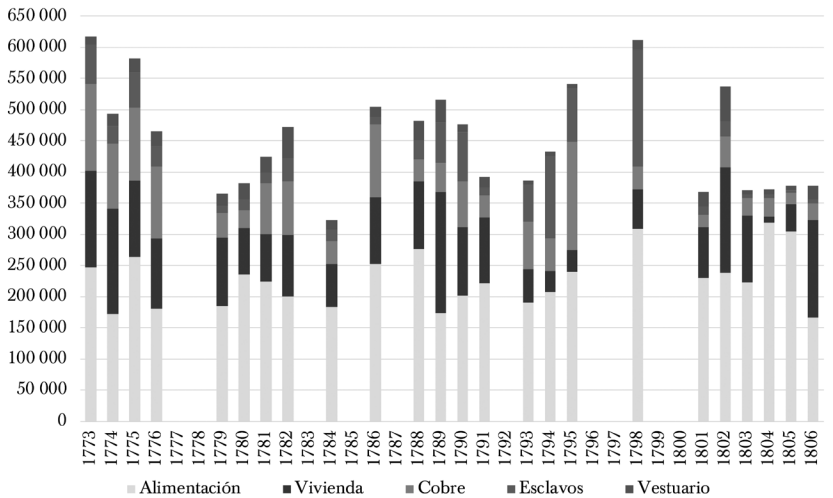
| Productos / Origen | 1773-1776 | | | | 1779-1782 | | | | 1784-1798 | | | | 1801-1806 | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | América | Inc (pp.) | Europa | Inc (pp.) | América | Inc (pp.) | Europa | Inc (pp.) | América | Inc (pp.) | Europa | Inc (pp.) | América | Inc (pp.) | Europa | Inc (pp.) |
| Alimentos | 492 341 | 23,1 | 3327 | 0,2 | 556 030 | 47,9 | 2042 | 0,2 | 582 344 | 35,5 | 4176 | 0,3 | 782 958 | 43,4 | 4855 | 0,3 |
| Arroz y especias (achiote, pimienta, canela) | 2603 | 0,1 | 3319 | 0,2 | 3979 | 0,3 | 1962 | 0,2 | 4532 | 0,3 | 3612 | 0,2 | 2755 | 0,2 | 3905 | 0,2 |
| Aceitunas y otros | 69 | 0,0 | 0 | 0,0 | 83 | 0,0 | 0 | 0,0 | 61 | 0,0 | 0 | 0,0 | 698 | 0,0 | 0 | 0,0 |
| Ganado comestible (bovino) | 17 762 | 0,8 | 0 | 0,0 | 4618 | 0,4 | 0 | 0,0 | 4694 | 0,3 | 0 | 0,0 | 4153 | 0,2 | 0 | 0,0 |
| Cecinas y otros | 6 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 | 29 | 0,0 | 0 | 0,0 |
| Pescados y frutos del mar | 785 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 | 35 | 0,0 | 0 | 0,0 | 74 | 0,0 | 0 | 0,0 |
| Aceites comestibles | 263 | 0,0 | 0 | 0,0 | 1053 | 0,1 | 0 | 0,0 | 692 | 0,0 | 0 | 0,0 | 216 | 0,0 | 0 | 0,0 |
| Harina, fideo y otros | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0,4 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 | 0 | 0,0 |
| Azúcar, miel, chocolate/cacao y dulces | 240 987 | 11,3 | 0 | 0,0 | 316 360 | 27,2 | 3 | 0,0 | 249 751 | 15,2 | 18 | 0,0 | 335 931 | 18,6 | 5 | 0,0 |
| Sal | 3002 | 0,1 | 0 | 0,0 | 353 | 0,0 | 0 | 0,0 | 1961 | 0,1 | 0 | 0,0 | 1640 | 0,1 | 0 | 0,0 |
| Yerba mate, café y té | 226 865 | 10,7 | 7 | 0,0 | 229 584 | 19,8 | 77 | 0,0 | 320 617 | 19,5 | 546 | 0,0 | 437 462 | 24,2 | 945 | 0,1 |
| Tabaco, vinos y alcoholes | 46 867 | 2,2 | 117 | 0,0 | 52 306 | 4,5 | 62 | 0,0 | 73 387 | 4,5 | 1021 | 0,1 | 74 964 | 4,2 | 780 | 0,0 |
| Tabaco y cigarrillos | 44 848 | 2,1 | 0 | 0,0 | 50 045 | 4,3 | 0 | 0,0 | 71 882 | 4,4 | 0 | 0,0 | 74 640 | 4,1 | 0 | 0,0 |
| Vinos, alcoholes y vinagre | 2018 | 0,1 | 117 | 0,0 | 2262 | 0,2 | 62 | 0,0 | 1504 | 0,1 | 1021 | 0,1 | 323 | 0,0 | 780 | 0,0 |
| Vestuario | 135 893 | 6,4 | 788 060 | 37,0 | 244 436 | 21,0 | 135 836 | 11,7 | 174 342 | 10,6 | 514 279 | 31,3 | 246 193 | 13,6 | 390 889 | 21,6 |
| Textiles y prendas de vestir | 107 984 | 5,1 | 679 412 | 31,9 | 195 918 | 16,9 | 112 566 | 9,7 | 138 508 | 8,4 | 441 062 | 26,9 | 188 830 | 10,5 | 357 870 | 19,8 |
| Accesorios | 6125 | 0,3 | 12 833 | 0,6 | 10 869 | 0,9 | 3551 | 0,3 | 7023 | 0,4 | 9740 | 0,6 | 14 581 | 0,8 | 5716 | 0,3 |
| Mercería (botón, hilo, etc.); tintura (añil, grana) | 20 135 | 0,9 | 95 638 | 4,5 | 34 377 | 3,0 | 19 704 | 1,7 | 26 546 | 1,6 | 63 392 | 3,9 | 35 790 | 2,0 | 27 278 | 1,5 |
| Cueros y calzado | 1649 | 0,1 | 177 | 0,0 | 3272 | 0,3 | 14 | 0,0 | 2265 | 0,1 | 85 | 0,0 | 6992 | 0,4 | 25 | 0,0 |
| Vivienda | 27 851 | 1,3 | 572 517 | 26,9 | 41 292 | 3,6 | 73 548 | 6,3 | 30 364 | 1,8 | 215 396 | 13,1 | 35 647 | 2,0 | 216 469 | 12,0 |
| Cueros, textiles y ropa de cama | 16 522 | 0,8 | 277 410 | 13,0 | 21 632 | 1,9 | 35 379 | 3,0 | 18 180 | 1,1 | 120 956 | 7,4 | 20 525 | 1,1 | 105 426 | 5,8 |
| Cera y jabón | 5407 | 0,3 | 13 580 | 0,6 | 5374 | 0,5 | 2971 | 0,3 | 7970 | 0,5 | 11 979 | 0,7 | 9429 | 0,5 | 21 277 | 1,2 |
| Menaje | 2888 | 0,1 | 237 926 | 11,2 | 4133 | 0,4 | 22 798 | 2,0 | 1899 | 0,1 | 32 294 | 2,0 | 2231 | 0,1 | 45 770 | 2,5 |
| Madera, vidrios y ferretería | 902 | 0,0 | 19 934 | 0,9 | 1715 | 0,1 | 5438 | 0,5 | 585 | 0,0 | 18 523 | 1,1 | 1205 | 0,1 | 6171 | 0,3 |
| Equipos, herramientas, muebles y partes | 0 | 0,0 | 7426 | 0,3 | 5107 | 0,4 | 2718 | 0,2 | 692 | 0,0 | 7170 | 0,4 | 311 | 0,0 | 2492 | 0,1 |
| Medicinas | 2132 | 0,1 | 315 | 0,0 | 3329 | 0,3 | 578 | 0,0 | 1039 | 0,1 | 3053 | 0,2 | 1946 | 0,1 | 5899 | 0,3 |
| Papel | 0 | 0,0 | 15 925 | 0,7 | 0 | 0,0 | 3667 | 0,3 | 0 | 0,0 | 21 422 | 1,3 | 0 | 0,0 | 29 436 | 1,6 |
| Transporte y carga | 8839 | 0,4 | 2867 | 0,1 | 5732 | 0,5 | 588 | 0,1 | 3249 | 0,2 | 905 | 0,1 | 4260 | 0,2 | 1125 | 0,1 |
| Ganado de transporte y carga; calesas | 6438 | 0,3 | 0 | 0,0 | 3328 | 0,3 | 0 | 0,0 | 2056 | 0,1 | 0 | 0,0 | 1849 | 0,1 | 0 | 0,0 |
| Efectos para transporte, carga y almacenaje | 2401 | 0,1 | 2867 | 0,1 | 2404 | 0,2 | 588 | 0,1 | 1192 | 0,1 | 905 | 0,1 | 2411 | 0,1 | 1125 | 0,1 |
| Metales, salitre y sust. quím. | 2797 | 0,1 | 19 485 | 0,9 | 4201 | 0,4 | 20 973 | 1,8 | 5827 | 0,4 | 22 671 | 1,4 | 2679 | 0,1 | 32 993 | 1,8 |
| Metales (hierro, peltre y otros) | 0 | 0,0 | 19 476 | 0,9 | 0 | 0,0 | 20 934 | 1,8 | 0 | 0,0 | 22 554 | 1,4 | 0 | 0,0 | 32 803 | 1,8 |
| Salitre y sust. químicas varias | 2797 | 0,1 | 9 | 0,0 | 4201 | 0,4 | 39 | 0,0 | 5827 | 0,4 | 116 | 0,0 | 2679 | 0,1 | 190 | 0,0 |
| Esclavos | 27 134 | 1,3 | 0 | 0,0 | 24 232 | 2,1 | 0 | 0,0 | 13 410 | 0,8 | 0 | 0,0 | 11 811 | 0,7 | 0 | 0,0 |
| Total | 741 722 | 34,9% | 1 386 372 | 65,1% | 928 229 | 79,9% | 233 049 | 20,1% | 882 922 | 53,8% | 758 448 | 46,2% | 1 158 513 | 64,2% | 647 112 | 35,8% |

Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 962, 1780, 1839, 1887, 1903-1904, 1924, 1928, 1934-1935, 1949, 1974, 1984, 2011; Serie 2, vols. 643-644, 650-651, 658, 733-735, 822, 826-828, 1820-1822, 1825, 1828, 1830, 1834, 1840, 1847, 1849, 1867-1868, 1884, 1887, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1934, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3199, 3201-3202, 3206; AGI, Audiencia de Chile, leg. 444; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 336 y 340; Haenke, *op. cit.*, pp. 200 y 201; Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, pp. 79, 84 y 85; Lavaud, *op. cit.*, pp. 126 y 129.

En cuanto a las exportaciones chilenas por el eje Santiago-Valparaíso, los alimentos lideraron los envíos con valores que, en promedio, crecieron de M$216 en 1773-1776 (39,8% del total) a M$247 (62,9%) durante 1801-1806[202]. En seguida, destacaron los bienes para la vivienda, que pasaron de M$140 (26,1%) a M$94 (23,0%) en el mismo periodo, mientras que el cobre alcanzó a M$119 (22,2%) y M$29 (7,0%), respectivamente (Gráfico n.º 17). En complemento, el tráfico de esclavos y vestuario completó la oferta exportable chilena, lo que contrasta con la noción sobre el limitado alcance de esta actividad[203].

GRÁFICO N.º 17

*Envíos de origen chilenos al exterior, por tipo de productos, 1773-1806*



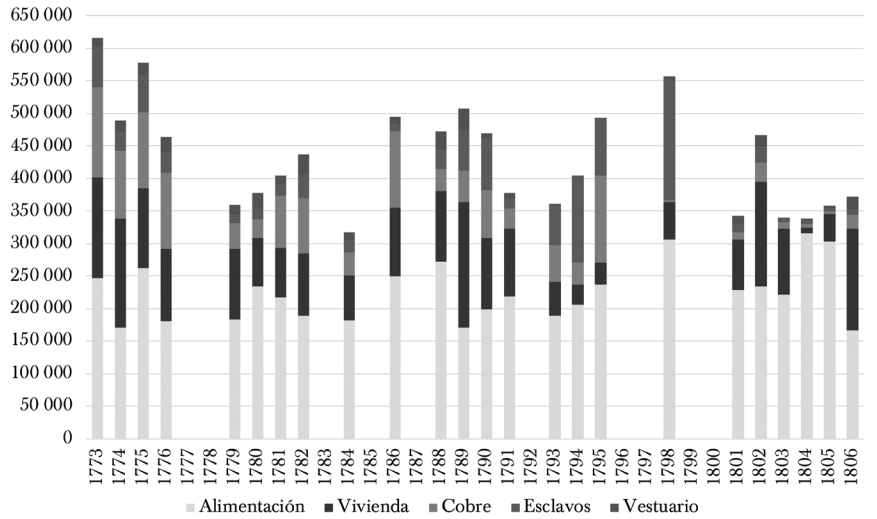

Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 1780, 1839, 1887, 1903-1904, 1924, 1934, 1949, 1984, 2011; Serie 2, vols. 739-740, 813, 819, 823, 825, 1822, 1828-1829, 1840, 1847, 1849, 1867-1868, 1884, 1887, 1891, 1910, 1913, 1918, 1921, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3203-3205; AGI, Audiencia de Chile, leg. 444; Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso...*, *op. cit.*, pp. 242, 247-251, 316 y 326; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 109, 113 y 334; De Ramón y Larraín, Orígenes..., *op. cit.*, pp. 272-273, 287 y 288; Haenke, *op. cit.*, pp. 200 y 201; Universidad de Chile, *op. cit.*, p. 162; Méndez, *La exportación...*, *op. cit.*, pp. 37, 41 y 136.

[202] Esto, sin considerar las reexportaciones de mercancías extranjeras, las cuales se analizan en detalle a continuación.

[203] Hasta fines de siglo XVIII el cobre se exportó por Coquimbo-La Serena (55%) y Valparaíso-Santiago (45%), en base a los antecedentes de Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 109. Esta proporción varió al ingresar la minería de Huasco-Copiapó a inicios del siglo XIX, cuyos envíos bajaron la cuota de Valparaíso a cerca de 20%, según cifras de Méndez, *La exportación...*, *op. cit.*, pp. 111, 121 y 136. Por tanto, recién en los albores de la Independencia chilena el cobre compitió con las exportaciones del sector agrícola, cuyo dominio se prolongó por todo el siglo XVIII y buena parte de la centuria previa.

Al desagregar esta actividad por las vías de distribución, la carrera marítima, por la cual se abasteció de preferencia al mercado limeño y, en menor medida, a los puertos intermedios (Iquique, Arica-Tacna, Ilo, Aranta, Pisco, entre otros), además de ciertos puestos fronterizos como Valdivia e Isla Juan Fernández, cayó de M$537 en promedio por año (99,3% sobre el total) en 1773-1776 a M$370 (92,6%) durante el sexenio 1801-1806. Los alimentos, de origen agrícola en su mayoría, lideraron la estructura de estas exportaciones, alcanzando niveles de M$215 (39,8%) a M$245 (65,7%) al año, respectivamente. Siguieron en importancia los productos para la vivienda, de procedencia ganadera en su mayoría, cuyos niveles cayeron de M$139 (26,2%) al año en la primera mitad de 1770 a M$91 (21,9%) durante los primeros años de 1800, mientras que la exportación de cobre lo hizo desde M$119 (22,3%) a M$14 (3,1%) en la misma época (Gráfico n.º 18).

GRÁFICO N.º 18
*Exportación chilena vía marítima, por tipo de producto, 1773-1806*




*Ídem* Gráfico n.º 17.

En líneas generales, por lo tanto, se corrobora la composición del flujo de exportación hacia el mercado peruano durante las tres últimas décadas coloniales, esto quiere decir, predominio de los envíos del sector agrícola, seguidos de la actividad ganadera y la de origen minero, al menos desde Valparaíso, principal puerto de Chile. Sin embargo, al desagregar cada una de las agrupaciones anteriores, la estructura de la canasta exportable

chilena presentó ciertos matices, respecto de las mercancías que se señalan como las de mayor relevancia: trigo, sebo y cobre[204].

A nivel de productos alimenticios, bien conocida es la historia del trigo, como uno de los principales bienes transables, sobre todo desde fines del siglo XVII, tras el terremoto que afectó en 1687 la escala de producción peruana, causando su dependencia de la oferta chilena a lo largo de toda la centuria siguiente[205]. No obstante, los significativos volúmenes exportados de trigo, que oscilaron entre 151 188 fanegas por año, en promedio, durante 1773-1776 y 145 911 en 1802, representaron para las mismas épocas el 78,7% y 73,2% del valor total de las exportaciones de alimentos. Alrededor del 25% restante se compuso de manera habitual por otros productos alimenticios. En especial, destacaron los envíos de productos ganaderos, tales como: charquis (carne salada), grasas y lenguas de origen bovino. De igual forma, otras partidas del sector agrícola fueron cuantiosas: frutos secos (almendras, nueces, cocos y guindas) y menestras (lentejas, garbanzos y frijoles). En cuanto a alimentos procesados, destacaron los envíos de harina, mantequilla y quesos, mientras que desde el sector pesquero se ofreció variedad de pescados secos y salados, en especial, de especies como congrios y pescadillas. Salvo la exportación de harinas, grasas y menestras, el resto de los envíos creció en términos de volúmenes embarcados desde un periodo a otro, según se constata en la tabla siguiente[206].

[204] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 79; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 246; Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 80.

[205] Sergio Sepúlveda, *El trigo chileno en el mercado mundial*, pp. 14-32. La clara tendencia al alza de los volúmenes de trigo embarcado en Valparaíso desde 1694 a 1808 se aprecia en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 286-288. Investigaciones recientes demuestran que los efectos del terremoto, entre otros trastornos medio ambientales de la época, sobre la escala productiva peruana, en especial, durante las dos últimas décadas del siglo XVII, solo fueron un componente, acaso el impulsor, dentro de un marco general más complejo, en que las razones "de mercado" predominaron para mantener la dependencia peruana, respecto al trigo de Chile. Entre estas, se cuentan el menor costo relativo del cereal chileno en relación al perulero; el interés de las zonas azucareras del norte y centro del Perú por colocar su producto estrella en el atractivo mercado chileno, de manera que el intercambio por trigo les favorecía, y la preferencia de los panaderos limeños por el cereal chileno, ya "que a la gente le gustaba más el pan hecho con este [trigo]" (en Francisco Betancourt, "Negocios privados apoyados por la autoridad. La competencia comercial Callao-Valparaíso: una acusación en 1804", pp. 340 y 341).

[206] Para este análisis en detalle, a nivel de producto, se dispone de 5 años de muestra, 1773-1776 y 1802, a partir de los cuales se compara de manera exhaustiva la canasta exportada, en términos de volúmenes, con el fin de apreciar la real magnitud y diversificación de esta actividad comercial y productiva.

TABLA N.º 5

*Envíos por mar de alimentos (sin trigo), volúmenes, 1773-1776 (prom./año)-1802*

| Sector | Producto | UM | 1773-1776 | 1802 |
|---|---|---|---|---|
| Agrícola | coco | libra | 77 344 | 124 350 |
| | almendra | libra | 22 036 | 56 466 |
| | guinda seca | libra | 5725 | 16 200 |
| | nuez | millar | 1453 | 11 129 |
| | menestra | fanega | 597 | 434 |
| Ganadero | charquis | quintal | 4373 | 4364 |
| | grasa | quintal | 562 | 464 |
| | lengua | docena | 479 | 1322 |
| Pesquero | congrio y otros | quintal | 93 | 790 |
| Molinería | harina | fanega | 3132 | 165 |
| Manufactura | mantequilla | libra | 1500 | 19 025 |
| | queso | unidad | 1134 | 7728 |

Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 2, vols. 739-740, 813, 823, 825; AGI, Audiencia de Chile, leg. 444.

Respecto de los bienes para la vivienda, conocida es también la incidencia del sebo en la canasta exportable chilena, siendo su participación en el valor de esta agrupación de 75,4%, en promedio por año, en 1773-1776 y de 80,0% en 1802. En términos de volúmenes, esto significó embarques por alrededor de 16 500 quintales por año (qq./año) en todo el periodo en revisión, oscilando entre épocas de bonanza con poco más de 27 000 qq./año, en contraste a otras en que los envíos no alcanzaron siquiera a los 10 000 qq./año. El resto, es decir, alrededor del 20% a 25% de las exportaciones de esta agrupación, se compuso de efectos para el transporte y la carga, destacando los envíos de jarcia y cueros de vaca para el aparejo, estiba y pañol de las embarcaciones;

hilos de acarreto y carta para el transporte de mercancías y el correo y pellones y estribos para el ensille del ganado de caballar y el apero de mulas para servicio de carga (Tabla n.º 6)[207].

TABLA N.º 6
*Envíos de bienes de vivienda (sin sebo), volúmenes, 1773-1776 (prom./año)-1802*

| Sector | Producto | UM | 1773-1776 | 1802 |
|---|---|---|---|---|
| Ganadero | pellón | unidad | 2274 | 6058 |
| | cuero de vaca | unidad | 1328 | 1012 |
| Manufactura | jarcia | quintal | 1738 | 1805 |
| | hilo de acarreto y carta | quintal | 551 | 589 |
| | estribo | par | 1938 | 1445 |
| | vela | cajón | 125 | 51 |

*Ídem* Tabla n.º 5.

A continuación, destacaron los envíos de cobre, cuyos antecedentes productivos y comerciales en esta época reciben también atención suficiente por parte de la historiografía del siglo XX[208]. Estos datos confirman la pérdida de participación de Valparaíso como puerto de salida de este metal, cuyo destino final, tras escala en Lima, fueron los reinos de España, a partir del último decenio del siglo XVIII. En especial, de las partidas de cobre en barra, cuyos volúmenes descendieron de 11 046 quintales, en promedio por año, durante 1773-1776 a 2669 qq./año en 1802. A diferencia de los envíos de cobre labrado que, en menor cuantía, aumentaron desde 1690 a 3544 libras por año en el mismo periodo. Esta caída en la contribución de Valparaíso no solo se debió al creciente protagonismo de la macro región minera de Huasco-Copiapó y Coquimbo-La Serena, ubicada al norte del eje Santiago-Valparaíso, sino que también, como se verá a continuación, a causa de la reorientación de estos envíos a la metrópolis por vía terrestre, luego del cruce de cordillera y escala en Buenos Aires[209].

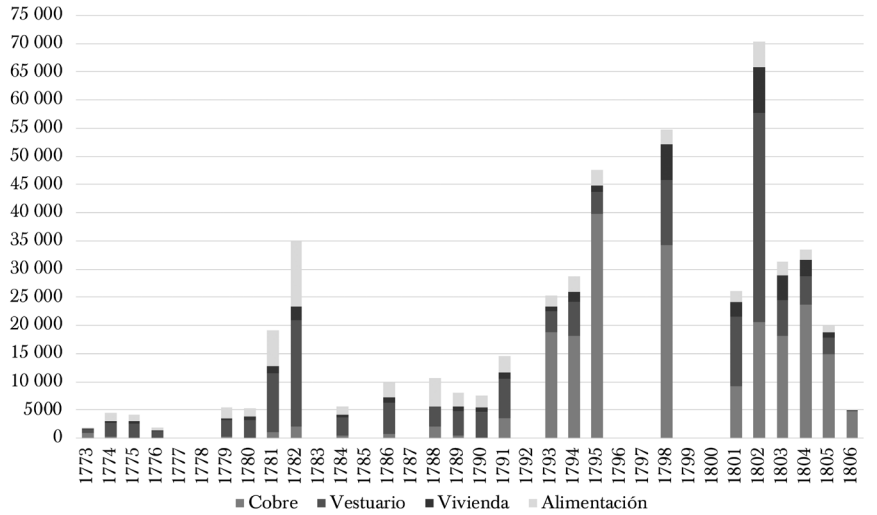
[207] Mayor detalle de la red mercantil interregional vinculada a la producción de pellones en Chile a fines del siglo XVIII, en Consuelo Soler, "Chile entre el protagonismo productivo de pieles de ganados menores y el rezago comercial competitivo regional. Análisis a partir de una red mercantil local/regional (finales del siglo XVIII)".

[208] A modo de referencia, véanse Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 109 y 246-251; Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, pp. 87-89; Méndez, *La exportación...*, *op. cit.*

[209] Panorama general de las exportaciones mineras de Chile por la vía terrestre cordillerana, incluyendo las regiones productivas, en Luz María Méndez, *El comercio minero terrestre entre Chile y Argentina 1800-1840. Caminos, Arriería y Exportación Minera.* A nivel microeconómico, detalles de la red de comercio y distribución de cobre por cuenta y riesgo de uno de los comerciantes más destacados de la época, Salvador Trucios, en Consuelo Soler, "Tráfico de cobres de los minerales chilenos a Cádiz. Redes transregionales de negocios (1750-1800)".

El conjunto de las exportaciones marítimas se completó con el envío de productos para el vestuario, la mayor parte de ellos cueros y productos derivados para la confección de zapatos y prendas de vestir, tales como suelas y media suelas, cueros de vicuña y cordobanes. Además, se contabilizó la salida permanente de esclavos, del mercado interno santiaguino, cuyos envíos, sin contar los que, en tránsito, tras cruzar cordillera, se dirigieron al puerto de Valparaíso para ser embarcados al Perú, pasaron de 161 individuos en promedio por año en el periodo 1773-1776 a solo 42 en el sexenio 1801-1806.

GRÁFICO N.º 19
*Exportación chilena vía cordillera, por tipo de producto, 1773-1806*




*Ídem* Gráfico n.º 17.

A diferencia de la carrera marítima, el comercio de exportación del eje Santiago-Valparaíso por la ruta cordillerana presentó un dinamismo mayor en este periodo, impulsado por la redirección de los cobres a España, a través del mercado porteño bonaerense (Gráfico n.º 19). De hecho, los envíos cupríferos por esta vía pasaron de un nivel promedio por año menor a mil pesos (15,4% sobre el total) durante 1773-1776 a más de $15 000 (61,5%) en el sexenio 1801-1806. Esto equivalió, en términos de volúmenes promedio, a menos de 100 y más de 2000 quintales por año, además de una porción de cobre labrado que en el año 1802 ascendió a casi 22 mil libras y representó el 38,9% de los envíos de cobre por este recorrido. Siguió en importancia la exportación de productos de vestuario, que crecieron desde valores de $1686, en promedio por año durante 1773-1776, a $10 609 en 1801-1806. Esta oferta exportable varió a lo largo de estas décadas, sobresaliendo al comienzo los envíos de zapatos

chilenos, con poco más de 1700 pares al año en 1773-1776, mientras que al terminar el periodo colonial lo hicieron cordobanes y bayetas nacionales, cuyos volúmenes en 1802 alcanzaron a 34 304 y 3571 unidades, respectivamente. A diferencia del destino de las ventas de cobre, los envíos de estos últimos bienes se destinaron al interior rioplatense, vale decir, a las localidades de Mendoza, San Juan y Córdoba, además de su capital Buenos Aires[210].

Completaron esta canasta exportable chilena por la vía terrestre, sobre todo a principios del siglo XIX, ciertos bienes para la vivienda, tales como utensilios de cobre para diversos usos en la cocina y el aseo (jarros, cacerolas y pailas) y cuerdas para guitarra. Mientras que la exportación de alimentos se compuso, de manera habitual, por frutos secos (almendras, nueces y cocos), especias (azafrán, anís y comino), menestras y productos del mar (pescado, moluscos y algas), todo lo cual ascendió de $770, en promedio al año, en 1773-1776 a $1927 en 1801-1806.

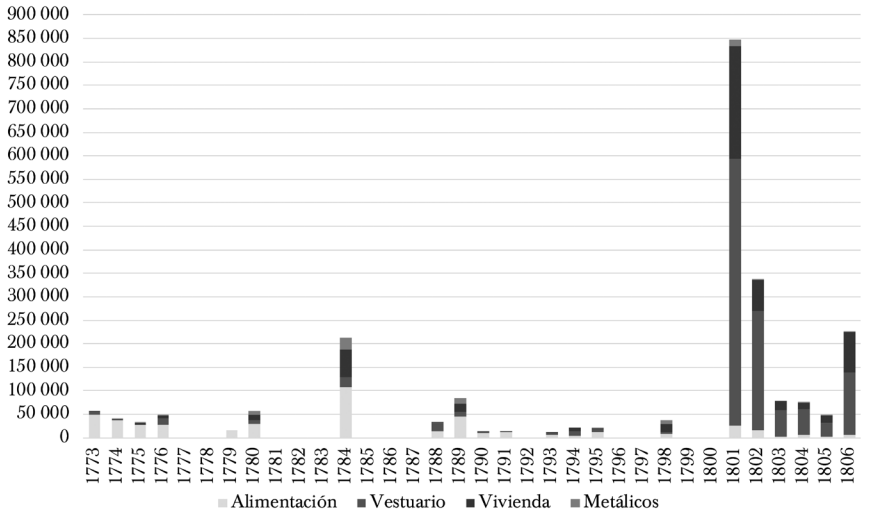
La exportación del eje central chileno, ya sea por la carrera marítima o terrestre, se completó en las últimas décadas coloniales con una creciente fracción de bienes reexportados de diversos orígenes, en concordancia con la canasta importada que ingresó año tras año a este mismo espacio. Hasta fines del siglo XVIII, la reexportación que se embarcó por la ruta del Pacífico se mantuvo en niveles acotados, respecto de los envíos de origen chileno, y con una estructura bien definida. Vale decir, en mayor valor compuesta por alimentos, en especial, por yerba mate (de palos y caaminí) traída desde el mercado del Paraná y, en menor medida, por productos para la vivienda como plumeros, clavazón, cera, papel y menaje en general, de origen americano y europeo, además de textiles y prendas de vestir, en su mayoría provenientes de este último mercado, al igual que las partidas de hierro que de manera ocasional también fueron reexpedidas. Esta reventa de bienes importados se destinó casi en su totalidad al mercado limeño, manteniéndose una fracción minoritaria para surtir los puertos intermedios y las plazas fronterizas de Valdivia e Isla Juan Fernández[211].

Con la expansión del tráfico comercial por la ruta terrestre cordillerana y la creciente intermediación de mercancías europeas a Santiago por la carrera bonaerense, el giro de esta reexportación por vía marítima, en especial desde la década de 1800, creció de manera importante, debido a la adición de productos para el vestuario y la vivienda (Gráfico n.º 20). En particular, al mercado limeño ingresaron desde la capital chilena diversos textiles y mercería para la confección de vestuario y una variedad no menor de prendas y accesorios para vestir, además de una crecida gama de textiles y enseres de vivienda, papel y cera, entre los principales.

[210] Mayor detalle de la dinámica interna de la producción, distribución y comercialización de cordobanes en Chile a fines del siglo XVIII, en Soler, "Chile...", *op. cit.*, pp. 42-49.

[211] Un estudio de caso, en relación al papel de Salvador Trucios en la reexportación yerbatera al mercado Pacífico, en Soler, "Redes...", *op. cit.*, pp. 30-37. A las plazas de Valdivia e Isla Juan Fernández se enviaban además partidas menores de azúcar provenientes del mercado peruano.

GRÁFICO N.º 20
*Reexportación chilena vía marítima, por tipo de producto, 1773-1806*




Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 1780, 1839, 1904, 1924, 1934, 1949, 2011; Serie 2, vols. 739-740, 813, 819, 823, 825, 1829, 1887, 1891, 1913, 1921, 1954, 1969-1970; AGI, Audiencia de Chile, leg. 444.

En sentido opuesto, la creciente reexportación chilena hacia los mercados interiores rioplatenses, a partir de las dos últimas décadas del siglo XVIII, se concentró en la reventa de mercancías americanas procedentes desde la costa Pacífico. Así se constata, ante la ausencia de mayores antecedentes tributarios locales, mediante la evidencia historiográfica argentina correspondiente a las provincias interiores de aquel virreinato[212]. De manera transversal, estos antecedentes dan cuenta de la alta participación del comercio chileno, en específico del segmento mercantil de Santiago, en la provisión de efectos de la tierra o de origen americano hacia los mercados trasandinos[213]. Azúcar, añil y cacao,

[212] Por la exención tributaria que gozaban las mercancías que salían del suelo alcabalatorio chileno, habiendo pagado previamente los tributos de entrada o importación correspondientes. A diferencia de la vía marítima, donde se cuenta para los años de muestra con registros de carga de cada buque con el detalle de las mercancías embarcadas, a partir de los cuales se distinguen la magnitud y estructura de las reexportaciones.

[213] Esto no significa que las regiones de La Serena y Concepción, al norte y sur de Santiago, respectivamente, no hayan participado de este circuito rioplatense, al menos en términos formales. Aunque, se estima que fue un intercambio marginal, debido a la alta concentración de la canasta exportada desde estos espacios en las últimas décadas coloniales. Así, del valor total exportado por Coquimbo-La Serena en el decenio de 1800, el 95% en promedio correspondió a cobre con

además de partidas menores de "efectos del Pacífico", tales como tocuyos, pabilos y sombreros de jipijapa, entre otras, constituyeron las reexportaciones chilenas de mayor frecuencia a estas provincias, a las que se agregan las ventas de frutos del país, de aparente menor valor, tales como frutos secos, especias, menestras y algunos utensilios de cobre de uso cotidiano. De hecho, el principal socio comercial de la localidad de San Miguel de Tucumán en la provisión de efectos de la tierra durante 1789-1791 fue la plaza chilena, alcanzando el primer lugar con 34,1% del valor total de estas importaciones. Veinte años después, en 1807-1809, los "efectos de Chile" ocuparon el segundo puesto, con el 16,4% del total internado. Por esta misma época, la participación chilena en las importaciones de Córdoba fue similar, siendo el eje Santiago-Valparaíso el principal proveedor de esta localidad durante 1805-1809 con el 32,8% del valor total internado, superando incluso el abastecimiento desde Buenos Aires. Esta alta incidencia del mercado (re)exportador chileno al Río de La Plata se extendió de manera transversal por las provincias interiores de este Virreinato. Así, el valor promedio de importación que ingresó desde Chile a Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja y Córdoba creció de $54 000 por año durante 1800-1805 a $62 000 en 1806-1809, constituyendo estas cifras alrededor del 21% del total de efectos de la tierra que circularon por aquellos mercados trasandinos en ese entonces. Similar proporción dominante se contabiliza también en la estructura de importaciones de San Juan (1800-1806) y Mendoza (1806-1810), cuyos niveles de "efectos de Chile" ascendieron a $27 075 en promedio anual (63% sobre el total de los efectos de la tierra) y $28 285 (61%), respectivamente. Según estas cifras, la oferta chilena agregada hacia el espacio rioplatense en el decenio de 1800 debió oscilar como mínimo entre $100 000 y $110 000, en promedio por año, sin considerar la exportación a Buenos Aires y otras localidades menores, ni los cobres que se enviaron a aquel puerto para su embarque a España[214].

El cotejo entre la oferta y la demanda de estas transacciones por la vía cordillerana muestra que los valores totales de exportación posibles de determinar a través de los registros tributarios oficiales de Chile fueron inferiores a la importación trasandina (Gráfico n.º 19), lo que da cuenta, nuevamente, de la subestimación de los envíos chilenos. De hecho, al comparar el valor total, en promedio por año, de la exportación de Santiago-Valparaíso con una fracción de la contraparte importadora, es decir, solo considerando los "efectos de Chile" internados a Mendoza, recién en los albores de 1800 se habría cubierto la compra de esta localidad (Gráfico n.º 21).

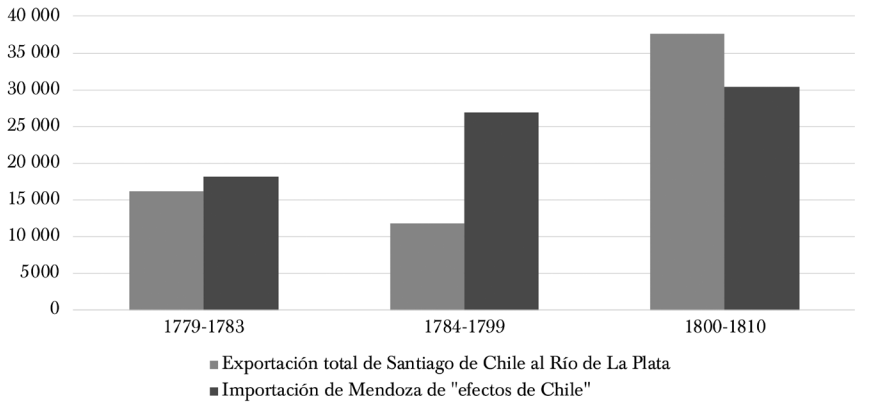
---

destino a España, mientras que desde Talcahuano-Concepción alrededor del 80% fueron envíos de trigo para abastecer el mercado peruano, cálculo propio en base a cifras de Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 108-112 y 137-140.

[214] Müller, *op. cit.*, pp. 285-318; Palomeque, "La circulación...", *op. cit.*, p. 194; Assadourian y Palomeque, "Las relaciones...", *op. cit.*, pp. 160, 186, 199 y 213; Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*, pp. 265-268.

GRÁFICO N.º 21

*Valor promedio anual del comercio externo, Santiago y Mendoza, 1779-1810*




*Ídem* Gráfico n.º 17; AGNA, Sala XIII, Mendoza, legajo 1, libros 1, 2, 4, 7, 10; leg. 2, lbs. 1, 8; leg. 3, lbs. 1, 4, 8; leg. 4, lbs. 4, 8; leg. 5, lbs. 1, 4, 5; leg. 6, lbs. 5, 8; leg. 7, lbs. 4,8; leg. 8, lbs. 3, 6; leg. 9, lbs. 3, 7; leg. 10, lbs. 3, 7; leg. 11, lbs. 3,6; leg. 12, lb. 5; leg. 13, lb. 5; leg. 14, lb. 6, leg. 15, lb. 5, leg. 16, lb. 6; leg. 17, lbs. 7, 14; leg.18, lb. 5.

Pese a esta aparente falta de conciliación entre las exportaciones chilenas y las importaciones del espacio rioplatense, al evaluar las cifras del año 1802, se observa que tanto en nivel como estructura los envíos se ajustaron a la demanda de aquel mercado trasandino[215]. Incluso, en términos de volumen, al comparar la reexportación con las 10 490 arrobas de azúcar y 3000 libras de añil que se estiman de consumo promedio anual en las provincias trasandinas para esta época (Tabla n.º 7)[216].

[215] El detalle del comercio externo correspondiente a 1802 se obtiene de una relación específica de la balanza comercial de Chile para aquel año que informó el Consulado de Comercio de Santiago en 1804 en contestación a una Real Orden de 26 de agosto de 1802 procedente de Madrid. Esta R.O. sucedió a otra con fecha 30 de julio de 1802 en que por mandato se solicitó la erección del Departamento de Balanza Nacional al Consulado de Chile (en AGI, Audiencia de Chile, leg. 444).

[216] El consumo de azúcar peruana incluye los volúmenes importados desde las provincias interiores de Chile, más las localidades de Mendoza y San Juan, estimado en 5990 arrobas en el año 1806. Mientras que el volumen de añil, solo considera el consumo de las primeras (en Palomeque, "La circulación...", *op. cit.*, p. 194; Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*, p. 278).

TABLA N.º 7
*Envíos al Río de La Plata por Santiago-Valparaíso (1 peso: 8 reales), año 1802*

| Frutos y efectos del país | Valor | % |
|---|---|---|
| Vestuario (cordobán y corte de bayeta) | 37 179 | 22,7% |
| Cobre (en barra y labrado) | 20 549 | 12,5% |
| Vivienda (utensilios de cobre, cáñamo, hilo de acarreto y pellón) | 8127 | 5,0% |
| Alimentación (especias, menestras, frutos secos, queso y pescado) | 4428 | 2,7% |
| Reexportación | | |
| Alimentación (azúcar: 10.915 arrobas y cacao: 2.904 arrobas) | 48 604 | 29,7% |
| Vestuario (añil: 9.063 libras.; tocuyo: 44.557 varas.; sombrero: 1.580 docs.) | 38 672 | 23,6% |
| Vivienda (paño de Quito, petate, pábilo y pita) | 6182 | 3,8% |
| Total | 163 741 | 100% |

Elaboración propia con base en AGI, Audiencia de Chile, leg. 444.

Más allá de las inconsistencias contables, lo que interesa rescatar al cierre de este capítulo es el dinámico desempeño de la exportación a través del eje Santiago-Valparaíso ligado a la expansión del interior rioplatense de fines del siglo XVIII. La creciente integración de este mercado regional dependió, en buena medida, de la articulación que llevó a cabo el sector mercantil chileno, avecindado en su mayoría en la ciudad de Santiago, el cual tuvo la capacidad de ejercer el papel de bisagra entre ambos virreinatos. Esto implica resaltar *a contrario sensu* la posición geográfica de Santiago, cuya ubicación entre cordillera y mar en el cono sur americano, lejos de obstaculizar la expansión de los negocios, fue aprovechada de manera ventajosa por su sector mercantil para posicionarse como actor protagónico en el surtido de mercancías de todo origen a los mercados regionales en los albores de la Independencia.

En síntesis, el flujo de mercancías que dio vida al comercio externo de Santiago-Valparaíso, bien estructurado mediante la oferta exportable de insumos nacionales (trigo, sebo y productos de cuero), que fue intercambiada por bienes importados finales de consumo masivo en el mercado interno (azúcar, yerba mate y tabaco), se complementó con el circuito de productos reexportados en uno y otro sentido hacia los mercados americanos vecinos. Ambas carreras, tanto la del Pacífico como la rioplatense, favorecieron eventuales periodos de superávit a escala regional que contribuyeron a compensar la extracción de metálico necesaria para cubrir el deficitario comercio intercontinental[217].

[217] A diferencia de la información macroeconómica disponible respecto al saldo de la balanza de comercio entre Chile y Perú, cuyo superávit a favor de la Capitanía se aprecia en varios periodos de las décadas de 1780 y 1790, la relación mercantil con el conjunto de mercados del

Esta evidencia, por tanto, agrega nuevos elementos que matizan el supuesto estado "ruinoso" de la balanza de pagos chilena, que si bien enfrentó episodios críticos, tales como la segunda mitad de 1780, tras el primer conflicto anglo-hispano y la fuerte recuperación de los niveles de importación, también tuvo momentos de holgura, en especial, a partir de la creciente penetración de los mercados rioplatenses. Esta progresiva integración regional del cono sur americano, ejercida en buena medida por la acción de la plaza comercial santiaguina, contrasta con la supuesta desintegración que habría afectado a las economías de Hispanoamérica, en general, y del eje andino, en específico, a fines del siglo XVIII[218]. Toda vez que la desintegración espacial de los mercados regionales se asocia a la desatesorización de los mismos, cuestión que no es posible de sostener para el caso de la economía de la capital chilena, según la evidencia empírica y los argumentos que acá se presentan.

En cuanto a la organización mercantil del cono sur americano, se discute el rol económico central que se atribuye en este aspecto a la localidad de Mendoza, asignando a los servicios conexos de puerto seco o "garganta del comercio" que brindaba esta localidad al circuito bioceánico, por medio de su importante actividad arriera y hotelera, el papel articulador de este mercado regional[219]. En especial, si se considera la acotada oferta exportable mendocina, orientada la mayor parte a Buenos Aires a través del envío de vinos, aguardientes y frutas, y el menor tamaño relativo de sus importaciones, cuyo nivel de $75 690, en promedio por año, durante 1806-1810, equivalió al 5,6% del valor de las mercancías que ingresaron a Chile por el eje Santiago-Valparaíso, siendo la ciudad capital, a través de su plaza de comerciantes, el polo principal de articulación de esta porción del mercado americano[220].

---

Virreinato del Río de La Plata carece de antecedentes similares. Sin embargo, existe evidencia fragmentada de la favorable posición que alcanzó el comercio chileno, sobre todo en cuanto al retorno en dinero metálico que devengó por el intercambio con ciertas localidades trasandinas a principios del siglo XIX. Sobre todo de aquellas que tuvieron mayor relación comercial con Santiago y la zona central de Chile: Córdoba, San Juan y Mendoza, según Assadourian y Palomeque, "Las relaciones...", *op. cit.*, pp. 161 y 199 y Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*, pp. 270-271 y 278.

[218] Pérez Herrero, *op. cit.*, pp. 286-307.

[219] Santos Martínez, *op. cit.*, p. 323; Lacoste, "El arriero...", *op. cit.*, p. 42; Sovarzo, "La región...", *op. cit.;* José Sovarzo, "La garganta del comercio suramericano. Las relaciones comerciales terrestres entre la región Río de La Plata y los mercados del Pacífico Suramericano a fines de la dominación hispánica en América".

[220] Cálculo de importaciones mendocinas, en base a Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*, pp. 261, 268 y 269.

# CIRCULACIÓN MAYORISTA DE MERCANCÍAS LOCALES Y COMERCIO MINORISTA EN SANTIAGO, 1773-1810

Este tercer capítulo revisa la magnitud y estructura del comercio mayorista de mercancías de origen chileno o locales que ingresaron a Santiago para venta y consumo. En correspondencia con esta actividad, se presenta también la composición de los segmentos de comercio al detalle que se establecieron tanto en el casco urbano como en los espacios rurales de la jurisdicción capitalina. Pese a que, en términos generales, se identifica la intermediación de ciertos agentes minoristas en la provisión de abastos a la población santiaguina, su mercado se evalúa como "embrionario e inestable a fines del siglo XVIII"[221]. En cambio, al revelarse un cuadro más completo de este sector, que incluye el examen de la estructura de la canasta de mercancías locales en circulación, se comprueba no solo la bien articulada operación entre estos canales de comercio sino que también su estructuración con diversas ramas de obrajes urbanos que, en conjunto, permiten matizar la negativa visión de la industria local chilena de aquella época.

## Desempeño y estructura del comercio mayorista de mercancías locales

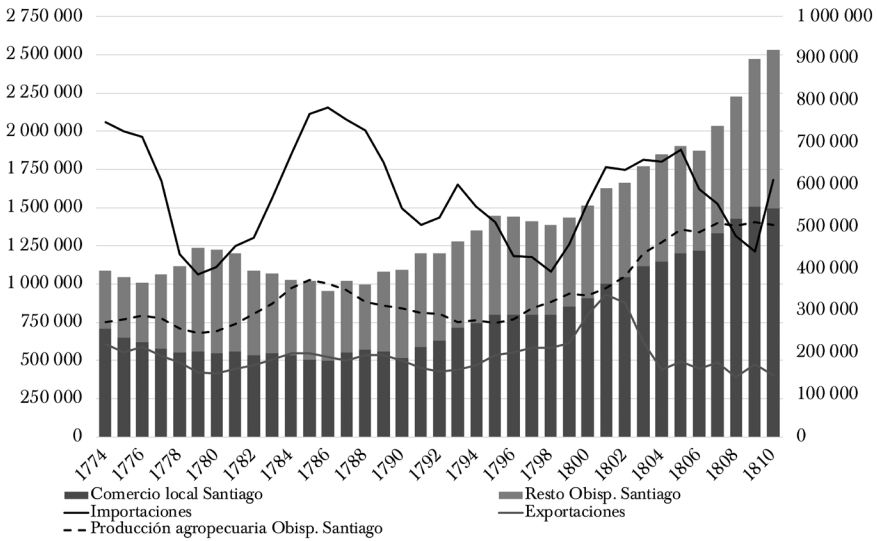
El valor de comercio de las mercancías locales que se destinó al interior de la jurisdicción de Santiago alcanzó a M$210 en promedio por año durante las décadas de 1770 y 1780, lo que equivalió al 13,0% del total de las importaciones que ingresaron por el eje Santiago-Valparaíso, incluido el tráfico por las rutas marítima y cordillerana y sus dos escalas externas: el de efectos americanos o regionales y el de europeos o intercontinentales. Respecto de las exportaciones, en cambio, este comercio local representó el 40,8% durante el mismo periodo. Durante el último decenio colonial el valor de esta actividad más que se duplicó, ascendiendo a un monto de M$445 en promedio por año, equivalente al 30,0% y 94,3% de las importaciones y exportaciones, respectivamente (Gráfico n.º 22).

En relación al Obispado homónimo, el comercio local lideró en todo el periodo su participación en esta actividad, alcanzando a 65,0% en promedio durante el trienio inicial 1773-1776, seguido de lejos por Quillota (10,1%), Valparaíso (9,0%), Colchagua (5,7%), Maule (5,4%) y, más atrás aún, Ranca-

[221] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 205.

gua (1,9%), Aconcagua (1,6%) y Melipilla (1,3%). A fines del periodo colonial (1808-1810), la capital cedió marginalmente terreno descendiendo a 61,1%, aunque en menor medida a la disminución de los partidos de Quillota (6,7%), Maule (3,7%) y Colchagua (3,4%). En contraste, ganaron participación en esta actividad el puerto de Valparaíso (9,3%) y las localidades de Cuz-Cuz (3,8%), Aconcagua (4,4%), Rancagua (5,4%) y Melipilla (2,2%)[222].

GRÁFICO N.º 22
*Comercio y producción del Obispado/Intendencia de Santiago, promedio móvil (3 años), 1774-1810*




Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 962, 1780, 1839, 1842, 1887, 1903-1904, 1924, 1928, 1934-1935, 1949, 1951, 1974, 1984, 2011; Serie 2, vols. 643-644, 650-651, 658, 665-669, 673-685, 729, 733-735, 739-740, 813, 819, 822-823, 825-828, 1820-1825, 1828-1830, 1832, 1834, 1837, 1840, 1842, 1847, 1849-1850, 1855, 1866-1868, 1871, 1879, 1884, 1887, 1889, 1891, 1902, 1910, 1913, 1918, 1921, 1934, 1941, 1953-1954, 1968-1970, 3199, 3201-3206, 3209-3214; AGI, Audiencia de Chile, legs., 324, 359-360, 444; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, 139, 334, 336-337, 340-342, 372-373, 379-380, 386-387, 412 y 413; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 287 y 288; Durand, *op. cit.*, p. 146; Haenke, *op. cit.*, pp. 200 y 201; Universidad de Chile, *op. cit.*, p. 162; Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, pp. 79, 84 y 85; Lavaud, *op. cit.*, pp. 126 y 129.

[222] Porcentajes en base a cifras del comercio local de la jurisdicción de Santiago y corregimientos/partidos del Obispado/Intendencia de Santiago obtenidas de las mismas fuentes tributarias que el Gráfico n.º 22.

En cuanto a la evolución de esta actividad, el comercio local de Santiago se redujo durante la década de 1770, debido tal vez a la prolongada sequía que afectó a esta provincia. Así se constata para los años 1771 y 1772, "hasta el punto de amenazar con hambre a la población"; en 1773, "concurriendo en lo presente la mucha escasez y mala naturaleza de verduras, principal abasto del pueblo y en especial de la gente pobre"; en 1774, "uno de los años más secos del siglo" y en 1777, "un verdadero chicharrón" "con motivo de la escasez de agua que se experimenta por falta de lluvias"[223]. En cambio, a partir de mediados de 1780, esta actividad experimentó un repunte que no terminaría hasta el año 1810, equivalente a un crecimiento promedio anual de 1,7% en todo el periodo en estudio, evolución que está en el rango de las estimaciones de 1,3% y 2,0% que habría experimentado la población de Chile y el Obispado de Santiago durante esas décadas[224]. Tal dinamismo fue compatible además con la creciente inversión en obras públicas que impulsó la renovación urbana de la capital a partir del último tercio del siglo XVIII y hasta las primeras dos décadas de la centuria siguiente, mediante una serie de labores de infraestructura, mejora de edificios públicos y mayores servicios ornamentales que favorecieron el acceso y embellecieron a la capital, "que pasaba a convertirse en el marco de una vida social cada vez más refinada". Tal inyección de recursos permitió a través del pago de remuneraciones por los servicios de construcción de estas obras la creciente monetización de la población asalariada, en particular de aquel segmento de trabajadores menos calificados, contribuyendo a la absorción de la oferta que abasteció a Santiago. Esta combinación de factores endógenos presentes en la expansión del mercado interno capitalino, que a la vez se acompañó de una mayor acuñación de moneda menuda para el servicio del comercio minorista, refleja cierta autonomía local, respecto al dinamismo del sector externo. En especial, del comercio de importación, cuya evolución estuvo marcada por factores exógenos como los sucesivos conflictos anglo-hispanos que afectaron, en específico, las compras de bienes europeos a partir del último cuarto del siglo XVIII. Todo lo cual permite matizar la noción de que "el crecimiento de los valores del comercio interno no se caracteriza por su autonomía, es decir, por la conjunción de estímulos internos, sino que se trata, más bien, de un crecimiento subordinado al comercio exterior"[225].

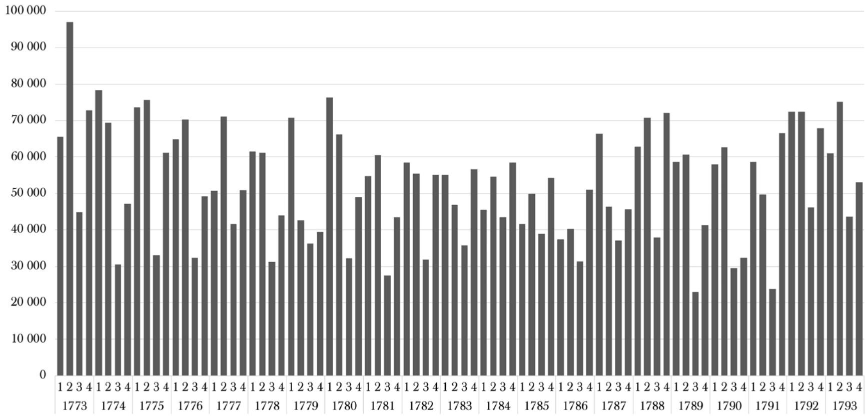
[223] Benjamín Vicuña Mackenna, *El Clima de Chile*, pp. 66-72. Debido a tal sequía el Cabildo de Santiago organizó en varios años de aquella década numerosas rogativas "para implorar la piedad de Dios Nuestro Señor", en SChHG, *op. cit.*, tomo 34, pp. 18, 50, 76, 88, 119 y 120.

[224] Carmagnani, "Colonial...", *op. cit.*, p. 183; Díaz *et al.*, *op. cit.*, p. 597. Al aplicar el promedio de estas tasas de crecimiento (1,7%) sobre la cifra de población de Santiago (38 330 habs.), incluidas sus doctrinas rurales, obtenida del Censo de 1777-1778 (en Carmagnani y Klein, *op. cit.*), se calcula una cantidad de 65 119 individuos para el año 1810, que coincide con las estimaciones de 60-64 mil habitantes para aquella época, según apreciaciones de Barros Arana, *op. cit.*, tomo VII, pp. 229 y 230 y De Ramón, *Santiago...*, *op. cit.*, pp. 91 y 185.

[225] De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 301; De Ramón, *Santiago...*, *op. cit.*; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 205.

GRÁFICO N.º 23

*Valor trimestral del comercio local de Santiago (1 peso: 8 reales), 1773-1793*

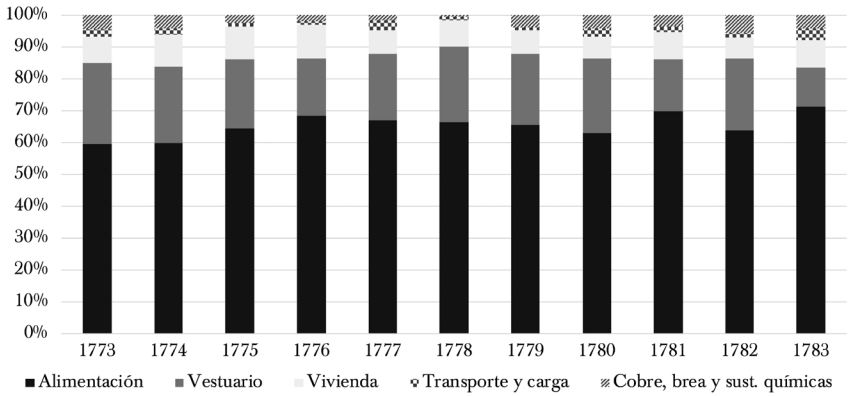



Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 1842, 1887, 1903; Serie 2, vols. 665-669, 673-685, 1823-1824, 1832, 1837, 1842, 1850, 1855, 1866, 1871, 1879, 1884, 1889, 1902, 1910, 1921, 3209-3214.

A una escala inferior de análisis, los valores trimestrales del comercio local revelan como contraparte el ciclo natural de los sectores productivos agropecuarios, marcado por la importante actividad del primer semestre, en contraste al mínimo nivel en invierno (julio a septiembre), tal como se observa cada tercer trimestre del año (Gráfico n.º 23). Estos tiempos cíclicos de la producción y el comercio coincidieron, como es de esperar, con la estacionalidad de los envíos al exterior que tuvieron lugar desde el eje Santiago-Valparaíso (Grafico n.º 9), los que dependieron de manera importante de la provisión de trigos y sebos, principales mercancías de exportación de la zona central de Chile a los mercados del Pacífico.

Durante los años 1773 a 1783, periodo en que es posible dilucidar la estructura en detalle del total de mercancías de origen chilenas que ingresaron a Santiago, se constata que esta oferta se compuso mayormente de alimentos, los cuales tuvieron una participación en el valor de este comercio de 61,2% en promedio para el trienio 1773-1775, alcanzando a 68,3% en 1781-1783, lo que revela una tendencia alcista de estos bienes a lo largo de esta década. En contraste, los productos para el vestuario y la vivienda perdieron peso en este abastecimiento, pasando de 33,3% en 1773-1775 a 25,0% en 1781-1783. El resto de los productos creció su ponderación de 5,5% a 6,6% entre un periodo y otro (Gráfico n.º 24).

GRÁFICO N.º 24
*Participación por tipo de bienes en el comercio local de Santiago, 1773-1783*




Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 2, vols. 665-669, 673-685, 1823-1824, 1832, 1837, 1842, 1850, 1855, 3209-3214.

La oferta anual de mercancías locales a Santiago durante el periodo 1773-1783 se resumió en diez productos: ganado bovino (20,6%) y ovino (16,0%), cordobanes (13,2%), grasas (8,7%), charquis (7,9%), harinas (7,6%), sebo (5,7%), cortes de bayeta (3,2%), cobre (2,9%) y ponchos, rebozos y mantas (1,9%), cuya suma alcanzó a 87,7% del valor de este comercio (Cuadro n.º 3)[226].

La mayor proporción de esta oferta (76,9%) correspondió a insumos para otras actividades productivas circunscritas casi todas al espacio urbano santiaguino y, en menor medida, al quehacer de las haciendas en la periferia rural. Destacaron en este abastecimiento de materias primas el ganado bovino y ovino para beneficio en el matadero a un costado de la Plaza Mayor y posterior provisión de las carnicerías de la Casa de Abastos de Santiago, los cordobanes y suelas para la hechura de calzados y prendas de vestir, la harina para la panificación, el sebo para la producción de velas, jabón y zulaque; los cortes de bayeta para la confección de textiles y prendas de vestir, el cobre para la fabricación de utensilios varios de cocina y aseo, el pellón para la ensilladura de caballos y el apero de mulas, y la madera y la brea para la construcción o reparación de obras y viviendas[227]. La articulación del campo y la ciudad a través de los sectores de oferta y el artesanado urbano se verifica también mediante la amplia gama de Maestros Mayores de Oficios que nom-

[226] Esta composición de productos permaneció casi inalterable a lo largo de este periodo, razón por la cual se muestra un cuadro agregado para 1773-1783.

[227] Zulaque: Pasta para tapar juntas de arcaduces en cañerías de aguas y otras obras hidráulicas de la época (en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 3991 y 3997).

bró el Cabildo de Santiago para regular el correcto funcionamiento de estos servicios, en favor del bienestar de sus habitantes. Durante el período 1771-1798 se oficializaron año tras años los ramos de platería, hojalatería, coetería, guitarrería, tornería, curtiduría, herraduría, armería, cerería, carpintería, zapatería, herrería, pintura, talla, hoja, albañilería, cantería, broncería, carrocería, sombrerería, sastrería, panadería, calderería, barbería, sillería, peluquería, botonería y tintorería[228].

El resto de esta oferta local (23,1%) incluyó bienes de uso final, destacando la internación de alimentos como grasas, charquis, pescados y sal y, en menor medida, mercancías de diversa factura para el vestuario y la vivienda, tales como ponchos, rebozos, mantas y utensilios de cobre, entre otros (Cuadro n.º 3).

Desde 1784 a 1793, aunque el mayor valor de esta oferta (58,6%) se registró en la contabilidad aduanera de manera agregada, bajo la glosa "carnes muertas y efectos del Reyno", la proporción restante permaneció casi invariable, respecto del periodo previo (Cuadro n.º 4). Esto significó que predominaron en este comercio la internación de ganado bovino y ovino (29,8%), más los productos derivados de la actividad pecuaria, en forma de charquis (2,7%) y grasas (2,1%) para la alimentación humana o como cordobanes (23,0%), cueros de chivato (11,4%) y suelas (2,9%) para el vestuario y la vivienda. Además, otros insumos y bienes finales también ingresaron de manera cotidiana al mercado santiaguino, tales como cortes de bayeta (7,3%), cobre (3,6%), harina (2,7%), ponchos, rebozos y mantas (3,1%) y pescados (1,5%), entre los más destacados.

Al cotejar esta canasta de bienes locales con la estructura del comercio de otros espacios coloniales contemporáneos, su composición se asimiló con el mayor abasto de insumos de origen intrarregional con que se abasteció a los sectores alimenticios y obrajes, en general, de la ciudad de México a fines del siglo XVIII. Una estructura basada en la producción ganadera y sus derivados, más la importancia de cereales como el trigo para la molienda y obtención de harina fue la que también caracterizó a Valladolid de la Nueva España en aquella misma época. En cambio, la oferta local disponible para consumo de la ciudad de Guadalajara en el bienio 1802-1803 incluyó 67% de bienes finales, 60% de los cuales fueron alimentos, y solo 33% de materias primas para otros procesos productivos. Respecto de las economías del cono sur americano durante la primera década de 1800, la oferta propia del virreinato que ingresó a las "provincias del interior" (Córdoba, Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, Jujuy, La Rioja y Catamarca) se compuso, en general, por bienes de consumo final. Destacaron, por su mayor valor, en esta importación: la yerba mate del Alto Paraná, el vino riojano, los aguardientes sanjuaninos y la coca

[228] SChHG, *op. cit.*, tomo 34, pp. 3-231; 35, pp. 4-5 y 24-25; 36, p. 36.

proveniente del Alto Perú. Mientras que, en menor medida, se adquirieron materias primas para la confección de textiles y prendas de vestir, tales como tocuyos, bayetas, algodón, alumbre, suelas y cordobanes. Por su parte, la importación de origen virreinal que se internó a Mendoza y San Juan, localidades aún más vinculadas con la economía chilena, se distribuyó en ganados y sus derivados (charqui, quesos, suelas, lanas, etc.), además de telas de lana y algodón, más una fracción de yerba mate, lo que sugiere el predominio de los insumos en el abastecimiento a productores de bienes finales[229].

Más allá de estas diferencias y similitudes con el mercado mayorista local que abasteció a Santiago, la revisión preliminar de la estructura de esta oferta durante el periodo 1773-1793 muestra el dominio del sector pecuario en la producción de bienes, la mayor parte insumos, cuyo destino fue el abastecimiento regular de diversos obrajes urbanos, que a su vez proveyeron de diversos productos y servicios a la población de la ciudad y periferia rural. Aunque para después de esta época no es posible conocer esta estructura en detalle, debido al arriendo del cobro de esta alcabala desde 1794, la escasa variabilidad en la composición de esta oferta a lo largo de estas dos décadas, junto a los crecientes niveles de recaudación que reflejaron la expansión de este comercio en los años siguientes, en línea con la evolución de la producción agropecuaria del valle central chileno (Gráfico n.º 22), demuestran el fortalecimiento de esta articulación urbana-rural intersectorial, el *hinterland* de Santiago, al menos, hasta fines del periodo colonial[230].

[229] Pescador y Garza, *op. cit*., pp. 29-37; Jorge Silva Riquer, *La estructura y dinámica del comercio menudo en la Ciudad de Valladolid, Michoacán, a fines del siglo XVIII*, pp. 82-89; Ibarra, "La organización...", *op. cit*., pp. 147-149; Palomeque, "La circulación...", *op. cit*., pp. 138-186; Palomeque, "Circuitos...", *op. cit*., p. 265. Tal como se aclara en la Introducción del presente libro, para efectos de comparación con otras economías coloniales, esta distinción de mercancías locales o de origen chilenas se asimila, por un lado, a la importación de "efectos de las provincias del Virreinato" que se identifica en la organización de las economías rioplatenses y, por otro, al comercio de la periferia rural con la ciudad, que se gravó en los suelos alcabalatorios novohispanos.

[230] La producción agropecuaria del Obispado/Intendencia de Santiago se estima mediante la recaudación de los diezmos eclesiásticos, equivalentes al 10% de impuesto sobre el valor anual de esta actividad, en base a Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit*., pp. 412-414.

CUADRO N.º 3

*Matriz de oferta y demanda (1 peso: 8 reales) de las mercancías locales que ingresaron a Santiago, 1773-1783*

| Mercancías | Total oferta local | % | Demanda intermedia de sectores productivos | | | | | | | | | Total demanda intermedia | % | Demanda final | | | Total demanda final | % | Total demanda local |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | | Ganadería | Mataderos | Molinería | Manufactura alimenticia | Vitivinicultura y destilería | Textilería y confección | Talabartería y calzado | Manufactura y construcción | Transporte y carga | | | Alimentación | Vestuario | Vivienda | | | |
| Almendra, nuez y otros | 5883 | 0,3 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | 5883 | | | 5883 | 1,1 | 5883 |
| Trigo y otros | 10884 | 0,5 | 94 | | 10766 | | 25 | | | | | 10884 | 0,6 | | | | 0 | 0,0 | 10884 |
| Especias (ají, comino, anís y orégano) | 3084 | 0,1 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | 3084 | | | 3084 | 0,6 | 3084 |
| Menestras (frijol, garbanzo, lenteja) | 1883 | 0,1 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | 1883 | | | 1883 | 0,4 | 1883 |
| Ganado bovino | 461353 | 20,6 | | 461353 | | | | | | | | 461353 | 26,8 | | | | 0 | 0,0 | 461353 |
| Ganado ovino | 356821 | 16,0 | | 356821 | | | | | | | | 356821 | 20,8 | | | | 0 | 0,0 | 356821 |
| Otro ganado | 24808 | 1,1 | | 24808 | | | | | | | | 24808 | 1,4 | | | | 0 | 0,0 | 24808 |
| Charquis y otras carnes | 177253 | 7,9 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | 177253 | | | 177253 | 34,2 | 177253 |
| Grasas y aceites | 193895 | 8,7 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | 193895 | | | 193895 | 37,5 | 193895 |
| Pescados (congrio, gerguilla, tollo, corvina) | 31013 | 1,4 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | 31013 | | | 31013 | 6,0 | 31013 |
| Harina | 169648 | 7,6 | | | 169648 | | | | | | | 169648 | 9,9 | | | | 0 | 0,0 | 169648 |
| Quesos y otro lácteos | 9770 | 0,4 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | 9770 | | | 9770 | 1,9 | 9770 |
| Sal | 21398 | 1,0 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | 21398 | | | 21398 | 4,1 | 21398 |
| Otros comestibles | 72 | 0,0 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | 72 | | | 72 | 0,0 | 72 |
| Vinos | 6478 | 0,3 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | 6478 | | | 6478 | 1,3 | 6478 |
| Corte de bayeta | 71864 | 3,2 | | | | | | 71864 | | | | 71864 | 4,2 | | | | 0 | 0,0 | 71864 |
| Bayeta | 4808 | 0,2 | | | | | | 4808 | | | | 4808 | 0,3 | | | | 0 | 0,0 | 4808 |
| Poncho, rebozo y manta | 41631 | 1,9 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | | 41631 | | 41631 | 8,0 | 41631 |
| Otros vestuarios | 2294 | 0,1 | | | | | | 536 | | | | 536 | 0,0 | | 1758 | | 1758 | 0,3 | 2294 |
| Cordobán | 295397 | 13,2 | | | | | | | 295397 | | | 295397 | 17,2 | | | | 0 | 0,0 | 295397 |
| Suela | 40064 | 1,8 | | | | | | | 40064 | | | 40064 | 2,3 | | | | 0 | 0,0 | 40064 |
| Otros cueros vestir y calzado | 5583 | 0,2 | | | | | | | 5245 | | | 5245 | 0,3 | | 338 | | 338 | 0,1 | 5583 |
| Alfombra, frazada y otros | 3847 | 0,2 | | | | | | 448 | | | | 448 | 0,0 | | | 3398 | 3398 | 0,7 | 3847 |
| Cuero de chivato | 10861 | 0,5 | | | | | | | 10861 | | | 10861 | 0,6 | | | | 0 | 0,0 | 10861 |
| Otros cueros (lobo, carnero, perro) | 845 | 0,0 | | | | | | | 827 | | | 827 | 0,0 | | | 19 | 19 | 0,0 | 845 |
| Sebo | 127646 | 5,7 | | | | | | | | 127646 | | 127646 | 7,4 | | | | 0 | 0,0 | 127646 |
| Jabón y cera | 3253 | 0,1 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | | | 3253 | 3253 | 0,6 | 3253 |
| Utensilios de cobre y menaje | 15419 | 0,7 | | | | | | | | | | 0 | 0,0 | | | 15419 | 15419 | 3,0 | 15419 |
| Polcura | 3805 | 0,2 | | | | | | 3805 | | | | 3805 | 0,2 | | | | 0 | 0,0 | 3805 |
| Madera | 18700 | 0,8 | | | | | | | | 17519 | | 17519 | 1,0 | | | 1181 | 1181 | 0,2 | 18700 |
| Pellón | 23880 | 1,1 | | | | | | | | | 23880 | 23880 | 1,4 | | | | 0 | 0,0 | 23880 |
| Cuero de vaca | 6423 | 0,3 | | | | | | | | | 6423 | 6423 | 0,4 | | | | 0 | 0,0 | 6423 |
| Cordelería | 8323 | 0,4 | | | | | | 1500 | | | 6823 | 8323 | 0,5 | | | 0 | 0 | 0,0 | 8323 |
| Otros medios y equipo de transporte y carga | 5050 | 0,2 | | | | | | | | | 5050 | 5050 | 0,3 | | | 0 | 0 | 0,0 | 5050 |
| Cobre | 65034 | 2,9 | | | | | | | | 65034 | | 65034 | 3,8 | | | | 0 | 0,0 | 65034 |
| Brea y otras sustancias | 7711 | 0,3 | | | | | | | | 7711 | | 7711 | 0,4 | | | | 0 | 0,0 | 7711 |
| Totales | 2236682 | 100 | 94 | 842981 | 180414 | 0 | 25 | 82961 | 352394 | 217910 | 42177 | 1718956 | 100 | 450729 | 43727 | 23270 | 517726 | 100 | 2236682 |
| % | | | 0,0 | 37,7 | 8,1 | 0,0 | 0,0 | 3,7 | 15,8 | 9,7 | 1,9 | 76,9 | | 20,2 | 2,0 | 1,0 | 23,1 | | 100 |

Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 2, vols. 665-669, 673-685, 1823-1824, 1832, 1837, 1842, 1850, 1855, 3209-3214.

CUADRO N.º 4

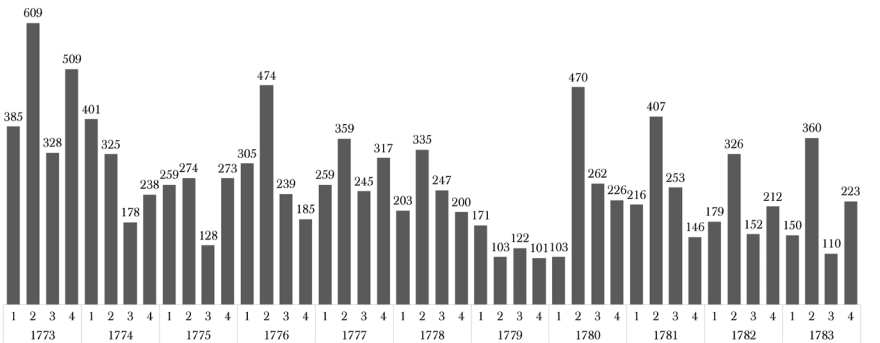
*Matriz de oferta (1 peso: 8 reales) de las mercancías locales que ingresaron a Santiago, 1784-1793*

| Mercancías | Sectores de oferta local | | | | | | | | | | | | | Total oferta local | % (a) | % (b) |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Agricultura | Ganadería | Pesca | Minería | Mataderos | Molinería | Manufactura alimenticia | Vitivinicultura y destilería | Textilería y confección | Curtiduría | Madereros | Manufactura | S/I | | | |
| Almendra | 150 | | | | | | | | | | | | | 150 | 0,0 | 0,0 |
| Especias (azafrán) | 8 | | | | | | | | | | | | | 8 | 0,0 | 0,0 |
| Ganado bovino y ovino | | 224 708 | | | | | | | | | | | | 224 708 | 12,3 | 29,8 |
| Otro ganado | | 2436 | | | | | | | | | | | | 2436 | 0,1 | 0,3 |
| Charquis y otras carnes | | | | | 20 534 | | | | | | | | | 20 534 | 1,1 | 2,7 |
| Grasas y aceites | | | | | 15 515 | | | | | | | | | 15 515 | 0,9 | 2,1 |
| Pescados (congrio, pescada, corvina) | | | 11 481 | | | | | | | | | | | 11 481 | 0,6 | 1,5 |
| Harina | | | | | | 20 609 | | | | | | | | 20 609 | 1,1 | 2,7 |
| Quesos | | | | | | | 103 | | | | | | | 103 | 0,0 | 0,0 |
| Sal | | | | 7716 | | | | | | | | | | 7716 | 0,4 | 1,0 |
| Otros comestibles | | | | | | | 3506 | | | | | | | 3506 | 0,2 | 0,5 |
| Vinos | | | | | | | | 9434 | | | | | | 9434 | 0,5 | 1,3 |
| Corte de bayeta | | | | | | | | | 54 712 | | | | | 54 712 | 3,0 | 7,3 |
| Poncho, rebozo y manta | | | | | | | | | 23 435 | | | | | 23 435 | 1,3 | 3,1 |
| Otros vestuarios y tintura | | | | | | | | | 4458 | | | | | 4458 | 0,2 | 0,6 |
| Cordobán | | | | | | | | | | 173 008 | | | | 173 008 | 9,5 | 23,0 |
| Suela | | | | | | | | | | 21 787 | | | | 21 787 | 1,2 | 2,9 |
| Otros cueros vestir y calzado | | | | | | | | | | 10 334 | | | | 10 334 | 0,6 | 1,4 |
| Alfombra, frazada y otros | | | | | | | | | 372 | | | | | 372 | 0,0 | 0,0 |
| Cuero de chivato | | | | | | | | | | 86 009 | | | | 86 009 | 4,7 | 11,4 |
| Otros cueros (lobo, cabra) | | | | | | | | | | 1744 | | | | 1744 | 0,1 | 0,2 |
| Sebo | | | | | 6899 | | | | | | | | | 6899 | 0,4 | 0,9 |
| Jabón y cera | | | | | | | | | | | | 1294 | | 1294 | 0,1 | 0,2 |
| Utensilios de cobre y menaje | | | | | | | | | | | | 8250 | | 8250 | 0,5 | 1,1 |
| Polcura | | | | 2666 | | | | | | | | | | 2666 | 0,1 | 0,4 |
| Madera y varios de vivienda | | | | 1314 | | | | | | 95 | 992 | 814 | | 3216 | 0,2 | 0,4 |
| Pellón | | | | | | | | | | 1602 | | | | 1602 | 0,1 | 0,2 |
| Cuero de vaca | | | | | | | | | | 1398 | | | | 1398 | 0,1 | 0,2 |
| Cordelería | | | | | | | | | 3423 | | | | | 3423 | 0,2 | 0,5 |
| Otros medios y equipo de transporte y carga | | 122 | | | | | | | | | | | | 122 | 0,0 | 0,0 |
| Cobre | | | | 27 131 | | | | | | | | | | 27 131 | 1,5 | 3,6 |
| Brea y otras sustancias | | | | | | | | | | | 4508 | 472 | | 4980 | 0,3 | 0,7 |
| Efectos de Chile y ganado | | | | | | | | | | | | | 1 067 766 | 1 067 766 | 58,6 | |
| Totales | 158 | 227 266 | 11 481 | 38 827 | 42 948 | 20 609 | 3609 | 9434 | 86 400 | 295 977 | 5500 | 10 830 | 1 067 766 | 1 820 805 | 41 | 100 |
| % | 0,0 | 12,5 | 0,6 | 2,1 | 2,4 | 1,1 | 0,2 | 0,5 | 4,7 | 16,3 | 0,3 | 0,6 | 58,6 | 100 | | |

(a): porcentaje sobre el total considera "Efectos de Chile y ganado"; (b): porcentaje sobre el total no considera "Efectos de Chile y ganado". Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 1842, 1887, 1903; Serie 2, vols. 1866, 1871, 1879, 1884, 1889, 1902, 1910, 1921.

A nivel microeconómico, la estructuración del mercado interno de Santiago también se visualiza mediante el número habitual de agentes y transacciones que dieron vida al comercio local, junto al papel de las haciendas en la producción de buena parte de los géneros circulantes en esta actividad. Sin incluir la internación de ganado con destino al matadero y carnicerías, en promedio durante 1773-1783, se registraron poco más de 1100 operaciones al año por el ingreso de mercancías de origen chilenas a Santiago (Gráfico n.º 25). En cuanto a los contribuyentes por estas transacciones, en promedio por año, participaban poco menos de 340 individuos durante este mismo periodo. La mayoría de ellos fueron hombres (96,8%), mientras que solo nueve mujeres (3,2%) participaron de esta actividad.

GRÁFICO N.º 25
*Número de operaciones de comercio local por trimestre, 1773-1783*[231]




Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 2, vols. 665-669, 673-685, 1823-1824, 1832, 1837, 1842, 1850, 1855, 3209-3214.

Desde el punto de vista del origen de las mercancías de este comercio, fue fundamental la actividad productiva al interior de la hacienda, cuya existencia fue norma en el territorio central chileno[232]. De acuerdo a los registros de alcabalas de ajuste, existieron en operación, en promedio por año, 164 haciendas en el corregimiento/partido de Santiago durante 1773 a 1793. La

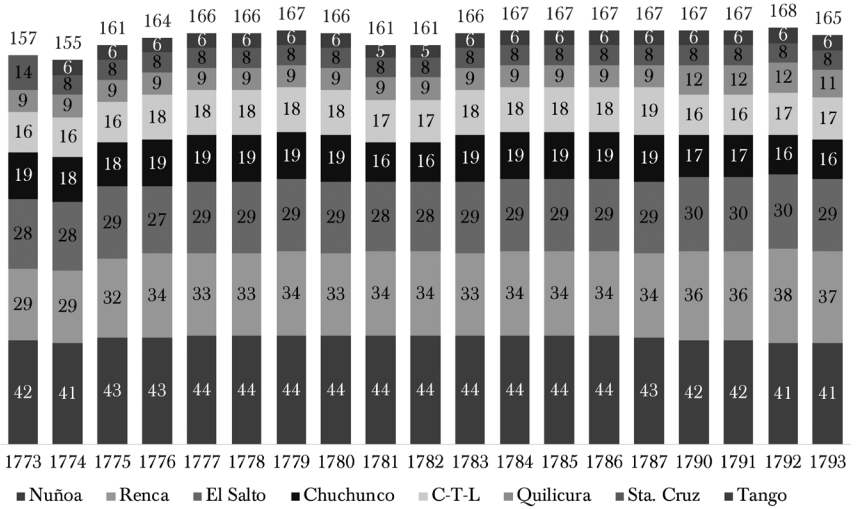
[231] En 1775 y 1779 se omitió en los registros tributarios una parte del detalle de las transacciones a nivel de comerciantes, razón por la cual su número de operaciones estaría subestimado.

[232] Al respecto véanse las obras de Mario Góngora, *Orígenes de los "inquilinos" de Chile central* y Arnold Bauer, *La Sociedad Rural Chilena. Desde la conquista española a nuestros días.*

doctrina de Ñuñoa lideró en número con 43 haciendas en promedio por año, mientras que el resto se distribuyó entre Renca (34), El Salto (29), Chuchunco (18), Colina–Til-Til–Lampa (C-T-L) (17), Quilicura (10) y Santa Cruz (8). Por su parte, la localidad de Tango, que se separó de la doctrina de Santa Cruz en el año 1774, sumó un total de 6 haciendas durante esta época (Gráfico n.º 26).

GRÁFICO N.º 26

*Número de haciendas por doctrinas de la jurisdicción de Santiago, 1773-1793*




Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 1842, 1887, 1903; Serie 2, vols. 687-688, 691, 701, 1842, 1844, 1855, 1866, 1871, 1889, 1902, 1910, 3216-3217.

Conforme con la relación económica sobre el corregimiento de Santiago del teniente de corregidor don Antonio Gómez en el año 1780, tanto Ñuñoa como Renca, ubicadas en la periferia inmediata al casco urbano, comprendieron chacras, chacarillas e incluso quintas, cuyas menores superficies y niveles productivos contrastaron con las estancias ganaderas de Colina y Tango, establecidas más al norte y sur de la capital. En términos generales, las quintas que rodeaban la ciudad suministraron frutas y hortalizas, mientras que las chacras a continuación proporcionaron vinos, harinas y velas, y desde las estancias más lejanas se abastecieron productos ganaderos[233]. Tal fue el caso de las haciendas Santa Cruz y Calera de Tango, al sur de la ciudad, cuyos extensos inventarios dieron cuenta de las diversas actividades económicas que se desempeñaron

[233] De Solano, *op. cit.*, pp. 102-116; Bauer, *op. cit.*, 28-29 y 32.

al interior de estos establecimientos. Destacaron, por una parte, las nutridas existencias de animales, potreros para crianza y engorda, además de galpones para la matanza y elaboración de productos derivados del ganado y, por otra, los cuantiosos recursos agrícolas, incluyendo la infraestructura para la vinificación y destilación de aguardientes, molienda de trigo y panificación, entre otros obrajes, lo que constituyó verdaderos centros productivos al integrar labores agropecuarias y artesanales[234].

Considerando el alto número de haciendas de las doctrinas rurales de Santiago, entre las cuales también se contabilizaron los establecimientos jesuitas tras su expulsión de Chile en 1767, la mayor proporción del comercio local destinado a esta capital, compuesto por ganado y sus productos derivados, más harinas de trigo, debió originarse en este mismo espacio[235]. Esto fue, dentro del radio rural contiguo al casco urbano, a menos de 30 kilómetros de distancia. Aunque, pese a esta aparente autonomía, las existencias de bovinos también se complementaban con ganado movilizado de las provincias trasandinas, en especial desde Mendoza, San Luis y, en menor medida, de Córdoba[236].

Solo alrededor del 10% de estas mercancías locales provino desde fuera de la jurisdicción capitalina. Destacaron los pescados frescos, secos y salados, entre los cuales se identificaron congrios, gerguillas y tollos y, en menor medida, corvinas y róbalos, provenientes de las caletas de Con-Con y San Antonio. Por su parte, los ponchos que se distinguieron tanto por estilo y calidad (abalandranados, balandranes, llanos u ordinarios), como por procedencia (araucanos, indianos, pehuenches o purenistas), se elaboraron al sur del Maule. En cuanto a la sal, se obtuvo tanto de la costa central (Cáhuil, Bucalemu y Boyeruca) como desde la cordillera del centro sur de Chile, cuyos salares pertenecieron a la población indígena de los chiquillanes, tal como se constata mediante el permiso que otorgó el Cabildo de Santiago, ante la escasez en 1772, a cualquier

[234] ANCH, FCG, vol. 10, fjs. 126-130; Horacio Aránguiz, "Notas para el estudio de la Hacienda de la Calera de Tango. 1685-1783", pp. 239-257.

[235] Tanto en las haciendas como estancias jesuitas fue frecuente encontrar: "curtiembre para trabajar las pieles de animales; molinos para moler trigos propios y ajenos; ramadas para elaborar charqui y sebo; galpones para transformar en garcias e hilo de acarreto el cáñamo que se cultivaba; obrajes para fabricación de telas; e incluso explotar canteras que producían cal" (en Guillermo Bravo, "La empresa agrícola jesuita en Chile Colonial", p. 69). El inventario de animales al año de expulsión de los jesuitas de las haciendas del Colegio Máximo de San Miguel, ubicadas en las cercanías de Santiago, incluyó 17 337 cabezas de ganado vacuno y 14 814 de ovinos, además de casi 1190 esclavos, entre otros activos productivos de alto valor de la Compañía en Chile (en Guillermo Bravo, *Señores de la tierra... Los empresarios jesuitas en la sociedad colonial*, pp. 144 y 157). Según apreciación del cronista Carvallo y Goyeneche, *op. cit.*, p. 156, a fines del siglo XVIII "el ganado vacuno ha procreado tanto que hace un renglon considerable de comercio,i hai [sic] muchos hacendados que tienen toradas de mas de diez mil reses".

[236] Coria, *op. cit.*, pp. 212-214; Palomeque, "La circulación...", *op. cit.*, p. 147; Assadourian y Palomeque, "Las relaciones...", *op. cit.*, p. 160; Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*, pp. 272-278; Martínez Barraza, "Consumo y comercio...", *op. cit.*, pp. 467-474.

individuo que quisiera abastecer a la ciudad desde esos parajes. La oferta de pellones para monturas, en tanto, provino de las localidades nortinas de Putaendo y La Ligua. Mientras que el cobre, labrado o en barras, se abasteció desde más al norte, en especial de las provincias de Copiapó, Huasco y Coquimbo. Respecto a la provisión de maderas, que ingresaron en forma de tijerales, vigas, tablas, tablones y pilares de variadas especies forestales (canelo, roble, ciprés, patagua, laurel y coligue), su procedencia se verifica al sur de la capital, entre el río Maipo y el seno de Reloncaví. Por último, la brea se extrajo desde un árbol homónimo entre Coquimbo y Copiapó, aplicándose en el tinte de géneros, la impermeabilización de techumbres y tinajas para fermentar vino e incluso para calafatear embarcaciones[237].

## Comercio minorista capitalino

En relación a los segmentos minoristas, diversos fueron los agentes que operaron en el radio urbano capitalino, cuyo rubro principal correspondió al expendio de alimentos. No obstante, trabajos anteriores plantearon que este sector tuvo un desempeño irregular y de baja monta, debido a que en Santiago durante la segunda mitad del siglo XVIII: i) el número promedio de tiendas y pulperías no sobrepasó los 250 establecimientos, ii) la mayoría de estos establecimientos pagaron menos de 10 pesos de impuesto anual y iii) el sector de pulperos "permanecía en actividad no más de seis a ocho meses" al año[238].

En contraste a esta evidencia, la presencia del comercio minorista santiaguino, vista a través de fuentes tributarias y administrativas, se manifestó en siete segmentos que operaron de manera regular desde fines del siglo XVIII: hacendados, tenderos, bodegoneros, comerciantes de la Casa de Abastos, pulperos, estanqueros de tabaco y almaceneros. Entre 1773 y 1774 se ajustaron en promedio 660 lugares de comercio por año, cifra que se elevó a 1019 establecimientos en el trienio siguiente, luego de iniciarse la fiscalización a las pulperías en 1776[239]. Esta última cifra significó una alta concentración

[237] De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 145 y 146; Juan José Martínez Barraza, *Comercio interior de Santiago de Chile a fines del periodo colonial, 1773-1810*, p. 120; SChHG, *op. cit.*, tomo 34, p. 54; Villalobos, *op. cit.*, pp. 108, 289-292; Méndez, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 179; Pablo Camus, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile. 1541-2005*, pp. 70-94 y 123-124; Universidad de Chile, *op. cit.*, p. 175; Claudio Gay, *Agricultura Chilena*, tomo II, p. 199.

[238] Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso...*, *op. cit.*, p. 143; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 194 y 195.

[239] Aunque las cifras oficiales de origen tributario se registraron a partir de 1776, cuando se inició la fiscalización sobre las pulperías en Santiago, un año antes por Real Orden de 25/05/1775 emitida por el Contador Mayor don Silvestre García, con motivo de la evaluación que hicieron las autoridades sobre el cobro de este ramo, se solicitó un catastro de pulperías de Santiago y sus arrabales y de las contenidas en el casco del Puerto de Valparaíso, cuyo número ascendió a 303 y 58, respectivamente (en AGI, Audiencia de Chile, leg. 178).

del comercio al detalle en la capital, alcanzando a un establecimiento cada 38 habitantes[240]. Con el correr del siglo, el promedio de almacenes, tiendas, bodegones y estanquillos aumentó de 381 durante 1773-1778 a 462 a fines de la década siguiente, según se contabilizó en dos censos de "individuos de comercio" en los años 1788 y 1789 y por medio de la contabilidad del Estanco de Tabaco de Santiago (Gráfico n.º 27). En contraste, durante esta misma época, la localidad de Mendoza con 9234 habitantes en 1785 contó con 70 pulperías y 5 estanquillos de tabaco o un establecimiento comercial cada 123 individuos. Mientras que en Valladolid de la Nueva España con una población de 18 080 individuos el número de tiendas urbanas (mestizas y pulperas) alcanzó a 51 unidades, equivalente a un establecimiento cada 355 habitantes. Por su parte, la ciudad de Lima con alrededor de 50 000 habitantes en la última década del siglo XVIII contó con cerca de 450 bodegas, pulperías, cajones o tiendas y panaderías, o una cada 110 individuos. En cambio, la ciudad de Puebla (Nueva España) con una población similar a Santiago a principios del siglo XIX dispuso de 624 tiendas de varios giros, esto es, un establecimiento para cerca de 80 individuos[241].

La participación de mujeres como contribuyentes en estos segmentos fue baja, solo se identificaron, de manera notoria, hacendadas con una presencia de 29 de ellas, en promedio por año, equivalente al 18,0% sobre el total, bodegoneras (17; 11,0%) y pulperas (23; 11,0%). En el resto de los canales minoristas la presencia femenina fue nula[242].

En términos generales, la oferta de almaceneros y tenderos se compuso de productos foráneos a la Capitanía. Destacaron en esta provisión diversos textiles y prendas de vestir, efectos de Castilla, materiales para la construcción y vivienda, además de azúcar y yerba mate, entre otros. Esta oferta fue similar a la de hacendados, cuyas redes de negocios locales y externas se articularon con la producción de sus haciendas[243]. Si se considera solo el extremo superior

[240] Según cifra de población de 38 330 habitantes en el corregimiento de Santiago para los años 1777-1778, compuesta por 18 110 habs. del casco urbano y 20 220 habs. de las doctrinas rurales (en Carmagnani y Klein, *op. cit.*).

[241] Santos Martínez, *op. cit.*, pp. 27, 169 y 195; Silva Riquer, *La estructura...*, *op. cit.*, pp. 92-96; César Mexicano, "Negocios urbanos en Lima: Pulperías, cajones y panaderías 1750-1820 (Una aproximación a su estudio)", pp. 182-191; Alejandra Moreno, "Economía regional y urbanización: ciudades y regiones en Nueva España", p. 72.

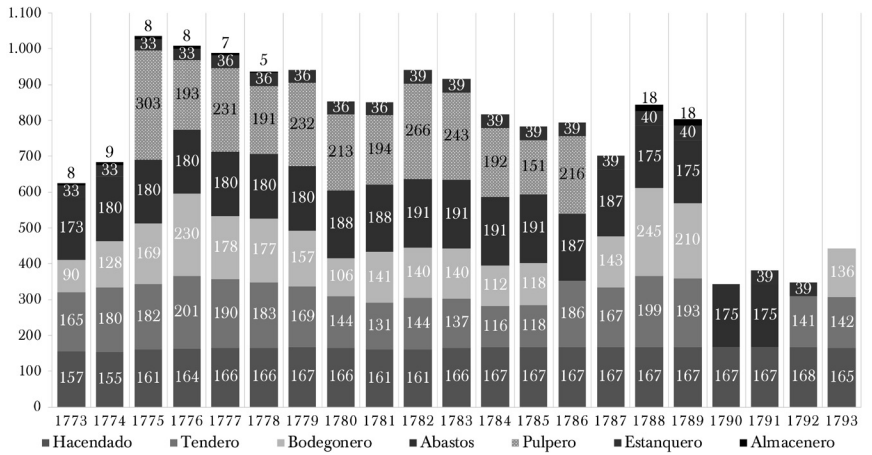
[242] La única excepción, en cuanto a la disponibilidad de directorio para los años en que se cuenta con los antecedentes tributarios, corresponde al segmento de abastos, cuyo número se estima dividiendo el monto de arriendo anual que canceló al Cabildo de Santiago el subastador general de la Casa de Abastos por el valor de la postura de comerciantes en este edificio, que ascendió a medio real por día (en Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 194).

[243] Martínez Barraza, *Comercio interior de Santiago...*, *op. cit.*, pp. 144-169 y 208-225. Tal como se muestra en el capítulo anterior, tenderos, almaceneros y hacendados, en conjunto, movilizaron más del 60% del valor de las importaciones que a través del puerto de Valparaíso ingresaron a Chile, en especial a Santiago (Gráfico n.º 15).

de este sector comercial minorista urbano, vale decir, la disposición de tiendas y almacenes respecto del número de habitantes de la ciudad de Santiago, desde 1773 a 1793 alcanzó a un establecimiento cada 123 individuos, lo que se ubicó por debajo de la mayor densidad en Inglaterra y Países Bajos, las que registraron una tienda cada 50-60 habitantes durante la segunda mitad del siglo XVIII[244].

GRÁFICO N.º 27

*Establecimientos por canal de comercio minorista en Santiago, 1773-1793*[245]




Elaboración propia con base en AGI, Audiencia de Chile, legs. 178, 364; ANCH, FRA, vol. 2363; FCM, Serie 1, vols. 963, 972, 1842, 1853, 1887, 1903, 3090, 3991, 3997, 4021, 4067, 4070; Serie 2, vols. 287-288, 294-295, 687-689, 691-694, 699, 701, 1824, 1842, 1844, 1855, 1866, 1871, 1878, 1884, 1889, 1902, 1910, 3155-3156, 3216-3217; SChHG, *op. cit.*, tomo 34, pp. 103, 114, 127-128, 139, 155 y 189-190; SChHG, *op. cit.*, tomo 35, pp. 5-6 y 25.

Por su parte, pulperos y bodegoneros, de escasa participación en la internación de mercancías locales, se concentraron en el rubro alimenticio, para lo cual desarrollaron ciertos oficios, relativos a la panificación y elaboración de comidas y bebestibles. A diferencia de lo que evidencia Marcello Carmagnani, en relación a la operación parcial de las pulperías en la década de 1760, la proporción de este segmento que funcionó todo el año fue mayoritaria, alcanzando en promedio al 56,3% de los establecimientos, mientras que el 31,1% operó de

[244] De Vries, *La Revolución...*, *op. cit.*, p. 207.

[245] Las cifras totales de establecimientos minoristas del trienio 1775-1777 son las únicas que se agregan con la completitud de las fuentes disponibles para su reconocimiento. Por tanto, debieron representar el número más cercano a la realidad de esta actividad en aquella época.

6 a 9 meses, el 10,4% entre 3 y 6 meses y solo 0,6% lo hizo menos de 3 meses (Tabla n.º 8). Durante el periodo 1776-1786 funcionaron, en promedio, 211 pulperías por año distribuidas en todo el corregimiento de Santiago, lo que fue consistente con la apreciación de cronistas y viajeros contemporáneos, respecto a esta capital: "en todas las esquinas céntricas hay una pulpería o un bodegón"[246]. Esta presencia representó alrededor de un establecimiento cada 190 individuos, menor que en Buenos Aires, donde se encontró una pulpería cada 86 habitantes urbanos y cada 107 individuos de la campaña bonaerense a fines del siglo XVIII. Aunque por encima de ciudades como Guayaquil en 1795 con una pulpería cada 227 habitantes y San Juan de la Frontera a fines de 1770 con un establecimiento cada 202 individuos[247].

TABLA N.º 8
*Número de pulperías en Santiago, según período de operación, 1776-1778*

| Período de Operación | Año 1776 | (%) | Año 1777 | (%) | Año 1778 | (%) | Promedio 1776-1778 (%) |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Todo el año | 117 | (60,6) | 93 | (40,3) | 130 | (68,1) | (56,3) |
| Entre 9 y 12 meses | 6 | (3,1) | 4 | (1,7) | 0 | (0,0) | (1,6) |
| Entre 6 y 9 meses | 61 | (31,6) | 70 | (30,3) | 60 | (31,4) | (31,1) |
| Entre 3 y 6 meses | 9 | (4,7) | 61 | (26,4) | 0 | (0,0) | (10,4) |
| Menor a 3 meses | 0 | (0,0) | 3 | (1,3) | 1 | (0,5) | (0,6) |
| Total | 193 | (100) | 231 | (100) | 191 | (100) | (100) |

Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 2, vols. 692-694.

Tal densidad de establecimientos dedicados al comercio detallista en Santiago no solo favoreció una conducta de consumo frecuente, reconocible en la actualidad, sino que también significó para su población contar con numerosos espacios de sociabilidad, cuya demanda fue compatible con la abundante oferta de bebidas alcohólicas que desde los alrededores llegó a esta capital. Al respecto, varios son los antecedentes que verifican la importante actividad vitivinícola del *hinterland* capitalino, incluso en los siglos precedentes. Entre ellos, uno de especial interés, por la calidad de la información levantada, es la relación económica que realizó el teniente de corregidor don

[246] Martínez Barraza, *Comercio interior de Santiago...*, *op. cit.*, pp. 170-200; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 194 y 195; Pereira Salas, *op. cit.*, p. 50.

[247] Julián Carrera, *Algo más que mercachifles. Pulperos y pulperías en la campaña bonaerense, 1770-1820*, p. 61; María Eugenia Chaves, "Artesanos, pulperos y regatones: notas para el estudio de los sectores subalternos de Guayaquil a fines de la Colonia", pp. 57 y 70; Mario Solar, "Elite, pulpería y disciplina social. San Juan de la frontera 1750-1770", p. 132, respectivamente.

Antonio Gómez sobre el corregimiento de Santiago, con motivo de informar al visitador general don Tomás Álvarez de Acevedo en 1780. Sin contar las doctrinas más alejadas de Santiago (Tango y Colina), tal informe dio cuenta de 57 chacras en la doctrina del Rosario, como también se conocía a Ñuñoa, la más adyacente al casco urbano de Santiago, todas con sus viñas; además de otras 63 en Renca, cruzando el río, al norte de Ñuñoa, "las que la mayor parte de estas dichas chacras tienen sus viñas", más 15 quintas "todas con sus viñas" y también olivares[248].

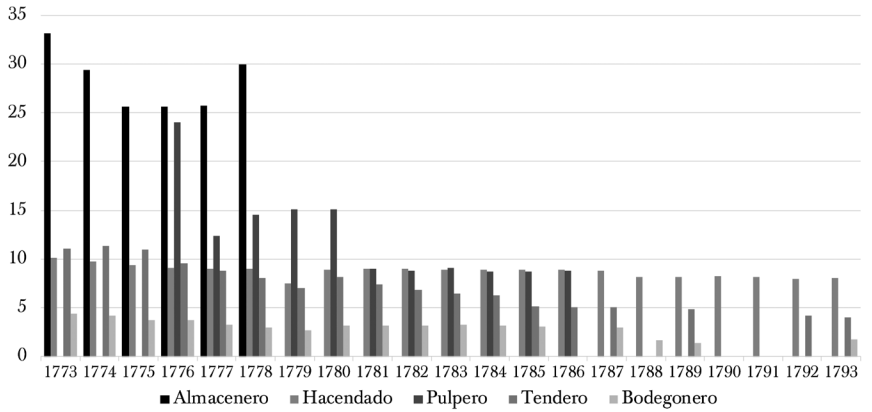
El tamaño relativo de parte de estos segmentos minoristas, se verifica de modo aparente mediante los antecedentes tributarios que representaron las ventas declaradas con que se ajustó el pago de la alcabala, en acuerdo con la administración respectiva. En general, los segmentos relativos con el abastecimiento de productos importados (almacenes, tiendas y establecimientos minoristas en haciendas, de alta presencia en el comercio exterior), presentaron una carga tributaria superior a la de bodegoneros, consistente con la menor escala comercial de estos últimos. Mientras que los pulperos tributaron por sobre tenderos, a nivel individual, debido a la alta carga impositiva de este ramo, cuyo pago consistió en un permiso para el expendio de alcohol al menudeo (Gráfico n.º 28). Durante el periodo en que se dispone de todos los segmentos afectos 1776-1778, en promedio, los establecimientos tributaron $9,6 pesos al año, monto que, en contraste a la actividad comercial mayorista local, se fue reduciendo con el correr de los años.

El comercio de abastos, por su parte, constituyó uno de los principales canales de aprovisionamiento de una copiosa gama de productos de corto menudeo para la población capitalina. La oferta de este segmento se dividió *grosso modo* en tres ramos: abastos, carnicerías y pescaderías. Respecto de los primeros, verduras y hortalizas, tales como papas, cebollas, zapallos y tomates; amplia gama de frutas como duraznos, sandías, melones y brevas; otros alimentos como menestras, aceitunas, huevos, leche, quesos, mantequilla, chuchoca; además de diferentes tipos de aves como gallinas, pollos, pavos, perdices y tórtolas, e incluso carne de puerco y cecinas, se surtieron al detalle en la Casa de Abastos, ubicada desde 1757 en la Plaza Mayor de Santiago. Para este expendio se arrendaban cerca de 37 cajones o garitas de madera que sirvieron de tiendas u obrajes, dos de los cuales se ocuparon incluso del estanco de nieve, cuyo abastecimiento provenía de una de las chacras de Su Majestad nombrada la Dera en la doctrina de Ñuñoa. En cuanto a la venta

[248] De Solano, *op. cit.*, pp. 101-105. Esta evidencia coincide con la apreciación de De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 127: "...las chacras de Renca, La Chimba, Ñuñoa y Chuchunco, que rodeaban el centro urbano... eran las más fuertes proveedoras de vino para el consumo de él [Santiago]". Antecedentes para los dos siglos previos, en Juan Guillermo Muñoz, "Viñas en la traza de Santiago del Nuevo Extremo y chacras colindantes (Siglos XVI-XVII)" y Carlos Ruiz, "Mucho y muy buen vino. Producción vitivinícola en la zona norte de Santiago (Siglos XVI-XVIII)".

de carnes, el beneficio del ganado bovino y ovino que a diario ingresaba al matadero se comercializó al detalle en numerosas carnicerías de la Casa de Abastos, cuyos mostradores contaron con garfios de fierro para colgar y picar la carne. Según inventario de la Casa de Abastos, en 1760 existieron 88 mostradores con 193 garfios para la venta de carnes. Así como el jueves era el día de la carne, el día viernes correspondió al pescado, cuya oferta comprendió diversas especies, además de mariscos[249].

GRÁFICO N.º 28
*Recaudación unitaria promedio anual (1 peso: 8 reales), por segmento comercial, Santiago, 1773-1793*




Elaboración propia con base en ANCH, FRA, vol. 2363; FCM, Serie 1, vols. 963, 972, 1842, 1853, 1887, 1903, 3090, 3991, 3997, 4021, 4067, 4070; Serie 2, vols. 287-288, 294-295, 687-689, 691-694, 699, 701, 1824, 1842, 1844, 1855, 1866, 1871, 1878, 1884, 1889, 1902, 1910, 3155-3156, 3216-3217.

Por último, el segmento de estanqueros gozó de exclusividad en la venta de tabacos importados, debido al régimen monopólico que instauró la Corona para surtir a la población y sustituir con ello el situado que cada año enviaba Lima a Chile con fines militares[250].

Respecto a la "coagulación espacial" del comercio minorista en Santiago, salvo tiendas, almacenes y bodegones que se concentraron dentro de los lí-

[249] ANCH, FCM, Serie 1, vol. 3997; Serie 2, vols. 665-669, 673-682, 3209-3214; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 397-399; Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia crítica y social de la Ciudad de Santiago 1541-1868*, tomo II, p. 495; Barros Arana, *op. cit.*, tomo VI, p. 152; De Solano, *op. cit.*, p. 106; Eduardo Cavieres, *Sobre la Independencia en Chile. El fin del Antiguo Régimen y los orígenes de la representación moderna*, pp. 204 y 205.

[250] Barros Arana, *op. cit.*, tomo VI, pp. 142 y 143; Stapff, *op. cit.*; Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, p. 69.

mites del casco urbano, el resto de los segmentos se distribuyó de manera de satisfacer la demanda material a lo largo de toda la jurisdicción, incluyendo a la población de espacios rurales. Tal fue el caso de los 164 establecimientos de las haciendas que, en promedio durante estas décadas, se distribuyeron a lo largo de las ocho doctrinas de Santiago, muchos de los cuales también pagaron el ajuste por el giro de pulperías, constituyendo con ello los espacios sociales de consumo formal en la esfera rural. De igual forma, los estanquillos se reprodujeron tanto en la ciudad como en los espacios rurales de la capital, lo cual permitió que la provisión de tabaco, sobre todo en rama, llegara de manera frecuente a la mayor parte de esta población[251].

En cuanto a la articulación de estos segmentos con el flujo mayorista de mercancías locales, el 44,3% del valor de esta oferta se intermedió a través de canales minoristas, según se mide para el periodo 1773-1783 mediante el cruce de los directorios tributarios respectivos. Destacó la participación de tenderos (18,0%) y hacendados (12,8%), mientras que bodegoneros, almaceneros y pulperos alcanzaron solo el 3,8% de este comercio. El grueso restante (55,7%) se distribuyó por vía directa mediante comerciantes mayoristas, entre quienes contaron vecinos conocidos y no conocidos por la administración de Santiago (Cuadro n.º 5)[252]. Para la década posterior (1784-1793), estos resultados no cambian de manera sustantiva, siendo tenderos y hacendados los principales intermediarios minoristas de este circuito local, pese al aumento en la participación de almaceneros y bodegoneros, en desmedro del segmento de comerciantes mayoristas, cuya internación cayó al 46,9% de esta oferta (Cuadro n.º 6). La alta proporción de este último segmento, que en la práctica hizo su comercio sin intermediación adicional de canales minoristas, fue compatible con la demanda permanente, en especial, de alimentos para satisfacer dietas elementales de hogares colectivos, usualmente compuesta por charquis, pan, frangollo, menestras, vituallas (verduras), ají y sal. Tal fue el caso de instituciones eclesiásticas como conventos, monasterios, seminarios y convictorios; los hospitales de San Juan de Dios, San Francisco de Borja, el Hospicio, además de la Casa de Huérfanos y el Presidio Público de Santiago, entre otros[253]. Este comercio también proporcionó de manera directa los comestibles para la ración diaria de los trabajadores que se ocuparon en las múltiples obras de infraestructura pública que se llevaron a cabo a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX: la Catedral de Santiago, el puente de piedra y cal sobre el río

[251] Para una muestra de la distribución de los estanquillos de tabaco por todo el valle del partido de Santiago en 1788, incluidos los parajes cordilleranos, véase Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, p. 69.

[252] Aunque la participación de los hacendados está subestimada, ya que buena parte del ganado que ingresó a la ciudad, según se establece anteriormente, provino desde sus establecimientos.

[253] Mayor detalle del gasto alimenticio en instituciones eclesiásticas y hospitales de San Juan de Dios y San Francisco de Borja durante los siglos XVII y XVIII, en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 379-401; Maritza Arenas, *Organización hospitalaria en Chile durante el siglo XVIII. Abastecimiento y alimentación.*

Mapocho, la Casa de Cabildo y Cárcel de la ciudad, la Casa de Moneda, el camino nuevo entre Santiago y Valparaíso, la reparación de los Tajamares del río Mapocho, la Real Audiencia y Casa de Aduana, entre las más destacadas[254].

Esta evidencia sobre la magnitud y estructura del flujo de mercancías locales que se destinaron a la población santiaguina permite matizar la negativa visión historiográfica acerca del desempeño mercantil interno chileno, "cuyos productos no eran más que grosera elaboración de materias primas de la agricultura, ganadería y minería, destinados a pequeños consumos de tipo modesto"[255]. Por el lado de la oferta, la circulación local de materias primas y productos finales, principalmente de origen pecuario, por sí sola revela un entramado de actividades estacionales de transformación, tanto primarias como secundarias, cuyo ascendente valor incluso superó al monto de las exportaciones y llegó a representar más del tercio de valor de las importaciones del eje Santiago-Valparaíso en la segunda mitad de la década de 1800. Además, el conjunto de los agentes de la actividad comercial muestra la plena articulación de los canales mayoristas y minoristas con las actividades agropecuarias y artesanales, a partir de la cual se generó un permanente efecto de arrastre sobre otros sectores económicos que brindaron servicios conexos, tales como transportes, comunicaciones, servicios de hospedería y alimentación, entre otros. Por el lado de la demanda, tal absorción fue posible, no solo por el consumo acostumbrado de los capitalinos, que se llevó a cabo en forma de gasto privado por los hogares o público por los sectores institucionales, sino que también debido al impulso adicional que desencadenó el activo proceso de inversión en obras públicas del último tercio del siglo XVIII. Este dinámico desempeño del mercado interno, expuesto a una alta, pero decreciente participación del factor importado, revela a la vez un doble proceso de integración mercantil con los circuitos externos (americanos y europeos) y el *hinterland* capitalino, todo lo cual favoreció las mejores condiciones de vida materiales de la población.

[254] Barros Arana, *op. cit.*, tomo VII, p. 325. Detalle del gasto en alimentación de algunas de estas obras públicas en Pinto, S., *Vías...*, *op. cit.*, pp. 85-88; Quiroz, "Variaciones...", *op. cit.*, p. 118; Llorca Jaña & Navarrete Montalvo, *op. cit.*, pp. 83 y 84.

[255] Villalobos, *op. cit.*, p. 262. Esta noción de "precariedad" de la economía chilena también la comparten otros autores a través de sus obras para fines del siglo XVIII por "falta de industria" y "escasez de comercio" (expresión del Gobernador Ambrosio O'Higgins que hace suya Fernando Silva, "Perú...", *op. cit.*, p. 188), o bien, debido a que "incluso el mercado interno más desarrollado (el mercado urbano), era todavía embrionario e inestable" (en Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 205).

CUADRO N.º 5

*Intermediación del comercio local a Santiago, por tipo de canal, 1773-1783*

| Mercancías agrupadas | Segmentos de comercio minorista | | | | | | | | Comerciantes mayoristas | Total oferta local |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Tenderos | Hacendados | Minoristas (2) | Bodegoneros | Minoristas (3) | Almaceneros | Pulperos | Minoristas (4) | | |
| Frutas, frutos secos, aceitunas y otros | 413 | 2597 | 478 | 216 | 100 | 0 | 75 | 0 | 1927 | 5805 |
| Trigo, miniestra y especias | 1344 | 3100 | 997 | 138 | 297 | 0 | 250 | 0 | 8883 | 15008 |
| Ganado comestible | 5880 | 7100 | 2819 | 1173 | 0 | 0 | 400 | 0 | 23555 | 40927 |
| Charquis, carnes, cecinas y aves | 30472 | 24331 | 16281 | 2131 | 5391 | 75 | 350 | 0 | 96850 | 175881 |
| Grasa y aceites comestibles | 36113 | 18364 | 13364 | 1953 | 4523 | 13 | 641 | 0 | 112237 | 187207 |
| Pescados y frutos del mar | 8953 | 484 | 3641 | 377 | 1386 | 84 | 0 | 0 | 15563 | 30488 |
| Harina, fideo y otros | 9909 | 50730 | 6120 | 5856 | 3522 | 0 | 997 | 441 | 69827 | 147402 |
| Mantequilla, quesos y otros | 269 | 316 | 256 | 1578 | 63 | 0 | 50 | 16 | 5261 | 7808 |
| Sal | 2748 | 938 | 1459 | 458 | 156 | 0 | 63 | 0 | 14380 | 20202 |
| Azúcar, miel, chocolate y dulces | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 72 | 72 |
| Vinos, alcoholes y vinagre | 2973 | 259 | 80 | 419 | 480 | 0 | 0 | 0 | 2095 | 6306 |
| Textiles y prendas de vestir | 14019 | 2023 | 8550 | 3769 | 5528 | 0 | 1072 | 598 | 81283 | 116842 |
| Accesorios | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 347 | 347 |
| Mercería y tintura | 0 | 0 | 120 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 28 | 148 |
| Cueros y calzado | 58231 | 35159 | 16059 | 16248 | 6728 | 4242 | 345 | 0 | 189295 | 326309 |
| Cueros, textiles y ropa de cama | 1858 | 5378 | 1217 | 102 | 941 | 0 | 41 | 5 | 5553 | 15094 |
| Sebo, cera, vela y jabón | 18450 | 19211 | 9420 | 1778 | 2434 | 0 | 497 | 0 | 71533 | 123321 |
| Menaje | 13025 | 577 | 650 | 394 | 559 | 188 | 0 | 0 | 3678 | 19070 |
| Madera, vidrios y ferretería | 1213 | 341 | 1288 | 2041 | 125 | 0 | 475 | 0 | 8844 | 14325 |
| Equipos, herramientas, muebles y partes | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 153 | 153 |
| Medios de transporte y carga | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 2006 | 2006 |
| Efectos para transporte y carga | 6516 | 2147 | 3636 | 886 | 547 | 297 | 0 | 25 | 27155 | 41208 |
| Cobre | 29823 | 1028 | 5833 | 914 | 6033 | 900 | 141 | 0 | 20219 | 64891 |
| Brea y sust. químicas | 3634 | 416 | 922 | 25 | 467 | 84 | 81 | 0 | 2081 | 7711 |
| Totales | 245842 | 174498 | 93190 | 40455 | 39278 | 5883 | 5477 | 1084 | 762823 | 1368530 |
| % | 18,0 | 12,8 | 6,8 | 3,0 | 2,9 | 0,4 | 0,4 | 0,1 | 55,7 | 100,0 |

Minoristas (2): Corresponde a contribuyentes que figuraron con dos giros comerciales minoristas en los registros tributarios; Minorista (3): *Ídem* por tres giros; Minorista (4): *Ídem* por cuatro giros. Elaborado en base a mismas fuentes documentales de Cuadro n.º 3 y Gráfico n.º 27.

CUADRO N.º 6
*Intermediación del comercio local a Santiago, por tipo de canal, 1784-1793*

| Mercancías agrupadas | Segmentos de comercio minorista | | | | | | | Comerciantes mayoristas | Total oferta local |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | Tenderos | Hacendados | Almaceneros | Bodegoneros | Minoristas (2) | Minoristas (3) | Pulperos | | |
| Frutas, frutos secos, aceitunas y otros | 0 | 0 | 0 | 150 | 0 | 0 | 0 | 0 | 150 |
| Trigo, menestra y especias | 8 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 8 |
| Ganado comestible | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 2436 | 2436 |
| Charquis, carnes, cecinas y aves | 781 | 3375 | 275 | 113 | 525 | 0 | 75 | 15391 | 20534 |
| Grasa y aceites comestibles | 425 | 2025 | 50 | 0 | 463 | 0 | 130 | 12423 | 15515 |
| Pescados y frutos del mar | 2822 | 533 | 378 | 422 | 533 | 405 | 23 | 6366 | 11481 |
| Harina, fideo y otros | 3219 | 7230 | 0 | 453 | 938 | 988 | 0 | 7783 | 20609 |
| Mantequilla, quesos y otros | 3 | 100 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 103 |
| Sal | 2941 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 4775 | 7716 |
| Azúcar, miel, chocolate y dulces | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 169 | 169 |
| Vinos, alcoholes y vinagre | 34 | 45 | 480 | 616 | 91 | 0 | 0 | 8169 | 9434 |
| Textiles y prendas de vestir | 26509 | 152 | 1142 | 3323 | 2166 | 2467 | 1853 | 44118 | 81730 |
| Mercería y tintura | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 875 | 875 |
| Cueros y calzado | 31081 | 31728 | 18594 | 16527 | 8689 | 8789 | 600 | 89121 | 205129 |
| Cueros, textiles y ropa de cama | 9992 | 18600 | 10844 | 5536 | 1097 | 6567 | 0 | 23859 | 76495 |
| Sebo, cera, vela y jabón | 400 | 1359 | 275 | 188 | 688 | 0 | 220 | 5063 | 8193 |
| Menaje | 3606 | 0 | 2550 | 944 | 0 | 147 | 0 | 3669 | 10916 |
| Madera, vidrios y ferretería | 784 | 56 | 0 | 0 | 0 | 27 | 0 | 450 | 1317 |
| Varios vivienda | 1927 | 884 | 2950 | 0 | 0 | 0 | 0 | 7767 | 13528 |
| Medios de transporte y carga | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 122 | 122 |
| Efectos para transporte y carga | 334 | 294 | 852 | 120 | 1316 | 23 | 19 | 3464 | 6423 |
| Cobre y metales | 10309 | 2261 | 2956 | 136 | 1566 | 722 | 2702 | 6480 | 27131 |
| Brea y sust. químicas | 2067 | 0 | 0 | 772 | 225 | 0 | 0 | 1916 | 4980 |
| Varios | 34669 | 13056 | 7108 | 7078 | 13681 | 1406 | 3583 | 74811 | 155392 |
| Totales | 131913 | 81698 | 48454 | 36377 | 31975 | 21541 | 9205 | 319225 | 680387 |
| % | 19,4 | 12,0 | 7,1 | 5,3 | 4,7 | 3,2 | 1,4 | 46,9 | 100,0 |

Minoristas (2): Corresponde a contribuyentes que figuraron con dos giros comerciales minoristas en los registros tributarios; Minorista (3): *Ídem* por tres giros. Elaborado en base a mismas fuentes documentales de Cuadro n.º 4 y Gráfico n.º 27.

# CONDICIONES DE VIDA MATERIALES DE LA POBLACIÓN EN SANTIAGO, 1773-1810

Este capítulo final se ocupa de la magnitud y composición de la oferta disponible de bienes para el corregimiento/partido de Santiago, con el objeto de establecer el flujo de compras de su población (como una aproximación al consumo aparente) en las últimas décadas coloniales. Dado que el desempeño económico también se refleja en sus indicadores de gasto, los hallazgos previos en cuanto al bien articulado circuito capitalino de abastecimiento de mercancías de todo origen hacen insostenible tanto la tesis de un supuesto estado embrionario e inestable de su mercado interno como las ideas generalizadas sobre una situación de vida miserable de sus sectores populares derivadas del supuesto carácter modesto de su consumo, tal como lo ha retratado la historiografía chilena en general. En contraste, se argumenta que el regular y estructurado funcionamiento de este mercado interno, reflejo del doble proceso de integración con circuitos externos y locales de comercio, impulsó el desempeño de otros sectores económicos, incluido el Estado a través de la inversión en obras públicas, todo lo cual intensificó la inserción al mercado laboral de los hogares, ampliando con ello las opciones de consumo y mejorando las condiciones de vida materiales de la población en general[256].

## Oferta disponible de bienes para el mercado interno santiaguino

La oferta importada a través del eje Santiago-Valparaíso no solo cubrió la demanda santiaguina, compuesta por el gasto en consumo privado y público, sino que también, en menor medida, se redistribuyó al resto del mercado chileno y a las economías virreinales vecinas. En particular, la reventa interna de productos importados se extendió, por el norte del valle central, a la provincia de La Serena y, por el sur, al Obispado de Concepción, cuyo suministro, sobre todo de origen europeo, dependió de forma exclusiva de la plaza de comerciantes de Santiago[257]. Descontando el valor de las reventas internas y reexportaciones, la oferta importada disponible para suplir las necesidades de la población del corregimiento/partido de la capital alcanzó a M$1571, en

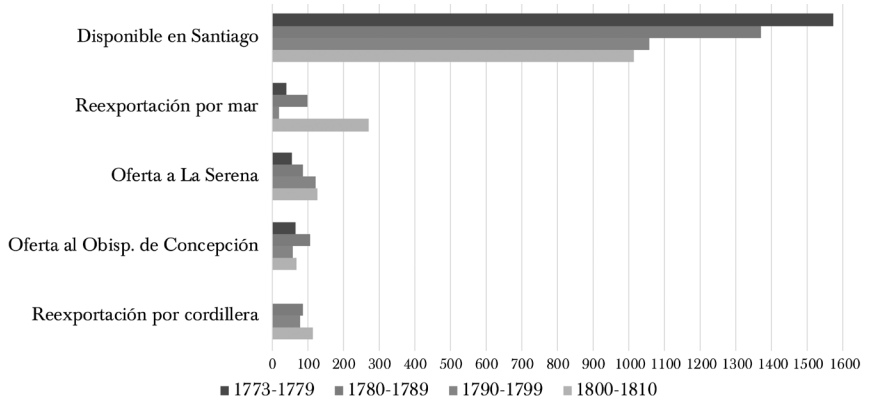
[256] Barros Arana, *op. cit.*, tomo VII, pp. 314-316; Villalobos, *op. cit.*, p. 262; Ramírez, *op. cit.*, pp. 65-89; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 205; Cavieres, *El comercio...*, *op. cit.*, p. 67; De Ramón, *Santiago...*, *op. cit.*, p. 112.

[257] Así también lo constatan Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso...*, *op. cit.*, p. 144; Villalobos, *op. cit.*, p. 304; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 111 y 144.

promedio por año, durante 1773-1779, decreciendo en forma sostenida hasta M$1013 en los primeros años de 1800. Esto, como consecuencia del aumento generalizado, aunque dispar, de la oferta redistribuida hacia el resto de los mercados consumidores, cuyos niveles en la primera década del siglo XIX, salvo en Concepción, alcanzaron el máximo de este periodo (Gráfico n.º 29).

GRÁFICO N.º 29

*Distribución de la oferta importada vía Santiago-Valparaíso (promedio anual), 1773-1810*[258]



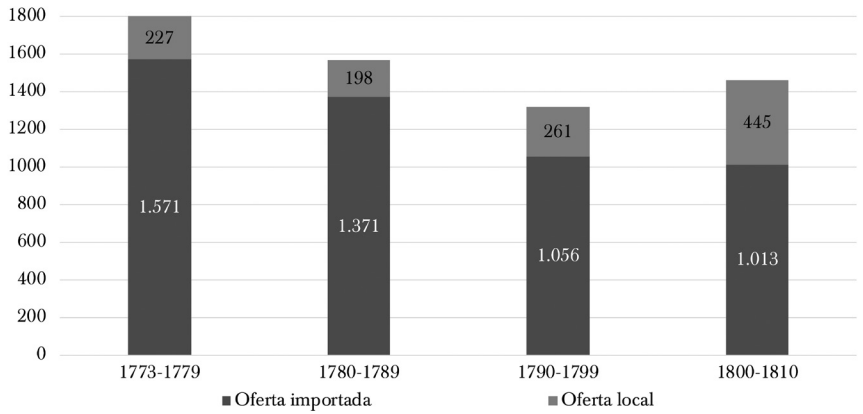

Elaborado en base a mismas fuentes documentales de Gráficos n.º 3 y n.º 7; AGN, Sala XIII, Mendoza, leg. 1, lbs. 2, 4, 7, 10; leg. 2, lbs. 1, 8; leg. 3, lbs. 1, 4, 8; leg. 4, lbs. 4, 8; leg. 5, lbs. 1, 4, 5; leg. 6, lbs. 5, 8; leg. 7, lbs. 4,8; leg. 8, lbs. 3, 6; leg. 9, lbs. 3, 7; leg. 10, lbs. 3, 7; leg. 11, lbs. 3,6; leg. 12, lb. 5; leg. 13, lb. 5; leg. 14, lb. 6, leg. 15, lb. 5, leg. 16, lb. 6; leg. 17, lbs. 7, 14; leg.18, lb. 5; San Juan, leg. 1, lbs. 2, 8; leg. 2, libs. 1, 5; leg. 5, lbs. 1, 4; leg. 8, lb. 3; leg. 9, lbs. 1, 5, 10; leg. 10, lb. 1; Palomeque, "La circulación...", *op. cit*., p. 194; Palomeque, "Circuitos...", *op. cit*., p. 186; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit*., pp. 110, 145 353 y 354.

Al agregar el abastecimiento de mercancías locales, la oferta disponible global para la población santiaguina se elevó a M$1799 durante 1773-1779, mientras que en la última década colonial alcanzó un nivel de M$1458. A pesar

[258] Para estimar la redistribución a La Serena y Concepción se asume, según antecedentes tributarios de Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit*., pp. 353 y 354, que el nivel de reventa de los productos importados coincidió con el valor del comercio de ambos espacios relativo a Santiago. Respecto a la reexportación por mar con destino a Perú, principalmente, corresponde a la evidencia de origen fiscal que se revisa en el capítulo segundo. Mientras que la reexportación por cordillera se obtiene de la conciliación entre los valores de exportación registrados por la administración chilena y los valores de importación contabilizados en las localidades rioplatenses mediante fuentes primarias y secundarias. La demanda total de las provincias rioplatenses se asume de origen americana, según los antecedentes anteriores y el creciente flujo de mercancías europeas que desde fines del siglo XVIII se distribuyó de Buenos Aires hacia esas economías.

de esta caída en la oferta total, respecto de la década de 1770, cabe destacar que, proporcionalmente, hubo un significativo crecimiento del componente local respecto del valor total entre un extremo y otro de este periodo (Gráfico n.º 30).

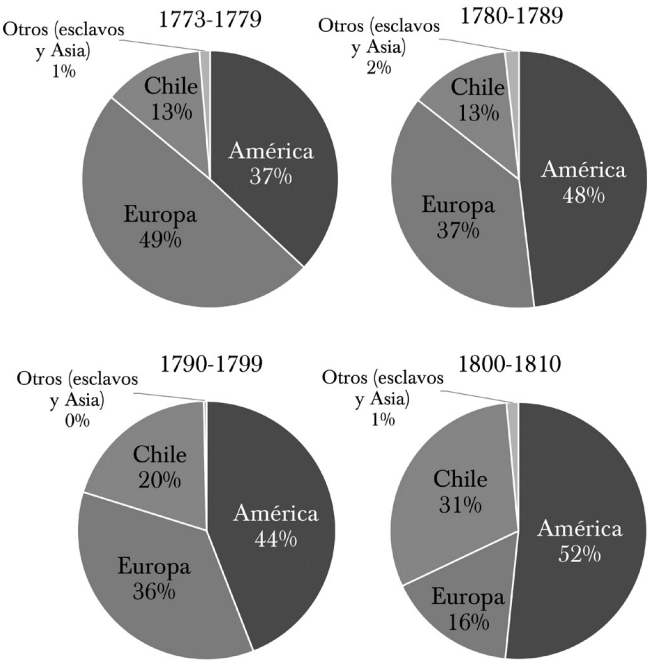
GRÁFICO N.º 30
*Oferta disponible de mercancías de todo origen a Santiago (promedio año, $ miles de pesos de ocho reales), 1773-1810*




Elaborado en base a mismas fuentes documentales de Gráfico n.º 29; ANCH, FCM, Serie 1, vols. 1842, 1887, 1903; Serie 2, vols. 665-669, 673-685, 1823-1824, 1832, 1837, 1842, 1850, 1855, 1866, 1871, 1879, 1884, 1889, 1902, 1910, 1918, 1921, 3209-3214; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 386 y 387.

Durante 1773-1779, en promedio, solo el 13% del valor de este abastecimiento a Santiago correspondió a mercancías locales, mientras que el 86% mayoritario provino desde los mercados intercontinentales (49%) y regionales (37%) (Gráfico n.º 31). En la década siguiente, el suministro de origen chileno no se alteró (13%), en contraste al ascenso de los bienes americanos (48%), debido al interludio bélico anglo-hispano de principios de 1780, que aminoró la provisión europea (37%), en paralelo a la creciente redistribución hacia los mercados de reventa. Esta tendencia continuó en el decenio de 1790, como consecuencia del conflicto posterior entre ambos imperios, lo que se tradujo, ante el incremento del valor de la oferta local (20%), en un deterioro de la posición europea (36%) y americana (44%). Hacia el final de la época colonial chilena, se acentuó aún más la participación del componente local (31%), no solo por el mayor nivel de esa oferta, pese a la recuperación de la importación, sobre todo de origen americana, sino por la creciente actividad de reexportación hacia los mercados internos y externos, que disminuyó la proporción de bienes europeos en el valor de la canasta disponible para consumo en la capital.

GRÁFICO N.º 31
*Composición según origen de la oferta disponible en Santiago, 1773-1810*




Elaborado en base a mismas fuentes documentales de Gráfico n.º 30.

La evolución de la magnitud y origen de esta oferta disponible global en Santiago durante estas décadas muestra dos procesos complementarios: i) el significativo peso del componente importado sobre la demanda total, cuya composición se invierte con el tiempo desde la provisión de productos europeos a aquellos de procedencia americana y ii) la creciente participación de las mercancías de origen local sobre este suministro total que expresa cierta autonomía del intercambio urbano-rural, respecto del acontecer comercial externo. Este fortalecimiento de la integración de Santiago con su *hinterland*, en paralelo al entrelazamiento de las escalas de comercio regional e intercontinental de importación, se manifestó en la habitual capacidad de compra o absorción de aquella oferta disponible por parte de la población capitalina. Como consecuencia, esta combinación de elementos refleja no ya una economía en permanente déficit, sino el creciente emprendimiento del sector comercial para ganar participación en mercados con retornos favorables, cuya mejor expresión, en especial a fines del periodo colonial, fue el papel articulador que ocupó esta plaza, tanto en el ámbito externo como interno, mediante el abastecimiento cruzado de sus virreinatos vecinos y el resto de las provincias de Chile.

Lejos del repliegue de los mercados, que se supone para las economías del eje andino hacia fines del siglo XVIII, esta combinación de procesos de integración de la plaza santiaguina se correlacionó, de manera directa, aunque a distinta escala, con el creciente desempeño de las localidades vecinas del cono sur americano en la misma época. En el caso de las provincias del interior rioplatense en la primera década de 1800, estas se desplegaron "dentro de un sistema de amplia integración tanto al mercado mundial como al del mercado interno colonial", destacando en este último ámbito la estrecha relación comercial con Chile, en especial Santiago, y cuya reexportación de productos de los mercados del Pacífico complejizó la orientación mercantil de las economías trasandinas, las que por tradición estuvieron vinculadas con el Atlántico a través del puerto de Buenos Aires. En general, la oferta disponible para estas provincias trasandinas presentó un alto componente importado, resultado de una también doble escala comercial externa, tanto en la provisión de enseres europeos a través del mercado porteño, como de efectos del Pacífico, mediante la intermediación de la capital chilena, en contraste a la habitual menor proporción del componente local, o procedente desde el interior del virreinato rioplatense, cuya participación en la oferta global fue, en promedio, cercana al tercio de su valor por año a principios del siglo decimonónico[259].

De forma similar, las economías novohispanas a fines del periodo colonial contaron, en general, con una oferta de alto componente importado, aunque de participación decreciente, ante el progresivo abastecimiento interno vinculado al *hinterland* de cada centro urbano. Fueron estos los casos de las ciudades más importantes, en términos demográficos, de Nueva España, su capital México en el decenio de 1790 y las urbes de Guadalajara, Aguascalientes y Valladolid entre las décadas de 1790 y 1800. Para la economía de Guadalajara, el mecanismo de financiamiento para conciliar la alta capacidad de compra de productos importados y el permanente déficit de la cuenta corriente se basó, de manera similar al esquema santiaguino, en "la existencia dinámica de una esfera de intercambios". Aunque, en este caso, correspondió al "enlace con el mercado interno colonial novohispano", ligado a la demanda minero-mercantil, cuyos retornos, además de los provenientes de la creciente articulación del mercado urbano-rural, explicarían la solvencia de la población guadalajareña[260].

[259] Palomeque, "La circulación...", *op. cit.*, pp. 194 y 202-204; Córdoba, en Assadourian y Palomeque, "Las relaciones...", *op. cit.*, p. 209; Mendoza y San Juan, en Palomeque, "Circuitos...", *op. cit.*, pp. 260-265 y 280-281.

[260] Ibarra, "La organización...", *op. cit.*, pp. 143-146; Antonio Ibarra, *Mercado e institución: corporaciones comerciales, redes de negocios y crisis colonial. Guadalajara en el siglo XVIII*, pp. 86-90; Enriqueta Quiroz, "Mercado urbano y demanda alimentaria, 1790-1800", pp. 194 y 199; Ibarra, "Mercado...", *op. cit.*, pp. 112 y 120; Beatriz Rojas, "Comercio y actividad económica en Aguascalientes: 1780-1810", p. 72; Jorge Silva Riquer, *Mercado regional y mercado urbano en Michoacán y Valladolid 1778-1809*, pp. 222 y 223.

Ahora bien, ¿de qué bienes se compuso la oferta disponible local e importada en Santiago? y ¿en qué se tradujo materialmente para sus habitantes? En primer lugar, los volúmenes anuales del grueso de la oferta de mercancías de origen chileno para venta y consumo en la capital de la Capitanía de Chile se resumieron en menos de veinte productos (Cuadro n.º 7), cuyos valores representaron el 97,2% del total de esta actividad, en promedio, durante estas décadas[261].

CUADRO N.º 7
*Volumen disponible de mercancías locales en Santiago, 1773-1808*

| Oferta Disponible | Promedio/ Año | 1773-1778 | 1780-1783 | 1784-1788 | 1789-1793 | 1794-1798 | 1799-1803 | 1804-1808 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Alimentos | | | | | | | | |
| Ají, especias, menestras | toneladas | 28 | 11 | 18 | 23 | 38 | 31 | 42 |
| Ganado bovino | unidades | 6559 | 7284 | 6444 | 6858 | 9413 | 11577 | 15018 |
| Ganado ovino y otros | unidades | 41979 | 54095 | 45103 | 48004 | 61037 | 61178 | 74430 |
| Charquis | | 553 | 457 | 470 | 500 | 783 | 649 | 665 |
| Grasa | | 354 | 212 | 263 | 280 | 429 | 422 | 482 |
| Pescado | toneladas | 11 | 7 | 7 | 10 | 19 | 15 | 17 |
| Harina | | 1195 | 864 | 1042 | 1333 | 1398 | 1261 | 1636 |
| Queso | | 9 | 18 | 11 | 12 | 16 | 20 | 26 |
| Sal | | 153 | 51 | 54 | 116 | 110 | 157 | 221 |
| Vestuario | | | | | | | | |
| Corte, poncho, rebozo, manta | unidades | 7511 | 12420 | 9434 | 10040 | 13781 | 16948 | 21985 |
| Cordobán | | 37251 | 21560 | 27927 | 29723 | 40796 | 50172 | 65083 |
| Suela | | 4949 | 4328 | 4276 | 4551 | 6247 | 7683 | 9966 |
| Vivienda | | | | | | | | |
| Otros cueros (vaca, chivato) | unidades | 4941 | 1540 | 2456 | 2613 | 3587 | 4411 | 5723 |
| Pellón | unidades | 7474 | 7254 | 6855 | 7296 | 10014 | 12315 | 15975 |

[261] Mayor detalle del valor de esta oferta local, a nivel de productos, en Cuadros n.º 3 y n.º 4.

| | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Sebo | | 201 | 183 | 179 | 190 | 269 | 314 | 364 |
| Madera para construcción | toneladas | 355 | 205 | 263 | 278 | 477 | 454 | 628 |
| Cobre | | 7 | 19 | 10 | 11 | 15 | 19 | 24 |
| Brea | | 7 | 4 | 5 | 5 | 7 | 9 | 11 |

Elaborado en base a mismas fuentes documentales de Gráfico n.º 30.

Si bien el componente local de la oferta disponible, propio de sociedades preindustriales, corrobora el peso mayoritario de los alimentos en la canasta de consumo de la población santiaguina durante la segunda mitad del siglo XVIII, el gasto se concentró en productos de origen pecuario, en especial de ganado bovino. En promedio, ingresaron a Santiago 41 979 cabezas de ovinos y 6559 de bovinos por año durante el sexenio 1773-1778, las que luego de beneficiarse en el matadero de la ciudad se tradujeron en 708 y 885 toneladas de carne despostada disponibles para consumo, según rendimientos por tipo de ganado. Al final del periodo colonial, tanto el ganado bovino como ovino incrementaron su entrada, alcanzando niveles superiores a las 2000 y 1250 toneladas de carne. Si se suman a estos las cantidades internadas de charqui y grasas, la provisión de origen bovino representó, en promedio, alrededor del 70% de este volumen durante todo este periodo[262]. Este resultado contrasta con la noción de que el gasto de los hogares a mediados del siglo XVIII se concentró en el consumo de carne de ovino, razón por la cual se descarta la carne de origen bovino de la canasta alimenticia respectiva, "debido a la poca incidencia que tenía en el consumo de la época"[263]. Por su parte, la harina de trigo para la panificación pasó desde 1195 toneladas en 1773-1778 a 1636 durante 1804-1808, mientras que la disponibilidad de sal ascendió de 153 a 221 toneladas en el mismo periodo. En complemento, la entrada de ajíes, especias y menestras subió desde 28 a 42 toneladas entre un periodo y otro. Por

[262] Conversión de ganado bovino a carne despostada, en base a Gay, *op. cit.*, tomo I, p. 374; relativa a 135 kilogramos por animal en el valle central de Chile. Este rendimiento se comparó por debajo del ganado rioplatense, cuyos niveles en Córdoba y Buenos Aires bordearon los 200 kilogramos, según Assadourian, *El sistema...*, *op. cit.*, p. 328 y Juan Carlos Garavaglia, "De la carne al cuero. Los mercados para los productos pecuarios (Buenos Aires y su campaña, 1700-1825)", pp. 88 y 89; e incluso en ciudad de México, que se estimó en 144 kilogramos, en Enriqueta Quiroz, *Entre el lujo y la subsistencia: Mercado, abastecimiento y precios de la carne en la ciudad de México, 1750-1812*, p. 13. La conversión del ganado ovino se estimó, a falta de mayores antecedentes locales, en base a la relación entre los impuestos cobrados por la entrada de ganado bovino y ovino al matadero, cuyos niveles fueron de 2 y 0,25 reales, respectivamente, durante todo el periodo en estudio. Es decir, se utilizó una proporción de 1:8, lo que equivale a 16,875 kilogramos de carne por cada ovino beneficiado, en relación al rendimiento del ganado bovino utilizado.

[263] De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 71 y 381. El supuesto dominio de la carne de ovino, cuyo respaldo estadístico está sesgado por la estructura de compras de los hogares colectivos eclesiásticos que se utilizan como muestra, se acentúa con la escasa participación que se asigna al valor del consumo de charqui (0,37%) en la canasta estimada por estos autores.

último, quesos y pescados, aunque en menor medida, completaron la oferta alimenticia local, alcanzando en conjunto a 20 toneladas en 1773-1778 y más que duplicándose durante 1804-1808.

En cuanto a los productos locales para el vestuario, destacó la provisión de insumos para la hechura de calzados como cordobanes y suelas, cuyos volúmenes alcanzaron las 37251 y 4949 unidades en 1773-1778, mientras que tres décadas después ascendieron a 65083 y 9966 unidades. Además de estas materias primas, ingresó por año un surtido de prendas para vestir, que incluyó cortes de bayeta, ponchos, rebozos y mantas, procedentes en su mayoría de obrajes en localidades al sur de Santiago, cuya disposición subió de 7511 a 21985 unidades a lo largo de estas décadas. Las bayetas y cortes de las mismas se abastecieron de preferencia desde la provincia de Chillán y sus inmediaciones. Además, por su cercanía y comunicación con los pueblos indígenas, incluidos el mapuche de más al sur, cuya producción fue considerable, esta localidad no solo comercializó ponchos a todo el país, sino que también los exportó hacia la provincia de Buenos Aires. En complemento a la producción de los obrajes sureños, según censo de 1813, desde Copiapó a Melipilla, vale decir, al norte de la Intendencia de Santiago, se contabilizaron 1731 telares y 946 hilanderas que produjeron bayetas y tocuyos, todo lo cual matiza la noción de que el grueso de la confección textil en el Chile tardío colonial fue importado[264].

Entre los productos para la vivienda, destacó la oferta disponible de cueros de chivato y vaca para diversos usos domésticos que subieron de 4941 a 5723 unidades entre las décadas de 1770 y 1800, además de la entrada de pellones de la localidad de la Ligua para la ensilladura de monturas, cuyo suministro a la capital más que se duplicó entre un periodo y otro. Especial relevancia tuvo además la provisión habitual de sebo, como materia prima para la producción de bienes de primera necesidad como velas y jabones. Aunque también se utilizó en la elaboración de zulaque, una pasta compuesta por cal y otras escorias, utilizada para las juntas de arcaduces en las cañerías de aguas. Los volúmenes disponibles de sebo pasaron de 201 a 364 toneladas por año entre 1773-1778 y fines del periodo colonial[265].

Tal composición de la canasta local, cuantiosa en alimentos e insumos derivados de la explotación de ganados bovino, ovino y caprino, reafirma el papel central que tuvo el sector pecuario en el funcionamiento y estructuración del mercado interno santiaguino, cuya oferta distribuida por medio de intermediarios mayoristas y minoristas dinamizó la operación de diversos obrajes artesanales capitalinos, entre otras actividades de servicios y transportes.

En términos *per cápita*, el consumo diario aparente de carnes de bovino y ovino, incluido el charqui, más la grasa, alcanzó a 211 gramos durante el sexe-

[264] Villalobos, *op. cit.*, p. 108; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 173.
[265] ANCH, FCM, Serie 1, vols. 3991, 3997.

nio 1773-1778, según distribución de esta oferta disponible sobre la población equivalente de Santiago. Treinta años después, estos niveles ascendieron a 234 gramos por individuo al día. En relación a la carne de bovino, este consumo *per cápita*, que incluyó charquis y grasa, aunque por debajo de Buenos Aires, Córdoba y París, fue superior a la ingesta contemporánea de Filadelfia, Panamá, Nueva York, Madrid, Bogotá, Ciudad de México, Guadalajara y Cuernavaca, lo que reflejaría un consumo alto para el caso capitalino[266].

A continuación, destacó el consumo aparente de pan, tras conversión de los volúmenes disponibles de harina, cuyos niveles bajaron de 157 gramos al día en 1773-1778 a 135 gramos/día durante 1804-1808. Aunque estos niveles *per cápita* se compararon por debajo de la realidad bonaerense y mexicana contemporánea, estimados por sobre los 400 gramos de pan de harina de trigo al día[267]. Sin embargo, sugieren que hubo una sustitución de carbohidratos por proteína de alta calidad (carne), dado el menor precio que enfrentaron los consumidores, a raíz de la permanente regulación de panaderías y carnicerías por parte del Cabildo colonial[268].

Completó esta canasta de origen chileno la menor disponibilidad diaria de sal, ají, especias y menestras (legumbres, en general), además de una fracción aún inferior de quesos y pescados (Cuadro n.º 8).

CUADRO N.º 8

*Consumo aparente* per cápita *y familiar de productos locales en Santiago, 1773-1808*

| Periodo | | 1773-1778 | 1780-1783 | 1784-1788 | 1789-1793 | 1794-1798 | 1799-1803 | 1804-1808 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Población equivalente de Santiago | | 32549 | 34498 | 37171 | 40380 | 43866 | 47653 | 51768 |
| Alimentos | | | | | | | | |
| Ají, especias, menestras | grs./per cápita/día | 2 | 1 | 1 | 2 | 2 | 2 | 2 |
| Carne de bovino, incluye charquis | | 121 | 114 | 99 | 97 | 128 | 127 | 142 |
| Carne de ovino y otros | | 60 | 77 | 56 | 55 | 64 | 59 | 66 |
| Grasa | | 30 | 17 | 19 | 19 | 27 | 24 | 26 |
| Pescados | | 1 | 1 | 1 | 1 | 1 | 1 | 1 |

[266] Martínez Barraza, "Consumo y comercio...", *op. cit.*, p. 478. Población equivalente, según requerimiento nutricional, en base a coeficientes para hombre y mujer de 1 y 0,8, y párvulos (de 0 a 7 años) de 0,6 (en Smith, B. G., *op. cit.*, p. 174).

[267] Garavaglia, "El mercado...", *op. cit.*, p. 17.

[268] Garavaglia, "El mercado...", *op. cit.*, p. 17; Alemparte, *op. cit.*, pp. 137-156. Rendimiento de harina a pan igual a 1:1,56 establecido, tras prueba práctica, como regla por las autoridades del Cabildo de Santiago para fijar el precio en las panaderías de la ciudad en el año 1759, cuyo modelo sirvió para fijar los aranceles futuros de los años 1761, 1769, 1784 y 1797, en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 121-123.

| | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Harina-Pan (1:1,56) | | 157 | 107 | 120 | 141 | 136 | 113 | 135 |
| Queso | | 1 | 1 | 1 | 1 | 1 | 1 | 1 |
| Sal | | 13 | 4 | 4 | 8 | 7 | 9 | 12 |
| Equivalencia nutricional | | 1114 | 899 | 867 | 904 | 1068 | 972 | 1095 |
| Ají, especias, menestras | cal./per cápita/ día | 5 | 1 | 7 | 3 | 6 | 4 | 5 |
| Carne de bovino, incluye charquis | | 303 | 286 | 247 | 242 | 321 | 318 | 356 |
| Carne de ovino y otros | | 149 | 192 | 140 | 137 | 161 | 148 | 166 |
| Grasa | | 269 | 152 | 175 | 172 | 242 | 219 | 230 |
| Pescados | | 1 | 1 | 1 | 1 | 2 | 1 | 1 |
| Harina-Pan (1:1,56) | | 384 | 262 | 293 | 346 | 334 | 277 | 331 |
| Queso | | 3 | 6 | 3 | 3 | 4 | 4 | 5 |
| Sal | | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| Vestuario | | | | | | | | |
| Corte, poncho, rebozo, manta | unid./ per cápita/ año | 0,2 | 0,4 | 0,3 | 0,2 | 0,3 | 0,4 | 0,4 |
| Cordobán | | 1,1 | 0,6 | 0,8 | 0,7 | 0,9 | 1,1 | 1,3 |
| Suela | | 0,15 | 0,13 | 0,12 | 0,11 | 0,14 | 0,16 | 0,19 |
| Vivienda (familia: 4 pers.) | | | | | | | | |
| Otros cueros (vaca, chivato) | unid./ familia/ año | 0,6 | 0,2 | 0,3 | 0,3 | 0,3 | 0,4 | 0,4 |
| Pellón | | 0,2 | 0,2 | 0,2 | 0,2 | 0,2 | 0,3 | 0,3 |
| Sebo | kgrs./ familia/ año | 25 | 21 | 19 | 19 | 25 | 26 | 28 |
| Madera para construcción | | 44 | 24 | 28 | 28 | 43 | 38 | 49 |
| Cobre | | 0,8 | 2,2 | 1,1 | 1,1 | 1,4 | 1,6 | 1,9 |
| Brea | | 0,8 | 0,5 | 0,5 | 0,5 | 0,6 | 0,7 | 0,9 |

Elaborado en base a mismas fuentes documentales de Gráfico n.º 30; Carmagnani y Klein, *op. cit*.; Carmagnani, "Colonial...", *op. cit*., p. 183; Smith, B. G., *op. cit*., p. 174; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit*., p. 121; Díaz *et al*., *Chile...*, *op. cit*., p. 597; René Salinas, "Población, habitación e intimidad en el Chile tradicional", p. 13.

Sin incluir los bajos volúmenes disponibles de pescado y queso, destinados a un público selecto, dado su mayor precio relativo de venta, esta cesta de alimentos locales coincidió por completo con la dieta elemental que se otorgaba a diario a los estratos populares, en especial, a aquellos individuos que trabajaron por jornal, quienes en las últimas décadas del siglo XVIII y principios del XIX no solo recibieron un salario en efectivo por su empleo en las diversas obras públicas que se sucedieron en Santiago durante este periodo, sino que también obtuvieron la alimentación diaria, equivalente a un pago en especies. Esta dieta, de similar contenido a la servida en la cárcel pública a fines del siglo XVIII, se compuso de charqui, pan, frangollo (preparación en base a trigo

tostado molido y desleído en agua), ají y sal, además de menestras y vituallas como acompañamiento. En contraste, difiere de la BBB (*Bare-Bones Basquet*) con que se mide y comparan los niveles de vida en la América colonial. Solo en términos de volúmenes anuales de alimentos, esta canasta estándar incluye: 165 kilogramos de maíz, 20 de legumbres, 5 de carne y 3 de manteca, dieta muy distinta a la realidad santiaguina de aquella época[269].

En términos nutricionales, la distribución uniforme de la canasta alimenticia local sobre la población equivalente de la capital alcanzó para cubrir, en promedio, alrededor de la mitad del requerimiento dietético para la subsistencia, establecido en 1936 calorías al día. En cambio, si solo se considera el casco urbano santiaguino, el contenido de esta cesta fue suficiente para alimentar, de manera basal, al total de sus habitantes equivalentes[270]. Esto sin considerar la incidencia nutricional del amplio surtido alimenticio que, por su corto menudeo, no estuvo afecto al pago de impuestos, razón por la cual no se identificó en el comercio mayorista local. El expendio de estos víveres se realizó al interior y alrededores de la Casa de Abastos de Santiago, ubicada desde 1757 en la Plaza Mayor de la ciudad, cuya actividad concentró el comercio al detalle de una rica variedad de frutas y hortalizas de temporada, así como también de diferentes tipos de aves comestibles como gallinas, pavos, pollos, perdices, tórtolas e incluso carne de puerco y cecinas, además de huevos, leche y dulces, entre otros alimentos, tal como revelan los testimonios dejados por varios viajeros contemporáneos sobre la abundante cocina colonial chilena. El dinamismo de estos abastos en el periodo tardío colonial se reflejó además en la constante preocupación del Cabildo santiaguino por regular su funcionamiento, ante los frecuentes desórdenes y abusos que acaecían, ya sea por la abundancia de agentes informales que inundaban la plaza y sus

[269] ANCH, FCM, Serie 1, vol. 4082; Pinto, S., *Vías...*, *op. cit.*, pp. 85-88; Quiroz, "Variaciones...", *op. cit.*, p. 118; Llorca Jaña & Navarrete Montalvo, *op. cit.*, pp. 83 y 84; Sagredo y González, *op. cit.*, p. 517; Allen, Murphy *et al.*, *op. cit.*, p. 873. La evidencia de este consumo colonial de proteínas animales perdura hasta hoy, en términos del consumo *per cápita* de productos pesqueros, cuyo nivel en Chile fue de 13,2 kgrs. en el año 2013, mientras que en el mundo se alcanzaron los 19,7 kgrs, según informó la Subsecretaría de Pesca y Acuicultura, *Del mar a mi mesa. Plan Estratégico para aumentar el consumo de productos del mar en Chile*, p. 17. Por su parte, el consumo total de carnes, incluidas las de origen avícola (42,1%), porcino (29,9%), bovino (27,4%) y otros (0,6%), alcanzaron a 89,1 kgrs. durante el mismo año, de acuerdo al Instituto Nacional de Estadísticas (INE), *Producción Pecuaria Año 2008-2013*, pp. 36-37.

[270] Se estima una población urbana equivalente cercana a los 15 000 habitantes en la década de 1770 y de casi 25 000 a fines del periodo colonial, en base a la composición urbana y rural que se obtiene de la matrícula de 1777-1778, cuyos niveles se proyectan hasta los albores de la Independencia con la tasa de crecimiento promedio estimada para el Obispado de Santiago y el total de la Capitanía (1,7%) (en Carmagnani y Klein, *op. cit.*; Carmagnani, "Colonial...", *op. cit.*, p. 183; Díaz *et al.*, *Chile...*, *op. cit.*, p. 597). Esta alternativa asume que los sectores rurales se autoabastecían de los productos locales al interior de las numerosas haciendas distribuidas a lo largo de la jurisdicción santiaguina, tal como lo describe don Antonio Gómez en la noticia de los curatos del corregimiento de Santiago en el año 1780 (en De Solano, *op. cit.*, pp. 101-116).

calles aledañas, como por el congestionamiento que producían los carros con carga tirados por animales para abastecer a diario dicho abasto, o debido al habitual incumplimiento de los aranceles de precios a los que debió apegarse el comercio, incluidas las carnicerías y panaderías[271].

Además de los víveres del abasto, tampoco se contabilizó de manera sistemática el consumo aparente de vinos y alcoholes, cuya provisión exenta de tributos tuvo su origen en las numerosas chacras y quintas del *hinterland* capitalino. De acuerdo con la relación económica del teniente corregidor Antonio Gómez, respecto del corregimiento de Santiago en 1780, sin contar las doctrinas más alejadas de este distrito (Tango y Colina), las jurisdicciones de Ñuñoa y Renca produjeron alrededor de 28 000 arrobas de vino al año, equivalentes a 10 000 hectolitros o 73 litros por individuo (una copita al día). Según este mismo informe, al agregar las doctrinas de Tango y Colina la producción de vino ascendió a poco más de 50 000 arrobas al año, nivel compatible con las más de 40 000 arrobas que estimó un cronista para la región de Santiago en 1778. Las cifras anteriores son coherentes también con los inventarios de numerosas chacras viñateras que se identifican a lo largo del siglo XVIII. Por el lado de la demanda, Manuel de Salas en 1796 se refirió a la ingesta de vinos en Chile de esta manera: "Si fuera posible conocer hasta donde sube la suma de caldos, asombraría su consumo entre tan pocos bebedores", mientras que, en referencia a las primeras décadas republicanas, Claudio Gay reconoció que el vino en sus diferentes estados: chicha, chacolí, sancochado, moscatel, mosto y mosto asoleado, fue el principal licor que bebieron los chilenos desde el norte hasta el río Biobío[272].

Entre los productos locales para vestuario, destacó el consumo aparente de cordobanes y suelas que, en promedio, alcanzaron a 0,9 y 0,14 unidades por año en todo este periodo. Esta provisión fue relevante, si se estima que, por cada cordobán, más un cuarto de suela, se confeccionaron alrededor de 5 pares de zapatos[273].

Si se considera un mínimo de 4 personas por familia en Santiago, la disponibilidad de cueros y pellones para revestimiento y usos varios de vivienda alcanzó a más de media unidad por grupo familiar, en promedio por año, durante estas décadas. Mientras que, para suplir las necesidades básicas de iluminación y aseo, el sebo como insumo de velas y jabones se dispuso en 25

[271] Panorámica de la abundante cocina chilena y sus costumbres a principios del siglo XIX, descrita por viajeros de la época, en Guillermo Feliú Cruz, *Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónica de los viajeros*, pp. 194-200.

[272] De Solano, *op. cit.*, pp. 112 y 113; José del Pozo, *Historia del vino chileno. Desde la época colonial hasta hoy*, p. 27; Ruiz, *op. cit.*, pp. 12-19; Universidad de Chile, *op. cit.*, p. 176; Gay, *op. cit.*, tomo II, pp. 186-202. Conversión de unidades de medida, en base a 35 litros por arroba de líquidos, según Lacoste, "Instalaciones...", *op. cit.*, p. 4; Ruiz, *op. cit.*, p. 18; Del Pozo, *op. cit.*, p. 27. En base a una población de 13 783 habitantes en la ciudad de Santiago a fines de 1770, sin contar párvulos y niños, según Carmagnani y Klein, *op. cit.*

[273] De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 182.

kgrs./año durante 1773-1778 hasta alcanzar a 28 kgrs./año en 1804-1808. Una evolución similar tuvo la provisión de maderas para uso en la construcción, entre las cuales se contaron de diversas especies forestales (canelo, roble, algarrobilla y coligues) y formatos (pilares, tablas, tablones, vigas y tijerales). Por último, aunque en menores volúmenes, el acervo de cobre y brea también se contabilizó en niveles consecuentes con el uso doméstico familiar en la fabricación de utensilios y construcción o reparación de la vivienda[274].

Al comparar la provisión local con la canasta básica europea de fines del siglo XVIII se revela la mayor abundancia de alimentos de origen animal en Santiago, en contraste a la alta presencia de productos vegetales en el hemisferio norte[275]. Por otro lado, la disponibilidad capitalina de sebo para velas y jabones, parece compararse al consumo europeo, siendo de todas formas mayor la variedad de productos locales para vestuario y vivienda que, en apariencia, se adquiría en esta capital. Al evaluar con Norteamérica, destaca el mayor contenido vegetal, respecto de la situación santiaguina, aunque en menor proporción que el caso europeo[276].

Una medida adecuada para verificar la capacidad de compra de la población de Santiago es valorar a lo largo de estas décadas el bastimento de la cárcel pública capitalina, cuyo contenido similar a la canasta local cubrió las necesidades básicas de los reclusos (Cuadro n.º 9). Como resultado, el costo *per cápita* de esta provisión ascendió por sobre el medio real diario (0,586) en 1774-1778 a poco más de tres cuartillos de real (0,781) hacia fines del periodo colonial. Estos resultados son similares al valor diario de las especies con que se alimentó a los trabajadores de la construcción del nuevo camino Santiago-Valparaíso a fines del siglo XVIII y principios del XIX, cuya paga en especies consistió en pan, charqui, frangollo, sal y ají con un costo diario *per cápita* de 0,579 reales en 1791-1792 y 0,718 reales en 1802. De manera consistente, a fines del siglo XVIII Vicente Carvallo y Goyeneche describió, en referencia al peonaje en las obras, que este régimen de trabajo incluyó "almuerzo, comida i cena, cuyo costo no llega a un real diario". Mientras que, por la misma época, en relación al trabajo de los peones en las haciendas del Obispado de Santiago, José Espinoza y Rafael Bauzá, oficiales de la expedición de Malaspina, señalaron que "la comida que se les da es charqui y un poco de frangollo... estando computado el mantenimiento de cada uno en poco más de medio real del país"[277].

Como consecuencia del alza sostenida en el valor de esta canasta, al contrastar con el nivel mínimo de salario nominal, correspondiente al jornal

[274] Antecedentes demográficos del valle central de Chile durante el siglo XVIII, en Salinas, "Población...", *op. cit.*, p. 13.

[275] Acerca de la cesta europea del siglo XVIII, en Elizabeth W. Gilboy, "The Cost of Living and Real Wages in Eighteenth Century England"; Aymard, *op. cit.*

[276] Smith, B. G., *op. cit.*, p. 170.

[277] Pinto, S., *Vías...*, *op. cit.*, pp. 86-87; Carvallo y Goyeneche, *op. cit.*, p. 60; Sagredo y González, *op. cit.*, p. 519.

diario que se pagaba a los trabajadores urbanos de menor calificación (peones), se constata que la capacidad de compra de este grupo se deterioró, en especial, en el último decenio colonial (Cuadro n.º 9). Pese a esta caída del salario real, la remuneración nominal mínima correspondiente a 2 reales por jornal al día, en promedio, para 1774-1778, alcanzaba para adquirir alrededor de 3,4 canastas de estas características, sin contar la paga en especies o ración alimenticia proporcionada en la obra. Treinta años después, esta capacidad de compra se redujo a 2,5 veces el valor de dicha cesta, lo que hipotéticamente demuestra que el salario mínimo promedio de toda esta época sí fue sostén por sí solo de una familia u hogar formado, al menos, por cuatro individuos[278]. Incluso el costo de la canasta alimenticia pudo ser menor aún, si se considera una dieta alternativa, de similar contenido nutritivo, como la ración ordinaria que se daba a "pacientes en buen estado y en franca mejoría" en el Hospital San Francisco de Borja de Santiago en 1785, donde se estableció que el menú, dividido en dos porciones al día, contenía: una libra de carne de carnero, otra de garbanzos, una onza de manteca o grasa y catorce onzas de pan, la cual aportó casi tres mil calorías/día y costó entre 0,490 reales/día a precios de la década de 1770 y 0,625 reales/día en la primera década del siglo XIX[279]. Tal evidencia, por tanto, no permite sustentar que "evidentemente un peón compraba muy poco con su jornal diario, tanto que se podría decir que solo le alcanzaba para comer", ni tampoco suponer que este "ingreso diario parece estar ajustado a la subsistencia de un solo individuo y no a la de una familia"[280]. Incluso, si se considera una dieta con mayor contenido vegetal, el incremento sobre el presupuesto familiar habría sido marginal, no superior a un 20% del costo diario de la canasta básica, según se estima para Santiago a fines del siglo XVIII, dado que "su abasto lo tiene a precios mui baratos". Tal era este escenario de bajos precios que, según el mismo testigo de la época, "ningún comestible a escepcion [sic] del pescado se vende al peso... las menestras i hortalizas cuestan tan poco, que la mas fina es tambien para jente [sic] pobre" y las frutas "por su abundancia van tan barato[a]s, que se despachan por las calles i en la plaza a 20 i 24 por medio real", mientras que "un real vale la docena de huevos; medio real dos pollos pequeños". En cuanto a la bebida, "tres cuartillos de vino ordinario cuestan un real i del irregular como el que se despacha en las tabernas de Madrid, dos". Al respecto, se insiste en que "no hablemos mas de la abundancia, buena calidad i baratura de los comestibles i de frutas porque no parezca que hai algo de exajeracion, pues si digo que hai ocasiones en que todo lo referido va mas barato"[281].

[278] Resultado similar al que obtienen Llorca Jaña & Navarrete Montalvo, *op. cit.*, p. 87.

[279] Estimación del costo de la dieta alternativa, en base a volúmenes de Arenas, *op. cit.*, p. 98; precios de De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 367, 404 y 405.

[280] Quiroz, "Variaciones...", *op. cit.*, p. 118.

[281] Carvallo y Goyeneche, *op. cit.*, pp. 29-30 y 59. Un cuartillo de arroba líquida equivalente a 1,11 litros, según Ruiz, *op. cit.*, p. 18.

CUADRO N.º 9

*Bastimento diario en cárcel de Santiago, per cápita, jornal (peón), 1774-1808* [282]

| Bastimento | Cantidad diaria | UM/*per cápita* | Calorías /día | Costo diario en reales | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | | | 1774-1778 | 1779-1783 | 1784-1788 | 1789-1793 | 1794-1798 | 1799-1803 | 1804-1808 |
| Pan | 3: 863 | unidad: grs. | 2114 | 0,250 | 0,250 | 0,250 | 0,250 | 0,250 | 0,250 | 0,250 |
| Charquis | 314 | grs. | 784 | 0,210 | 0,268 | 0,237 | 0,232 | 0,203 | 0,301 | 0,382 |
| Grasa | 17 | grs. | 155 | 0,023 | 0,025 | 0,027 | 0,022 | 0,019 | 0,024 | 0,028 |
| Frangollo | 85 | grs. | 288 | 0,010 | 0,014 | 0,013 | 0,011 | 0,014 | 0,019 | 0,019 |
| Frijoles | 83 | grs. | 93 | 0,024 | 0,030 | 0,029 | 0,025 | 0,022 | 0,030 | 0,027 |
| Ají | 22 | grs. | 59 | 0,004 | 0,004 | 0,005 | 0,004 | 0,003 | 0,005 | 0,005 |
| Papa | 154 | grs. | 192 | 0,018 | 0,027 | 0,018 | 0,020 | 0,015 | 0,026 | 0,021 |
| Cebolla | 0,1 | unidad | 5 | 0,002 | 0,003 | 0,002 | 0,002 | 0,002 | 0,003 | 0,002 |
| Sal | 36 | grs. | - | 0,010 | 0,010 | 0,017 | 0,009 | 0,012 | 0,011 | 0,010 |
| Leña | 987 | grs. | | 0,023 | 0,023 | 0,023 | 0,023 | 0,019 | 0,024 | 0,023 |
| Velas | 17 | grs. | | 0,011 | 0,013 | 0,013 | 0,013 | 0,012 | 0,013 | 0,014 |
| Totales per cápita | | | 3690 | 0,586 | 0,667 | 0,634 | 0,611 | 0,572 | 0,707 | 0,781 |
| Jornal (peón) diario en efectivo | | | | 2,0 | 2,0 | 2,0 | 1,9 | 1,9 | 1,8 | 1,9 |
| Número de canastas por jornal | | | | 3,4 | 3,0 | 3,2 | 3,2 | 3,3 | 2,6 | 2,5 |

Elaboración propia con base en ANCH, FCM, Serie 1, vols. 3959, 3991, 3997, 4082; FHSFB, SEF, vol. 1, fjs. 5-231; Carvallo y Goyeneche, *op. cit.*, p. 59; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 121-123, 381, 404 y 405; Llorca Jaña & Navarrete Montalvo, *op. cit.*, pp. 82-84.

[282] Periodo base 1794-1798 = 100, puesto que el bastimento correspondió al abastecimiento del presidio público de Santiago en el año 1796. Precios por productos, en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 404 y 405. Para la variación del costo del frangollo y las velas se utilizan los precios de la harina y el sebo, respectivamente, como insumos de tales productos. Se convierten las unidades de pan, estipuladas en tres para la ración diaria, al peso de 10 onzas (287 gramos) cada uno, en Carvallo y Goyeneche, *op. cit.*, p. 59; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 123. Precio fijo del pan, tres unidades por un cuartillo de real, según aranceles a fines del siglo XVIII (ver nota al pie número 268).

Toda la evidencia anterior es compatible, por tanto, con aquella que establece que las familias de la zona rural central de Chile superaron, en promedio, los cuatro integrantes, e incluso llegaron a ocho individuos en la segunda mitad del siglo XVIII, según estima René Salinas. Sin contar ingresos extras al interior del grupo familiar, que pudieron provenir de la incorporación eventual de mujeres y adolescentes, incluso niños, al mercado laboral, todo parece indicar que la solvencia material elemental de una familia de hasta cuatro personas se aseguró, al menos, con un salario mínimo. Tal nivel adquisitivo permitió además una alimentación más nutrida y balanceada que aquella homogénea de subsistencia, cubrir necesidades básicas en la vivienda, tales como iluminación y energía, e incluso satisfacer consumos de carácter social, relativos con la ingesta de alcohol, tabaco y yerba mate.

Dado que estos resultados reflejan solo la porción local minoritaria del consumo aparente respecto de la oferta en Santiago, que también incluyó mercancías importadas y aquella fracción indefinida de bienes adquiridos por canales informales de comercio, se presumen niveles de vida superiores a los que se estiman para la sociedad tardía colonial de Chile, lo cual coincide con hallazgos antropométricos que establecen que la estatura del individuo chileno del siglo XVIII se comparó por encima de algunas regiones americanas e incluso europeas[283].

Al agregar los productos importados que incluyó la oferta disponible, emergen ciertos patrones modernos del gasto de esta sociedad, los cuales se asocian a la denominada "revolución del consumo", cuyos primeros indicios habrían surgido en Hispanoamérica antes que en Europa occidental[284]. En este sentido, resalta, en la capital, la permanente disponibilidad de productos de alta demanda mundial como el azúcar y el tabaco, además de la yerba mate, de amplia circulación americana. La suma de estos tres productos regionales representó el 27,8% del valor de la oferta importada durante la década de 1770, mientras que al terminar el periodo colonial alcanzó al 68,7% sobre el conjunto de esta canasta. Esto último, por la mayor reventa de enseres europeos que se distribuyeron desde Santiago hacia los mercados virreinales y chilenos.

[283] Llorca Jaña *et al.*, "Height...", *op. cit.*, p. 176.
[284] Dobado-González, *op. cit.*, p. 19.

CUADRO N.º 10
*Volúmenes de azúcar, yerba y tabaco en Santiago, 1773-1806*

| Periodo | | 1773-1776 | 1779-1780 | 1784-1789 | 1790-1793 | 1794-1798 | 1801-1806 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Población equiv. de Santiago | | 32549 | 33369 | 37171 | 40711 | 43866 | 49674 |
| Oferta disponible | | | | | | | |
| Azúcar | kgrs./ promedio/ año | 683816 | 619528 | 727037 | 370628 | 607303 | 849586 |
| Yerba mate | | 720042 | 594816 | 1106855 | 877940 | 972878 | 1470659 |
| Tabaco | | 56363 | 55935 | 67595 | 73439 | 87347 | 75947 |
| Consumo aparente | | | | | | | |
| Azúcar | kgrs./*per cápita*/año | 21,0 | 18,6 | 19,6 | 9,1 | 13,8 | 17,1 |
| Yerba mate | | 22,1 | 17,8 | 29,8 | 21,6 | 22,2 | 29,6 |
| Tabaco | | 1,7 | 1,7 | 1,8 | 1,8 | 2,0 | 1,5 |
| Azúcar | grs./*per cápita*/día | 57,6 | 50,9 | 53,6 | 24,9 | 37,9 | 46,9 |
| Yerba mate | | 60,6 | 48,8 | 81,6 | 59,1 | 60,8 | 81,1 |
| Tabaco | | 4,7 | 4,6 | 5,0 | 4,9 | 5,5 | 4,2 |
| Azúcar | cal./*per cápita*/día | 223 | 197 | 207 | 97 | 147 | 181 |
| Yerba mate | | 76 | 61 | 102 | 74 | 76 | 101 |
| Tabaco | | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 |
| Costo | | | | | | | |
| Azúcar | reales/*per cápita*/día | 0,164 | 0,166 | 0,161 | 0,077 | 0,158 | 0,176 |
| Yerba mate | | 0,119 | 0,091 | 0,183 | 0,135 | 0,115 | 0,166 |
| Tabaco | | 0,046 | 0,036 | 0,039 | 0,040 | 0,043 | 0,033 |

Elaborado en base a mismas fuentes documentales de Gráfico n.º 4; ANCH, FCM, Serie 2, vols. 284, 286-287, 301,3156; Manuel Carrera, "The Evolution of Weights and Measures in New Spain", pp. 10-16; De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 367-368, 404 y 405; Punta, "El comercio...", *op. cit.*, pp. 150 y 151; Martínez Barraza, "Consumo de tabaco...", *op. cit.*, pp. 125 y 146.

En cuanto a los volúmenes disponibles para el consumo, el azúcar alcanzó las 683 toneladas, en promedio por año, durante el periodo 1773-1776, niveles que ascendieron a 849 tons./año en 1801-1806 (Cuadro n.º 10). Hacia fines del siglo XVIII, esta dulce provisión santiaguina representó alrededor del 10% de la producción azucarera de las provincias peruanas, estimada en poco menos de 6000 toneladas o 509000 arrobas anuales. En términos *per cápita*, el consumo aparente de azúcar fue de 21,0 kgrs. al año en 1773-1776, respecto de la población capitalina equivalente. Este monto declinó a 17,1 kgrs./año

tres décadas después, lo que se compara de lejos con el consumo durante esta misma época en Europa y la Norteamérica británica, cuyos niveles, incluso bien entrado el siglo XIX, no superaron los 10 kgrs./año. Esta evidencia es concordante con las crónicas de viajeros de comienzos del siglo XIX, quienes destacaron la alta afición de los santiaguinos por el consumo de preparaciones dulces como acompañantes de las principales comidas diarias[285].

Otro producto de alta demanda en Santiago fue el tabaco, tanto en polvo para aspirar por los grupos más acaudalados, como en rama para fumar en los estratos medios y bajos. De acuerdo con los antecedentes recopilados, la oferta anual de tabaco superó las 56 toneladas en 1773-1776, mientras que en la primera década de 1800 llegó a casi 76 tons./año. Este suministro se compuso de una mínima fracción de tabaco aspirable, no superior en promedio al 3% del volumen total a lo largo de estos intervalos, en contraste a la alta disponibilidad del tabaco fumable. Al igual que en el caso del azúcar, esta demanda fue significativa para la contraparte productora, en especial, aquella situada en la provincia de Saña, principal área tabacalera al norte de Lima, cuya producción de la variedad en rama promedió las 300 toneladas anuales desde mediados del siglo XVIII. En términos individuales, el consumo aparente de tabaco alcanzó a 1,7 kgrs. al año en 1773-1776, monto levemente superior a los 1,5 kgrs. de 1801-1806. Estos niveles se comparan por encima del consumo europeo, cuyas cantidades, según región, oscilaron entre 0,4 y 1,5 kgrs./año y estuvieron en línea con las colonias angloamericanas que demandaron del orden de 1,0 a 2,5 kgrs./año durante el siglo XVIII[286].

A nivel regional, uno de los productos de mayor circulación fue la yerba mate, cuyo masivo consumo en la capital y Chile, en general, retrasó la propagación de infusiones como el café y el té hasta después del periodo emancipatorio. En promedio, durante 1773-1776 se abastecieron a esta capital sobre las 720 toneladas al año, cifra que incluso fue más del doble a fines de la época colonial. Esta cuantía representó alrededor del 60% de los volúmenes del comercio yerbatero que mantuvieron las principales zonas productivas de Paraguay con Buenos Aires en la primera década del siglo XIX. En consecuencia, el consumo aparente de yerba mate por individuo, en términos de la población equivalente total, alcanzó los 22,1 kgrs. anuales en 1773-1776, llegando a casi 30 kgrs./año en 1801-1806[287].

[285] Dargent, *op. cit.*, p. 29; De Vries, *La Revolución...*, *op. cit.*, pp. 218 y 219.

[286] Mauro Escobar, *El tabaco en el Perú Colonial 1752-1796*, p. 71; Santiago de Luxán, "Solo Madrid es Corte: Del consumo suntuario protegido a la democratización del hábito de fumar, 1730-1804", p. 170; De Vries, *La Revolución...*, *op. cit.*, p. 220; Feliú Cruz, *Santiago...*, *op. cit.*, pp. 195-204.

[287] Proporción, en base a cifras del comercio yerbatero de Paraguay con Buenos Aires, en Wentzel, *op. cit.*, p. 208. Se estima que Santiago desde mediados del siglo XVII fue el "mercado favorito" de la yerba paraguaya (en Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso...*, *op. cit.*, p. 270). Según la historiografía argentina, en los años 1779-1784, "casi el 50% del volumen total de la yerba entrada a Buenos Aires, pasará a Chile", además de los mercados del Pacífico, tras la reexportación (en Garavaglia, *Mercado...*, *op. cit.*, pp. 91 y 92).

A diferencia de la sociedad rioplatense, que prefirió el "mate cimarrón", es decir, sin azúcar, en Chile, yerba y azúcar se fundieron en dicha infusión. Tal fue la complementariedad de estos productos que las crónicas son abundantes en cuanto a lo que representó "el mate", en términos de su importancia en las costumbres y usos sociales chilenos. La preparación de esta infusión consistía, *grosso modo*, en una mezcla de yerba con agua hirviendo y azúcar y, en ocasiones, se acompañaba de corteza de limón o naranja, más canela. Acorde con estas noticias, la evidencia cuantitativa indica que, en términos nutricionales, los aportes del azúcar y la yerba a la dieta común de la población santiaguina derivados de un consumo agregado de 118,2 gramos al día en 1773-1776 y de 128,0 grs./día en 1801-1806, significaron 299 y 283 calorías diarias (Cuadro n.º 10). Esta ingesta, que pudo traducirse en dos o tres mates al día por individuo, significó alrededor de un 30% adicional al valor nutricional de la dieta basada en la canasta alimenticia local (Cuadro n.º 8)[288].

Si se consideran los precios de adquisición, el costo diario de esta canasta de importados, incluyendo la ración de tabaco, ascendió a 0,329 reales diarios en 1773-1776, valor algo inferior a los 0,374 reales/día que alcanzó en 1801-1806[289]. Al agregar el costo del bastimento básico, el valor de la provisión *per cápita* total ascendió a casi un real por día al principio de este periodo y menos de un real y cuartillo durante la primera década decimonónica, lo que revela la alta probabilidad de su adquisición por parte del grueso de la población activa en lo económico, cuyo salario mínimo alcanzó casi los dos reales diarios, en promedio, a lo largo de este periodo (Cuadro n.º 9). Tal potencial adquisitivo, se corroboró de manera contemporánea mediante las reiteradas alusiones al consumo desmedido de estos efectos. Así, Manuel de Salas a fines del siglo XVIII manifestó respecto a la desfavorable posición de Chile, en tanto importador y no productor de sus propias mercancías, que "si los padres incubasen en que sus hijos se desayunasen con sopas, serían felices: así sustituirían el uso de dos producciones propias al azúcar y yerba del Paraguay, que nos arruinan en intereses y salud". Pese al reconocimiento del supuesto mal que ocasionaba a la economía chilena el consumo excesivo de yerba y azúcar, debido a que

> "todo el sudor y fatiga de sus habitadores es arrebatado con mucho exceso por estos dos efectos, que aumentando cada día el perjudicial vicio del mate, principalmente entre sus trabajadores, supera su importancia a lo que produce el Reyno",

[288] Feliú Cruz, *Santiago...*, *op. cit.*, pp. 195-204.

[289] Precios del azúcar desde 1,31 reales/libra en 1774-1778 a 1,73 reales/libra en 1801-1806, en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 404 y 405; yerba, según aforos de la real aduana, cuyos precios declarados oscilaron entre 22,0 reales/arroba, en promedio, durante la década de 1770 y 23,5 reales/arroba en 1801-1806; tabaco en polvo, debido al estanco se mantuvo precio de venta en 32 reales/libra hasta fines del periodo colonial, mientras que el tabaco en rama se vendió a 4 reales/mazo/libra, en Martínez Barraza, "Consumo de tabaco...", *op. cit.*, pp. 145 y 146.

de igual forma, las autoridades aprovecharon la alta demanda por estos bienes complementarios cargándolos de impuestos. Al respecto, el Cabildo, ante reclamo del Juez de Comercio, en nombre de los mercaderes afectados por la imposición del gravamen de un peso por zurrón de azúcar y yerba que entrase a Santiago para construir los Tajamares del río Mapocho a fines de 1788, arguyó en contra sosteniendo que:

> "los mercaderes de la azúcar y de la yerba serán más exactos que ninguno para cargar al consumidor este gasto, y ya puede sentarse que lo están ejecutando sin que el público se queje, o porque el gravamen es casi imperceptible, o porque la continuación de alteraciones en los precios ha quitado la sensación que por otros principios afectan los introductores"[290].

Pese al argumento del Cabildo, este gravamen fue cancelado a fines de 1790 por orden real, dando el favor al comercio, sin embargo, "cuando esta disposición del Soberano llegó a Santiago, ya el impuesto había producido una suma que pasaba de 50 000 pesos, con la cual, unida a 12 000 pesos del ramo de balanza, que quedó afecto a este trabajo [Tajamares], pudo dársele comienzo"[291]. Tal descripción del masivo consumo azucarero y yerbatero, también se repite para los tabacos estancados, puesto que "en la vida diaria el uso del tabaco era frecuente", en tanto, "el fumar fue una costumbre natural e imprescindible", incluso entre mujeres y niños, entregándose "todas las clases sociales [...] por igual al vicio"[292].

Al generalizado consumo de azúcar, yerba y tabaco se sumó de modo frecuente, aunque a menor escala, la disponibilidad de otros productos alimenticios, tales como el cacao y chocolate, la miel, el arroz, además de ciertas especias. En el caso de la capital chilena se ofrecieron más de 6 toneladas de cacao y chocolate ecuatoriano, en promedio por año, durante 1773-1780, cifra que se elevó a 51 tons./año en 1802. En cambio, la oferta de miel perulera tuvo un desempeño inverso, alcanzando a 18 toneladas anuales en la primera parte de este periodo y solo a 10 tons./año en 1802. El arroz, también abastecido desde la costa Pacífico, se mantuvo en niveles similares a lo largo de estas décadas, con un consumo aparente promedio de 15 a 16 toneladas por año. Mientras que en el caso de las especias, se registró un descenso desde 1201 kilogramos anuales en 1773-1780, principalmente de achiote y pimienta, hasta 99 kgrs./año, aunque solo de canela y clavo de olor, a principios del siglo XIX[293].

[290] Universidad de Chile, *op. cit.*, p. 170. Acta del Cabildo de Santiago de 23 de diciembre de 1788, en SChHG, *op. cit.*, tomo 35, pp. 153-156.

[291] Universidad de Chile, *op. cit.*, p. 402.

[292] Stapff, *op. cit.*, pp. 20-22; Feliú Cruz, *Santiago...*, *op. cit.*, pp. 203 y 204; Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, p. 80.

[293] La importación de cacao y chocolate de 1802 pudo ser particularmente alta, puesto que el promedio usual hasta fines del siglo XVIII fue de poco más que 5,5 tons. o 2460 arrobas por

Si bien la dieta aparente de la población en Santiago corrobora la alta incidencia de alimentos como el pan y la carne que se estima para el conjunto colonial hispanoamericano, ciertamente la ración alimenticia de esta capital incluyó calorías adicionales provenientes no solo del consumo masivo de azúcar y yerba, sino que también de una provisión de víveres, cuya naturaleza vegetal le aportaron además mayor balance, en términos nutricionales[294]. Salvo por el café y el té, que fueron desplazados por el consumo de yerba mate, la dieta aparente santiaguina del periodo final colonial se comparó más bien con la norteamericana, aunque rica en harina de trigo (pan) y carne, variada en términos de vituallas y frutas de acceso económico en el abasto, con un alto contenido de azúcar y, en menor medida, de otros productos exóticos como el arroz, la miel, e incluso el chocolate, que pudieron, en ocasiones, estar al alcance incluso del bolsillo de los trabajadores menos calificados[295].

En complemento a la oferta alimenticia importada, la magnitud de los volúmenes disponibles de productos y materias primas para el vestuario y la vivienda se revela en detalle a partir de una muestra de tres años (Cuadro n.º 11), la que además verifica el deterioro que sufrió la provisión europea, en contraste al mayor suministro americano durante el periodo colonial tardío (Gráfico n.º 31).

---

año, en Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaíso*..., *op. cit*., p. 248. Sin embargo, la internación total de 1802, que ascendió a casi 77 tons., fue consecuente con los volúmenes de reexportación hacia los mercados rioplatenses que alcanzaron a 24 tons., según cotejo con antecedentes de la historiografía del interior argentino, en Palomeque, "La circulación...", *op. cit*., pp. 193 y 194.

[294] Sobre la dieta americana a fines del periodo colonial, véase Castillero-Calvo, *op. cit*., p. 429. El patrón de consumo chileno no ha variado demasiado si se considera que la dieta cárnica actual es altamente desproporcionada, respecto del bajo consumo de productos del mar (ver nota al pie n.º 269) y el país es uno de los líderes a nivel mundial en consumo de azúcar y pan (https://www.elmostrador.cl/agenda-pais/2019/06/06/el-excesivo-consumo-de-azucar-en-chile/; https://www.24horas.cl/nacional/chile-se-consagra-como-el-segundo-pais-que-mas-consume-pan-a-nivel-mundial--3492060).

[295] A diferencia del té, que casi no registró importación, el café ingresó a baja escala, pero de manera creciente, alcanzando una cantidad acumulada de 633 libras en todo el periodo 1773-1780, mientras que solo en el año 1802 se internaron 1500 libras. Como referencia de la población norteamericana se utiliza la dieta de trabajadores de Filadelfia de la segunda mitad del siglo XVIII, cuyo aporte nutricional alcanzó a 3179 calorías diarias, en Smith, B. G., *op. cit*., p. 170. La excepción entre los trabajadores menos remunerados de Santiago pudo darse en el consumo de especies exóticas, cuyos precios de importación fluctuaron entre 4 y 6 reales por libra, si se trató de achiote y pimienta, pudiendo llegar hasta 30 reales/libra en el caso de la canela y el clavo. Por su parte, el valor del arroz, la miel y el cacao/chocolate promedió 0,6, 1,1 y 1,8 reales/libra en el periodo 1773-1780, respectivamente. Mientras que, en 1802, estos precios llegaron a 0,8, 0,8 y 1,0 reales/libra, siendo por ello más asequibles para este grupo.

CUADRO N.º 11

*Volúmenes de importación de vestuario y artículos para la vivienda en Santiago, 1779-1780, 1802*

| Origen | Oferta Disponible | Unidad Medida | 1779-1780 | 1802 |
|---|---|---|---|---|
| América | Vestuario | | | |
| | Tocuyos y ropa de la tierra (algodón) | varas | 375501 | 442729 |
| | Bayetas de la tierra (lana) | | 13842 | 12635 |
| | Paño y pañete | | 11260 | 7081 |
| | Algodón (en motas) | libras | 55137 | 149514 |
| | Añil | | 6711 | 15331 |
| | Grana | | 306 | 1684 |
| | Cueros de vestir (badanas, cordobanes, cortes de zapato, cueros de vicuña) | unidades | 6433 | 75774 |
| | Ponchos y mantas | | 9612 | 0 |
| | Zapatos | | 2332 | 0 |
| | Sombreros | | 56567 | 106013 |
| | Vivienda | | | |
| | Petates | unidades | 264 | 459 |
| | Colchas | | 632 | 134 |
| | Plumeros | | 612 | 1632 |
| | Rosarios | | 23113 | 94463 |
| | Losa | cajones | 3 | 23 |
| | Pábilo | libras | 23001 | 25942 |
| | Munición | | 9254 | 17481 |
| | Cera “de la otra banda” | | 6265 | 11025 |
| Europa | Vestuario | | | |
| | Textil vestuario (lencerías, lanas, algodones, sedas) | varas piezas | 83666 | 9406 |
| | Cintas de seda | varas | 100889 | 67614 |
| | Botones | unidades | 358104 | 0 |
| | Hebillas | | 4742 | 969 |
| | Prendas de vestir (medias, pañuelos, gorros, guantes) | | 11522 | 12576 |
| | Vivienda | | | |
| | Textil vivienda | varas piezas | 12385 | 4533 |
| | Cadenas y vidrios de reloj | unidades | 86 | 3031 |
| | Espejos | | 2065 | 3697 |
| | Losa | cajones | 1 | 44 |
| | Papel | resmas | 1233 | 3163 |
| | Cera de Castilla | libras | 2460 | 0 |
| | Medicinas | | 399 | 548 |
| | Fierro y acero | | 114281 | 73654 |

Elaborado en base a mismas fuentes documentales de Gráfico n.º 29.

Entre el amplio surtido de insumos para el vestuario, destacó la disponibilidad de tocuyos y ropa de la tierra, ambos tejidos de algodón de origen peruano y ecuatoriano, los cuales se utilizaron para la confección de camisas y prendas interiores. En promedio, durante el bienio 1779-1780 se ofrecieron en Santiago más de 375 mil varas de estas telas, superando las 442 mil en el año 1802. Aunque, en términos *per cápita*, esta oferta significó una leve baja de 11,4 a 9,1 varas, en promedio al año, en el mismo periodo, esta provisión fue importante, si se considera que la confección de una camisa ocupaba alrededor de cuatro varas de tocuyo, lo que pudo traducirse, al menos, en dos prendas de este tipo por año durante aquella época[296].

En complemento a este abundante abastecimiento regional de géneros de algodón, las tinturas también de origen americano experimentaron un crecimiento importante entre un periodo y otro, pasando de 7018 libras en 1779-1780 a más del doble de este volumen en 1802. De magnitud aún mayor fue el crecimiento de los cueros para vestir, en especial, aquellos insumos para el calzado (cordobanes y cortes de calzado) y reparación de sombreros (badanas), cuyas unidades se multiplicaron por más de diez veces entre un periodo y otro. Esta fuerte alza de los volúmenes de insumos, sobre todo para la confección de calzado, en línea con el crecimiento extraordinario de cordobanes y suelas locales (Cuadro n.º 7), ratifica la permanente actividad artesanal urbana y el espacio comercial que fue ganando este sector, pese a la competencia extranjera, a lo largo del siglo XVIII, cuando "se impuso la tendencia a la venta del calzado en la Plaza Mayor, hasta adonde iban las familias a adquirirlos". De hecho, en 1802 la importación de calzado desde Perú fue nula, a diferencia de las 2332 unidades anuales que se internaron, en promedio, durante 1779-1780. Esta misma trayectoria se comprueba también para la importación de ponchos y mantas desde el otro lado de la cordillera, cuyo nivel pasó de casi 10 000 unidades a cero entre un periodo y otro, mientras que la oferta local de productos similares casi se triplicó a lo largo del mismo lapso. Además, destacó el copioso suministro de sombreros, la mayoría de jipijapa o paja toquilla ecuatoriana, cuyos niveles ascendieron desde poco más de 56 500 unidades en 1779-1780 a más de 106 000 en el año 1802[297].

Si se considera que el precio de venta del tocuyo o ropa de la tierra para la confección de una camisa de cuatro varas bordeó los 15 reales, en promedio por año, durante las últimas tres décadas coloniales, más unos 8 reales por el servicio de hechura, entonces una prenda de estas características pudo costar

[296] De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 194. Una vara igual a 0,838 metros, en Carrera, M., *op. cit.*, p. 10.

[297] De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 181. El precio de ponchos y mantas importadas desde las provincias rioplatenses promedió 12 reales por unidad durante esta época, mientras que los ponchos, rebozos y mantas locales provenientes de las localidades indígenas al sur de la provincia del Maule se internaron a un precio promedio de 32 reales la unidad.

alrededor de 3 pesos[298]. Por su parte, el par de zapatos se vendió a 8 reales, en promedio, durante el mismo periodo[299]. Mientras que el precio de importación de un sombrero de paja fue inferior a dos reales, pudiendo doblarse este nivel al momento de la venta, considerando los márgenes de comercio y transportes, más la carga tributaria respectiva. Con todo, una camisa de tocuyo, más un poncho, un par de zapatos de cordobán y suela y un sombrero de paja, debieron costar alrededor de 10 pesos al año, lo que representó una fracción inferior al 15% del ingreso disponible de un trabajador capitalino de la menor calificación que alcanzó a 68,25 pesos al año[300]. Esto, en correspondencia a 280 días laborales, un promedio de 1,95 reales/día de salario efectivo a lo largo de esta misma época y sin considerar en la renta disponible el pago diario en especies que se daba a cada jornalero en su lugar de trabajo[301].

En cuanto a los efectos americanos para la vivienda, destacó la oferta de pabilos o mechas de algodón para la manufactura de velas, cuyo crecimiento entre un periodo y otro fue compatible con la provisión local de sebo. En contrapartida, creció la disponibilidad de cera "de la otra banda", importada desde San Miguel de Tucumán, Córdoba y Mendoza en su mayoría, cuya mejor calidad lumínica que la vela de sebo, junto a la menor emisión de humo y suave olor que brindó, fue ganando terreno en parte de los estratos santiaguinos con mayores recursos para adquirirla. El consumo también diferenciado asociado a la provisión de iluminación se explicó por sus precios, mientras que una libra de vela de sebo en los albores de la Independencia costó poco más de un cuartillo de real, el precio promedio de importación de una libra de cera trasandina fue de 4 reales, siendo aún mayor el precio de la cera de Castilla que ingresó a la capital a 10 reales/libra. Mención especial merece también la masiva provisión de rosarios, reflejo de una extendida cultura material católica de los santiaguinos, cuyos volúmenes subieron de poco más de 23 mil en 1779-1780 a sobre las 94 mil unidades en 1802.

[298] Cada vara de ropa de la tierra al precio de 3,8 reales, según promedio de 1773-1808, en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 404 y 405. Considerando que el arancel de los sastres debió variar mínimamente a lo largo del periodo colonial, según la regulación constante del Cabildo sobre los gremios artesanales (en Alemparte, *op. cit.*, pp. 137-156). En 1642, la hechura de un vestido para criado costó 6 reales (en De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, p. 201).

[299] De Ramón y Larraín, *Orígenes...*, *op. cit.*, pp. 404 y 405.

[300] Tal como se describe para fines del siglo XVIII, "el poncho y el sombrero de anchas alas eran los rasgos más característicos de la indumentaria del pueblo", en Isabel Cruz, "Seducciones de lo íntimo, persuasiones de lo público. El lenguaje del vestido en Chile (1650-1820)", p. 321. Este nivel de ingreso fue similar a la remuneración que hacia fines del siglo XVIII se verificó en las haciendas de Santiago, donde "el salario o jornal de un peón en los meses de invierno de junio, julio y agosto es de 5 pesos al mes y de 6 en los restantes del año", según se dejó registro en la descripción del valle central chileno que emanó de la expedición de Malaspina a principios de la década de 1790, en Sagredo y González, *op. cit.*, p. 519.

[301] Días laborales por año y cálculo del promedio de salarios de trabajadores menos calificados de Santiago desde 1769 a 1808, en base a Llorca Jaña & Navarrete Montalvo, *op. cit.*, pp. 82-86; ANCH, FCM, Serie 1, vols. 3959, 3991, 3997; FHSFB, SEF, vol. 1, fjs. 5-231.

Esta materialidad capitalina se manifestó además en la extensa variedad de géneros europeos importados, aunque su disponibilidad, tal como se establece previamente, declinó hacia fines del periodo colonial. Según la evidencia encontrada en los años de muestra, la oferta disponible de textiles para el vestuario, no solo se redujo en cuantía, desde niveles superiores a 91 mil varas y piezas en 1779-1780 a menos de 11 mil en 1802, sino que también en cuanto a variedad, en particular de tejidos compuestos de algodones y sedas, los cuales habrían sido desplazados por telas regionales de mayor economía. En particular, durante el bienio 1779-1780 se importaron 49 y 31 variedades de telas europeas de distinta naturaleza en varas y piezas. Mientras que, en 1802, este surtido se redujo a 20 tipos por varas y 15 por piezas[302].

Al respecto, tras la nueva inundación de productos europeos desde la segunda mitad de la década de 1780, luego del desabastecimiento a causa del primer conflicto anglo-hispano, un connotado mercader afirmó en 1789 que la poca o ninguna utilidad del comercio implicó un ajuste en el consumo: "el que había de gastar género fino lo gastará ordinario y el que habría de gastar ordinario lo gastará de la tierra". En paralelo a esta sustitución, a fines del siglo XVIII se evidencia una cierta homogeneización de la moda capitalina, la cual se tradujo en una asimilación de la indumentaria en los estratos sociales, diferenciándose solo por la calidad de las telas y el uso de accesorios que marcaron la distinción de riqueza y jerarquía. La menor variedad de los paños europeos también pudo reflejar los cambios de la moda en la élite santiaguina de principios del siglo XIX, como consecuencia de la simplificación del vestuario que produjo la influencia de la revolución francesa y el nuevo gusto neoclásico desornamentado y estilizado, preferencia que acabó con el aspecto pintoresco del vestuario local dieciochesco. La simplificación del vestir masculino iniciado el siglo XIX, que significó el abandono de "los brillos y los densos recamados del siglo anterior" y "el antiguo afeminamiento", dio paso a "una nueva virilidad concebida al modo clásico, depurada y austera", cuya vestimenta de "una creciente naturalidad" se complementó con el uso del reloj de bolsillo, principal accesorio de la élite de la época. Tal preferencia tuvo eco en el aumento vertiginoso de repuestos como cadenas y vidrios para reloj que de montos exiguos en 1779-1780 pasaron a más de 3 mil unidades en 1802[303].

[302] Como lencerías se contaron telas de: ruan, zaraza, bramante, gingan, encaje, irlanda, muer, albanesa, glodetur, delfina, galón, lama, morles, velo, caña, chamberi, coleta, sarceli, duroy, puerto maon, eterna, agua negra y prunela; lanas: chamelote, felpa, casimir, bayeta, castorcillo, lila, filipichín, alepín, camellón, serafina, ratina, calamaco, rompecoches, estameña, sempiterna, cabo de bayeta y carro de oro; algodones: terciopelo, cotonia, listado, prusiana, franela, gasa, clarín, morselina, pontivi, estopilla, angaripola, indiana, sangalete, aclarinada, perdurable, flequillo, cambray, franja, languinete y lino y, finalmente; sedas: tafetán, raso, melania, damasco, brocado, blonda, anafaya, cartolina, musulmana, espolín, velillo, nobleza, tisú, listón, anascote, griseta, sarga y sarguilla.

[303] Villalobos, *op.cit*., p. 311; Cruz, *op. cit*., pp. 319-327; Cavieres, "Del comercio...", *op. cit*., p. 349.

En línea con la menor demanda textil europea, a diferencia de la inundación de tejidos de origen americano, también cayó el volumen de la mercería, en general cintas y botones, así como de hebillas de acero, entre los accesorios de mayor presencia en este comercio. En cambio, el suministro de prendas de vestir, tales como medias, pañuelos, gorros y guantes se mantuvo en niveles cercanos a las 12 mil unidades por año entre un periodo y otro.

De igual modo, retrocedió la disponibilidad de telas para usos de vivienda, cuyos niveles pasaron de más de 20 mil varas y piezas en 1779-1780 a menos de 8 mil en 1802. En cambio, ciertos enseres, como espejos y losas, aumentaron sus volúmenes de manera considerable, reflejando los nuevos patrones de consumo de la época, similares a los evidenciados en parte de Europa un siglo antes. Por su parte, debido quizá a la mayor demanda del reformado aparato burocrático gubernamental, creció la disponibilidad de papel, pasando de 1233 resmas en 1779-1780 a más de 3 mil en 1802[304].

Tal volumen y composición de la oferta disponible de origen importada en Santiago verifica que la mayor parte del consumo privado tardío colonial no se produjo en el ámbito doméstico, vale decir, los consumidores dependieron en buena medida del papel intermediador del comercio minorista para satisfacer sus demandas. Azúcar, yerba y tabaco y satisfacción de preferencias, en base a la adquisición de prendas e insumos para el vestuario, demuestran que las últimas décadas coloniales fueron menos agrias y oscuras de lo que se acostumbra imaginar. En consistencia con estos hallazgos, la "coagulación espacial" del comercio al detalle santiaguino alcanzó una amplia cobertura urbana y rural, potenciando la función dinamizante de esta actividad sobre la economía al favorecer la frecuencia de compra de una sociedad cada vez más inmersa en los mecanismos de circulación monetaria, bajo un régimen predominante de trabajo libre, sobre todo, desde el último tercio del siglo XVIII.

Una manera alternativa de comprobar esta función dinamizadora del comercio es medir la captación fiscal de moneda de esta actividad mediante la recaudación efectiva de los impuestos que la gravaron de forma directa o indirecta, lo que mostraría el grado de inserción de esta población en la producción para el mercado y, con ello, en el sistema monetario o de intercambio en base a la posesión de dinero.

Al respecto, destacó el alto número de impuestos en base a la actividad comercial de la capital, alcanzando a doce durante este periodo, según orden de importancia: ingresos por las ventas estancadas de tabaco, derechos reales de alcabalas y almojarifazgos que gravaron la importación, alcabalas del viento y ajustes relativos al comercio local y los segmentos minoristas, ingresos o propios del Cabildo que incluyeron el pago de las posturas en los abastos, diezmos eclesiásticos sobre la producción agropecuaria de las haciendas, impuestos específicos para financiar obras públicas (Tajamares y camino Santiago-Val-

[304] Cada resma igual a 500 hojas, según Carrera, M., *op. cit.*, p. 19.

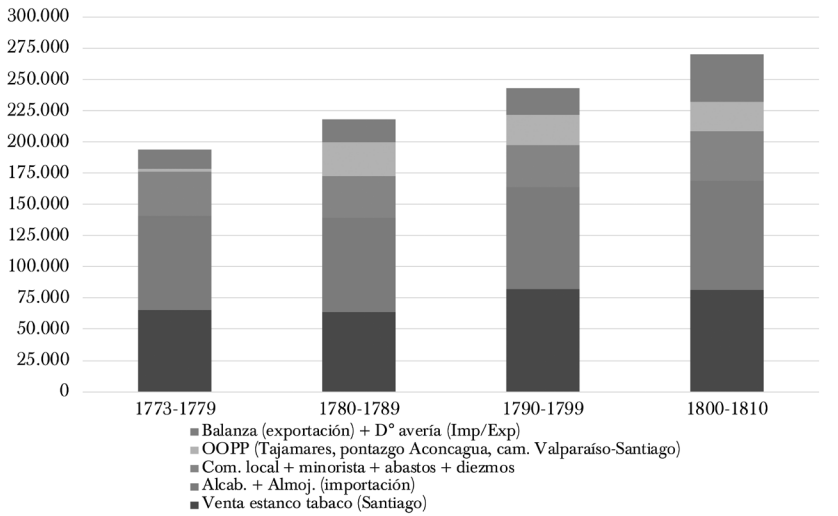
paraíso), además del peaje o pontazgo de Aconcagua, que afectó el flujo de comercio cordillerano; derecho de balanza que, aunque de gran importancia para financiar la inversión en obras públicas de la Capitanía, no afectó directamente el comercio interior de la capital, ya que gravó las exportaciones y derecho de avería, concedido para pagar los gastos del Consulado de Comercio a partir de 1795 (Gráfico n.º 32). Aunque este inventario no es exhaustivo, ya que con motivo del primer y tercer conflicto que sacudió a España e Inglaterra a fines del periodo colonial, se decretaron en 1780 y 1805 por disposición real dos impuestos adicionales para la subvención de estas guerras[305].

Al agregar los montos efectivos recaudados, se aprecia el sostenido incremento tributario sobre el comercio, que pasó desde niveles inferiores a M$200 en la década de 1770 a casi M$275 en el último decenio colonial. Esta carga, si bien recayó sobre la población santiaguina, también contribuyó a una mayor inyección de recursos a la economía, a través del gasto público, y así sucesivamente, en la medida que los consumidores mantuvieron activo su rol en este proceso, comprobándose también desde la perspectiva fiscal, la creciente inserción general de esta sociedad en los mecanismos de circulación de la moneda hacia fines del siglo XVIII.

[305] Villalobos, *op. cit.*, pp. 130 y 131; AGI, Audiencia de Chile, leg. 178. Aquellos impuestos decretados en 1780 y 1805 no se contabilizan en este ejercicio, puesto que no se dispone de las recaudaciones respectivas.

GRÁFICO N.º 32

*Recaudación tributaria en base al comercio santiaguino, promedio anual, 1773-1810* [306]




Elaboración propia con base en AGI, Audiencia de Chile, leg. 364; FCM, Serie 1, vols. 963, 972, 1842, 1853, 1887, 1903, 3090, 3991, 3997, 4021, 4067, 4070; Serie 2, vols. 286-288, 294-295, 301, 665-669, 673-685, 687-689, 691-694, 699, 701, 1823-1824, 1832, 1837, 1842, 1844, 1850, 1855, 1866, 1871, 1878-1879, 1884, 1889, 1895, 1902, 1910, 1921, 3155-3156, 3209-3214, 3216-3217; María Angélica Figueroa, "El derecho de avería en el tráfico comercial de Chile", p. 263; Pinto, S., *Vías...*, *op. cit.*, p. 46; Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, pp. 336-343, 355-356, 387, 412-414; Villalobos y Sagredo, *op. cit.*, pp. 84-87; Martínez Barraza, "Consumo de tabaco...", *op. cit.*, pp. 125 y 144.

[306] El Derecho de Balanza correspondió al pago de medio real por quintal exportado, en Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 39. En cuanto a los tributos para obras públicas (OOPP en Gráfico n.º 32) se incluyen: i) Derecho de Tajamares, que consistió en un peso sobre cada zurrón de azúcar y yerba que entró a Santiago durante 1789-1791 (en ANCH, FCM, Serie 1, vol. 1887; Serie 2, vols. 1884, 1895) y luego de desaprobarse dicho gravamen se restableció en 1794 en un cuartillo de real por quintal de carga que se traía desde Valparaíso, ii) Impuesto del nuevo camino Santiago-Valparaíso, relativo a 4 reales por cada carreta y medio real por cada mula cargadas en tránsito por dicha vía y iii) Pontazgo de Aconcagua o peaje por uso del puente sobre el mencionado río (en Pinto, S., *Vías...*, *op. cit.*, pp. 32 y 43). El diezmo correspondió al 10% del valor de la producción agropecuaria de las haciendas (en Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 235). Mientras que la recaudación por los abastos de Santiago incluyó los propios del Cabildo provenientes del arriendo de las posturas en la Casa de Abastos, la pescadería y la nevería, cuyo monto alcanzó a medio real por día (en AGI, Audiencia de Chile, leg. 364). En tanto, la avería consistió en "medio por ciento sobre el valor de todos los géneros, frutos y efectos comerciables que se extrajeran o introdujeran por mar" (en Figueroa, *op. cit.*, p. 254).

# CONCLUSIONES

Tras el examen de los diversos planos del comercio de Santiago, al momento del cierre de este trabajo, emerge aún con mayor sentido el acento de Vicente Carvallo y Goyeneche respecto a la centralidad de esta actividad en el desempeño económico capitalino del periodo colonial tardío[307]. Aunque, más que mostrar al lector el vaivén de esta actividad en sí misma, la atención sobre el comercio y, sobre todo, en su función de enlace de la oferta y demanda de bienes para el mercado, incluida la distribución de los mismos, se aprovechó como medio para alcanzar los objetivos de esta obra, vale decir, el comercio como observatorio o mirador, más que el fin mismo de investigación, para revelar y valorar ciertos subprocesos presentes en el quehacer económico pasado, los cuales suelen eclipsarse con los grandes relatos historiográficos, vinculados a la alta esfera del comercio y su rol mercantilista en la temprana globalización ya desplegada en aquella época. A diferencia de estas lecturas historiográficas, donde predominan fundamentos basados en factores exógenos, el énfasis en este trabajo sobre los elementos endógenos que impulsaron la dinámica y organización del mercado interno de esta capital y afectaron las condiciones de vida materiales de su población, como procesos subrepticios a la historia convencional, contribuyeron a visualizar una imagen más nítida del real desempeño económico tardío colonial de este espacio.

Bajo este enfoque, la instrumentalización de los flujos y canales legales de comercio identificados a través de un tratamiento renovado de fuentes de naturaleza fiscal y la conciliación permanente de los hallazgos en esta materia con antecedentes adicionales sobre la oferta y demanda de los mercados relacionados, constituyeron recursos metodológicos claves para fundamentar los avances en el conocimiento de esta economía.

Siguiendo esta lógica, la exposición de la magnitud y estructura del comercio exterior chileno llevado a cabo por el eje Santiago-Valparaíso demostró la directa relación entre los sucesivos episodios de la guerra anglo española y el deterioro en el valor de las importaciones de las últimas décadas coloniales. Este primer hallazgo relativiza la noción de crisis que habría provocado al comercio santiaguino la inundación de mercancías derivada de medidas económicas, incluso anteriores al Reglamento de Libre Comercio de 1778, como la adopción de navíos de registro durante el decenio de 1740. Los conflictos bélicos durante el último tercio del siglo XVIII afectaron de preferencia al circuito

[307] Véase el epígrafe de la presente Introducción.

intercontinental de primera venta y también, aunque en menor medida, a la reventa de productos europeos desde los mercados americanos, a diferencia de la moderada estabilidad con que continuó el mayoritario suministro de mercancías regionales. Este desajuste del intercambio ultramarino arrastró consigo la desconfiguración del circuito tradicional de abastecimiento chileno, moviéndose el eje regional de redistribución de enseres europeos desde Lima a Buenos Aires, en especial, durante las dos últimas décadas coloniales. Esto no significó para el comercio de la capital chilena una transición neutral desde una cabecera mercantil a otra, es decir, manteniendo su tradicional subordinación a los mercados externos, por el contrario, los mercaderes de esta plaza aprovecharon tanto la contingencia bélica como también su posición estratégica para ampliar sus mercados de venta, conectando ambos virreinatos vecinos, a través de la creciente reexportación de productos importados. Lejos de un escenario regional mercantil en proceso de desintegración, esta gradual reconfiguración del comercio exterior chileno fue compatible con una serie de antecedentes contemporáneos que la avalaron: i) por un lado, la ininterrumpida relación de intercambio de la capital chilena con los mercados del Pacífico, en especial, con Lima y el norte del aquel virreinato, lo que se tradujo en ii) el impulso permanente sobre las distintas actividades de transportes en directa relación con el ascendente tráfico portuario de Valparaíso y, por otro, iii) la creciente integración mercantil de las provincias interiores del Río de La Plata con el Pacífico, que convirtió a Santiago en el principal socio y gestor comercial de esta parte del virreinato, promoviendo, de igual modo iv) la intensificación de servicios de transportes que unieron el espacio rioplatense con la capital chilena, tras el cruce por cordillera.

Esta sostenida actividad del comercio regional, a diferencia de la interrumpida relación con Europa, se tradujo en un habitual déficit contable de la balanza comercial chilena, en general, y del mercado santiaguino, en particular. No obstante, la cancelación de esta diferencia por el mayor valor de las importaciones sobre las exportaciones no debió traducirse solo en una crisis permanente de los medios de pago, ya que fue incompatible con el consumo o la absorción de los productos que año tras año ingresaron al espacio capitalino.

Es necesario entonces incorporar elementos extras para completar esta ecuación. El primero de ellos, aunque indeterminado, pero no menos cierto, fue el atesoramiento de dinero en manos de agentes privados, cuya estrecha relación con redes crediticias informales contribuyó a ampliar la masa monetaria. Sin embargo, pudo no ser el único factor en juego. Surgen, a raíz de la evidencia empírica, dos elementos adicionales: i) la posición favorable que alcanzó Santiago a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX sobre los mercados regionales, en especial, respecto a Lima, durante todo el período colonial la economía dominante, y algunos mercados del interior rioplatense, lo que permitió generar nuevas divisas en el exterior para financiar parte de las internaciones y ii) la alta absorción de la oferta importada por parte del

mercado consumidor local, como resultado de la creciente monetización de los medios de pago de su población, a raíz de la progresiva inserción de trabajadores libres al mercado laboral, impulsada por la sostenida inversión en obras públicas que mejoró la infraestructura capitalina durante las últimas cinco décadas coloniales. De ese modo, pudo conciliarse el proceso económico relativo al flujo de mercancías importadas.

Los movimientos agregados del comercio externo se correlacionaron de forma estrecha con los cambios en la estructura de los agentes que lo conformaron. En promedio a lo largo de estas décadas, pese a los vaivenes, esta actividad se sostuvo con una presencia superior a los 400 intermediarios al año, lo que da cuenta de su baja concentración, a diferencia del escenario posindependentista chileno, que fue dominado por una cuantía menor de casas comerciales, la mayor parte británicas y norteamericanas. Además, se constató el creciente protagonismo del Río de La Plata hacia fines del periodo colonial, sumándose al elevado número de intermediarios por aquellas rutas cordilleranas, en desmedro de la vía marítima, centenares de arrieros y actores vinculados al transporte de todo tipo de mercancías y otros servicios auxiliares. Esta reorientación comercial de los agentes estuvo marcada por dos subprocesos: i) uno de tipo habitual, protagonizado por el mayor número de comerciantes de mediana y pequeña envergadura, quienes pese a sufrir ciertos desajustes, tras los conflictos bélicos, continuaron contribuyendo con poco menos de la mitad de los valores importados, sobre todo en el giro de alcance regional y ii) otro novedoso, llevado a cabo por la generación de recambio del alto comercio santiaguino surgido durante 1780-1790, cuya intermediación no solo superó en valor al grupo de mercaderes de "viejo cuño", consolidado en décadas previas, sino que también produjo ajustes a la configuración espacial de los negocios, ganando participación en los mercados regionales y trasladando el eje de las operaciones intercontinentales desde Lima a Buenos Aires[308].

Desde el punto de vista de la trayectoria y, sobre todo, de la estructura del comercio exterior, se identificaron dos elementos por lo común vinculados a la modernidad, los cuales, a la luz del prisma liberal que habría significado la ruptura del régimen colonial, se han destacado como propios de la naciente era republicana[309]. En primer lugar, la alta valoración de las operaciones portuarias en Valparaíso, cuyo acento ha ensombrecido el creciente desempeño de los servicios navieros de las últimas décadas del siglo XVIII, no solo por la

[308] Como hipótesis alternativa, sería interesante evaluar el impacto sobre esta nueva orientación mercantil que tuvo el reordenamiento de las comunicaciones imperiales en el cono sur americano, a partir de la reforma al sistema de correos de fines de 1760, cuando se trasladó el centro de operaciones desde Lima a Buenos Aires, mejorando las redes de información de este último espacio y la metrópolis con Santiago (en José Araneda, *Un gobierno de papel. El correo y sus rutas de comunicación en tiempos de la reforma imperial en Chile (1764-1796)*, pp. 86-94).

[309] Salazar, "Dialéctica...", *op. cit.*, p. 23; Cavieres, "Estructura...", *op. cit.*; Luis Ortega, "Valparaíso: comercio exterior y crecimiento urbano entre 1800 y 1880".

mantención, pese a la sucesiva beligerancia imperial, del mayoritario comercio con Perú, sino también por el ascendente tráfico con el mercado bonaerense, a través del Cabo de Hornos, desde inicios de 1800. Vista esta reconfiguración del intercambio marítimo y terrestre a través de los cambios en la estructura de los actores surgió el segundo elemento: el protagonismo que tuvieron en esta reorientación mercantil, tres décadas antes de la ruptura colonial con la metrópolis, los pequeños y medianos estratos de esta actividad, en conjunto, a la renovada élite mercantil de Santiago, cuyo emprendimiento matiza el rol preponderante que se ha asignado en el proceso modernizador a los nuevos actores británicos y norteamericanos que brotaron tras la Independencia[310].

Desde la perspectiva de las mercancías, el mercado chileno y, junto a él, el santiaguino, pasó desde una posición importadora de insumos en la década de 1770 a otra donde predominaron los bienes de uso final en el último decenio colonial, en congruencia a la deteriorada provisión europea producto de las guerras.

Tres cuartas partes del valor de las mercancías americanas importadas correspondieron a bienes de consumo final (azúcar, yerba mate, tabaco), mientras que el resto lo constituyeron insumos, en su mayoría, para la confección de vestuario (tocuyos, ropa para la tierra y tintes). Esta provisión convirtió a Santiago en un atractivo mercado consumidor para los virreinatos vecinos a lo largo de estas décadas, puesto que su valor fue significativo, en términos de la proporción que tuvo en la canasta exportable de los mercados productores. Como se dijo, esta red de abastecimiento de mediano alcance no solo permitió proveer a los consumidores de Chile, y en especial a los de su capital, sino que también expandir en un sentido y otro las operaciones de reexportación. A nivel de productos, esta creciente reventa de bienes importados se compuso, en dirección Pacífico, de yerba mate y, en menor medida, de bienes para la vivienda (plumeros, clavazón, y papel), además de textiles y prendas de vestir de origen americano y europeo. Mientras que, en dirección al Río de La Plata, de preferencia se reexportó azúcar, añil y cacao, entre otras mercancías de menor cuantía como tocuyos y sombreros, todas de origen regional. A la luz de esta evidencia, lejos de obstaculizar el desempeño mercantil, la ubicación geográfica de Santiago fue aprovechada por sus agentes para posicionarse como protagonistas en la intermediación de mercancías de todo origen a los mercados regionales en los albores de la Independencia.

La provisión europea, en contraste, se compuso en su mayoría de bienes intermedios de alto valor para la confección de vestuario y géneros de vivien-

[310] Carmagnani, *Los mecanismos...*, *op. cit.*, p. 321; Cavieres, "Estructura...", *op. cit.*; John Mayo, "The British Community in Chile Before the Nitrate Age"; John Mayo, "British Merchants in Chile and on Mexico's West Coast in the Mid-Nineteenth Century: The Age of Isolation". Aunque, el comercio de mercancías locales siguió estando en manos de comerciantes chilenos después de la Independencia, ya que el rol de las casas británicas y norteamericanas se restringió al comercio exterior (en Llorca Jaña, "The organisation...", *op. cit.*).

da (gran variedad de textiles, además de metales ferrosos), mientras que la menor proporción correspondió a menajes y enseres de uso final. En términos globales, pese a la baja contribución del número de habitantes chilenos (3,5%) y santiaguinos (<1%) sobre el total de la población hispanoamericana, la proporción de este abastecimiento superó el 5% del valor total exportado desde los puertos españoles hacia Hispanoamérica a fines del siglo XVIII, lo que sugiere un alto consumo del estrato capitalino menos numeroso y con mayor riqueza, dado el alto precio relativo que tuvieron estas mercancías[311].

Respecto de los envíos al exterior, en líneas generales se corroboró el predominio en la matriz exportable del Obispado/Intendencia de Santiago de las actividades agrícolas (trigo), pecuarias (sebo) y mineras (cobre). Sin embargo, al desagregar la estructura de esta oferta se advirtieron ciertos matices, en comparación a la imagen proyectada por la historiografía del siglo XX, destacando una serie de productos de diversa naturaleza y manufactura en las partidas exportables. Salvo por el cobre, que se envió a España, el principal socio comercial chileno fue Lima, destino de la mayor parte de las exportaciones no cupríferas hasta fines del periodo colonial.

A nivel interno, la exposición de los valores del comercio mayorista local reveló un alza sostenida de la intermediación de productos chilenos en el transcurso de las décadas revisadas, muy vinculada al ritmo de la producción agropecuaria, a diferencia de la tendencia a la estabilidad que presentaron las operaciones externas. A escala trimestral, la marcada estacionalidad de esta actividad, reflejo del ciclo productivo rural, demostró no solo la condición de una sociedad de base agraria, pre industrial, sino también su prolongación al sector exportador, a través del movimiento naviero de Valparaíso y el transporte ligado. Tales resultados matizan la noción sobre la falta de estímulos internos en el desempeño económico chileno, debido a la absoluta subordinación a factores externos.

En términos de las mercancías que incluyó el comercio local con destino a Santiago, su composición a lo largo de estas décadas se resumió en diez productos, la mayoría insumos para la elaboración de otros bienes: ganados bovino y ovino, cordobanes, grasas y charquis, harina, sebo, cortes de bayeta, cobre y ponchos, rebozos y mantas, los cuales alcanzaron alrededor de 90% del valor de esta oferta. El abastecimiento regular de estas mercancías reveló dos elementos estructurales de la economía capitalina, ambos ensombrecidos por la historia de los movimientos agregados del comercio, sobre todo externo: i) el predominio de la actividad pecuaria y sus ramas asociadas, a diferencia del mayor peso de la agricultura y la minería en el sector exportador y ii) el fuerte lazo entre campo y ciudad al interior del distrito de Santiago, visualizado a través de una indeterminada red de obrajes urbanos conectados al mundo

[311] Para fines del siglo XVIII se estima una población total de alrededor de 15 millones de habitantes para toda Hispanoamérica, según Mario Hernández, "La población hispanoamericana y su distribución social en el siglo XVIII", p. 133.

rural por medio de la intermediación comercial de materias primas, lo que demuestra el carácter propio de esta economía, respecto de la sobrevaloración de los estímulos externos.

La estructuración de este mercado interno se corroboró además mediante la contabilidad de los agentes y transacciones que formaron parte del comercio mayorista local santiaguino, entre los cuales se contaron, en promedio por año, alrededor de 350 individuos y 1100 operaciones para la primera década en revisión, cuyo valor fue inferior a los decenios posteriores. Tal evidencia, más aquella referida al papel central de la hacienda en la producción de los géneros circulantes en esta actividad, dieron cuenta de la autonomía de la jurisdicción capitalina, en cuanto al abastecimiento de mercaderías locales.

La articulación de los sectores productivos rurales con los intermediarios mayoristas y obrajes urbanos, más la evidencia de casi un millar de establecimientos dedicados al comercio minorista, agrupados en siete segmentos formales, para servir a una población que osciló entre 40 y 60 mil habitantes en la capital y sus alrededores durante esas décadas, no hizo más que ratificar el activo papel de los consumidores en el proceso económico, a través de su demanda por bienes de mercado y gasto asociado. La "coagulación espacial" de estos lugares de comercio, que también se verificó en el despliegue territorial de los puntos de ventas al detalle en haciendas y la distribución urbana-rural de los estanquillos de tabaco, dio cuenta de una evidencia extra: la alta frecuencia de compra del consumidor capitalino, cuya absorción fomentó a los sectores productivos y de servicios asociados, reimpulsando el proceso económico y, por ende, ejerciendo un rol central en la estructuración de la economía interna de Santiago. Esta función dinamizadora se comprobó también en el ascenso sostenido de la recaudación tributación con base en el comercio, pero que en definitiva pagaron los consumidores mediante sus compras, lo que confirmó, no solo la eficacia recaudatoria de la reformada Real Hacienda de Chile, sino que además el creciente vínculo entre el mercado laboral y de bienes, conectados por el uso de la moneda como medio de pago e intercambio.

El examen a la oferta disponible de mercancías de todo origen, por su parte, corroboró la doble integración del comercio capitalino; entre ciudad y *hinterland* y con los circuitos mercantiles de mediano y largo alcance, ratificando la imposibilidad de sostener la imagen de una economía en permanente crisis por falta de moneda o medios de pago. Por cierto, en este contexto, sobre todo en el plano comercial interno, no solo participaron hombres, sino que también un acotado, pero habitual número de mujeres, lo que muestra las raíces coloniales de la incidencia femenina en el mercado laboral chileno. Sobre todo, en posiciones con un alto grado de emprendimiento, tal como se verificó en haciendas, pulperías y bodegones[312].

[312] Así también lo estiman Manuel Llorca Jaña *et al*., "Women Agrarian Entrepreneurs And Gender Inequality In The Chilean Rural Sector After Independence From Spain, 1830s-1860s",

Las consecuencias de esta bien estructurada y regular operación de circuitos de oferta local e importada sobre el consumo aparente de la población hacia fines del periodo colonial fueron significativas. Tales resultados, que también se contrastaron con diversas fuentes alternativas, demostraron que la dieta aparente de los habitantes en la capital si bien, tuvo una alta proporción local de pan (trigo) y carne (bovino y ovino), similar al contexto hispanoamericano, también incluyó una importante fracción de calorías importadas en forma de azúcar y yerba mate, además de una indeterminada, pero no menor, provisión de víveres y alcoholes espirituosos provistos desde el *hinterland* santiaguino. Todo lo cual significó una ingesta nutricional superior al nivel de subsistencia, consensuado en alrededor de dos mil calorías al día, y balanceada por el indeterminado, pero no menos cierto, aporte vegetal. El consumo también significativo y generalizado de tabacos dio cuenta, en definitiva, no solo de una sociedad bien alimentada, sino que además en pleno ejercicio de satisfacción de requerimientos superiores, relativos con la sociabilidad y recreación.

Al destacado consumo aparente de alimentos y tabaco, se sumaron los crecientes volúmenes de insumos y bienes para vestuario, de origen nacional y americano, destinados a la indumentaria de los estratos más populares, y de mercancías locales para la implementación de la vivienda. Todo lo cual era alcanzable para el universo de la población económicamente activa, considerando que el costo de la canasta alimenticia local, más el aporte de azúcar, tabaco y yerba mate, osciló en torno a la mitad del salario promedio mínimo contemporáneo, relativo al trabajador urbano menos calificado. Al agregar la evidencia de que una alta proporción del consumo de los hogares no se produjo en el ámbito doméstico, debido al despliegue del comercio detallista, se ratifica el papel impulsor de esta sociedad mediante su gasto en la economía, propio de un escenario donde ya era predominante el régimen de trabajo libre y asalariado, sobre todo, desde el último tercio del siglo XVIII.

Por medio de una mayor variedad de parámetros que los que se utilizan para medir estándares de vida e inserción de las sociedades preindustriales en el proceso de modernización del consumo a nivel mundial, se establece que la posición material que alcanzó la población de Santiago a fines del periodo colonial, en especial sus estratos menos enriquecidos, fue muy superior a la miserable condición con que se ha caracterizado en la historiografía del siglo XX[313]. Esto, sin considerar el papel del contrabando y la economía informal de la época, cuya incidencia, aunque desconocida, elevaría los estándares de consumo expuestos en este trabajo.

---

al evaluar la desigualdad de género a partir de información de los primeros catastros agrícolas chilenos de las primeras décadas que siguieron a la Independencia.

[313] Un parámetro habitual para rastrear la conducta moderna del consumidor de una determinada población en el pasado es el nivel de consumo de productos de circulación mundial como azúcar, tabacos, licores e infusiones (café y té) (en De Vries, *La Revolución...*, *op. cit.*, pp. 153-223; Dobado-González, *op. cit.*).

Dado que, en general, la historiografía chilena ha asociado la época de la Independencia con el inicio del proceso modernizador, los hallazgos presentados en esta obra obligan a repensar los fundamentos económicos de tales interpretaciones en la medida que ciertos rasgos asociados a la modernidad, evidenciados en las altas esferas del ámbito mercantil, pero también a ras de suelo en la conducta de los consumidores, habrían estado presentes en la estructuración e incidido en el desempeño de la economía santiaguina, al menos, cuatro décadas antes de la fragmentación del imperio español.

Pensar la Independencia chilena como el fin de las dificultades para alcanzar un estadio económico superior producto de la eliminación de las restricciones impuestas por el mercantilismo metropolitano, por tanto, significa limitarse a una historia sesgada por ideas preconcebidas, alejada de la verdad de nuestro pasado, cuyas aristas y complejidades admiten más de una interpretación.

# FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA


## I. Fuentes

### *Inéditas*

Audiencia de Chile, Archivo General de Indias.

Fondo Capitanía General, Archivo Nacional de Chile.

Fondo Contaduría Mayor, Series 1 y 2, Archivo Nacional de Chile.

Fondo Hospital San Francisco de Borja, Serie Estados Financieros, Archivo Nacional de Chile.

Fondo Real Audiencia, Archivo Nacional de Chile.

Sala XIII, Mendoza, Archivo General de la Nación Argentina.

### *Impresas*

Carvallo y Goyeneche, Vicente, *Descripción histórico geográfica del reino de Chile. Segunda parte en que se presenta su descripción general y particular*, *Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1876, tomo X.

Universidad de Chile, *Escritos de Don Manuel de Salas y documentos relativos a él y a su familia*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1910, tomo I.

## II. Artículos

Acemoglú, Daron, Simon Johnson *et al*., "Reversal of fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution", in *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 117, n.º 4, Oxford, 2002.

Allen, Robert C., "The Great Divergence in European Wages and Prices from the Middle Ages to the First World War", in *Explorations in Economic History*, vol. 38, issue 4, Amsterdam, 2001.

Allen, Robert C., "Agricultural productivity and rural incomes in England and the Yangtze Delta, c.1620–c.1820", in *The Economic History Review*, vol. 62, n.º 3, New Jersey, 2009.

Allen, Robert C., Tommy E. Murphy *et al*., "The Colonial Origins of the Divergence in the Americas: A Labor Market Approach", in *The Journal of Economic History*, vol. 72, issue 4, Irvine, CA, 2012.

Aránguiz, Horacio, "Notas para el estudio de la Hacienda de la Calera de Tango. 1685-1783", en *Historia*, n.º 6, Santiago, 1967.

Areces, Nidia, "La historia regional y la historia económica en la historiografía argentina de las etapas coloniales durante los últimos veinte años. A modo de balance y hacia una agenda renovada", en Jorge Gelman (coord.), *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*, Buenos Aires, Prometeo, 1996.

Arroyo, Leticia, Elwyn Davies *et al*., "Between conquest and independence: Real wages and demographic change in Spanish America, 1530-1820", in *Explorations in Economic History*, vol. 49, issue 2, Amsterdam, 2012.

Arroyo, Leticia & Jan Luiten van Zanden, "Growth under Extractive Institutions? Latin American Per Capita

GDP in Colonial Times", in *The Journal of Economic History*, vol. 76, issue 4, Irvine, CA, 2016.

Assadourian, Carlos Sempat y Silvia Palomeque, "Las relaciones mercantiles de Córdoba, 1800-1830. Desarticulación y desmonetización del mercado interno colonial en el nacimiento del espacio económico nacional", en María Alejandra Irigoin y Roberto Schmit (eds.), *La desintegración de la economía colonial*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003.

Aymard, Maurice, "Para la historia de la alimentación: algunas observaciones de método", en Enriqueta Quiroz (comp.), *Consumo e historia. Una antología*, México, DF, Instituto Mora, 2009.

Bandieri, Susana, "La historia en perspectiva regional. Aportes conceptuales y avances empíricos", en *Revista de Historia Americana y Argentina*, vol. 52, n.º 1, Mendoza, 2017.

Betancourt, Francisco, "Negocios privados apoyados por la autoridad. La competencia comercial Callao-Valparaíso: una acusación en 1804", en *Historia*, n.º 51, vol. 2, Santiago, 2018.

Betancourt, Francisco, "Una red de comerciantes vascos en Chile a inicios del siglo XIX. El caso de José Antonio Ezeiza, 1806-1811", en Eduardo Cavieres y Juan Cáceres (eds.), *Lecturas y (re)lecturas en Historia Colonial*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso de la Universidad Católica de Valparaíso, 2011.

Bravo, Guillermo, "La empresa agrícola jesuita en Chile Colonial", en Gonzalo Izquierdo (ed.), *Agricultura, trabajo y sociedad en América Hispánica*, Santiago, Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos. n.º 3, 1989.

Cáceres, Juan, "Los comerciantes de Colchagua, redes de familia, política y clientela, 1750-1830", en Julio Retamal (coord.), *Estudios Coloniales III*, Santiago, Centro de Estudios Coloniales Universidad Nacional Andrés Bello, 2004.

Cárdenas, Mario, "Comerciantes españoles durante la Independencia", en *Revista de Humanidades*, n.º 5, Santiago, 1999.

Carmagnani, Marcello, "La oposición a los tributos en la segunda mitad del siglo XVIII", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n.º 129, Santiago, 1961.

Carmagnani, Marcello, "Colonial Latin American Demography: Growth of Chilean Population, 1700–1830", in *Journal of Social History*, vol. 1, issue 2, Oxford, 1967.

Carmagnani, Marcello y Herbert S. Klein, "Demografía Histórica: La Población del Obispado de Santiago 1777-1778", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n.º 72, 1965.

Carrera, Manuel, "The Evolution of Weights and Measures in New Spain", in *The Hispanic American Historical Review*, vol. 29, n.º 1, Durham, NC, 1949.

Castillero-Calvo, Alfredo, "Niveles de vida y cambios de dieta a fines del periodo colonial en América", en *Anuario de Estudios Americanos*, n.º 44, Madrid, 1987.

Cavieres, Eduardo, "Estructura y funcionamiento de las sociedades comerciales de Valparaíso durante el siglo XIX (1820-1880)", en *Cuadernos de Historia*, n.º 4, Santiago, 1984.

Cavieres, Eduardo, "Trigo y crédito en la formación del comercio regional. Aconcagua en la segunda mitad del siglo XVIII", en *Cuadernos de Historia*, n.º 12, Santiago, 1992.

Cavieres, Eduardo, "Del comercio y de un comerciante del siglo XVIII. Los

finos límites entre la privacidad y la sociabilidad", en Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri (dirs.), *Historia de la Vida Privada en Chile. El Chile tradicional: De la Conquista a 1840*, Santiago, Taurus, 2005, tomo 1.

Chaves, María Eugenia, "Artesanos, pulperos y regatones: notas para el estudio de los sectores subalternos de Guayaquil a fines de la Colonia", en *ProcesoS, Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 18, Quito, 2002.

Comadrán, Jorge, "La población de la ciudad de Catamarca y su jurisdicción al crearse el virreinato", en *Revista de Historia Americana y Argentina*, año 2, núms. 3 y 4, Mendoza, 1959.

Couyoumdjian, Ricardo, "Los magnates chilenos del siglo XVIII", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n.º 136, Santiago, 1968.

Cruz, Isabel, "Seducciones de lo íntimo, persuasiones de lo público. El lenguaje del vestido en Chile (1650-1820)" en Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri (dirs.), *Historia de la Vida Privada en Chile. El Chile tradicional. De la Conquista a 1840*, Santiago, Taurus, 2005, tomo 1.

Cussen, Celia *et al*., "The Dynamics and Determinants of Slave Prices in an Urban Setting: Santiago de Chile, c. 1773-1822", en *Revista de Historia Económica/Journal of Iberian and Latin American Economic History*, vol. 34, issue 3, Cambridge, 2016.

De Ramón, Armando, "Mercaderes en Lima, Santiago de Chile y Buenos Aires, 1681-1696", en *Historia Urbana. Una Metodología Aplicada*, Buenos Aires, CLACSO-SIAP, 1978.

De Ramón, Armando y José Manuel Larraín, "En torno a los precios, a la actual historia de los precios y a una majadería intelectual", en *nueva historia Revista de Historia de Chile*, año 3, n.º 11, Londres, 1984.

De Vries, Jan, "Between Purchasing Power and the World of Goods: Understanding the Household Economy in Early Modem Europe", in John Brewer and Roy Porter (eds.), *Consumption and the World of Goods*, Londres, 1993.

De Vries, Jan, "The industrial revolution and the industrious revolution", in *The Journal of Economic History*, vol. 54, issue 2, Irvine, CA, 1994.

Djenderedjian, Julio y Juan Luis Martirén, "Los aforos de alcabalas como fuente útil para el estudio de los precios en el Río de la Plata: metodología e interpretación sobre su evolución en la etapa virreinal (1782-1810)", en *Folia Histórica del Nordeste*, Resistencia, Chaco, n.º 26, 2016.

Dobado-González, Rafael, "Pre-Independence Spanish Americans: Poor, Short and Unequal... or the Opposite?", en *Revista de Historia Económica, Journal of Iberian and Latin American Economic History*, vol. 33, n.º 1, Cambridge, 2015.

Dobado-González, Rafael & Héctor García-Montero, "Neither So Low nor So Short: Wages and Heights in Bourbon Spanish America from an International Comparative Perspective", in *Journal of Latin American Studies*, vol. 46, issue 2, Cambridge, 2014.

Engerman, Stanley L. & Kenneth L. Sokoloff, "Factor endowments, inequality, and paths of development among new world economies", in *NBER Working Paper Series*, 9259, Cambridge, MA, 2002.

Figueroa, María Angélica, "El derecho de avería en el tráfico comercial de Chile", en *Revista Chilena de Historia del Derecho*, n.º 4, Santiago, 1965.

Flandrin, Jean Louis, "Historia de la alimentación: Por una ampliación de las perspectivas", en *Manuscrits: Revista d'història moderna*, n.º 6, Barcelona, 1987.

Gálvez, María Ángeles, "La fiscalidad y el mercado interno colonial en la historiografía americanista", en *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 55, n.º 2, Madrid, 1998.

Garavaglia, Juan Carlos, "El mercado interno colonial a fines del siglo XVIII: México y el Perú", en Heraclio Bonilla (ed.), *El sistema colonial en la América española*, Barcelona, Crítica, 1991.

Garavaglia, Juan Carlos, "De la carne al cuero. Los mercados para los productos pecuarios (Buenos Aires y su campaña, 1700-1825)", en *Anuario del IEHS*, n.º 9, Tandil, 1994.

Garavaglia, Juan Carlos y Juan Carlos Grosso, "La región de Puebla/Tlaxcala en la Nueva España del siglo XVIII", en *Historia Mexicana*, vol. 35, n.º 4, México, DF, 1986.

Gilboy, Elizabeth W., "The Cost of Living and Real Wages in Eighteenth Century England", in *The Review of Economics and Statistics*, vol. 18, n.º 3, Cambridge, 1936.

Hernández, Mario, "La población hispanoamericana y su distribución social en el siglo XVIII", en *Revista de estudios políticos*, n.º 78, Madrid, 1954.

Ibarra, Antonio, "La organización regional del mercado interno colonial novohispano: la economía de Guadalajara, 1770-1804", en *Anuario del IEHS*, n.º 9, Tandil, 1994.

Ibarra, Antonio, "Mercado urbano y mercado regional en Guadalajara, 1790-1811: tendencias cuantitativas de la renta de alcabalas", en Jorge Silva Riquer, Juan Carlos Grosso y Carmen Yuste (comps.), *Circuitos mercantiles y Mercados en Latinoamérica. Siglos XVIII-XIX*, México, DF, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1995.

Ibarra, Antonio, "El mundo en una nuez: de Calcuta y Cantón a Buenos Aires en una época de guerra. La introducción de efectos asiáticos en los mercados suramericanos, 1805-1807", en *Revista de Historia Económica/ Journal of Iberian and Latin American Economic History*, Cambridge, 2019.

Jeffs, José, "Chile en el macrocircuito de la yerba mate. Auge y caída de un producto típico del Cono Sur americano", en *RIVAR*, vol. 4, n.º. 11, Santiago, 2017.

Kuznets, Simon, "Economic growth and income inequality", in *The American Economic Review*, vol. 45, n.º1, Nashville, TN, 1955.

Lacoste, Pablo, "Instalaciones y equipamiento vitivinícola en el Reino de Chile. Vasijas, pipas, lagares (Siglo XVIII)", en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 10, n.º 1, Santiago, 2006.

Lacoste, Pablo, "El arriero y el transporte terrestre en el cono sur (Mendoza, 1780-1800)", en *Revista de Indias*, vol. 68, n.º 244, Madrid, 2008.

Lemeunier, Guy, "Geografía de la cera en España y Francia, 1750-1850", en *Investigaciones de Historia Económica*, vol. 7, n.º 2, Madrid, 2011.

Llorca Jaña, Manuel, "The organisation of British textile exports to the River Plate and Chile: Merchant houses in operation, c. 1810-59", in *Business History*, vol. 53, issue 6, London, 2011.

Llorca Jaña, Manuel & Juan Navarrete Montalvo, "The real wages and living conditions of construction workers in Santiago de Chile during the later

colonial period, 1788-1808", en *Investigaciones de Historia Económica*, vol. 11, issue 2, Madrid, 2015.

Llorca Jaña, Manuel *et al*., "La agricultura y la élite agraria chilena a través de los catastros agrícolas, c. 1830-1855", en *Historia*, n.º 50, vol. 2, Santiago, 2017.

Llorca Jaña, Manuel *et al*., "Height in eighteenth-century Chilean men: Evidence from military records, 1730-1800s", in *Economics and Human Biology*, vol. 29, issue C, Holanda, 2018.

Llorca Jaña, Manuel *et al*., "Women Agrarian Entrepreneurs And Gender Inequality In The Chilean Rural Sector After Independence From Spain, 1830s-1860s", en *Historia*, n.º 53, vol. 1, Santiago, 2020.

López de Albornoz, Cristina, "Tiempos de cambio: producción y comercio en Tucumán (1770-1820)", en *Andes*, n.º 13, Salta, 2002.

Lynch, John, "Los Orígenes de la Independencia", en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1991, vol. 5.

Marichal, Carlos, "La historiografía económica reciente sobre el México borbónico: los estudios de comercio y las finanzas virreinales, 1760-1820", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, n.º 2, Buenos Aires, 1990.

Martínez Barraza, Juan José, "Consumo de tabaco en Santiago de Chile durante el periodo tardío colonial e inicios de la era republicana", en *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural,* vol. 76, Murcia, 2018.

Martínez Barraza, Juan José, "Consumo y comercio de carnes en el corregimiento de Santiago, 1773-1778", en *Historia*, n.º 51, vol. 2, Santiago, 2018.

Martínez Barraza, Juan José, "Comercio de mercancías locales en Santiago de Chile, 1773-1778", en *Revista de Historia Económica, Journal of Iberian and Latin American Economic History*, FirstView, Cambridge, 2019.

Martínez Barraza, Juan José, "Comercio minorista de Santiago de Chile a fines del siglo XVIII", en *Perfiles Económicos*, n.º 10, Viña del Mar, 2021.

Matta, Enrique, "Cómo el Cabildo de Santiago evitó un acaparamiento de artículos de primera necesidad en 1550", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, año 12, tomo 43, n.º 47, Santiago, 1922.

Mayo, John, "The British Community in Chile Before the Nitrate Age", en *Historia*, n.º 22, Santiago, 1987.

Mayo, John, "British Merchants in Chile and on Mexico's West Coast in the Mid-Nineteenth Century: The Age of Isolation", en *Historia*, n.º 26, Santiago, 1991-1992.

Mexicano, César, "Negocios urbanos en Lima: Pulperías, cajones y panaderías 1750-1820 (Una aproximación a su estudio)", en *Investigaciones Sociales*, vol. 5, n.º 7, Lima, 2001.

Moreno, Alejandra, "Economía regional y urbanización: ciudades y regiones en Nueva España", en Jorge Silva Riquer y Jesús López (coords.), *Mercado interno en México. Siglos XVIII-XIX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1998.

Moreno, Nathalie, "Circulación de efectos de Castilla en el Virreinato de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII", en *Fronteras de la Historia*, vol. 18, n.º 1, Bogotá, 2013.

Müller, Klaus, "Comercio interno y economía regional en Hispanoamérica colonial. Aproximación cuantitativa a la historia económica de San Miguel

de Tucumán, 1784-1809", en *Jahrbuch fur geschichte von staat, wirtschaft und gesellschat lateinamerikas*, vol. 24, Köln, 1987.

Muñoz, Juan Guillermo, "Viñas en la traza de Santiago del Nuevo Extremo y chacras colindantes (Siglos XVI-XVII)", en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 10, n.º 1, Santiago, 2006.

O'Brien, Patrick, "European Economic Development: The Contribution of the Periphery", in *The Economic History Review*, vol. 35, n.º1, Glasgow, 1982.

O'Brien, Patrick, "The Global Economic History of European Expansion Overseas", in Victor Bulmer-Thomas, John H. Coatsworth *et al.*, *The Cambridge Economic History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, vol. 1.

Ortega, Luis, "Valparaíso: comercio exterior y crecimiento urbano entre 1800 y 1880", en Instituto de Historia (ed.), Valparaíso 1536-1986, Valparaíso, Universidad Católica, 1987.

Pacheco, Germán, "El comercio colonial americano del añil: Guatemala y Venezuela, 1774-1810", en *Boletín Americanista*, año 62, n.º 61, Barcelona, 2010.

Palomeque, Silvia, "Loja en el Mercado Interno Colonial", en *Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social (HISLA)*, n.º 2, Lima, 1983.

Palomeque, Silvia, "La circulación mercantil en las provincias del interior", en *Anuario del IEHS*, n.º 4, Tandil, 1989.

Palomeque, Silvia, "Circuitos mercantiles de San Juan, Mendoza y San Luis. Relaciones con el 'interior argentino', Chile y Perú (1800-1810)", en *Anuario del IEHS*, n.º 21, Tandil, 2006.

Pérez Samper, María de los Ángeles, "La historia de la historia de la alimentación", en *Chronica Nova*, n.º 35, Granada, 2009.

Pescador, Juan Javier y Gustavo Garza, "La caja y general depósito del reino: la concentración comercial en la ciudad de México a fines de la colonia, 1770-1790", en *Secuencia*, n.º 24, México, DF, 1992.

Punta, Ana Inés, "Las importaciones de Córdoba entre 1783-1800 según los registros de alcabalas", en *Andes*, n.º 12, Salta, 2001.

Punta, Ana Inés, "El comercio de Córdoba a finales del siglo XVIII. Un análisis cuantitativo de las exportaciones legales", en *Anuario de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Córdoba*, vol. 3, n.º 3, Córdoba, 2003.

Quiroz, Enriqueta, "Mercado urbano y demanda alimentaria, 1790-1800", en Manuel Miño (coord.), *"La Población de la Ciudad de México en 1790". Estructura social, alimentación y vivienda*, México, DF, UAM, 2004.

Quiroz, Enriqueta, "Salarios y condiciones de vida en Santiago de Chile, 1785-1805", en Enriqueta Quiroz y Diana Bonnet (coords.), *Condiciones de vida y trabajo en la América Colonial: Legislación, prácticas laborales y sistemas salariales*, Bogotá, Universidad de Los Andes, 2009.

Quiroz, Enriqueta, "Variaciones monetarias, impulso urbano y salarios en Santiago en la segunda mitad del siglo XVIII", en *Historia*, n.º 45, vol. 1, Santiago, 2012.

Ramírez Necochea, Hernán, "Antecedentes económicos de la Independencia de Chile", en Julio Pinto (ed.), *Obras escogidas*, Santiago, Lom Ediciones, 2007, vol. III.

Rector, John, "El impacto económico de la Independencia en América Latina: el caso de Chile", en *Historia*, n.º 20, Santiago, 1985.

Rojas, Beatriz, "Comercio y actividad económica en Aguascalientes: 1780-1810", en Jorge Silva Riquer (coord.), *Los mercados regionales de México en los siglos XVIII y XIX*, México, DF, Instituto Mora, 2003.

Romano, Ruggiero, "Una Economía Colonial: Chile en el Siglo XVIII", en *Annales (ESC)*, vol. 15, n.º 2, Paris, 1960.

Romano, Ruggiero, "Fundamentos del funcionamiento del sistema económico colonial", en Heraclio Bonilla (ed.), *El sistema colonial en la América española*, Barcelona, Crítica, 1991.

Rosal, Miguel Ángel, "Transporte terrestre y circulación de mercancías en el espacio rioplatense (1781-1811)", en *Anuario del IEHS*, vol. 3, Tandil, 1988.

Ruiz, Carlos, "Mucho y muy buen vino. Producción vitivinícola en la zona norte de Santiago (Siglos XVI-XVIII)", en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 10, n.º 1, Santiago, 2006.

Salazar, Gabriel, "Dialéctica de la modernización mercantil: intercambio desigual, coacción, claudicación (Chile como *west coast*, 1817-1843)", en *Cuadernos de Historia*, n.º 14, Santiago, 1994.

Salinas, René, "Raciones alimenticias", en *Historia*, n.º 12, Santiago, 1974.

Salinas, René, "Población, habitación e intimidad en el Chile tradicional", en Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri (dirs.), *Historia de la Vida Privada en Chile. El Chile tradicional. De la Conquista a 1840*, Santiago, Taurus, 2005, tomo 1.

Sánchez, Ernest, "Fiscalidad, administración y territorio. La renta de alcabalas en el tránsito de la Colonia a la Independencia (1754-1838)", en *Historias*, n.º 58, México, DF, 2004.

Schejtman, Alexander, "Economía campesina: lógica interna, articulación y persistencia", en *Revista de la CEPAL*, n.º 11, Santiago, 1980.

Silva, Fernando, "Esquema de la Hacienda Real en Chile Indiano (Siglos XVI y XVII)", en *Revista Chilena de Historia del Derecho*, n.º 4, Santiago, 1965.

Silva, Fernando, "Perú y Chile. Notas sobre sus vinculaciones administrativas y fiscales (1785-1800)", en *Historia*, n.º 7, vol. 1, Santiago, 1968.

Silva, Fernando, "El Motín de las Alcabalas en 1776", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, vol. 39, n.º 86, Santiago, 1972.

Silva Riquer, Jorge, "Una nueva fuente. Las alcabalas", en *Historias*, n.º 26, México, DF, 1991.

Silva Riquer, Jorge, "La organización de las tiendas pulperas en la Ciudad de México, siglo XVIII", en Manuel Miño (coord.), *"La Población de la Ciudad de México en 1790". Estructura social, alimentación y vivienda*, México, DF, UAM, 2004.

Smith, Billy G., "The Material Lives of Laboring Philadelphians, 1750 to 1800", in *William and Mary Quarterly*, vol. 38, n.º 2, Williamsburg, 1981.

Smith, Carol A., "Sistemas económicos regionales: modelos geográficos y problemas socioeconómicos combinados", en Pedro Pérez Herrero (comp.), *Región e Historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional*, México, DF, Instituto Mora, 1991.

Stapff, Agnes, "La renta del tabaco en el Chile de la época virreinal", en *Anuario de Estudios Americanos*, n.º 18, Madrid, 1961.

Sola, Carlos, "Ciudad, Cabildo y abasto urbano en el Chile Colonial. En busca de nuevos caminos de interpretación", en *Revista Dimensión Histórica*, n.º 11-12, Santiago, 1995-1996.

Solar, Mario, "Elite, pulpería y disciplina social. San Juan de la frontera 1750-1770", en *Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, vol. 20, n.º 2, Talca, 2005.

Soler, Consuelo, "Chile entre el protagonismo productivo de pieles de ganados menores y el rezago comercial competitivo regional. Análisis a partir de una red mercantil local/regional (finales del siglo XVIII)", en *Revista Tiempo Histórico*, año 7, n.º 13, Santiago, 2016.

Soler, Consuelo, "Redes de comercialización de la yerba mate a partir de las operaciones mercantiles de Salvador Trucíos, Chile (1758-1798)", en *RIVAR*, vol. 3, n.º 9, Santiago, 2016.

Soler, Consuelo, "Tráfico de cobres de los minerales chilenos a Cádiz. Redes transregionales de negocios (1750-1800)", en *TEMPUS Revista en Historia General*, n.º 5, Medellín, 2017.

Sovarzo, José, "La región Río de la Plata y sus relaciones comerciales con Mendoza y los mercados del Pacífico Sur Americano 1779-1783", en *Revista Dos Puntas*, año 8, n.º 14, San Juan, 2016.

Sovarzo, José, "La garganta del comercio suramericano. Las relaciones comerciales terrestres entre la región Río de La Plata y los mercados del Pacífico Suramericano a fines de la dominación hispánica en América", en *El Taller de la Historia*, vol. 11, n.º 11, Cartagena de Indias, 2019.

Tandeter, Enrique *et al*., "El mercado de Potosí a fines del siglo XVIII", en Olivia Harris, Brooke Larsen y Enrique Tandeter (comps.), *La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social, siglos XVI-XX*, La Paz, CERES, 1987.

Tandeter, Enrique *et al*., "Flujos mercantiles en el Potosí colonial tardío", en *Anuario del IEHS*, vol. 9, Tandil, 1994.

Trentmann, Frank & Ana María Otero-Cleves, "Paths, Detours, and Connections: Consumption and Its Contribution to Latin American History", in *Historia Crítica*, n.º 65, Bogotá, 2017.

Uriarte, Rafael, "The Hispanic American Market and Iron Production in the Basque Country (1700-1825)", in *Ibero Americana, Nordic Journal of Latin American Studies*, vol. 22, n.º 2, Stockholm, 1992.

Van Young, Eric, "Urban Market and Hiterland: Guadalajara and Its Region in the Eighteenth Century", in *The Hispanic American Historical Review*, vol. 59, n.º 4, Durham, NC, 1979.

Van Young, Eric, "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas", en *Anuario del IEHS*, vol. 2, Tandil, 1987.

Wentzel, Claudia, "El comercio del Litoral de los Ríos con Buenos Aires: el área del Paraná 1783-1821", en *Anuario del IEHS*, vol. 3, Tandil, 1988.

## III. Libros

Alemparte, Julio, *El Cabildo en Chile Colonial (Orígenes municipales de las repúblicas hispanoamericanas)*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1940.

Araneda, José, *Un gobierno de papel. El correo y sus rutas de comunicación en tiempos de la reforma imperial en Chile (1764-1796)*, Santiago, Ediciones Biblioteca Nacional, 2020.

Archivo Nacional (Chile), *Censo de 1813*, Santiago, Imprenta Chile, 1953.

Assadourian, Carlos Sempat, *El sistema de la economía colonial. El mercado interior y espacio económico*, México, DF, Editorial Nueva Imagen, 1983.

Bairoch, Paul, *Economics and World History: Myths and Paradoxes*, Chicago, University of Chicago Press, 1993.

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª ed., Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2001, tomo VI.

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª ed., Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2001, tomo VII.

Bauer, Arnold, *La Sociedad Rural Chilena. Desde la conquista española a nuestros días*, Santiago, Andrés Bello, 1994.

Bellin, Jaques Nicolas, *Le Petit Atlas Maritime Recueil de Cartes et Plans des Quatre Parties du Monde*, Paris, chez M. Bellin, 1764, vol. II.

Bonialian, Mariano, *China en la América Colonial. Bienes, mercados, comercio y cultura del consumo desde México hasta Buenos Aires*, México DF, Biblos, 2014.

Bravo, Guillermo, *Señores de la tierra... Los empresarios jesuitas en la sociedad colonial*, Santiago, Colección DIUMCE n.º 5, 2005.

Bulmer-Thomas, Victor, *The Economic History of Latin America since Independence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

Camus, Pablo, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile. 1541-2005*, Santiago: Lom Ediciones-CIDBA, 2006.

Canga Arguelles, José, *Diccionario de Hacienda para el uso de los encargados de la suprema dirección de ella*, Londres, 1826, tomo I.

Carmagnani, Marcello, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial. Chile 1680-1830*, Santiago, Dibam, 2001.

Carrera, Julián, *Algo más que mercachifles. Pulperos y pulperías en la campaña bonaerense, 1770-1820*, Rosario, Prohistoria, 2011.

Cavieres, Eduardo, *La Serena en el siglo XVIII. Las dimensiones del poder en una sociedad regional*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso de la Universidad Católica de Valparaíso, 1993.

Cavieres, Eduardo, *El comercio chileno en la economía-mundo colonial*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso de la Universidad Católica de Valparaíso, 1996.

Cavieres, Eduardo, *Servir al soberano sin detrimento del vasallo. El comercio hispano colonial y el sector mercantil de Santiago de Chile en el siglo XVIII*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso de la Universidad Católica de Valparaíso, 2003.

Cavieres, Eduardo, *Sobre la Independencia en Chile. El fin del Antiguo Régimen y los orígenes de la representación moderna*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso de la Universidad Católica de Valparaíso, 2012.

Contreras, Carlos, *El sector exportador de una economía colonial. La Costa del Ecuador entre 1760 y 1820*, Quito, FLACSO, 1990.

Coria, Luis Alberto, *Evolución económica de Mendoza en la época colonial*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1988.

Dargent, Eduardo, *Historia del azúcar y sus derivados en el Perú*, Lima, Universidad Ricardo Palma, 2017.

De Ramón, Armando, *Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana*, Santiago, Catalonia, 2007.

De Ramón, Armando y José Manuel Larraín, *Orígenes de la vida económica chilena 1659-1808*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 1982.

De Solano, Francisco (ed.), *Relaciones económicas del Reino de Chile (1780)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994.

De Vries, Jan, *La Revolución Industriosa. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*, Barcelona, Crítica, 2009.

Del Pozo, José, *Historia del vino chileno. Desde la época colonial hasta hoy*, Santiago, Lom, 2014.

Díaz, José *et al*., *Chile 1810-2010. La República en cifras*, Santiago, Ediciones UC, 2016.

Durand, José (ed.), *Hipólito Unanue. Guía política, eclesiástica y militar del Virreinato del Perú para el año de 1793*, Lima, COFIDE, 1985.

Encina, Francisco, *Resumen de la Historia de Chile*, tomo I, Santiago, Zig-Zag, 1970.

Escobar, Mauro, *El tabaco en el Perú Colonial 1752-1796*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2004.

Feliú Cruz, Guillermo, *La Abolición de la Esclavitud en Chile*, Santiago, Universidad de Chile, 1942.

Feliú Cruz, Guillermo, *Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónica de los viajeros*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 2001.

Fisher, John Robert, *El comercio entre España e Hispanoamérica (1797-1820)*, España, Banco de España, 1993.

Garavaglia, Juan Carlos, *Mercado interno y economía colonial: tres siglos de historia de la yerba mate*, México, DF, Grijalbo, 1983.

Garavaglia, Juan Carlos y Juan Carlos Grosso, *Las alcabalas novohispanas (1776-1821)*, México, Archivo General de la Nación, 1987.

García, Lutgardo, *Sevilla los vascos y América (Las exportaciones de hierro y manufacturas metálicas en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Bilbao, Fundación BBVA, 1991.

Gay, Claudio, *Agricultura Chilena*, Santiago, ICIRA, 1973, tomo I.

Gay, Claudio, *Agricultura Chilena*, Santiago, ICIRA, 1973, tomo II.

Gelman, Jorge, Enrique Llopis *et al*. (eds.), *Iberoamérica y España antes de las Independencias, 1700-1820. Crecimiento, reformas y crisis*, México, Serie Historia Económica, El Colegio de México e Instituto Mora, 2014.

Góngora, Mario, *Orígenes de los "inquilinos" de Chile central*, Santiago, Universidad de Chile, 1960.

Haenke, Thaddaeus P., *Descripción del Reyno de Chile*, Santiago, Nascimento, 1942.

Ibarra, Antonio, *Mercado e institución: corporaciones comerciales, redes de negocios y crisis colonial. Guadalajara en el siglo XVIII*, Ciudad de México, UNAM, 2017.

Instituto Nacional de Estadísticas (INE), *Producción Pecuaria Año 2008-2013*, Santiago, INE, 2014.

Laval, Enrique, *Botica de los jesuitas de Santiago*, Santiago, Asociación Chilena de Asistencia Social, 1953.

Medina, José Toribio, *Diccionario biográfico colonial de Chile*, Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.

Méndez, Luz María, *La exportación minera en Chile 1800-1840*, Santiago, Editorial Universitaria, 2004.

Méndez, Luz María, *El comercio minero terrestre entre Chile y Argentina 1800-1840. Caminos, Arriería y Exportación Minera*, Santiago, Universidad de Chile, 2009.

Pearce, Adrian J., *British Trade with Spanish America, 1763-1808*, Liverpool, Liverpool University Press, 2007.

Pereira Salas, Eugenio, *Apuntes para la historia de la cocina en Chile*, Santiago, Universitaria, 1977.

Pérez Herrero, Pedro, *Comercio y mercados en América Latina Colonial*, Madrid, Fundación MAPFRE, 1992.

Pinto, Jorge, *Las minas de azogue de Punitaqui. Estudio de una faena minera de fines del siglo XVIII*, Coquimbo, Universidad del Norte, 1981.

Pinto, Sonia, *Vías y medios de comunicación en Chile durante el siglo XVIII. El camino Santiago Valparaíso y su tráfico*, Santiago, Ediciones Departamento de Estudios Humanísticos, 1976.

Pinto, Sonia, Luz María Méndez *et al*., *Antecedentes históricos de la Contraloría General de la República*, Santiago, Contraloría General de la República, 1977.

Piwonka, Gonzalo, *Chopitea y Echeverría: dos empresarios, afines y políticamente antagónicos del siglo XIX*, Santiago, Lom Ediciones, 2002.

Piwonka, Gonzalo, *Las sociedades mercantiles antes de la dictación del Código de Comercio 1750-1867*, Santiago, Puerto Palos, 2008.

Quiroz, Enriqueta, *Entre el lujo y la subsistencia: Mercado, abastecimiento y precios de la carne en la ciudad de México, 1750-1812*, México, DF, El Colegio de México/Instituto Mora, 2005.

Quiroz, Enriqueta, *El consumo como problema histórico. Propuestas y debates entre Europa e Hispanoamérica*, México, DF, Instituto Mora, 2006.

Romano, Ruggiero, *Una Economía Colonial: Chile en el Siglo XVIII*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

Romano, Ruggiero, *Monedas, seudomonedas y circulación monetaria en las economías de México*, México, DF, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Romano, Ruggiero, *Mecanismo y elementos del sistema económico colonial americano. Siglos XVI-XVIII*, México, DF, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Rosenblitt, Jaime, *Centralidad geográfica, marginalidad política: La región de Tacna-Arica y su comercio, 1778-1841*, Santiago, Dibam/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2013.

Ross, Agustín, *Reseña Histórica del Comercio de Chile Durante la Era Colonial*, Santiago, Cervantes, 1894.

Sagredo, Rafael y José González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.

Salazar, Gabriel, *Mercaderes, Empresarios y Capitalistas*, Santiago, Sudamericana, 2009.

Santos Martínez, Pedro, *Historia económica de Mendoza durante el Virreinato*, Madrid, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", 1961.

Sepúlveda, Sergio, *El trigo chileno en el mercado mundial*, Santiago, Editorial Universitaria, 1959.

Silva Riquer, Jorge (coord.), *Los mercados regionales de México en los siglos XVIII y XIX*, México, DF, Instituto Mora, 2003.

Silva Riquer, Jorge, *La estructura y dinámica del comercio menudo en la Ciudad de Valladolid, Michoacán, a fines del siglo XVIII*, México, DF, El Colegio de México, 2007.

Silva Riquer, Jorge, *Mercado regional y mercado urbano en Michoacán y Valladolid 1778-1809*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008.

Sociedad Bibliográfica de Santiago, *La Provincia Eclesiástica Chilena, Erección de sus Obispados y División en Parroquias*, Alemania, Friburgo de Brisgovia, 1985.

Sociedad Chilena de Historia y Geografía y la Academia Chilena de la Historia, *Actas del Cabildo de Santiago Tomo 34, Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*, Santiago de Chile, tomo 57, 1989.

Sociedad Chilena de Historia y Geografía y la Academia Chilena de la Historia, *Actas del Cabildo de Santiago Tomo 35, Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*, Santiago de Chile, tomo 58, 1990.

Sociedad Chilena de Historia y Geografía y la Academia Chilena de la Historia, *Actas del Cabildo de Santiago Tomo 36, Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*, Santiago de Chile, tomo 59, 1992.

Subsecretaría de Pesca y Acuicultura, *Del mar a mi mesa. Plan Estratégico para aumentar el consumo de productos del mar en Chile*, Valparaíso, Subpesca-Fundación Chile, 2019.

Van Young, Eric, *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*, México, DF, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *Historia crítica y social de la Ciudad de Santiago 1541-1868*, Santiago, Nascimento, 1926, tomo II.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *Historia de Valparaíso*, Santiago, Universidad de Chile, 1936, tomo II.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *El Clima de Chile*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1970.

Villalobos, Sergio, *El comercio y la crisis colonial*, Santiago, Editorial Universitaria, 1990.

Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile*, Santiago, Fiscalía Nacional Económica/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.

## IV. Tesis

Arenas, Maritza, *Organización hospitalaria en Chile durante el siglo XVIII. Abastecimiento y alimentación*, tesis para optar al grado de licenciado en Historia, Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 1996.

Horvitz, María Eugenia, *Ensayo sobre el crédito en Chile colonial*, tesis para optar al título de profesor en Historia y geografía, Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 1966.

Lamar, Martha, *The merchants of Chile, 1795-1823. Family and business in the transition from colony to nation*, PhD Dissertation for the degree of Doctor of Philosophy, Austin, The University of Texas, 1993.

Lavaud, Gonzalo, *El estanco de tabaco, 1826-1846*, tesis para optar al grado de licenciatura en Historia, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1996.

Martínez Barraza, Juan José, *Comercio interior en el Corregimiento de Santiago, 1773-1778*, tesis para optar al grado de magíster en Historia, Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 2015.

Martínez Barraza, Juan José, *Comercio interior de Santiago de Chile a fines del periodo colonial, 1773-1810*, tesis para optar al grado de doctor en Historia, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, Facultad de Humanidades, 2020.

Urbina, Elsa, *El Tribunal del Consulado en Chile, 1795-1865*, tesis para optar a la licenciatura en Historia, Geografía y Educación Cívica, Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 1959.

# TÍTULOS PUBLICADOS
# POR EL
# CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

## 1990-2022

*40 años, 40 historias. Exiliados chilenos y solidaridad en Holanda* (Santiago, 2015, 193 págs.).

*A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).

Abarca, Soledad, Octavio Cornejo, Paula Fiamma, Ximena Rioseco, *Instantes memorables. 100 años de fotografía minutera en Chile* (Santiago, 2019, 203 págs.).

Adler Lomnitz, Larissa, *Lo formal y lo informal en las sociedades contemporáneas* (Santiago, 2008, 404 págs.).

*Álbum de Isidora Zegers de Huneeus*, con estudio de Josefina de la Maza, edición en conmemoración del bicentenario de la Biblioteca Nacional de Chile (Santiago, 2013).

Alcázar Garrido, Joan de, *Chile en la pantalla. Cine para escribir y enseñar la historia (1970-1998)* (Santiago, 2013, 212 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2000, tomo I, 347 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2000, tomo II, 371 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2000, tomo III, 387 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2000, tomo IV, 377 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2000, tomo V, 412 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2001, tomo VI, 346 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2001, tomo VII, 416 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2002, tomo VIII, 453 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2002, tomo IX, 446 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2002, tomo X, 462 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2003, tomo XI, 501 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2005, tomo XII, 479 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2005, tomo XIII, 605 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2005, tomo XIV, 462 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2005, tomo XV, 448 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2000, tomo XVI, 271 págs.).

Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs.).

Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur*, 2.ª edición (Santiago, 2011, tomo I, 838 págs.).

Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2011, tomo II, 940 págs.).

Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago, 2004, 228 págs.).

Bello, Andrés, *Cuadernos de Londres*, prólogo, edición y notas de Iván Jaksić y Tania Avilés (Santiago, 2017, 900 págs.).

Blest Gana, Alberto, *Durante la Reconquista.* Novela histórica (Santiago, 2009, 926 págs.).

Bianchi, Soledad, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).

Biblioteca de Fundamentos de la Construcción de Chile (Santiago, 2007-2013, 100 vols.).

Caffarena Barcenilla, Paula, *Viruela y vacuna. Difusión y circulación de una práctica médica. Chile en el contexto hispanoamericano 1780-1830* (Santiago, 2016, 232 págs.).

Cardoso, Armindo, *Un otro sentimiento del tiempo. Chile, 1970-1973* (Santiago, 2017, 177 págs.).

Cartes Montory, Armando, *BioBío. Bibliografía histórica regional* (Santiago, 2014, 358 págs).

Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).

Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).

Cordero Fernández, Macarena, Rafael Gaune Corradi, Rodrigo Moreno Jeria (compiladores), *Cultura legal y espacios de justicia en América, siglos XVI-XIX* (Santiago, 2017, 318 págs.).

Cornejo C., Tomás, *Ciudad de voces impresas. Historia cultural de Santiago de Chile 1880-1910* (Santiago, 2019, 242 págs.).

Cornejo C., Tomás, *Manuela Orellana, la criminal. Género, cultura y sociedad en el Chile del siglo XVIII* (Santiago, 2006, 172 págs.).

Chihuailaf, Elicura, *El azul de los sueños* (Santiago, 2010, 193 págs.).

Cussen, Celia, *Nuestra señora de la Candelaria. Una hermandad de mulatos y naturales. Santiago s. XVII* (Santiago, 2020, 273 págs.).

Darwin, Charles, *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (Santiago y Madrid, 2020, 450 págs.).

Darwin, Charles, *Observaciones geológicas en América del sur*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2012, 464 págs.).

Devés Valdés, Eduardo, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (Santiago y Buenos Aires, 2000, tomo I, 336 págs.).

Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Santiago y Buenos Aires, 2003, tomo II, 332 págs.).

Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90* (Santiago y Buenos Aires, 2004, tomo III, 242 págs.).

Diener, Pablo y Maria de Fátima Costa (coords.), *Rugendas: el artista viajero* (Santiago, 2021, 300 págs.).

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones, 1999*, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).

Dirección de Obras Municipales, I. Municipalidad de Santiago, *Santiago sur. Formación y consolidación de la periferia* (Santiago, 2015, 308 págs.).

Dirección de Obras Municipales, I. Municipalidad de Santiago, *Palacio Cousiño. Historia y restauración - History and Restoration* (Santiago, 2018, 163 págs.).

Donoso, Carlos y Jaime Rosenblitt (editores), *Guerra, región, nación: La confederación Perú-Boliviana. 1836-1839* (Santiago, 2009, 369 págs.).

Dussaillant, Jacqueline y Macarena Urzúa, *Concisa, original y vibrante. Lecturas sobre la revista Zig-Zag* (Santiago, 2020, 256 págs.).

*El Censor Americano*, introducción y transcripción Iván Jaksić (Santiago, 2019, 360 págs.).

Ehrmann, Hans, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2.ª edición (Santiago, 2000, vol. I, 172 págs.).

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. Durante la república*, 2.ª edición (Santiago, 2000, vol. II, 201 págs.).

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2.ª edición (Santiago, 2000, vol. III, 143 págs.).

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2000, vol. IV, 213 págs.).

Fernández Canque, Manuel, *Arica 1868 un* tsunami *y un terremoto* (Santiago, 2007, 332 págs.).

Fernández Canque, Manuel, *Arica de antaño en la pluma de viajeros notables. Siglos XVI-XIX* (Santiago, 2016, 598 págs.).

Fernández Labbé, Marcos, *Bebidas alcohólicas en Chile. Una historia económica de su fomento y expansión, 1870-1930* (Santiago, 2010, 270 págs.).

Fitz Roy, Robert, *Viajes del "Adventure" y el "Beagle". Apéndices* (Santiago 2013, 360 págs.).

Fitz Roy, Robert, *Viajes del "Adventure" y el "Beagle". Diarios*, traducción de Armando García González (Santiago 2013, 584 págs.).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, n.º 1 (Santiago, julio, 1993).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, n.º 2 (Santiago, agosto, 1994).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, n.º 3 (Santiago, diciembre, 1995).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1995, *Informes*, n.º 4 (Santiago, diciembre, 1996).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, n.º 1 (Santiago, diciembre, 1999).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, n.º 2 (Santiago, diciembre, 2000).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, n.º 3 (Santiago, diciembre, 2001).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2001, *Informes*, n.º 4 (Santiago, diciembre, 2002).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2002, *Informes*, n.º 5 (Santiago, diciembre, 2003).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2003, *Informes*, n.° 6 (Santiago, diciembre, 2004).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2004, *Informes*, n.° 7 (Santiago, diciembre, 2005).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2005, *Informes*, n.° 8 (Santiago, diciembre, 2006).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2006, *Informes*, n.° 9 (Santiago, diciembre, 2007).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2007, *Informes*, n.° 10 (Santiago, diciembre, 2008).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2008, *Informes*, n.° 11 (Santiago, diciembre, 2009).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2009, *Informes*, n.° 12 (Santiago, diciembre, 2010).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2010, *Informes*, n.° 13 (Santiago, diciembre, 2011).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2011, *Informes*, n.° 14 (Santiago, diciembre, 2012).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2012, *Informes*, n.° 15 (Santiago, diciembre, 2013).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2013, *Informes*, n.° 16 (Santiago, diciembre, 2014).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2014, *Informes*, n.° 17 (Santiago, diciembre, 2015).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2015, *Informes*, n.° 18 (Santiago, diciembre, 2016).

Forstall Comber, Biddy, *Crepúsculo en un balcón: ingleses y la pampa salitrera* (Santiago, 2014, 427 págs.).

Fray Félix José de Augusta, *Diccionario mapudungún-español. Español-mapudungún*, directora Belén Villena Araya (Santiago, 2017, 628 págs.).

Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo primero, 250 págs.).

Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo segundo, 154 págs.).

Gazmuri, Cristián, *El "48" chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Santiago, 1998, 215 págs.).

Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives* (Santiago, 2004, 163 págs.).

Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2006, tomo I, 444 págs.).

Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2008, tomo II, 526 págs.).

Gilliss, James M., *Expedición astronómica naval de los Estados Unidos al hemisferio Sur durante los años 1849-'50-'51-'52* (Santiago, 2016, 591 págs.).

González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2.ª edición (Santiago, 2002, 474 págs.).

González V., Carlos, Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guamán Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).

Guerrero Jiménez, Bernardo (ed.), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).

Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Víctimas o victimarias?* (Santiago, 2004, 154 págs.).

Humboldt, Alexander von, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo* (Santiago, 2011, 964 págs.).

Hutchison, Elizabeth Q., *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1990-1930*, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, 2006, 322 págs.).

Jaksic, Fabián M., Pablo Camus, Sergio A. Castro, *Ecología y Ciencias Naturales. Historia del conocimiento del patrimonio biológico de Chile* (Santiago, 2012, 228 págs.).

Kordic R., Raïssa y Mario Ferreccio P., *Topónimos y gentilicios de Chile* (Santiago, 2014, 313 págs.).

*Las horas Gott. Un manuscrito iluminado en Chile.* Acompañado de un estudio de Daniel González Erices, Paola Corti Badía y María José Brañes González (Santiago, 2019, 94 págs. y 306 págs.).

León, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, 2.ª edición (Santiago, 2005, 355 págs.).

León, Marco Antonio, *Construyendo un sujeto criminal. Criminología, criminalidad y sociedad en Chile. Siglos XIX y XX* (Santiago, 2015, 185 págs.).

Lira, Rodrigo, *Proyecto de obras completas* (Santiago, 2003, 153 págs.).

Lizama, Patricio (comp.), *Notas de artes de Jean Emar* (Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2003).

Lizama Silva, Gladys (coord.), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago, 2002, 349 págs.).

Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).

Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).

Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Santiago, 2002, 482 págs.).

Marsilli, María N., *Hábitos perniciosos: religión andina colonial en la diócesis de Arequipa (siglos XVI al XVIII)* (Santiago, 2014, 156 págs.).

Martínez C., José Luis, *Gente de la tierra de guerra. Los lipes en las tradiciones andinas y el imaginario colonial* (Lima, 2011, 420 págs.).

Martínez L., René, *Santiago de Chile: Los planos de su historia. Siglos XVI a XX, de aldea a metrópolis* (Santiago, 2007, 130 págs.).

Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).

Medina, José Toribio, *Biblioteca chilena de traductores*, 2.ª edición, corregida y aumentada con estudio preliminar de Gertrudis Payàs, con la colaboración de Claudia Tirado (Santiago, 2007, 448 págs.).

*Mercedes Marín del Solar (1804-1866). Obras reunidas*, compilación, estudio preliminar y notas críticas de Joyce Contreras Villalobos (Santiago, 2015, 642 págs.).

Millones, Luis y Renata Mayer, *Funerales, muerte y el más allá en la historia del Perú* (Santiago, 2021, 113 págs.).

Mistral, Gabriela, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).

Mistral, Gabriela, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).

Mitre, Antonio, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).

Moraga, Pablo, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago, 2001, 180 págs.).

Morales, José Ricardo, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).

Moreno Jeria, Rodrigo, Jorge Ortiz Sotelo, *Un derrotero del Mar del Sur. El Pacífico americano a fines del siglo XVII* (Santiago, 2018, 539 págs.).

Muñoz Delaunoy, Ignacio y Luis Ossandón Millavil (comps.), *La didáctica de la Historia y la formación de ciudadanos en el mundo actual* (Santiago, 2013, 456 págs.)

Muratobi, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).

Mussy, Luis de, *Cáceres* (Santiago, 2005, 589 págs.).

Onetto Pavez, Mauricio, *Historia de un pasaje-mundo: El estrecho de Magallanes en el siglo de su descubrimiento* (Santiago, 2018, 99 págs.).

Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).

Paiva, Eduardo França, *Nombrar lo nuevo. Una historia léxica de Iberoamérica entre los siglos XVI y XVIII (las dinámicas de mestizajes y el mundo del trabajo* (Santiago, 2020, 316 págs.).

Parra, Antonio, *Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo, representadas en setenta y cinco láminas*, edición facsimilar. Acompañada de un estudio de Armando García González, El naturalista portugués Antonio Parra. Su obra científica (Santiago, 2016, 370 págs. y 244 págs.).

Payàs P., Gertrudis, *Los parlamentos hispano-mapuches 1593-1803. Textos fundamentales* (Santiago, 2018, 652 págs.).

Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2.ª edición (Santiago, 2003, 320 págs.).

Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).

Plath, Oreste, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).

Puig-Samper, Miguel Ángel, Francisco Orrego, Rosaura Ruiz y J. Alfredo Uribe (eds.), *"Yammerschuner" Darwin y la darwinización en Europa y América* (Madrid/Santiago, 2015, 350 págs.).

Rebok, Sandra, *Humboldt y Jefferson. Una amistad transatlántica de la Ilustración* (Santiago, 2019, 200 págs.).

Recabarren, Floreal, *La matanza de San Gregorio 1921: Crisis y tragedia* (Santiago, 2003, 117 págs.).

Rengifo S., Francisca, *Vida conyugal, maltrato y abandono. El divorcio eclesiástico en Chile, 1850-1890* (Santiago, 2012, 340 págs.).

Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).

Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1910-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).

Rojas Flores, Jorge, *Las historietas en Chile 1962-1982. Industria, ideología y prácticas* (Santiago 2016, 549 págs.).

Rosenblitt, Jaime (editor), *Las revoluciones americanas y la formación de Estados Nacionales* (Santiago, 2013, 404 págs.).

Rousso, Henry, *La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo* (Santiago, 2018, 285 págs.).

Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael (ed.), *Biblioteca Nacional. Patrimonio republicano de Chile* (Santiago, 2014, 209 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)"* (Santiago, 2001, 206 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael (ed.), *Ciencia-mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (Santiago, 2010, 342 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael, José Ignacio González Leiva y José Compan Rodríguez, *La política en el espacio. Atlas histórico de las divisiones político-administrativas de Chile 1810-1940* (Santiago, 2016, 334 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael y Rodrigo Moreno Jeria (coordinadores), *El Mar del Sur en la historia. Ciencia, expansión, representación y poder en el Pacífico* (Santiago, 2015, 562 págs.).

Salinas C., Maximiliano, Daniel Palma A, Christian Báez A y Marina Donoso R., *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX* (Santiago, 2001, 291 págs.).

Salinas C., Maximiliano, Micaela Navarrete A., *Para amar a quien yo quiero. Canciones femeninas de la tradición oral chilena recogidas por Rodolfo Lenz* (Santiago, 2012, 234 págs.).

Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891* (Santiago, 2005, 240 págs.).

Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).

Sepúlveda Llanos, Fidel, *El canto a lo poeta: a lo divino y a lo humano. Análisis estético antropológico y antología fundamental* (Santiago, 2009, 581 págs.).

Sepúlveda Llanos, Fidel, *El cuento tradicional chileno. Estudio estético y antropológico. Antología esencial* (Santiago, 2012, 522 págs.).

Sepúlveda Llanos, Fidel, *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad* (Santiago, 2010, 173 págs.).

Sepúlveda Llanos, Fidel, *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad*, 2.ª edición (Santiago, 2015, 178 págs.).

Serrano, Sol, *Universidad y Nación* (Santiago, 2016, 308 págs.).

Stabili María Rosaria, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago, 2003, 571 págs.).

Steffen, Hans, *Problemas limítrofes y viajes de exploración en la Patagonia. Recuerdos de los tiempos del litigio limítrofe ente Chile y Argentina*, traducción y notas al margen Fresia Barrientos Morales y Wolfgang Staub (Santiago, 2015, 314 págs.).

Tafra, Sylvia, *Diamela Eltit: El rito de pasaje como estrategia textual* (Santiago, 1998, 102 págs.).

Tampe, Eduardo S.J., *Catálogo de jesuitas en Chile* (1593-1767) (Santiago, 2008, 304 págs.).

*Tesis Bicentenario 2004* (Santiago, 2005, vol. I, 443 págs.).

*Tesis Bicentenario 2005* (Santiago, 2006, vol. II, 392 págs.).

Timmermann, Freddy, *Violencia de texto, violencia de contexto: historiografía y literatura testimonial. Chile, 1973* (Santiago, 2008, 195 págs.).

Tinsman, Heidi, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena* (Santiago, 2009, 338 págs.).

Toro, Graciela, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).

Torres, Isabel, *La crisis del sistema democrático: las elecciones presidenciales y los proyectos políticos excluyentes. Chile 1958-1970* (Santiago, 2014, 421 págs.).

Undurraga Schüler, Verónica y Stefan Meier Valenzuela, *Pioneras. Mujeres que cambiaron la historia de la ciencia y el conocimiento en Chile: Un reconocimiento* (Santiago, 2022, 183 págs.)

Urbina Carrasco, M.ª Ximena, *La frontera de arriba en Chile colonial* (Santiago, 2009, 354 págs.).

Uribe, Verónica (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).

Urrutia, María Eugenia, *Rosamel del Valle, poeta órfico* (Santiago, 1996, 119 págs.).

Valdés Chadwick, Consuelo, *Terminología museológica. Diccionario básico, inglés-español y español-inglés* (Santiago, 1999, 185 págs.).

Valle, Juvencio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).

Varas, Augusto y Felipe Agüero, *El proyecto político-militar* (Santiago, 2011, 261 págs.).

Vico, Mauricio, *El afiche político en Chile, 1970-2013* (Santiago, 2013, 185 págs.).

Vico, Mauricio, *Todos juntos: Iconografía de la contraculrura en Chile (1964-1974)* (Santiago, 2019, 314 págs.).

Vico, Mauricio, *Un grito en la pared: psicodelia, compromiso político y exilio en el cartel chileno* (Santiago, 2009, 215 págs.).

Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).

Vicuña, Manuel, *Voces de ultratumba. Historia del espiritismo en Chile* (Santiago, 2006, 196 págs.).

Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile* (Santiago, 2004, 163 págs.).

Villar Vásquez, Gorka, *Compromiso militante y producción historiográfica. Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet (1930-1973)* (Santiago, 2020, 272 págs.).

Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).

Viu Antonia, Pilar García, *Territorios del tiempo, historia, escritura e imaginarios en la narrativa de Antonio Gil* (Santiago, 2013, 270 págs.).

Whipple, Pablo, *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano* (Lima, 2013, 220 págs.).

*Y se va la primera... conversaciones sobre la cueca. Las cuecas de la Lira Popular*, compilación Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2010, 318 págs.).

Colección Fuentes para el Estudio de la Colonia

Vol. I *Fray Francisco Xavier Ramírez, Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).

Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).

Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, dos tomos, 800 págs.).

Vol. IV *Taki Onqoy: de la enfermedad del canto a la epidemia*, estudio preliminar de Luis Millones (Santiago, 2007, 404 págs.).

Vol. V *Escribanos de Santiago de Chile. Índice descriptivo (1559-1600)*, estudio preliminar de Marcello Carmagnani (Santiago, 2014, dos tomos 1016 págs.).

Colección Fuentes para la Historia de la República

Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).

Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).

Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).

Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).

Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).

Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).

Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T., primera reimpresión (Santiago, 1997, 577 págs.).

Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León León (Santiago, 1996, 303 págs.).

Vol. IX *"... I el silencio comenzó a reinar". Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).

Vol. X *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulián (Santiago, 1998, 458 págs.).

Vol. XI *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).

Vol. XII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).

Vol. XIII *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).

Vol. XIV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).

Vol. XV *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Ulianova (Santiago, 2000, 742 págs.).

Vol. XVI *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).

Vol. XVII *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).

Vol. XVIII *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).

Vol. XIX *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).

Vol. XX *Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isolde Reuque Paillalef,* edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).

Vol. XXI *Cartas desde la Casa de Orates*, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).

Vol. XXII *Acusación constitucional contra el último ministerio del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893*, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).

Vol. XXIII *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931, 463 págs.).

Vol. XXIV *Memorias de Jorge Beauchef*, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).

Vol. XXV *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).

Vol. XXVI *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1054 págs.).

Vol. XXVII *Los actos de la dictadura. Comisión investigadora, 1931*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2006, 778 págs.).

Vol. XXVIII *Epistolario de Miguel Gallo Goyonechea 1837-1869*, selección y notas Pilar Álamos Concha (Santiago, 2007, 810 págs.).

Vol. XXIX *100 voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*, compiladoras Wally Kunstman Torres y Victoria Torres Ávila (Santiago, 2008, 730 págs.).

Vol. XXX *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2009, tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935, 482 págs.).

Vol. XXXI *El mercurio chileno*, recopilación y estudio Gabriel Cid (Santiago, 2009, 622 págs.).

Vol. XXXII *Escritos políticos de Martín Palma*, recopilación, estudios Sergio Villalobos R. y Ana María Stuven V. (Santiago, 2009, 422 págs.).

Vol. XXXIII *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*, compilación, estudio introductorio y notas Raimundo Meneghello M., prólogo Santiago Aránguiz P. (Santiago, 2010, 372 págs.).

Vol. XXXIV *Pablo Neruda-Claudio Véliz, Correspondencia en el camino al Premio Nobel, 1963-1970*, selección, estudio preliminar y notas Abraham Quezada Vergara (Santiago, 2011, 182 págs.).

Vol. XXXV *Epistolario de Alberto Blest Gana*, recopilación y transcripción dirigidas por José Miguel Barros Franco (Santiago, 2011, tomo I, 804 págs., tomo II, 1010 págs.).

Vol. XXXVI *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia. Argentina, Chile y Perú*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2013, 340 págs.).

Vol. XXXVII *Calles caminadas, anverso y reverso*, estudio y compilación Eliana Largo (Santiago, 2014, 552 págs.).

Vol. XXXVIII *Domingo Santa María González (1824-1889). Epistolario*, estudio y compilación Álvaro Góngora Escobedo (Santiago, 2015, 1136 págs.).

Vol. XXXIX *Diccionario de los militares napoleónicos durante la independencia de los países bolivarianos (Colombia, Venezuela, Panamá, Bolivia y Ecuador)*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2015, 432 págs.).

Vol. XL *Epistolario de Manuel Montt (1824-1880)*, estudio preliminar, recopilación, transcripción y notas Cristóbal García-Huidobro Becerra (Santiago, 2015, tomo I, 1082 págs., tomo II, 960 págs.).

Vol. XLI *Fuentes para la historia sísmica de Chile (1570-1906)*, estudio preliminar, selección, transcripción y notas Alfredo Palacios Roa (Santiago, 2016, 354 págs.).

Vol. XLII *Un viaje a las colonias. Memorias y diario de un ovejero escocés en Malvinas, Patagonia y Tierra del Fuego (1878-1898),* investigación, estudio introductorio y comentarios Alberto Harambour R., traducción Mario Azara y Alberto Harambour, transcripción Mario Azara (Santiago, 2016, 178 págs.).

Vol. XLIII *Flores de cobre. Chile entre 1969 y 1973*, de Jarka Stuchlik, con un estudio introductorio de Constanza Dalla Porta Andrade, traducido por Gorgias Romero y Willie Barne en colaboración con la autora (Santiago, 2017, 392 págs.).

Vol. XLIV *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2017, tomo 3: Komintern y Chile 1935-1931, 775 págs.).

Vol. XLV *Monografía de una familia obrera. Jorge Errázuriz Tagle, Guillermo Eyzaguirre Rouse*, estudio introductorio Simón Castillo Fernández (Santiago, 2018, 168 págs.).

Vol. XLVI *Epistolario de Rafael Gatica Soiza 1812-1876*, introducción, recopilación, transcripción y notas Sergio Silva Gatica (Santiago, 2019, 313 págs.)

Vol. XLVII *Chile en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (1960-1974)*, introducción, recopilación, transcripción y notas Ricardo Pérez Haristoy (Santiago, 2019, 341 págs.).

Vol. XLVIII *Testimonios de militares antigolpistas*, presentación y entrevistas Jorge Magasich Airola (Santiago, 2019, 1284 págs.).

Vol. XLIX *Diccionario de los militares y agentes napoleónicos durante la independencia. México, Centroamérica, el Caribe y Brasil (1791-1840)*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2020, 695 págs.).

Vol. L *La Junta de Gobierno Militar. Poder Constituyente y Legislativo, 11 de septiembre de 1984 - 11 de marzo de 1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2021, 530 págs.).

Vol. LI *Cartas Rapa Nui. (Siglos XIX y XX)*, investigación, compilación y notas Rolf Foerster (Santiago, 2021, 1254 págs.).

Vol. LII *Diario militar de la campaña que el ejército unido restaurador abrió en el territorio peruano el año 1838 contra el jeneral Santa-Cruz,* compilación Gonzalo Serrano del Pozo (Santiago, 2021, 178 págs.).

Vol. LIII *El protectorado de indígenas en Chile. Estudio introductorio y fuentes (1898-1923),* compilación y edición Jorge Pavez Ojeda y Gertrudis Payàs Puigarnau con la colaboración de Julieta Vivar, Danay Mariman y Susana González (Santiago, 2021, 610 págs.)

Colección Sociedad y Cultura

Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).

Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).

Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).

Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).

Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).

Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).

Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).

Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las élites* (Santiago, 1994, 259 págs.).

Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).

Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).

Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).

Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).

Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).

Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).

Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2.ª edición (Santiago, 2000, 312 págs.).

Vol. XV Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).

Vol. XVI Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).

Vol. XVII Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).

Vol. XVIII Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).

Vol. XIX Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999* (Santiago, 1999, tomo I: "Los primeros doscientos años. 1541-1741", 480 págs.).

Vol. XX Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino* (Santiago, 2000, 459 págs.).

Vol. XXI Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).

Vol. XXII María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).

Vol. XXIII Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).

Vol. XXIV Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).

Vol. XXV Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).

Vol. XXVI Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).

Vol. XXVII Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).

Vol. XXVIII Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).

Vol. XXIX José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).

Vol. XXX Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).

Vol. XXXI Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Santiago, 2002, 292 págs.).

Vol. XXXII Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876)* (Santiago, 2002, 238 págs.).

Vol. XXXIII Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).

Vol. XXXIV Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).

Vol. XXXV Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)* (Santiago, 2003, 569 págs.).

Vol. XXXVI Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX* (Santiago, 2004, 492 págs.).

Vol. XXXVII René Millar, *La inquisición en Lima. Signos de su decadencia 1726-1750* (Santiago, 2005, 183 págs.).

Vol. XXXVIII Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880* (Santiago, 2005, 496 págs.).

Vol. XXXIX Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).

Vol. XL Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, 374 págs.).

Vol. XLI Raffaele Nocera, *Chile y la guerra, 1933-1943*, traducción de Doina Dragutescu (Santiago, 2006, 244 págs.).

Vol. XLII Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX* (Santiago, 2006, 270 págs.).

Vol. XLIII Roberto Santana Ulloa, *Agricultura chilena en el siglo XX: contextos, actores y espacios agrícolas* (Santiago, 2006, 338 págs.).

Vol. XLIV David Home Valenzuela, *Los huérfanos de la Guerra del Pacífico: el 'Asilo de la Patria'* (Santiago, 2006, 164 págs.).

Vol. XLV María Soledad Zárate C., *Dar a luz en Chile, siglo XIX. De la "ciencia de hembra" a la ciencia obstétrica* (Santiago, 2007, 548 págs.).

Vol. XLVI Peter DeShazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, traducción de Pablo Larach (Santiago, 2007, 390 págs.).

Vol. XLVII Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, traducción de María Teresa Escobar (Santiago, 2008, 318 págs.).

Vol. XLVIII Mauricio F. Rojas Gómez, *Las voces de la justicia. Delito y sociedad en Concepción (1820-1875). Atentados sexuales, pendencias, bigamia, amancebamiento e injurias* (Santiago, 2008, 286 págs.).

Vol. XLIX Alfredo Riquelme Segovia, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia* (Santiago, 2009, 342 págs.).

Vol. L Consuelo Figueroa Garavagno, *Revelación del subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930* (Santiago, 2009, 152 págs.).

Vol. LI Macarena Ponce de León Atria, *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830-1890* (Santiago, 2011, 378 págs.).

Vol. LII Leonardo León Solís, *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810-1822* (Santiago, 2011, 816 págs.).

Vol. LIII Verónica Undurraga Schüler, *Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII* (Santiago, 2013, 428 págs.).

Vol. LIV Jaime Rosenblitt, *Centralidad geográfica, marginalidad política: la región de Tacna-Arica y su comercio, 1778-1841* (Santiago, 2013, 336 págs.).

Vol. LV Pablo Rubio Apiolaza, *Los civiles de Pinochet. La derecha en el régimen militar chileno, 1983-1990* (Santiago, 2013, 346 págs.).

Vol. LVI Stefan Rinke, *Encuentro con el yanqui: norteamericanización y cambio cultural en Chile 1898-1990* (Santiago, 2013, 586 págs.).

Vol. LVII Elvira López Taverne, *El proceso de construcción estatal en Chile. Hacienda pública y burocracia (1817-1860)* (Santiago, 2014, 336 págs.).

Vol. LVIII Alejandra Vega, *Los Andes y el territorio de Chile en el siglo XVI: descripción, reconocimiento e invención* (Santiago, 2014, 324 págs.).

Vol. LIX Jaime Valenzuela Márquez, *Fiesta, rito y política. Del Chile borbónico al republican* (Santiago, 2014, 470 págs.).

Vol. LX William Sater, *Tragedia Andina. La lucha en la Guerra del Pacífico. 1789-1884* (Santiago. 2016, 302 págs.).

Vol. LXI Javier E. Rodríguez Weber, *Desarrollo y desigualdad en Chile (1850-2009). Historia de su economía política* (Santiago, 2017, 415 págs.).

Vol. LXII Mauricio Onetto Pavez, *Temblores de tierra en el jardín del Edén. Desastre, memoria e identidad. Chile, siglos XVI-XVII* (Santiago, 2017, 472 págs.).

Vol. LXIII Samuel J. Martland, *Construir Valparaíso: Tecnología, municipalidad y Estado, 1820-1920* (Santiago, 2017, 250 págs.).

Vol. LXIV João Paulo Pimenta, *La independencia de Brasil y la experiencia hispanoamericana (1808-1822)* (Santiago, 2017 422 págs.).

Vol. LXV María Carolina Sanhueza Benavente, *Por los caminos del valle central de Chile: El sistema vial entre los ríos Maipo y Mataquito (1790-1860)* (Santiago, 2018 148 págs.).

Vol. LXVI Ignacio Chuecas Saldías, *Dueños de la frontera. Terratenientes y sociedad colonial en la periferia chilena. Isla de Laja (1670-1845)* (Santiago, 2018, 540 págs.).

Vol. LXVII Xochitl Guadalupe Inostroza Ponce, *Parroquia de Belén. Población, familia y comunidad de una doctrina aimara. Altos de Arica 1763-1820* (Santiago, 2019, 392 págs.).

Vol. LXVIII José Araneda Riquelme, *Un gobierno de papel. El correo y sus rutas de comunicación en tiempos de la reforma imperial en Chile (1764-1796)* (Santiago, 2020, 174 págs.).

Vol. LXIX Ricardo D. Salvatore, *La Confederación Argentina y sus subalternos: Integración estatal, política y derechos en el Buenos Aires posindependiente (1820-1860)* (Santiago, 2020, 314 págs.).

Vol. LXX Sebastián Hernández Toledo, *La persistencia en el exilio. Redes político-intelectuales de los apristas en Chile (1922-1945)* (Santiago, 2021, 302 págs.).

Vol. LXXI Juan José Martínez Barraza, *Comercio interior de Santiago de Chile a fines del periodo colonial, 1773-1810* (Santiago, 2022, 198 págs.).

Colección Escritores de Chile

Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).

Vol. II *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).

Vol. III *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).

Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).

Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón S, (Santiago, 1993, 204 págs.).

Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).

Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1994, 284 págs.).

Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, cinco tomos, c + 4134 págs.).

Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1997, 143 págs.).

Vol. X *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón S. y recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 98 págs.).

Vol. XI *Ricardo Latcham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón S., recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 326 págs.).

Vol. XII *Cristián Huneeus. Artículos de prensa* (1969-1985), recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).

Vol. XIII *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).

Vol. XIV *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránguiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

Colección de Antropología

Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).

Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).

Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).

Vol. V José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).

Vol. VI Rubén Stehberg, *Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX* (Santiago, 2003, 202 págs.).

Vol. VII Mauricio Massone, *Los cazadores después del hielo* (Santiago, 2004, 174 págs.).

Vol. VIII Victoria Castro, *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur* (Santiago, 2009, 620 págs.).

Vol. IX Daniel Quiroz, *Soplan las ballenas... Historias sobre la caza de cetáceos en las costas de Chile* (Santiago, 2020, 408 págs.).

Colección Imágenes del Patrimonio

Vol. I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

Colección de Documentos del Folklore

Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).

Vol. II *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 461 págs.).

Vol. III *Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Daniel Palma A. (Santiago, 2008, 733 págs.).

Vol. IV *Si a tanta altura te subes. "Contrapunto" entre los poetas populares Nicasio García y Adolfo Reyes*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2011, 530 págs.).

Colección Ensayos y Estudios

Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).

Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).

Vol. III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).

Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).

Vol. V Bernard Lavalle y Francine Agard-Lavalle, *Del Garona al Mapocho: emigrantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).

Vol. VI Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).

Vol. VII Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Santiago, 2006, 117 págs.).

Vol. VII Marcello Carmagnani, *El salariado minero en Chile colonial su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico 1690-1800* (Santiago, 2006, 124 págs.).

Vol. IX Horacio Zapater, América Latina. *Ensayos de Etnohistoria* (Santiago, 2007, 232 págs.).

La imagen que corona este colofón representa a la primera imprenta llegada a Chile en 1811. Simboliza, también, el rigor humano que conlleva la realización de un libro impreso y honra la memoria histórica de aquella labor. Se terminó de imprimir esta primera edición de 300 ejemplares en los talleres gráficos de Gráfika Marmor en el mes de septiembre de 2022.

En la *Colección Sociedad y Cultura* tienen cabida trabajos de investigación relacionados con el humanismo y las ciencias sociales. Su objetivo principal es promover la investigación en las áreas mencionadas y facilitar su conocimiento. Recoge monografías de autores nacionales y extranjeros sobre la historia de Chile o sobre algún aspecto de la realidad nacional objeto de estudio de alguna ciencia humanista o social.

A través de esta *Colección*, el Servicio Nacional del Patrimonio Cultural no solo se vincula y dialoga con el mundo intelectual y el de los investigadores, además, contribuye a acrecentar y difundir el patrimonio cultural de la nación gracias a los trabajos de investigación en ella contenidos.

¿Crisis del comercio colonial tardío o reconfiguración de los mercados chilenos? ¿Subordinación absoluta al virreinato peruano o creciente protagonismo de Santiago en la economía del Cono Sur americano? ¿Persistencia de un sistema económico "natural o desmonetizado" o surgimiento de un mercado en forma? ¿Niveles de consumo preindustriales o con características propias de la modernidad? Estas interrogantes son las principales disyuntivas que aborda este estudio, para proponer una imagen más nítida del comportamiento económico de Chile hacia fines de la Colonia y así conocer los estándares de vida de su población.

Para avanzar en el viejo debate historiográfico sobre el comercio, la organización de los mercados y el desempeño económico de la capitanía de Chile se reunió información estadística de fuentes archivísticas fiscales y aduaneras que dan nueva luz a una época marcada por el reformismo administrativo y la guerra a escala imperial. Aunque los lineamientos generales del comercio colonial chileno ya han sido descritos por reconocidos especialistas, de estos antecedentes surgen nuevas interpretaciones para entender problemáticas que parecían ya zanjadas. Este libro se adentra en la historia del comercio de Santiago y ofrece una mirada desde la que se aprecia el comportamiento de los mercados vecinos y permite observar procesos económicos de inferior tamaño que suelen quedar eclipsados por los grandes relatos historiográficos sobre la globalización.

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile